
CENIZAS
en mi
PIEL
Anne K. Austen

CENIZAS en mi PIEL

Anne K. Austen

Título: Cenizas en mi piel
© Anne K. Austen
Noviembre 2024
ISBN: 9798345719466
Sello: Independently published

Diseño de cubierta: Anne K. Austen
Maquetación y composición: Anne K. Austen
Corrección: Sara Nogales

@annekausten
annekausten@gmail.com
https://www.facebook.com/Anne—K—Austen

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

ÍNDICE

Cronología Histórica de Escocia
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos
Bibliografía
Biografía

Cronología Histórica de Escocia
(1250-1745)

1250-1300

- 1250-1286: Reinado de Alejandro III. Durante su reinado, Escocia mantuvo una relativa paz y estabilidad económica.
- 1271: La condesa Marjorie de Carrick se casa con Robert de Brus, VI señor de Annandale. Serían los padres de Robert Bruce, el futuro rey de Escocia.
- ➔ 1286: Muerte de Alejandro III, lo que lleva a una crisis sucesoria.
- 1297 - 1305: William Wallace surge como líder durante las Guerras de Independencia de Escocia contra Eduardo I de Inglaterra.

1300-1400

- 1306-1329: Reinado de Roberto I (Robert Bruce).
- 1314: Batalla de Bannockburn, una victoria decisiva para los escoceses liderados por Robert Bruce contra los ingleses.
- 1320: Declaración de Arbroath, un documento que afirmaba la independencia de Escocia.

1400-1500

- 1488-1513: Reinado de Jacobo IV.
- 1513: Batalla de Flodden, una derrota devastadora para los escoceses contra los ingleses.

1500-1600

- 1513-1542: Reinado de Jacobo V.
- 1539-1540: En este período, hubo varias escaramuzas y conflictos menores entre Escocia e Inglaterra, como parte de las tensiones crecientes que eventualmente llevarían a las Guerras del Rough Wooing.
- 1542: Batalla de Solway Moss, una derrota significativa para los escoceses contra las fuerzas inglesas.
- 1542-1567: Reinado de María I, también conocida como María, Reina de Escocia.
    - *1542-43: María I es coronada reina siendo una bebé.*
    - *1544: Durante las Guerras del Rough Wooing, Inglaterra lleva a cabo una serie de incursiones destructivas en Escocia, incluyendo el saqueo de Edimburgo, conocido como el «Incendio de Edimburgo».*
    - *1543-1567: Durante su minoría de edad, Escocia fue gobernada por varios regentes, incluyendo a James Hamilton, 2.º conde de Arran, y más tarde por su madre, María de Guisa, hasta su muerte en 1560. Después de su muerte, su medio hermano, James Stewart, 1. ° conde de Moray, asumió la regencia hasta su asesinato en 1570.*
    - *1560: Reforma Protestante Escocesa y el fin del control de la Iglesia Católica.*

- 1567-1625: Reinado de Jacobo VI.
    - *1567: Jacobo VI se convierte en Rey de Escocia a la temprana edad de un año, tras la abdicación de su madre, María I de Escocia*
    - *1567: Muerte de Lord Darnley, el segundo esposo de María, Reina de Escocia, y padre de Jacobo VI.*
    - *1587: Ejecución de María, Reina de Escocia. Tras 19 años de cautiverio en Inglaterra.*
    - *1603: Tras la muerte de Isabel I, Jacobo VI de Escocia se convierte también en Jacobo I*

de Inglaterra.

1600-1700

- 1603: Primera proscripción del clan MacGregor, una medida legal que prohibió el uso del nombre MacGregor y les desterraba de sus tierras, condenándoles a la proscripción.
- 1639-1651: Guerra Civil de los Tres Reinos, una serie de conflictos armados y maniobras políticas que ocurrieron en Escocia, Inglaterra e Irlanda. Estos conflictos vieron enfrentamientos entre los realistas, que apoyaban al rey, y los parlamentarios, que buscaban mayor control sobre el gobierno.
- 1649-1660: Interregno, un período sin monarca, durante el cual Oliver Cromwell lideró como Lord Protector de la Commonwealth, tras decapitar a Carlos I de Inglaterra y Escocia.
    - *1653-54: Oliver Cromwell establece el Protectorado.*
    - *1654: Batalla de Dalnaspidal, donde las fuerzas de Cromwell se enfrentaron a los realistas escoceses.*
- 1660-1685: Restauración de la monarquía con Carlos II como rey.
- 1689-1702: Reinado de Guillermo III y María II.
- 1689: Batalla de Killiecrankie, donde los jacobitas obtuvieron una victoria pírrica contra las fuerzas gubernamentales.

1700-1745

- 1707: Acto de Unión, que unió a Escocia e Inglaterra en el Reino de Gran Bretaña.
- 1714-1727: Reinado de Jorge I, de la casa de Hannover, también rey de Inglaterra.
- 1715: Primer levantamiento jacobita.
- 1727-1760: Reinado de Jorge II, también de la casa de Hannover y rey de Inglaterra.
- 1745: Segundo levantamiento jacobita.
- 1746: Batalla de Culloden, la última batalla librada en suelo británico, donde las fuerzas jacobitas fueron derrotadas por las fuerzas gubernamentales.



PRÓLOGO

El viento del mar del Norte corta como una cuchilla, pero no es el frío lo que me atormenta, sino Kester. Sé que está detrás de mí, y su presencia es una llama que me arde más que el hielo que azota mi rostro. Aunque no puedo verlo, siento que se aproxima; sus pasos resuenan en el silencio, firmes, aunque contenidos, cada uno como una batalla contra el destino que nos han impuesto.

La orden del rey James IV de Escocia pesa sobre nosotros como una losa. Nos han condenado a separarnos, a romper la promesa que nos hicimos de niños. Nuestro matrimonio debía consolidar la alianza entre los Gunn y los MacKay, pero ahora nos fuerzan a unirnos con los Sutherland, nuestros enemigos.

Yo, Lilias Gunn, debo casarme con el Laird Cormac Sutherland, un hombre al que apenas conozco y cuyo nombre es sinónimo de peligro. Y Kester... Kester será entregado a Mairead Sutherland, la hermana de Cormac, de quien se dice que tiene un corazón de hielo.

Kester MacKay siempre ha sido mi refugio, mi mejor amigo. Recuerdo las risas compartidas, las travesuras en el bosque y las noches en que, bajo las estrellas, soñábamos con un futuro juntos. Lo he visto convertirse en un guerrero implacable, su cuerpo esculpido por las batallas, aunque sin perder la ternura que solo yo conozco. Ahora, ante la certeza de nuestra separación, percibo su vulnerabilidad, y eso me rompe por dentro.

—Pensé que ya te habías ido —susurro, mi voz apenas audible sobre el murmullo del viento.

—No podía hacerlo sin despedirme —responde, su voz cargada de una desesperación que nunca antes había visto en él—. No sin verte una última vez y decirte…

—No digas nada —murmuro, con la vista fija en el horizonte, donde las olas chocan contra las rocas—. Ya lo sé.

—Lilias... —dice en un susurro quebrado que apenas me alcanza a través del rugido del

viento. Mi corazón se contrae al oírlo, pero no me giro. Sé que, si lo hago, si encuentro sus ojos oscuros una vez más, no podré resistir lo que está por venir.

Kester da un paso más, y el calor que emana de su cuerpo desafía al viento helado. Sin tocarme, su presencia es un fuego que amenaza con consumirnos a ambos.

Finalmente, me vuelvo para enfrentarlo. Sus ojos oscuros me atrapan, llenos de emociones encontradas. Por un instante, el mundo se desvanece y solo existimos nosotros.

—Esta no será la última vez —intento sonar serena, aunque sé que no lo estoy—. Nos veremos en el castillo de los Sutherland, pero… ya no seremos nosotros.

Mis palabras quedan suspendidas en el aire como una sentencia. Nos veremos, sí, pero casados con otros. Y eso lo cambiará todo.

Kester cierra los puños; sus nudillos palidecen bajo la presión. Veo cómo sus músculos se tensan y cómo una vena late furiosa en su cuello. Sus ojos, normalmente cálidos, ahora son tormentas llenas de impotencia y rabia. Conozco esa expresión: es la de un hombre acostumbrado a luchar y vencer, pero esta vez está indefenso.

—¿Cómo soportaré verte allí, sabiendo que… —su voz se quiebra y aparta la mirada un instante—, sabiendo que le perteneces a él?

Un nudo en la garganta me impide responder. Las lágrimas amenazan con brotar, pero parpadeo rápidamente, negándome a mostrar debilidad.

—Tendremos que hacerlo, Kester —logro decir en un susurro—. No hay elección.

—Pero no debería haber sido así. —Su tono se endurece, el dolor evidente en cada palabra—. Nos están robando lo que somos, nos obligan a destruirnos.

—Lo sé —susurro, la tristeza pesando en cada sílaba —. Yo también tendré que verte con su hermana, sabiendo que… que esto ha terminado.

Kester sacude la cabeza con vehemencia; sus ojos arden con una rabia contenida que amenaza con desbordarse.

—Para mí, nunca se acabará —afirma, dando un paso hacia mí.

El peso de todo esto es abrumador. Siento que el suelo tiembla bajo mis pies, pero sé que no tenemos opción. Debo hacerlo por los Gunn, y Kester… él debe hacerlo por los MacKay. Desobedecer al rey significaría la ruina, quizás la muerte, para nuestras familias. No podemos permitirlo.

—Kester, tenemos que ser fuertes —digo, intentando infundir una seguridad que no siento—.

Si no lo somos, perderemos mucho más que esto.

El viento helado nos envuelve, pero el calor entre nosotros es innegable, una llama que se resiste a extinguirse. Nos miramos en silencio, compartiendo un millón de palabras que no pueden ser dichas.

Finalmente, en un acto desesperado, Kester acorta la distancia entre nosotros y me toma entre sus brazos, apretándome contra su pecho. Me aferro a él, sintiendo el latido frenético de su corazón junto al mío, consciente de que esta será la última vez que compartamos este momento.

—No quiero perderte —susurra contra mi cabello, su voz rota, cada palabra cargada de un dolor que refleja el mío.

—Ya lo has hecho —respondo, aunque mi voz se quiebra, traicionando la mentira que intento mantener.

Nos aferramos el uno al otro como si pudiéramos detener el tiempo, pero sabemos que es inútil. La próxima vez que nos veamos, estaremos rodeados de aquellos que esperan que cumplamos con nuestro deber. Compartiremos techo, pero no nuestras vidas. Seremos extraños con un pasado compartido y un futuro prohibido.



CAPÍTULO 1

A los Gunn, desde que somos niños, nos cuentan historias que parecen sacadas de las pesadillas más oscuras. Los Sutherland no son hombres, nos dicen. Son monstruos. Criaturas de la oscuridad, que beben la sangre de sus enemigos después de derrotarlos. Seres sin alma, despiadados, sin humanidad. Devoradores de vidas. Así son los cuentos que me han contado desde la cuna.

Pero no es solo un mito lo que alimenta el odio entre nuestros clanes. Hay una historia, un suceso oscuro y terrible, que cimentó esta rivalidad, esta enemistad que ha marcado la vida de los Gunn y los Sutherland por generaciones.

Dicen que sobre los Sutherland pende una maldición, y esa maldición se desató cuando Dugald Sutherland se obsesionó con Helen Gunn, la hija de un antiguo Laird de nuestro clan. Helen era fuerte, valiente... y maldita por su belleza.

Dugald, consumido por el deseo y el orgullo, la secuestró y la retuvo contra su voluntad. Aunque Helen luchó por escapar, aunque resistió con todas sus fuerzas, al final, decidió quitarse la vida antes de permitir que él la deshonrara.

Desde entonces, Sutherland y Gunn han estado envueltos en un ciclo de odio y venganza, una feroz rivalidad que ha durado generaciones.

Ambos clanes hemos perdido a seres queridos a manos del otro. Hombres ahorcados sin piedad. Guerreros emboscados y lanzados al mar, atrapados en sus propias tierras. Familias destrozadas. Este odio corre por nuestras venas tanto como la sangre.

Y ahora, se supone que yo debo poner fin a esto.

Vaya ironía. Helen se quitó la vida para evitar que un Sutherland la tocara. Yo, en cambio, camino hacia mi propio sacrificio, directa a los brazos de uno de ellos.

Mis pies avanzan lentamente por el largo pasillo de piedra que conduce al altar, donde Cormac me espera. El eco de mis pasos resuena en la capilla, acompañando el latido acelerado de mi corazón. El aire frío se cuela por las vidrieras, erizando mi piel bajo las pesadas telas de mi vestido. Un tartán de los Gunn, tejido por mi madre, se ciñe alrededor de mis hombros, ofreciéndome un consuelo que hoy parece insuficiente.

No levanto la vista. No quiero verlo. Mantengo mis ojos fijos en el suelo, en los intrincados patrones del viejo mármol desgastado. Lo que siento no es solo desprecio, es una profunda resignación. No hay escapatoria de este destino

Nunca imaginé este momento así. Siempre pensé que caminaría hacia Kester. Que lo haría entre risas y miradas cómplices, sabiendo que con él habría encontrado mi hogar.

Nairn, Oran, Ewan, Calder y Niven, mis hermanos, están de pie junto a mi padre, formando una muralla de semblantes serios y ojos llenos de preocupación. Sus mandíbulas tensas y puños apretados delatan la rabia contenida. Saben que me estoy sacrificando por el clan y eso les corroe por dentro.

Mis hermanos no confían en los Sutherland, y con razón. La muerte del antiguo Laird, hermano de Cormac, pesa sobre nosotros como una sombra oscura. Solo los Gunn sabemos quién fue el responsable de su asesinato, uno de los nuestros, y mantenemos ese secreto oculto bajo un juramento de sangre.

Al levantar la vista por fin, ahí está él. Cormac Sutherland. Es más alto de lo que esperaba, su figura imponente domina el altar. Su cabello oscuro cae en ondas desordenadas hasta rozar sus hombros anchos. Sus ojos, de un azul acerado, me observan con una calma glacial que me recorre la columna.

Viste el tartán de los Sutherland con orgullo. La tela cuelga de su hombro izquierdo, sujetada por un broche de plata con el emblema de su clan. Bajo la luz tenue de las velas, el metal brilla con un resplandor frío.

Frío. Esa es la palabra que lo define. Su mirada es distante, impenetrable. Su rostro, esculpido en líneas duras, no muestra emoción alguna. No es el monstruo de las leyendas, pero no necesito las historias para saber que es peligroso. Todo en él lo grita: su estatura, su porte, su semblante de piedra.

Él también me odia. Odia a mi familia, a mi clan, y no tiene ningún interés en fingir lo contrario. Para él, soy tan repulsiva como él lo es para mí.

El tartán de su clan cuelga en las manos del sacerdote, y pronto atará las nuestras. La

tradición escocesa dictará que nuestros clanes quedarán unidos por este matrimonio, aunque nuestros corazones sigan tan separados como siempre.

Me detengo frente a él, respirando profundamente para controlar el torrente de emociones que me inunda. El aroma a madera y tierra húmeda que emana de él invade mis sentidos, de manera inesperada. Cormac da un paso hacia mí, acortando la distancia. Sus movimientos son suaves, controlados, como un lobo acechando.

—Acércate más —dice en un tono bajo y rasposo, su voz resonando como un trueno contenido. Una chispa de ironía brilla en sus ojos—. No muerdo. No todavía.

Su comentario me hace alzar una ceja. Bien, si quiere jugar, jugaré.

—No temía que mordieras —respondo en un susurro, manteniendo mi mirada fija en la suya —. Solo estaba disfrutando de mi último momento de libertad.

Nuestras miradas se cruzan de nuevo, una batalla silenciosa que no necesita palabras. Este matrimonio no traerá paz. No entre nosotros. Para él, soy solo un mal necesario. Y para mí, él no es más que mi captor, aunque este lazo no se forje con cadenas, sino con un trozo de tartán.

El sacerdote comienza a recitar las palabras sagradas. Siento el peso de la mirada de todos sobre nosotros. Mi padre muestra un rostro imperturbable, como siempre, pero conozco la tensión que se esconde tras sus ojos castaños.

Cormac extiende su mano, y yo hago lo mismo. Cuando nuestras pieles se tocan, una corriente recorre mi brazo. Su mano es cálida, fuerte, con callos que hablan de años de manejo de la espada. Manos de un guerrero, no de un hombre acostumbrado a la suavidad, pero no esperaba esa calidez.

El sacerdote envuelve nuestras muñecas con el tartán, atándolas en un lazo que simboliza la unión de nuestros clanes. Las telas se entrelazan, rojo y verde de los Gunn con el azul y negro de los Sutherland. Colores que siempre han estado enfrentados, ahora unidos en un nudo imposible de deshacer.

Mientras el tartán aprieta nuestras muñecas, me esfuerzo por mantener la compostura. El pulso de Cormac late firme contra mi piel. Levanto la vista y me encuentro con sus ojos, que me observan con una intensidad que me desconcierta.

El calor que emana de él contrasta con el frío de su mirada. No hay ternura en este contacto, pero tampoco brutalidad. Es fuerza controlada, como si cada músculo de su cuerpo estuviera permanentemente en guardia, preparado para luchar. Sus dedos se cierran ligeramente sobre los míos para dejar claro quién tiene el poder.

El sacerdote termina su oratoria y retira el tartán, liberando nuestras manos. Pero Cormac no me suelta. Sus dedos se cierran un poco más alrededor de los míos.

El salón permanece en silencio, expectante. Siento sus ojos sobre mí. Su mirada es fría, pero intensa, tan penetrante que casi puedo sentirla en mi piel. Mi cuerpo se tensa, pero no aparto los ojos de los suyos. No cederé. Nunca le mostraré debilidad, aunque todo en mí desee apartarse, alejarse de él y de esta realidad que me ha sido impuesta.

Pero entonces, él se inclina. No de forma brusca, sino con una calma letal, como un depredador que sabe que su presa no puede escapar. Siento el calor de su presencia antes de sentir el roce de su aliento en mis labios. Mi estómago se contrae.

—Es parte de la ceremonia, Gunn —murmura, su tono bajo, pero cargado de una autoridad que no puedo ignorar.

Y sin darme tiempo a reaccionar, sus labios encuentran los míos. El beso dura solo un instante más, pero siento cada segundo alargarse. El roce de sus labios es firme, decidido, como todo en él. No me da opción a rechazarlo, y tampoco me fuerza. Me deja ahí, atrapada en su beso, sin más salida que aceptar que, a partir de este momento, Cormac Sutherland es mi esposo.

Me aparto ligeramente, recuperando mi mano. Mis mejillas arden, y no sé si es por la furia o por otra emoción que prefiero no reconocer.

Respiro hondo, pero al levantar la vista, mi aliento se congela. A pocos pasos del altar, veo a Kester, de pie junto a su nueva esposa. Su mirada está clavada en mí, pero es el odio en sus ojos lo que me paraliza. Es un odio profundo y devastador, no por mí, sino por Cormac, por lo que este matrimonio significa. Cada vez que sus ojos se posan en Cormac, parece que algo en él muere.

Mairead Sutherland, permanece en silencio. Ella es todo lo que yo nunca seré: pequeña y delicada, de cabellos rubios que caen como hilos de oro sobre sus hombros. Su piel es pálida, casi translúcida, como si jamás hubiera sido tocada por el sol de las Highlands.

Sus ojos claros y tranquilos no delatan ninguna emoción; parecen los de una muñeca, vacíos de todo lo que debería haber en una mujer recién casada. Sumisa, aniñada, su postura frágil contrasta con la tormenta que se desata en los ojos de Kester. Una mujer hecha para seguir órdenes, no para desafiarlas. ¿Es esta la mujer de corazón de hielo que me contaron? No, no lo parece.



Mi padre, Gordon Gunn, es el primero en acercarse. Su rostro curtido, de líneas duras y sin una pizca de ternura, refleja lo que siempre ha sido: un hombre de guerra. Su única preocupación es el deber, la supervivencia del clan.

—Has hecho lo que debías, Lilias —dice en voz baja, con un tono tan frío como el viento de las Highlands. Sus ojos no muestran emoción, pero yo sé que está ahí, oculta bajo esa coraza de piedra.

No quiere demostrarlo delante de Cormac porque no puede permitirse el lujo de mostrar debilidad. No quiere que sepa lo que yo significo para él, que soy su ojito derecho, su orgullo. Ni puede permitirse demostrar que, tras recibir la misiva con la orden del rey, puso el salón patas arriba, lanzando lo primero que encontró con una furia que hizo temblar hasta los cimientos del castillo Dirlot: la fortaleza de los Gunn.

—Cuidaré de ella como cuido de mis tierras, Laird —dice Cormac con un tono controlado, una advertencia implícita: ella es mía ahora. No lo dice con agresividad, pero el mensaje está claro.

No puedo evitarlo. Las palabras salen de mi boca antes de que mi cerebro las procese:

—Oh, fantástico. Como si fuera otra vaca en tu corral.

La comisura del labio de mi padre tiembla ante mi comentario, y veo un fugaz destello en sus ojos. Pero su rostro no cambia. Solo un leve levantamiento de ceja delata que ha escuchado mi sarcasmo, aunque no puede permitirse reaccionar más que eso.

Sin embargo, Cormac sí reacciona. Sus labios se curvan en una sonrisa lenta, peligrosa, que no alcanza sus ojos. Me mira como si hubiera estado esperando esa respuesta.

—Puedo asegurar que siempre obtengo lo mejor de mi ganado —dice, con una calma cargada de provocación.

Mis mejillas arden, pero no con vergüenza, sino con una furia contenida que me hierve por dentro. La forma en que me mira, con esa sonrisa apenas disimulada, como si disfrutara

viéndome rabiar, me revuelve el estómago.

—Entonces, espero que te guste recibir patadas, porque yo no soy fácil de domar —respondo, con los ojos fijos en los suyos, sin dar un paso atrás.

Cormac inclina la cabeza, y por un segundo, parece realmente entretenido.

—Domar no es mi estilo, Gunn —murmura, de manera amenazante.

Me llama Gunn, recordándome que, aunque ahora sea su esposa, para él sigo siendo su enemigo.

Mi padre carraspea, rompiendo la tensión que ha crecido entre Cormac y yo como una cuerda a punto de romperse.

Asiento, intentando tranquilizarlo. Le prometí que sería prudente, que mantendría las formas, al menos en público.



Nos rodean invitados que se acercan a ofrecernos sus felicitaciones, pero sé que muchas de esas palabras son formalidades vacías.

Mis hermanos también lo hacen para cumplir con las formalidades. Nairn es el primero en hablar.

—Felicidades, Laird Sutherland —dice, extendiendo la mano.

Cormac la mira por un instante antes de aceptarla. El apretón es firme, casi agresivo.

—Nairn Gunn —dice Cormac, sosteniendo su mirada—. He oído mucho sobre ti.

—No todo bueno, imagino —responde mi hermano con una sonrisa tensa.

—Depende de a quién preguntes.

La tensión entre ellos es palpable. Mis otros hermanos se mantienen cerca, listos para intervenir si es necesario. Sé que esta cordialidad es una farsa, una delgada capa que oculta el odio entre ambos clanes.

Y entonces lo veo a pocos pasos de mí.

Kester. Si él o yo hubiéramos tenido alguna hermana, tal vez ninguno de los dos hubiéramos tenido que casarnos con un Sutherland. Pero Kester solo tiene hermanos mayores, como yo.

Camina hacia nosotros con una rigidez que me duele ver. Sus ojos están fijos en los míos, cargados de un dolor tan profundo que siento que me corta el aliento. No debería estar aquí, pero debe felicitarme. No por deseo, sino porque así lo dicta la política, porque las reglas de nuestros clanes lo exigen.

—Que tengas una vida larga, Lilias —murmura, su voz baja, llena de amargura—. Espero que la encuentres... soportable.

Cormac, junto a mí, permanece impasible, observando con su calma calculadora. Su mirada se mueve de Kester a mí, y vuelve a posarse en Kester, evaluando cada reacción. Está sopesando algo, eso lo sé. Puede leer a las personas como yo leo un libro.

Finalmente, habla, su tono bajo y firme, lo suficientemente claro para que Kester lo oiga, pero sin esfuerzo:

—Creía que lo habitual era desear una larga vida al matrimonio —comenta con tono neutral, pero con un matiz afilado.

Kester aprieta los puños.

—Para que eso ocurra, tendría que ser un matrimonio verdadero, no una maldita condena.

Cormac lo mira, y en su expresión no hay furia, solo una frialdad calculadora, como si cada palabra de Kester fuera irrelevante.

—Si es una condena, asegúrate de cumplirla con dignidad —le responde, sin alzar la voz. Sabe cómo manejar estas situaciones, cómo golpear sin levantar la mano.

—Lo dices como si para ti fuera fácil, pero no sé si serás capaz de manejar algo tan lejos de tu alcance tan dignamente —le responde Kester con rabia.

Cormac lo observa sin inmutarse.

—Te agradezco el consejo o lo que sea, MacKay, pero no lo necesito. Lilias es ahora mi esposa, y no tengo ninguna duda de que sabrá cuál es su lugar.

Kester se tensa aún más. Sus ojos están llenos de rabia, pero también de desesperación. Lo veo en su rostro: quiere golpear a Cormac, quiere hacer algo, pero sabe que no puede.

Nairn lo coge con firmeza por el hombro y lo obliga a retroceder. Kester, finalmente, da un

paso atrás, su rostro aún endurecido, y susurra solo para mí:

—Siempre tendrás mi lealtad, Lilias. Pase lo que pase.

Mis manos tiemblan, pero mantengo la compostura. No puedo mostrar nada aquí.

Kester se aleja, llevando consigo a Mairead, su esposa. Ella sigue caminando a su lado en silencio, una sombra frágil que parece estar siempre ajena a lo que ocurre a su alrededor.

Cuando desaparecen entre la multitud, siento cómo el peso del mundo cae sobre mis hombros.

Cormac se inclina hacia mí, su aliento rozando mi mejilla.

—Esa fue una despedida conmovedora, Gunn —murmura en voz baja, solo para que yo lo oiga—. Casi me hace sentir lástima por tu antiguo prometido.

—¿Lástima, Sutherland? —respondo, girando mi rostro hacia él, mi voz tan baja como la suya—. No creía que supieras lo que significa.

Cormac sonríe, pero no es una sonrisa cálida. Es una sonrisa que promete conflictos.

—Oh, lo sé. Pero rara vez la experimento. Y tampoco soy un hombre excesivamente paciente para los espectáculos dramáticos. Espero que sea el último. —Su tono es seco, controlado, pero hay un filo peligroso en su mirada.

Me niego a ceder. Endurezco la expresión y lo miro directamente a los ojos.

—Ni yo soy una mujer templada, Sutherland —respondo con una media sonrisa que no llega a mis ojos—. Me temo que tendrás que acostumbrarte a mis dramatismos.

—No te preocupes, Gunn —murmura, inclinándose ligeramente hacia mí—. Yo también tengo mis armas. Y te aseguro que sé usarlas bien.

Mis labios se tensan, pero no le doy el placer de verme temblar. En su tono hay algo más allá de la amenaza. Es una promesa. Pero no me dejaré intimidar.

—Eso ya lo veremos —le espeto, mi voz tan baja como la suya, mi mirada fija en sus ojos—. Quizás descubras que no soy tan fácil de doblegar.

Su sonrisa apenas se ensancha, pero la chispa de desafío en sus ojos es clara.

—No tengo prisa —susurra, su voz tan suave como peligrosa—. Me gustan los retos.

El fuego me arde por dentro, pero mantengo la compostura. Sé lo que está haciendo. Está jugando con mis palabras, provocándome para ver cuánto aguanto antes de perder el control. Pero no me dejaré arrastrar.

—Bueno, Sutherland —murmuro, sin apartar la vista de sus ojos—, espero que disfrutes de tu desafío, porque será largo.

Cormac ríe, pero no es una risa alegre. Es un sonido bajo y controlado, una respuesta casi de burla a mi desafío.

—No esperaba menos de ti —dice, dando un paso más cerca, hasta que casi puedo sentir el calor de su cuerpo. Es peligroso y tentador al mismo tiempo—. Pero te sorprenderías de lo que soy capaz de conseguir... incluso de alguien como tú.

Nos quedamos mirándonos, cada uno intentando mantener el control. El calor entre nosotros es tan palpable que parece que en cualquier momento algo podría explotar. Pero no puedo permitirme ceder.

—Te acostumbrarás al dolor antes que yo a la sumisión, Sutherland —respondo, mi voz más firme de lo que esperaba—. Si esto es una guerra, no esperes que me quede al margen.

—Nunca he subestimado a un enemigo, Lilias —responde finalmente, dando un paso atrás, como si el duelo verbal hubiera terminado—. Y tú no serás la excepción.

Nos miramos un momento más, y aunque la capilla del castillo está llena de invitados, la atmósfera es solo nuestra. Ninguno de los dos cede. Ninguno de los dos quiere mostrar debilidad.

—Vas a necesitar más que palabras para obtener mi rendición —le escupo, mi mirada fija en la suya, desafiándolo.

La sonrisa en su rostro se amplía ligeramente, pero no es cálida. Es fría, peligrosa, como si acabara de decidir algo.

—¿Más que palabras? —murmura, su voz baja y ronca, cargada de una promesa velada—. Está bien, Lilias Gunn. Si las palabras no te convencen...

Antes de que pueda reaccionar, se mueve con la rapidez y determinación de un guerrero acostumbrado a tomar lo que quiere. Sus manos fuertes se posan en mi cintura, firmes y seguras. Un escalofrío me recorre al sentir el calor que emana de sus palmas a través de la fina tela de mi vestido.

—¿Qué estás...?

No termino la frase. En un movimiento fluido, me levanta del suelo como si no pesara nada. Un jadeo de sorpresa escapa de mis labios cuando me encuentro sobre su hombro, viendo el mundo al revés. Mi cabello, que había sido recogido de manera sencilla con una trenza, se deshace parcialmente, y las hebras sueltas caen en cascada alrededor de mi rostro. Puedo sentir el

calor que emana de su cuerpo a través de las telas que nos separan.

—¿Qué demonios haces? —exclamo, luchando contra él. Mis manos golpean su espalda, pero es como golpear una pared de piedra.

Él suelta una carcajada profunda que resuena en su pecho.

—Me pediste más que palabras —responde con un tono burlón—. Estoy cumpliendo tu deseo.

Me sostiene con una facilidad insultante, como si no fuera más que un juguete entre sus manos. Sé que su demostración no es solo una cuestión de fuerza; es una declaración pública, una provocación dirigida no solo a mí, sino también a Kester y a todos los presentes.

—¡Bájame ahora mismo! —ordeno, tratando de mantener algo de dignidad.

—Este es el castigo por tu arrogancia, Gunn —murmura Cormac—. Aprenderás rápido cuál es tu lugar.

—Eres un bárbaro —espeto, forcejeando para liberarme, aunque su agarre es firme como el acero.

—Tal vez —admite sin inmutarse—. Pero las cortesías no parecen tener efecto contigo. Necesitas métodos más... directos.

Mientras nos dirigimos hacia la puerta, mis ojos buscan desesperadamente a mi familia. Veo a mis hermanos dar un paso al frente, sus rostros una mezcla de sorpresa e indignación. Mi padre levanta una mano, deteniéndolos. La tensión en su expresión me dice que está sopesando las consecuencias de intervenir.

Sabe que un enfrentamiento ahora podría desencadenar un conflicto entre clanes que ninguno desea, incluso cuando este tipo de comportamiento es totalmente inadecuado. Pero a Cormac no parecen importarle las formalidades.

Kester aparece entre la multitud, sus ojos oscuros arden con una furia que rara vez he visto. Da un paso hacia nosotros, pero Mairead, su esposa, lo detiene sujetándolo del brazo. La tensión en su mandíbula es evidente, y por un instante, temo que haga algo imprudente.

Atravesamos las grandes puertas de madera, dejando atrás el murmullo de los invitados y el eco de las gaitas. El aire fresco golpea mi rostro, y siento que el corsé me oprime las costillas, dificultando mi respiración.

—¿Cuál es tu propósito con todo esto? —le espeto, girando mi rostro para mirarlo. Sus ojos azules me observan con una intensidad que me desarma.

—Mi propósito es simple —responde, deteniéndose finalmente y bajándome con cuidado—. Hacerte entender que no puedes desafiarme sin consecuencias.

—No puedes tratarme de esta manera —protesto, dando un paso atrás—. No soy una pertenencia que puedas exhibir a tu antojo.

Una sonrisa ladeada aparece en sus labios.

—Eres mi esposa. ¿No es natural que desee mostrarle al mundo mi orgullo?

—¿Orgullo? —repito, incrédula—. Esto no es orgullo, es arrogancia y despotismo.

—Llámalo como quieras —responde encogiéndose de hombros—. Pero te aseguro que aprenderás a aceptar tu lugar a mi lado.

Sus palabras encienden una chispa de desafío en mi interior. Enderezo la espalda y lo miro directamente a los ojos.

—Si crees que puedes doblegarme con actos como este, estás muy equivocado.

—El mundo en el que vivimos no es amable con aquellos que no conocen su lugar.

—Entonces tal vez sea hora de cambiar el mundo —respondo sin titubear.



CAPÍTULO 2

La puerta de la alcoba se cierra detrás de nosotros con un golpe seco. La habitación está iluminada por la tenue luz de las velas, proyectando sombras que danzan en las paredes de piedra. El aroma a cera y madera se mezcla con el aire frío que se filtra por las rendijas de las ventanas.

Cormac avanza hacia el centro de la habitación con esa calma peligrosa que lo caracteriza. Sus pasos son firmes, seguros, y el suelo de madera cruje ligeramente bajo su peso y el mío sobre su hombro.

Al llegar junto a la cama, me lanza sobre ella de forma brusca. El colchón cede bajo mi cuerpo, y aunque no me ha hecho daño, la fuerza de su movimiento me deja sin aliento. Lo miro desde abajo, notando cómo su imponente figura se recorta contra la luz cálida del fuego que arde en la chimenea.

—¿Y ahora qué? —me burlo, intentando recuperar algo de control—. ¿Vas a atarme? ¿O tal vez prefieras colgarme en la pared como uno de tus trofeos?

Cormac no responde de inmediato, lo que me pone aún más nerviosa. Se cruza de brazos y se queda ahí, mirándome con esa intensidad suya, como si estuviera decidiendo qué hacer conmigo. Me revuelve el estómago, pero no puedo apartar la mirada.

—Lo haré si es necesario —responde con voz profunda, cargada de una ironía sutil—. Aunque pareces capaz de dar una buena pelea incluso con cuerdas.

No puedo evitarlo. Una risa seca escapa de mis labios. No sé si me lo dice en serio o está disfrutando de esto más de lo que quiere admitir.

—Oh, claro. Cómo no —respondo, mi voz llena de sarcasmo—. Porque ¿qué mejor forma de empezar este hermoso matrimonio que con una pequeña pelea? ¿O es que esto es lo que entiendes por consumar?

Él da un paso hacia mí, reduciendo aún más la distancia que nos separa. Puedo percibir el calor que emana de su cuerpo, una calidez que contrasta con el frío ambiente de la habitación. Mi respiración se vuelve más superficial, pero me niego a apartar la mirada.

—No soy un hombre que busque conflictos innecesarios —responde con frialdad—. Pero tampoco los evito si son inevitables.

Su proximidad me afecta más de lo que quiero admitir. Cada sentido se agudiza: el aroma terroso y ligeramente amaderado que lo rodea, el sonido de su respiración pausada, la tensión palpable en el ambiente.

—Supongo que esto no es una batalla, entonces —le espeto—. Solo es otra forma de imponer tu control, ¿verdad?

—Si quisiera controlarte, Gunn —dice suavemente, inclinándose un poco hacia mí—, no lo haría con cuerdas ni con fuerza.

—¿Entonces cómo lo harías? —pregunto con un tono desafiante.

—Con tiempo —murmura, sus ojos oscuros ardiendo con una intensidad que me desarma—. Con paciencia. No tengo prisa. Ya te tengo.

De repente, el sonido de pasos tras la puerta me saca de mi ensoñación. Los testigos han llegado, aguardando como buitres, esperando escuchar la confirmación de que el matrimonio se ha consumado. Mi corazón se acelera, y aunque trato de mantener la compostura, la presión es demasiado.

—Así que tienes tu ejército fuera esperando el espectáculo —digo en tono bajo, pero cargado de sarcasmo. Mi voz tiembla ligeramente, pero hago lo posible por mantenerla firme—. ¿Qué pasa, Sutherland? ¿Temes que huya en plena noche?

Cormac me mira, su expresión apenas cambia, pero noto un leve destello de algo en sus ojos. Quizás diversión, quizás burla, no lo sé. Pero cuando habla, su voz es firme, baja, y no deja lugar a malinterpretaciones.

—No son mis hombres, Gunn. Son los emisarios del rey —dice, con esa calma peligrosa que ya empieza a irritarme—. Quieren asegurarse de que no haya dudas de la legitimidad de este matrimonio. Igual que hicieron con tu amigo la semana pasada.

Siento cómo mi corazón da un vuelco al escuchar su mención de Kester, pero no dejo que lo vea. No le daré ese lujo. Me quedo callada, esperando lo que viene, porque sé que aún no ha terminado.

—Al menos, yo he conseguido que se queden detrás de la puerta —continúa, su tono más seco, casi como si se tratara de una broma oscura—. Solo planeo cumplir con mi deber como marido esta noche. Ni más, ni menos.

La frialdad de sus palabras me golpea. Cumplir con su deber. Eso es todo lo que esto significa para él. Un trámite, una obligación. Lo miro con el ceño fruncido, mis manos crispadas sobre las sábanas, pero él no parece inmutarse.

—Debería darte las gracias —murmuro, más por romper el silencio que por querer hablar. Me tumbo en la cama, mi mirada fija en el techo—. Por ser tan considerado y tan práctico.

Cormac se cruza de brazos, su cuerpo tenso, pero no se deja arrastrar por mi provocación.

—¿Preferirías que lo adornara con palabras dulces y promesas vacías? —inquiere, inclinando ligeramente la cabeza—. No creo que ninguno de los dos quiera eso.

—Tienes razón —admito, manteniendo la mirada fija en la suya—. Prefiero la honestidad, por brutal que sea.

Un silencio tenso se instala entre nosotros. Siento cómo su mirada recorre mi rostro, deteniéndose un instante en mis labios antes de volver a mis ojos.

—Entonces, seamos honestos —dice finalmente—. Sé que no te agrado, y tú a mí tampoco —añade, su mirada fija en la mía, intensa, impenetrable—. Puedes fantasear con que soy él si eso te hace sentir mejor. No me importa.

—Qué generoso eres. —Mis palabras salen impregnadas de sarcasmo. Intento mantener el control, pero sé que mi nerviosismo se filtra en cada sílaba.

—Podemos llamarlo como quieras —responde con calma, desabrochando su cinturón sin prisa—. Aunque ya hemos dejado claro que entre nosotros las palabras son lo de menos. Y me gusta ser un hombre de hechos.

Me doy cuenta de que no es un hombre que se deje llevar fácilmente, y es ahí donde radica su peligro. Es el tipo de hombre que no alza la voz, porque no necesita hacerlo. Sus acciones hablan por él, siempre.

Me siento y lo miro directamente a los ojos, con la espalda recta, intentando que mi tono suene más fuerte de lo que en realidad siento.

—Dime una cosa, Sutherland. ¿Te sientes tan indiferente como quieres que crea? —Mis palabras son directas, cargadas de una pequeña chispa de desafío. No puedo dejar de pensar en lo que significa esta noche para los dos, pero sobre todo para mí.

Cormac me observa en silencio durante unos segundos, midiendo cada palabra que va a decir. No se precipita, no pierde el control. Esa calma suya, esa seguridad calculada, me inquieta más de lo que quiero admitir.

—Indiferente no es la palabra correcta —responde finalmente, su tono bajo, pero firme—. Pero tampoco es personal. Esto es lo que es. Y no se trata de lo que siento, sino de lo que debemos hacer.

—¿Debemos? —repito, sintiendo cómo la furia empieza a bullir bajo la superficie—. Claro, porque para ti, esto no es más que otro deber, otra obligación que cumplir. Un trámite.

Él asiente, sin perder la compostura.

—Exactamente.

Su respuesta me atraviesa como una lanza. No hay espacio para emociones aquí. Y aunque sé que lo que dice es cierto, su frialdad me afecta más de lo que quiero admitir.

—Eres un hombre increíblemente pragmático, Sutherland —murmuro, mi voz teñida de sarcasmo—. ¿Eso te ayuda a dormir por las noches?

—No duermo mucho, Gunn —dice finalmente, con un tono cargado de ironía—. Solo trato de hacerlo fácil. Sin exigirte nada. Lo único que tienes que hacer es... —Hace una pausa, soltando los brazos a los lados con una calma que me desespera—. No hablar tanto.

Mi mente se acelera en busca de una respuesta ingeniosa, pero mi lengua se queda muda cuando Cormac empieza a desvestirse. Mis ojos, traicioneros, siguen cada uno de sus movimientos.

Primero, se despoja de su manto de lana, desprendiendo el broche que lo sujeta sobre su hombro. La pesada tela cae al suelo con un suave susurro. Luego, comienza a desatar los cordones de su jubón de cuero endurecido, una prenda más propia de la batalla que de una boda. El jubón se abre, revelando la camisa de lino blanco que lleva debajo, ligeramente pegada a su piel por el calor del día y la tensión del momento.

Mis ojos se desvían a sus manos, fuertes y curtidas, mientras tiran de los cordones con precisión. Hay una mezcla de tensión y paciencia en cada movimiento, como si cada fibra de su ser estuviera a punto de desatarse, pero se contuviera por pura elección.

Con un gesto decidido, se quita el jubón, dejándolo caer junto al manto. La camisa de lino se amolda a su torso, y puedo ver las sombras de sus músculos bajo la tela. Sin apartar la mirada de mí, comienza a desabotonar los puños y el cuello de la camisa.

El silencio entre nosotros es tan espeso que casi puedo saborearlo. Cuando se quita la camisa, revelando su piel al aire fresco de la habitación, mi estómago se contrae.

Y mis ojos se desvían a sus brazos tratando de evitar su torso. En ellos se dibuja una mezcla de tensión y paciencia en cada vena que los surca.

—¿Te has quedado sin palabras, Gunn? —Su voz interrumpe mis pensamientos, cargada de una leve burla, mientras se quita las botas.

—¿Qué crees que estás haciendo? —logro responder, aunque mi voz suena más débil de lo que pretendía.

—Mostrándote que soy un hombre de acción —responde con voz grave.

Desata el cinturón que sujeta la tela de tartán alrededor su cintura. No hay prisa en sus movimientos, pero tampoco hay gentileza. La prenda se desenrolla lentamente, como si fuera una piel que se desprende capa a capa, revelando algo mucho más primitivo que la fuerza física.

Cuando se deshace de la última pieza que queda entre su cuerpo desnudo y mi mirada, mi estómago se contrae.

No hay nada suave ni comedido en su cuerpo desnudo. Parece una escultura perfecta, pero sin nada de suavidad. Su piel está marcada por cicatrices que no son medallas de batalla, sino trazos de un mapa que cuenta historias que nadie más conoce.

Mi mirada, casi sin querer, desciende por su torso. Los músculos de su abdomen se tensan con cada respiración, formando un relieve de líneas y sombras que parecen esculpidas en piedra. Una fina línea de vello desciende desde su ombligo, trazando un camino hacia su pelvis donde se hace más abundante.

Cuando mis ojos finalmente llegan a su sexo, siento cómo mi garganta se cierra. Su virilidad descansa pesada sobre sus muslos, colgando muy por encima de sus otras formas más redondas. No es como me lo había imaginado, si es que alguna vez lo hice realmente. Es grande, sí, pero hay una belleza cruda y poderosa en él que me deja sin aliento.

Mi mirada se queda fija ahí, sin entender del todo qué espero que suceda. La punta, gruesa y cubierta por un ligero velo de piel, parece latir suavemente. La piel en esa zona es más oscura, contrastando con el tono bronceado del resto de su cuerpo, y parece irradiar un calor propio. Cada detalle, cada sombra y contorno, habla de fuerza y vitalidad.

Pero lo que me desconcierta más es lo que empieza a suceder. Bajo mi mirada, el sexo de Cormac comienza a cambiar. Primero es un leve movimiento, una pequeña contracción y lo veo elevarse y engrosarse lentamente, como si algo dentro de él despertara, y no puedo apartar la

vista, aunque el rubor caliente que sube por mi cuello y mis mejillas me abrasa. La piel que cubre la punta se retrae y todo adquiere un tamaño abrumador mientras se alza hasta su vientre.

—¿Qué haces? —La pregunta se me escapa en un susurro lleno de nerviosismo.

Su mirada, fija en la mía, baja un instante hacia su propio cuerpo y luego vuelve a subir, cargada de una certeza que me sacude.

—No lo hago yo —responde con voz baja, intensa—. Lo haces tú... con tu mirada. Pareces muy interesada en esa parte de mi anatomía, Gunn.

Mis labios se curvan en una respuesta automática, el sarcasmo aflora en mi voz antes de que pueda detenerlo.

—¿Entonces si dejo de mirarte... bajará de nuevo? —pregunto con una mezcla de incredulidad y burla, sin saber muy bien si lo digo en serio o solo trato de aligerar la tensión que me pesa en el pecho.

—Creo que ya es tarde para eso —responde, y su voz tiene un toque de algo más profundo —. Pero esto es necesario. Voy a estar dentro de ti —murmura, su tono tan bajo que el sonido me eriza la piel—. Y para eso, debe estar así.

Sus palabras me golpean con una claridad que no esperaba. Claro que sé lo que significa, claro que he oído hablar de lo que pasa entre un hombre y una mujer. Kester y yo lo hemos hablado en susurros, compartiendo momentos prohibidos lejos de las miradas de otros.

Hubo momentos en que él y yo dejábamos que nuestros labios se encontraran y que nuestras manos exploraban la piel desnuda bajo las capas de ropa. Pero nunca llegamos a esto. Nunca cruzamos esa línea.

—¿Sabes lo que viene ahora? —pregunta, su tono bajo, como si hablara de algo inevitable. No hay burla, no hay crueldad en su voz.

—Lo sé —respondo, con los labios tensos, y por primera vez siento que las palabras no son suficientes.

Cormac baja la mirada hasta mi cuerpo, como si evaluara cada rincón antes de dar el siguiente paso. Pero no hay prisa en él, solo esa calma implacable que lo hace aún más intimidante.

—Entonces lo haremos lo más rápido posible —dice finalmente, como si estuviera cumpliendo con una promesa—. Desnúdate —ordena.

Un escalofrío recorre mi espalda. Mis manos tiemblan ante la idea de desnudarme frente a él.

Abro la boca para replicar, pero él me interrumpe:

—Hazlo, Gunn —repite Cormac, su tono adquiriendo un matiz peligroso—. O lo haré yo por ti.

Inspirando profundamente, decido no darle el gusto de verme vacilar. Con la cabeza en alto, me levanto de la cama tras deshacerme de mis zapatos. Mis pies descalzos tocan el suelo frío, anclándome a la realidad del momento. Comienzo a deshacer los lazos de mi vestido con dedos temblorosos, pero trato de mantener una fachada de serenidad.

El aire frío de la habitación roza mi piel cuando la primera capa de ropa se desliza por mis hombros, revelando la camisa interior de lino que cae hasta mis muslos. El corsé de cuero que ciñe mi cintura y pecho se hace más evidente, sujeta con cordones en la parte frontal. Mi respiración se acelera, no por la presión del corsé, sino por la intensa mirada de Cormac, que sigue cada uno de mis movimientos sin parpadear.

No aparta los ojos. Su calma es desconcertante, pero no se mueve. No me toca, no me apura. Solo espera, como un depredador paciente observando a su presa o eso parece hasta que habla.

—¿Vas a desnudarte lentamente para torturarme? —Su voz interrumpe el silencio, cargada de sarcasmo.

—Pensaba que te gustaba tomarte tu tiempo —respondo, con un tono cargado de provocación—. ¿No eras un hombre paciente?

Cormac deja escapar un leve suspiro, como si mi respuesta lo divirtiera, pero su expresión sigue tensa, calculadora.

—Bonito discurso —responde—. Pero quiero acabar ya.

Mis manos se mueven por la tela del corsé, y lo desato con cuidado, dejando que se deslice por mis brazos y caiga suavemente al suelo, junto a mi vestido. Ahora solo queda la camisa de lino, una barrera fina que apenas cubre lo esencial.

—¿Satisfecho? —pregunto, alzando una ceja.

Cormac da un paso adelante, reduciendo la distancia entre nosotros. Su altura imponente me envuelve, pero me niego a retroceder.

—Aún no —responde en un susurro—. La camisa también.

Mi corazón late con fuerza. Esta es la última barrera, la línea entre la formalidad y lo íntimo. Dudo por un instante, pero no pienso darle el poder de verme titubear.

Con manos firmes, agarro el borde de la camisa y, en un movimiento decidido, la levanto

sobre mi cabeza. El aire frío acaricia mi piel desnuda, provocando un escalofrío. Mis pezones se tensan, pero no aparto la vista de su rostro.

Cormac sigue observando, inmóvil. Cada músculo de su torso parece tallado en piedra, pero es su mirada la que pesa más que cualquier cosa. No hay compasión en esos ojos, pero tampoco burla. Solo esa calma que me desarma.

—Túmbate —ordena, su voz más baja, más densa, como si saboreara la palabra.



CAPÍTULO 3

Mis piernas tiemblan ligeramente mientras me acerco de nuevo a la cama y me siento en el borde. El frío del suelo de piedra aún se siente en las plantas de mis pies descalzos.

Cormac se mantiene de pie frente a mí, su altura imponente hace que su cuerpo esté a la altura de mis ojos. Mi mirada se encuentra con su abdomen firme, y más abajo, su sexo, duro, erguido y tenso, apuntando hacia su vientre, a escasos centímetros de mi rostro.

El rubor caliente sube por mis mejillas, pero no aparto la vista; una mezcla de desafío y curiosidad me impulsa a mantener la compostura, a dejar que mis ojos recorran las venas que surcan su longitud.

Su erección es evidente, poderosa, y cada latido parece sincronizado con el acelerado ritmo de mi corazón.

Cormac nota mi mirada y una sombra de sonrisa asoma en la comisura de sus labios.

—Parece que tienes mucha curiosidad.

Trago saliva, intentando mantener el control.

—No tienes nada que no haya visto antes —miento, sosteniendo su mirada.

Cormac arquea una ceja, claramente divertido por mi respuesta.

—Ah, ¿sí? Entonces no te importará que me acerque más.

Sin esperar mi respuesta, Cormac da un paso adelante, acercándose hasta que su cuerpo está a escasos centímetros del mío. Su erección está ahora completamente a mi alcance, y puedo sentir el calor que emana de él.

Con un atrevimiento que no sabía que tenía, extiendo lentamente mi mano y rozo con la yema de mi dedo la punta. La piel es cálida y suave, y siento cómo vibra bajo mi toque. Una

corriente eléctrica recorre mi brazo, y levanto la vista para encontrarme con sus ojos. Su expresión cambia; la diversión da paso a una mezcla de sorpresa y algo más intenso.

—Me pregunto hasta dónde llega tu curiosidad —murmura.

Sin apartar mi mirada de la suya, extiendo mi mano lentamente y deslizo la yema de mi dedo a lo largo de su erección, explorando con cautela cada centímetro. La suavidad de su piel y la firmeza bajo mi toque es fascinante. Observo cómo su respiración se vuelve más profunda y cómo sus labios se entreabren ligeramente, dejando escapar un suspiro casi imperceptible.

Cierra los ojos por un instante como si intentara recuperar el control. Cuando los abre de nuevo, encuentro en su mirada una sombra de advertencia mezclada con algo más intenso.

—No deberías hacer eso —dice de repente, su voz adquiere un tono más brusco mientras su mano se cierra alrededor de la mía, deteniéndola.

Es evidente que lucha por mantener el control de la situación, como si cada paso estuviera cuidadosamente calculado. Necesita tomar las riendas, asegurarse de que cada gesto tenga un propósito definido, sin dejarse llevar por impulsos.

—Muy bien, sin caricias entonces —respondo con firmeza, ocultando mi decepción tras una máscara de indiferencia.

Me echo hacia atrás en la cama, recostándome y alejando mis manos de él deliberadamente. El silencio que sigue es pesado, cargado de emociones no dichas. Puedo ver cómo su mandíbula se tensa y cómo sus ojos recorren mi cuerpo.

Entonces clava una rodilla en la cama y sus manos separan mis rodillas, abriéndome a su mirada, a su cuerpo.

Mi corazón late con fuerza, una pulsación insistente que resuena en mis oídos. Intento mantener una postura erguida, digna, pero mi respiración se acelera pese a mis esfuerzos. Sé que él lo nota; claro que lo nota. Cormac me contempla con esa calma casi irritante, como si pudiera leer cada emoción que intento ocultar, cada pensamiento que cruza por mi mente.

Su presencia es abrumadora. La cama, enorme bajo nosotros, parece empequeñecer cuando sus manos se apoyan a ambos lados de mi cuerpo, sujetando su peso sobre mí.

El calor de su cuerpo se mezcla con el frío de la habitación, y siento cómo el colchón cede un poco más bajo su peso, acercándonos aún más. Su pecho apenas roza el mío, pero no me toca directamente.

Sus caderas separan aún más mis piernas con una precisión calculada, colocándose entre

ellas. Me siento vulnerable, abierta, expuesta a cada uno de sus movimientos.

Se toma su tiempo, y eso me pone más nerviosa que si actuara de manera brusca o apresurada. Su control es total, y lo sabe.

El sexo de Cormac, duro y pesado, roza mi sexo y mi cuerpo responde con una mezcla de temor y expectativa. Aunque mi mente trata de mantenerse firme, de convencerme de que esto es solo un trámite, mi cuerpo no está preparado para la sensación que provoca ese roce.

Cormac baja la mirada, observando cómo su miembro presiona ligeramente contra mí y murmura:

—Relájate. Intentaré ser suave.

Siento su cuerpo tenso sobre el mío, cada músculo marcado bajo la piel es una muralla entre él y yo, y, aun así, no puedo dejar de notar el poder que contiene en cada movimiento. Su rostro está cerca del mío, pero no lo suficiente como para besarme. No hay ternura en su contacto, solo una sensación de inevitabilidad.

Respiro hondo, intentando hacerle caso, pero mi cuerpo se niega a relajarse del todo. Sus caderas se acercan un poco más, y siento cómo su sexo comienza a presionar con más fuerza en mi entrada, abriéndose lentamente camino.

La sensación es intensa, una mezcla de incomodidad y algo más profundo, algo que no termino de comprender. Me invade una presión desconocida, y cada segundo que pasa se vuelve más real, más imposible de ignorar.

Cormac no se mueve rápido. Va despacio, lo suficiente como para que mi cuerpo se adapte, aunque siento cómo cada centímetro suyo me estira más de lo que había imaginado. Mi respiración se entrecorta, y por un momento, pienso que no podré soportarlo, pero él sigue avanzando, implacable.

—Respira —murmura, su tono más bajo—. Te acostumbrarás.

El peso de él sobre mí, su sexo empujando más adentro, me hace sentir atrapada y al mismo tiempo consciente de cada parte de mi cuerpo que está siendo conquistada por él. Me arqueo ligeramente, incapaz de evitarlo, mientras la presión dentro de mí sigue aumentando, y siento cómo Cormac sigue invadiendo cada espacio hasta que está completamente dentro de mí con un empujón más firme.

El dolor es inmediato, una quemazón intensa que me hace apretar los dientes. Acaba de tomar mi virginidad y el ardor se convierte en un pinchazo profundo.

Cormac se detiene en ese momento, se queda completamente quieto, mientras deja que mi cuerpo se acostumbre a su presencia. Mi corazón late frenético, y el sudor empieza a perlar mi frente. El dolor sigue ahí, punzante, pero al menos no empeora. No me atrevo a moverme, esperando a que pase, a que el fuego en mi interior se calme.

—¿Duele? —pregunta en un susurro, pero no hay burla en su voz esta vez, solo una calma distante.

Asiento, sin poder articular palabra. Mi cuerpo entero está en tensión, tratando de soportar el dolor. Él lo nota, claro, pero no dice nada más. Simplemente permanece quieto, dándome tiempo.

Pasan unos segundos, o quizás minutos, antes de que el dolor comience a disminuir ligeramente. Mi respiración se estabiliza, y aunque sigue siendo incómodo, puedo sentir que mi cuerpo se adapta, lentamente.

Cormac, sin moverse aún, me observa. Hay algo en su mirada que no logro descifrar, pero no es compasión, ni ternura. Simplemente está esperando. Calculando.

Aprieto los puños, tratando de calmar mi respiración mientras el dolor empieza a transformarse en una presión incómoda.

—¿Aún duele? —vuelve a preguntar, esta vez con algo más de urgencia.

No respondo, no quiero darle esa satisfacción. Aguanto la respiración, tratando de mantenerme firme.

Cormac permanece un segundo más en ese contacto completo, su cuerpo apretado contra el mío, inmóvil, como si estuviera esperando algo.

—Si no respondes, lo tomaré como un no —dice apretando los dientes, su voz tensa y controlada. No hay burla en su tono, pero sí una advertencia oculta, una fuerza contenida que parece a punto de liberarse.

Entonces, lentamente, comienza a moverse.

Sus caderas retroceden apenas un poco, y el vacío que deja es breve, pero suficiente para que sienta un leve alivio... hasta que vuelve a empujar.

Lentamente, firme, avanza de nuevo dentro de mí, su movimiento es metódico, casi como si midiera el efecto que provoca en mí. Mi cuerpo se tensa más con cada movimiento, y aunque trato de mantener la calma, el roce de su piel contra la mía es demasiado intenso, demasiado real.

El colchón cruje bajo nosotros, y cada empujón que Cormac da me hace morderme el labio, luchando por no emitir más sonidos que me delaten. Mis uñas se clavan en las sábanas, mis

piernas ligeramente tensas alrededor de su cuerpo, aunque me niego a ceder del todo.

Cormac respira más fuerte, sus manos apretándose sobre el colchón junto a mi cabeza, sus brazos tensos y marcados por las venas que serpentean hasta sus manos. Me siento atrapada, como si mi propio cuerpo ya no me perteneciera, y él lo sabe.

Su cadera empuja una vez más, más profundo esta vez, y la sensación de su erección llenándome por completo me deja sin aliento. Mi cuerpo se adapta a él de una manera que me desconcierta. Y hay algo más, algo que nunca había imaginado.

Un gemido escapa de mis labios antes de que pueda detenerlo, y odio que lo haya oído, pero Cormac no se burla. Sonríe apenas, esa sonrisa de triunfo silencioso que siempre me irrita, y sigue moviéndose, despacio, marcando su propio ritmo.

—No tienes que fingir ser fuerte todo el tiempo. Estás sintiendo esto lo quieras o no —murmura, su tono bajo, cargado de una satisfacción contenida

Su respiración se vuelve más pesada, su cuerpo tenso, pero sigue manteniendo ese ritmo. Me niego a dejarme llevar, a ceder del todo, pero la fricción constante, la sensación de él dentro de mí, está empezando a romper la barrera que he intentado construir.

Mi espalda se arquea involuntariamente, y por un segundo, odio la respuesta que mi propio cuerpo le está dando. Quiero mantener el control, no ceder ante él, pero es imposible. Cada vez que empuja, el aire se me escapa en un jadeo, y aunque lucho por mantener el control, mis manos lo buscan, mis dedos se hunden en su espalda, arañando su piel con fuerza.

Cada empujón me lleva más lejos, me arranca pequeños jadeos que trato de sofocar, pero él lo nota todo. Su mirada se oscurece y el ritmo de sus movimientos cambia. Se vuelve más urgente, más intenso, como si algo en él hubiera despertado, como si cada respuesta involuntaria de mi cuerpo le diera más poder.

—Mírame —murmura, su voz más baja, más áspera. No lo haré, me niego a obedecer, mantengo la vista fija en el techo, mis labios apretados en una línea tensa, pero su tono se vuelve más implacable—. Mírame, Gunn.

Mi corazón late frenéticamente, y finalmente giro la cabeza para encontrarme con sus ojos. Su mirada es intensa, oscura, y algo en ella me hace sentir más vulnerable que el propio hecho de estar desnuda y abierta para él.

—Dilo, Lilias —susurra, su voz profunda, como un eco oscuro en la habitación—. Admite lo que estás sintiendo. Mírame y dilo.

Muerdo mi labio, tratando de ahogar el siguiente gemido que lucha por salir. Mi orgullo no

me deja ceder, pero la sensación es demasiado intensa. El calor, la fricción, la presión constante… todo se acumula, y mi cuerpo empieza a rendirse, aunque mi mente siga resistiendo.

—No voy a decir nada —respondo finalmente, mi voz temblorosa, pero firme—. No voy a darte esa satisfacción. No pienses que con esto puedes reclamarme sin más.

Una chispa se enciende en sus ojos. Algo peligroso.

—¿Qué no puedo? —dice, inclinándose ligeramente hacia mí, su voz suave, pero cargada de un filo que me hace temblar—. Lilias, me temo que ya lo he hecho.

Cormac no aparta los ojos de los míos mientras sus palabras aún cuelgan en el aire, como una promesa oscura que no puedo ignorar. Antes de que pueda reaccionar, se deja caer sobre mí, su peso atrapándome contra el colchón. Mi cuerpo se tensa, pero el suyo es implacable, puro músculo sobre mí.

Siento su respiración pesada contra mi cuello y sus manos se tensan en mis caderas mientras me mantiene abierta para él, sujeta de una manera que no me permite escapar. Pero en este punto, no estoy segura de querer hacerlo. Mi cuerpo vibra bajo el suyo, y aunque quiero resistirme, ya estoy perdida en la sensación.

—Lo retiro. Cuando tengas sexo conmigo, no quiero que pienses en nadie más —declara con los dientes apretados.

De repente, su mano se desliza hacia mi pierna, levantándola, abriéndome aún más. El cambio de ángulo hace que el contacto entre nosotros sea más profundo, más directo, y una ola de calor me sube desde el vientre, quemándome por dentro. Me muerdo el labio para no gemir, pero cuando Cormac se inclina aún más, su pecho presionando mis senos, mi cabeza cae hacia atrás sin que pueda evitarlo.

Lo odio por lo que me está haciendo sentir, pero lo deseo tanto que me ahogo en el placer.

Mis caderas se levantan involuntariamente para encontrarse con las suyas, y el contacto es demasiado intenso justo en mi sexo. Mi cuerpo se retuerce debajo de él, mis piernas se enredan a su alrededor, y sin darme cuenta, estoy moviéndome con él, buscándolo, deseándolo más de lo que jamás habría pensado.

Una tensión increíble se acumula entre mis piernas, más y más, hasta que no puedo contenerla. Cada embestida suya me lleva al límite, hasta que finalmente, sucede.

Algo explota dentro de mí, algo que no había previsto. Es como si el calor que se había acumulado finalmente estallara en una serie de espasmos que recorren mi cuerpo desde lo más profundo. Mi respiración se entrecorta, y no puedo evitar los gritos que salen de mi garganta,

fuertes, imparables y creo que digo su nombre.

No sé qué está ocurriendo, pero todo mi cuerpo está ardiendo, vibrando con una intensidad que no puedo controlar. Mi mente intenta procesarlo, pero no hay lógica, ni hay explicación. Solo esta sensación, este placer desconocido y abrumador que me consume por completo.

Mi cuerpo se arquea, mis músculos se tensan, y todo lo que puedo hacer es aferrarme a él y eso parece desencadenar algo en Cormac. Su mandíbula se tensa, sus ojos se oscurecen, y de repente, todo lo que había sido calma y control se transforma en pura necesidad. Gruñe, un sonido bajo y ronco, casi animal, y su respiración se vuelve más rápida, entrecortada.

—Joder —murmura, su voz baja y entrecortada, como si luchara por mantener algún resquicio de compostura, pero la urgencia con la que me embiste revela que está al borde.

Su piel arde contra la mía, y un gemido gutural escapa de su garganta mientras su cuerpo se tensa sobre el mío, rígido, casi temblando. Lo siento liberarse dentro de mí, caliente y potente, llenándome con una fuerza que me deja sin aliento. No hay nada delicado en esto. Es crudo, real, brutal.

Cormac se desploma sobre mí, su pecho subiendo y bajando con el esfuerzo de lo que acabamos de compartir. El silencio que sigue es pesado, cargado de todo lo que ninguno de los dos está dispuesto a decir.



CAPÍTULO 4

Cormac sigue sobre mí, su respiración pesada contra mi cuello, todavía tenso después del clímax. La sensación de su cuerpo encima del mío me abruma, pero más que el peso físico, es el hecho de que estamos aquí, juntos, después de todo lo que acaba de suceder. Mi mente vuelve a la realidad y la incomodidad se cuela en mi pecho. Me revuelvo bajo él, empujando suavemente su hombro.

—¿Vas a quedarte ahí mucho tiempo más? —murmuro, con mi tono cargado de un sarcasmo que apenas cubre el nerviosismo que empieza a invadirme—. Porque... ya sabes, me vendría bien respirar.

Cormac no se mueve de inmediato, pero su pecho sube y baja mientras deja escapar un suspiro lento, como si realmente estuviera debatiéndose entre hacerme caso o no. Su mirada se cruza con la mía, y por un segundo, pienso que va a decir algo serio, quizás brusco, pero en lugar de eso, una sonrisa ladeada aparece en sus labios.

—Esta es mi alcoba, Gunn —dice con una calma peligrosa—. Si alguien debe irse, eres tú.

Me revuelvo de nuevo bajo su peso, algo irritada por su respuesta, y sé que él lo nota porque su sonrisa se ensancha. Mis manos todavía presionando contra su pecho, pero es como empujar una roca.

—¿Irme? —escupo, mirándolo directamente a los ojos—. ¿Y salir delante de toda esa gente? ¿Después de cómo... —mi voz se apaga un momento, no puedo evitar que el rubor me suba a las mejillas— ...grité?

Él suelta una risa profunda, tan baja que casi parece una vibración en el aire entre nosotros. Su mirada chispea con burla, pero hay algo más detrás de esa sonrisa arrogante. No lo dice en voz alta, pero puedo verlo: está encantado. Sabe que me hizo sentir algo, y no solo algo... todo. Su mano se mueve perezosamente por mi costado, un gesto que parece casual, pero que está

cargado de intención.

—¿Es eso lo que te preocupa? —pregunta, su tono burlón—. ¿Que hayan oído lo bien que te lo has pasado?

Lo fulmino con la mirada, intentando ignorar el calor en mis mejillas. Pero su sonrisa, tan descarada, tan irritante, me provoca.

—Lo único que me preocupa es salir de aquí sin que todos piensen que... —mi voz baja un poco, y lo odio por hacerme sentir tan vulnerable— que yo... No importa.

Cormac se echa a reír de nuevo, esta vez con más fuerza. Su risa retumba en la habitación, llenándola de un sonido que, en otra situación, podría haber sido casi agradable. Pero ahora, solo me irrita más.

—Lilias —murmura, su aliento rozando mi mejilla mientras se inclina más cerca, sus ojos brillando con diversión—. Créeme, todos los que están fuera ya saben lo que pasó. No tienes que fingir que no lo disfrutaste.

—No lo hice —replico, pero incluso a mis propios oídos suena a mentira, y lo sé. Cormac también lo sabe—. Si estuvieran aquí dentro, habrían visto que no fue nada especial —le espeto, mi voz cortante, aunque el rubor en mi piel traiciona mis palabras.

Cormac se ríe suavemente, un sonido profundo que resuena en su pecho y lo siento vibrar contra el mío. Me remuevo bajo él, pero es inútil. No se mueve ni un centímetro, y cuanto más lucho por alejarme, más parece disfrutarlo.

—¿Nada especial? —repite con incredulidad, arqueando una ceja mientras su mano, aún apoyada en mi muslo, se desliza lentamente hasta mi cadera, rozándola apenas, pero lo suficiente para que mi piel se erice—. Entonces esos gritos eran pura actuación, ¿no?

—Desesperación —digo con firmeza—, por volver a respirar.

Cormac se inclina un poco más, sus labios rozando apenas mi oído, y su aliento cálido me provoca un escalofrío que no logro controlar.

—Desesperación... por mí. Aunque lo niegues, lo sentiste.

—¿Desesperación por ti? —Mi tono ahora es afilado, cargado de veneno—. Me equivoqué contigo, Sutherland. Pensé que tenías algo de dignidad, pero está claro que solo eres otro hombre engreído.

Él ríe de nuevo, pero esta vez no es una risa divertida, sino más bien seca, cargada de algo más oscuro.

—Indigno, Gunn, es que estés aquí, debajo de mí, después de todo lo que acabas de sentir, y sigas fingiendo que no te ha importado. —Su mano sigue en mi piel y estaba vez la aprieta entre sus dedos—. ¿De verdad quieres salir de esta habitación aparentando que no lo disfrutaste?

Mi rabia crece, pero mi cuerpo, maldita sea, responde a cada roce. Me muevo bruscamente, empujándolo de nuevo, y aunque apenas lo desplazo, consigo liberar al menos un poco de espacio entre nosotros.

—No pienso seguir soportándote —gruño, mi voz casi temblando de frustración.

—Entonces vete —responde Cormac sin un ápice de preocupación, su voz calmada, imperturbable—. Sal con la cabeza bien alta si crees que puedes.

—Eres un idiota, Sutherland —murmuro entre dientes, con los ojos fijos en los suyos—. No me vas a humillar delante de toda esa gente.

Cormac sonríe, pero esta vez su expresión es más peligrosa, como si acabara de ganar una partida que no sabía que estaba jugando.

—No te preocupes, Gunn. Nadie te va a humillar. —Sus palabras son suaves, pero su mirada está cargada de burla—. Ya lo hiciste tú sola, gritando como lo hiciste.

Mi ira explota. Alzo una mano para empujar su pecho con más fuerza, pero antes de que pueda hacer nada, él atrapa mi muñeca en el aire, sujetándola con facilidad.

—Cálmate —murmura, su tono bajo, con una mezcla de advertencia y diversión—. Si quieres pelear conmigo, al menos espera a que haya descansado un poco.

Cormac finalmente se aparta de mí, levantándose de la cama con una lentitud casi irritante. Su peso desaparece, pero la sensación de su piel contra la mía sigue ahí, como si todavía estuviera atrapada bajo él.

Me siento en la cama, manteniendo la sábana alrededor de mi cuerpo mientras él se inclina para recoger su tartán del suelo, y aunque no quiero admitirlo, mis ojos se quedan fijos en él.

Su cuerpo se mueve con una fluidez que parece casi incongruente para un hombre de su tamaño. Sus músculos se tensan bajo la piel y, por alguna razón, no puedo dejar de observar el contorno firme de su espalda, la curva de su culo y sus «joyas de la corona», que cuelgan pesadas, oscilando ligeramente mientras se mueve.

Mi garganta se cierra, y un calor se instala en mis mejillas, no por la vergüenza, sino por una mezcla de desconcierto y algo que no quiero reconocer. Aparto la mirada rápidamente, intentando recomponerme, pero es inútil. La imagen de su cuerpo desnudo, tan crudo y

desvergonzado, se ha grabado en mi mente.

«Por favor, que no se dé cuenta».

Cormac, completamente ajeno o demasiado seguro de sí mismo como para importarle, se ajusta el tartán con una calma irritante. Cuando finalmente se vuelve a mí, con esa expresión impasible, lo odio un poco más. ¿Cómo puede estar tan tranquilo después de lo que acabamos de hacer? ¿Cómo es posible que ni siquiera se le pase por la cabeza lo incómoda que me siento ahora mismo?

—¿Lo has disfrutado? —pregunta de repente, su voz baja y cargada de una burla apenas contenida.

Me quedo helada. Me muero por soltar una respuesta mordaz, pero me doy cuenta de que él no está hablando del sexo, sino del hecho de que me ha pillado mirándolo descaradamente.

—¿Disfrutar de qué, Sutherland? —respondo, intentando sonar indiferente, pero mi tono suena más irritado de lo que quería.

Cormac da un paso hacia mí, su sonrisa apenas visible, pero el brillo en sus ojos lo delata.

—Del espectáculo, Gunn —dice, con una sonrisa que deja claro que está divirtiéndose a costa mía—. Es bastante sorprendente lo mucho que te cuesta apartar la vista.

Mi mandíbula se tensa. No puedo creer que tenga la desfachatez de decirme esto.

—No te sobreestimes —respondo con un sarcasmo agudo, abrazando la sábana con más fuerza alrededor de mí—. No es más que… curiosidad.

—¿Curiosidad? —repite, levantando una ceja—. ¿Así llamas a mirarme el culo como si fuera el único trofeo que te queda en la vida? Si hubiera sabido que estabas evaluando trofeos, me habría esforzado más.

—Me habría dado igual, Sutherland. No tienes nada que me impresione. —Le mantengo la mirada, desafiante, aunque en mi interior el calor sigue ardiendo por la forma en que su cuerpo se movió sobre el mío hace apenas unos minutos.

—Ya veo —dice, con una sonrisa que apenas roza sus labios—. Esta será otra de esas cosas que negarás haber disfrutado... mientras sigues pensando en ello.

Se mueve con una fluidez casi felina hacia la ventana con el tartán envuelto en su cintura. Su cuerpo es todo músculo y fuerza, pero no hay arrogancia en sus movimientos.

Me mira de reojo, pero no dice nada por unos segundos. Cuando habla, lo hace con esa voz baja, controlada.

—Duerme aquí esta noche. No te tocaré más. Y mañana podrás mudarte a otra habitación. Esta es mía.

Parte de mí quiere gritarle que no me interesa su oferta, que preferiría dormir en el suelo antes que compartir su cama. Pero la verdad es que estoy agotada. Mi cuerpo aún recuerda la tensión, el dolor y… sí, el placer. Un placer que no quiero admitir.

Al contrario que yo, él no parece haber sido afectado en absoluto por lo que acabamos de hacer. Y eso me enfurece.

—¿Así que ya está? —pregunto, levantando una ceja y envolviendo la sábana alrededor de mí—. ¿Un simple «ya terminé, puedes irte»? Qué caballeroso.

Cormac se da la vuelta, su expresión impasible, pero hay algo en la forma en que sus labios se curvan que me irrita profundamente. No está enfadado, no está ni siquiera frustrado. Está… entretenido.

—No esperaba que quisieras más, Gunn. —Su tono es burlón, pero no hay rastro de malicia —. Creía que preferirías dejar claro que esto no fue más que un trámite.

—Y lo es —replico rápidamente, alzando la barbilla —. No creas que he cambiado de idea solo porque… —Mi voz se corta, porque no quiero recordar lo que pasó, lo que sentí.

—Porque gritaste mi nombre —completa él, disfrutando de sus palabras—. Sí, lo recuerdo bien.

El calor vuelve a mis mejillas, pero no es rubor. Es furia.

—Fue un desliz, Sutherland. No te hagas ilusiones.

—Descuida, no me hago ilusiones.

—Muy generoso de tu parte —replico, mi sarcasmo alzándose de nuevo como una barrera entre nosotros—. Ahora, si no te importa, me gustaría dormir sin sentir tus ojos clavados en mí.

Cormac me mira por un segundo más, su expresión inmutable, antes de soltar un suspiro, como si mi resistencia solo le provocara cansancio.

—Duerme tranquila, Gunn. Seremos perfectos extraños otra vez. —Y con eso, se da la vuelta, dándome la espalda de nuevo mientras mira a través de la venta. Su cuerpo todavía envuelto en esa maldita calma que me pone los nervios de punta.

Lo observo un momento, sin saber qué responder, sin saber si debería sentir alivio o frustración. Pero, al final, me dejo caer sobre el colchón, exhausta, aunque mi mente siga dando vueltas, inquieta por todo lo que ha pasado.

Y, de repente, siento una presión en el pecho, como si estuviera a punto de llorar. Pero me lo trago. Mi madre siempre me dijo que llorar era una debilidad, algo inútil, igual que una hija en un mundo de hombres.

Para ella, yo era poco más que una moneda de cambio, y si no podía ser un guerrero como mis hermanos, al menos debía aparentar alguna utilidad o al menos no parecer inútil.

—Finge que eres fuerte —decía mi madre—. Finge que sirves para algo.

Ser la única mujer entre cinco hermanos no ha sido fácil. Diez manos siempre listas para luchar, robar ganado o traer algo de comida para el clan. Y yo… yo solo servía para esto, para ser una buena pieza en el tablero de alianzas, un matrimonio ventajoso con los MacKay.

Me paso una mano por el rostro, intentando eliminar la sensación de vulnerabilidad que me asfixia. Y entonces, mi mente divaga hacia Kester. ¿Habrá tenido la misma noche que yo? ¿Habrá escuchado su nombre de los labios de Mairead como Cormac ha escuchado el mío?

No. Me niego a torturarme con esos pensamientos. Si algo aprendí de mi madre, es a no dejarme arrastrar por lo que no puedo controlar, por lo que no sirve de nada. Mis emociones, mis deseos... son inútiles. Y no puedo permitirme el lujo de ser débil.



CAPÍTULO 5

Me levanto antes del amanecer, con el cuerpo tenso y la mente aún más. Aún está oscuro, y el silencio de la habitación me pesa más de lo que debería. La siento ahí, durmiendo profundamente, pero no la miro. No quiero mirarla. No después de lo que pasó anoche.

Reúno mi ropa del suelo, despacio, sin hacer ruido. El tartán sigue enrollado donde lo dejé tirado antes de meterme en la cama de nuevo, y lo coloco alrededor de mi cintura con movimientos casi mecánicos. Necesito aire. Necesito pensar. Lilias no se mueve. Ni un suspiro. Cierro los ojos un segundo, tratando de ordenar lo que siento. Pero todo está confuso. Mierda.

Salgo de la alcoba y el frío del pasillo me golpea de inmediato. No puedo quejarme. El castillo de Dunrobin siempre ha sido frío, una fortaleza junto al Mar del Norte que soporta cada embate del viento como un soldado en pie. Las paredes de piedra son tan gruesas que ni siquiera los ecos del pasado las traspasan. Y, sin embargo, este frío no parece suficiente para calmar la tormenta que llevo dentro.

Desciendo las escaleras rápidamente, evitando cruzarme con cualquiera que pueda estar despierto. El patio aún está desierto. Respiro hondo al sentir el viento gélido en mi piel. Pero la mente sigue dándole vueltas a lo mismo. Lo que pasó anoche no fue lo que esperaba. De hecho, no tenía intención de esperar nada. Solo consumar el matrimonio, algo de sexo rudimentario y seguir adelante, como tantas otras veces. Sin complicaciones. Sin pensar más en ello.

Pero joder...

Cruzo el patio en dirección al acantilado, y veo a uno de mis hombres, Fingal, ya despierto. Es de los pocos en los que confío realmente. A su lado está Duncan, más joven, pero con la lealtad que uno puede esperar de alguien que ha crecido en estas tierras. Ambos me miran cuando paso, pero no dicen nada. Saben cuándo mantener la boca cerrada.

El sonido del mar rompiendo contra las rocas me llama. Al llegar a la orilla, me deshago del

tartán y entro en el agua. El frío es un golpe brutal, pero lo necesito. El agua helada me calma los nervios, o al menos lo intenta. Me sumerjo hasta que apenas puedo pensar en otra cosa que no sea el dolor del frío.

Lilias.

No dejo de pensar en ella. Ni siquiera me molesté en hacer las cosas fáciles. La miré y la penetré sin una sola caricia... pero ella no se rindió en ningún momento. Cada vez que entraba en su cuerpo, más me encendía esa maldita resistencia suya.

Y ella nunca había estado con otro hombre antes. Y, por alguna razón, esa maldita idea me sacudió más de lo que quiero admitir. MacKay no la tocó. Nadie lo hizo. Era mía. Entera. Y cuando la escuché gritar de placer bajo mi cuerpo...

Joder, no esperaba que fuera así.

Se supone que las vírgenes no disfrutan. Que para ellas duele, que el placer es algo lejano, algo que quizás venga después. Pero ella... Lilias lo sintió desde el principio. Cada gemido, cada movimiento de su cuerpo... se retorcía como si el placer fuera una jodida tortura, y yo, como un cabrón, disfruté de cada maldito segundo.

Nunca me ha importado que una mujer disfrute. Siempre ha sido cuestión de desahogo y las esposas no suelen hacerlo. Eso me han repetido mil veces antes de mi enlace como si fuera un puto novato. Pero anoche...

Ella se entregó al placer de una manera que no esperaba.

Nado un poco, dejando que el frío me saque de ese estado, pero es inútil. La sensación de su cuerpo arqueándose bajo el mío, su voz llamándome... todo sigue ahí. Ella es pura provocación. Fuego que, maldita sea, no sé cómo apagar. Y lo peor es que sé que esto no ha acabado. No soy estúpido. Sé lo que significa estar casado con una Gunn. Son traidores. Mataron a mi hermano y esconden al culpable como ratas.

Y yo no me conformo con castigar a cualquiera. No. Encontraré al responsable y cuando lo haga... sufrirá hasta que desee su muerte. Y no habrá misericordia.

Emerjo del agua, temblando, pero con la mente un poco más clara. Los músculos de mi cuerpo se tensan, y mi respiración es pesada por el frío, pero no me importa.

Fingal y Duncan están al borde del acantilado, observándome desde lejos. No dicen nada, solo me esperan.

Salgo del mar y recojo el tartán. Me envuelvo con él, mientras Fingal se acerca.

—¿Dura noche? —pregunta, con su tono habitual de burla, sin poder contener la sonrisa.

Lo fulmino con la mirada, mientras me ajusto la tela alrededor de la cintura.

—Eso no es asunto tuyo —respondo, seco.

Fingal se encoge de hombros, pero sigue sonriendo, encantado de encontrarme de este humor.

—Lo parece —dice, sin poder evitarlo, pero con ese tono que sabe cuándo debe parar.

Le lanzo una mirada de advertencia, y él levanta las manos en un gesto de paz. Duncan nos mira de reojo, pero sabe cuándo no meter la pata. Me doy la vuelta hacia el mar del norte, mirando hacia el horizonte, y siento que el viento helado me golpea la cara.

Lilias Gunn. Tendré que lidiar con esa maldita mujer mucho más de lo que pensaba.

Fingal no tarda en abrir la boca, y lo hace con ese tono burlón que me irrita desde que éramos niños.

—Dicen que hubo mucho movimiento tras esas puertas anoche —comenta con una sonrisa torcida, acercándose a mí mientras me ajusto la camisa—. Se te pudo oír desde el calabozo, Sutherland. Bueno, no a ti exactamente… más bien a tu pelirroja.

No me molesto en responderle de inmediato. Sigo ajustándome la ropa con una calma que sé que solo lo desespera. Fingal siempre ha sido un cabrón con buen oído para los rumores, y un don para echar leña al fuego.

—¿Te lo imaginas? —insiste Fingal, inclinándose un poco hacia adelante—. Aunque no están seguros de si ella gritaba de placer... o de lo bastardo que eres por montarla.

Duncan, el más joven de los tres, se ríe también, pero más contenido, siempre pendiente de no cruzar ciertos límites. Me doy la vuelta despacio, ahora enfrentándolos a ambos, con esa calma calculada que siempre uso.

—¿Y qué es lo que piensas tú, Fingal? —pregunto, mi tono bajo, pero cargado de advertencia.

—¿Yo? —Fingal se encoge de hombros, pero la sonrisa no se borra de su cara—. Yo pienso que, si los gritos llegaron hasta el foso, probablemente rompiste algo. ¿La cama, tal vez? Pero en serio, hermano —dice, sin perder la sonrisa burlona—. No te culparía si te volviste un poco loco con esa mujer. Los Gunn podrán ser unos malditos traidores, pero esa pelirroja… —Chasquea la lengua, mirándome con una expresión que mezcla burla y admiración—. Es una belleza, piel suave, un cuerpo que... Bueno, joder, no te culparía si perdiste la cabeza anoche.

No serías el primer Sutherland en caer rendido a los pies de una Gunn. De hecho, parece ser algo que corre por la familia.

Frunzo el ceño, terminando de ajustarme el cinturón. Sus palabras me irritan más de lo que me gustaría admitir.

—Fue lo que tenía que ser —respondo con frialdad—. Una maldita obligación. Es una Gunn —replico, cortando de raíz cualquier insinuación—. No voy a perder la cabeza por esa mujer. Nunca.

Fingal aún se ríe cuando Duncan lo interrumpe con un tono más serio.

—Aunque no eras el único con quebraderos anoche, Cormac —dice, bajando la voz un poco —. Parece que a alguien más se le voló un poco la cabeza mientras estabas ocupado.

Lo miro, frunciendo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—MacKay. Se emborrachó bien, y se puso algo agresivo. Buscaba pelea por todas partes. La mayoría lo dejó pasar porque... —Hace una pausa, sopesando sus palabras—. Bueno, está claro que no está pasando por su mejor momento.

Fingal asiente, pero su expresión se ensombrece un poco.

—Le hemos visto bebiendo antes, pero anoche... no era el mismo. Se le notaba jodido. Está claro... —me lanza una mirada significativa— que no soportaba la idea de lo que estaba pasando en tu alcoba, Sutherland, con su mujer.

Mi mandíbula se tensa, pero no dejo que mis emociones afloren. Claro que Kester MacKay está jodido. Siempre creyó que Lilias sería suya, hasta que no lo fue. Pero esa es la cuestión: Ella no es suya. Nunca lo fue y nunca lo será.

—Lilias Gunn no es la mujer de MacKay —digo, con una frialdad que corta como el acero —. Es mía. Y él tendrá que acostumbrarse a eso, igual que a todo lo demás.

Fingal y Duncan se quedan en silencio un momento, intercambiando miradas. Saben lo que significa. El honor de Kester está herido, y no hay forma de repararlo.

—Lo sabes, ¿verdad? —añade Fingal, rompiendo el silencio—. Aunque lo acepte, no va a dejar de mirarte con ese odio cada vez que te vea con ella.

Mi boca se tuerce en una sonrisa seca.

—No me importa cómo me mire —respondo, mirando hacia el mar—. No es mi problema.

Duncan asiente, pero su expresión se endurece.

—Lo sé, pero ten cuidado. MacKay no es un cualquiera y lo sabes. Es orgulloso, y hombres así... —se detiene, sopesando las palabras— no aceptan perder, mucho menos cuando se trata de una mujer de la que está claramente enamorado y que ha perdido frente a ti.

MacKay es un obstáculo, pero no más que cualquier otro que haya enfrentado en mi vida. Y por mucho que esté jodido, eso no cambia nada. MacKay tendrá que entenderlo y vivir con ello, pero la casa de uno no es el lugar ideal para que dejar que se pudra el resentimiento y la tengo ahora llena de enemigos.

—¿Por qué no te deshaces de él? —dice Fingal, su tono más pragmático—. Envía a MacKay lejos. Dale alguna misión en la frontera, algo que lo mantenga ocupado y, sobre todo, lejos de aquí.

—Ya lo he pensado —respondo, cruzándome de brazos—. Pero por ahora prefiero tenerlo cerca. Quiero vigilarlo. —Hago una pausa, y el peso de la realidad cae sobre mis palabras—. Además, por desgracia, mi hermana parece estar fascinada por él. Y no tengo intención de castigar a Mairead.

Fingal resopla, divertido.

—Vaya ironía. Tienes a un MacKay al que le has quitado a su mujer bajo tu techo, resentido, enfadado, y, además, con tu hermana colgada de él —dice, resumiendo la situación en pocas palabras y con una carcajada amarga—. Suena divertido.

—Si te divierte, Fingal, eso dice más de ti que de la situación —respondo sin mirarlo, manteniendo la vista en el mar del Norte, su horizonte frío y despiadado como todo lo que conozco.

Duncan, más serio, me mira de reojo.

—¿Y qué hay de tu esposa? —pregunta, midiendo sus palabras—. ¿Y si ellos… ya sabes? Todo el mundo lo imagina, Cormac. Ellos estaban muy cerca. Enamorados, incluso. ¿No te preocupa lo que puedan hacer a tus espaldas?

—Lilias y MacKay tendrán que aprender a soportar esta situación. Lo que tenían antes se acabó. Este es mi hogar y bajo mi techo no permitiré ninguna traición. MacKay tendrá que acostumbrarse. Si se atreve a ponerle una mano encima, será su último acto en esta vida. —Mi voz suena más fría de lo que esperaba, y veo a Fingal levantar las cejas, como si lo hubiera sorprendido.

—¿Y ella? —insiste Duncan, fijando su mirada en la mía.

—Ella también tendrá un problema conmigo —respondo con calma, pero el mensaje es claro. Ni MacKay ni Lilias van a cambiar el curso de lo que ya está hecho.

—Supongo que lo sabremos pronto, ¿no? —comenta Fingal finalmente, su tono ligero, pero lleno de intenciones mientras me hace un gesto con la barbilla—. Porque la tensión entre esos dos no se va a desvanecer solo porque hayas marcado tu territorio.

Lo sigo con la mirada, y ahí están, justo donde indica su gesto. Lilias y MacKay, más cerca de lo que me gustaría. Él está inclinado sobre el muro del castillo, sus codos apoyados en la piedra desgastada, mientras Lilias está de pie a su lado, el viento agitando su pelo y el dobladillo de su vestido. Sus palabras no se oyen desde donde estamos, pero el lenguaje de sus cuerpos lo dice todo. Están tensos, dolidos, pero no soy ingenuo, se ven cómodos el uno con el otro, familiares

Claro que tampoco espero una sincera devoción de ella.

—¿Qué harás al respecto? —pregunta Duncan en voz baja, siempre más pragmático que Fingal.

Mi mandíbula se tensa, pero no aparto los ojos de la escena.

—No voy a hacer nada —respondo, con una calma que incluso me sorprende a mí.

Fingal deja escapar una risa baja, cargada de burla.

—Nada, dice. —Mueve la cabeza con incredulidad—. Mientras tanto, ahí está tu esposa, charlando con el hombre que ha querido poseerla toda su vida.

Lo miro de reojo, sin perder la compostura, aunque mi tono se endurece, cargado de una certeza que incluso yo no sabía que tenía.

—Pero nunca lo ha hecho —respondo con frialdad, mis palabras como un corte seco en el aire—. Y es mi nombre el que ella gritaba esta noche, ¿verdad?

Fingal se ríe abiertamente ahora, divertido por mi reacción. Duncan, sin embargo, no se ríe. Su mirada sigue fija en la pareja, observando cada detalle. Sé lo que está pensando. Y lo sé porque yo también lo estoy pensando, aunque no lo diría en voz alta.

El orgullo está ahí, claro, pero no soy estúpido. Lo que pasó anoche no fue más que lo que debía hacerse. Y aunque Lilias no es mi enemiga personal, sigue siendo una Gunn, y no se me olvidará tan fácilmente. Igual que ella no olvidará que estaba atada a ese maldito MacKay, que la mira como si fuera suya.

—El rey se ha vuelto loco —dice Fingal finalmente, soltando una carcajada seca, aunque su

tono oculta un toque de resentimiento—. Unir clanes que se han odiado durante generaciones como si estuviéramos jugando a juntar ovejas en el corral. Todo para mantener la paz en el norte. Qué jodido disparate.

—El rey no es idiota —dice Duncan en voz baja, pero su tono no oculta su desdén—. Sabe exactamente lo que está haciendo. No quiere paz. Quiere control. Nos quiere distraídos atados a su corona. Y mientras tanto, seguimos siendo sus perros de guerra.

—Claro que es idiota si cree que puede dictar las reglas en estas tierras. Nosotros tenemos nuestras leyes. Si piensa que con un par de bodas va a controlar a los Highlanders, está más loco de lo que parece.

Me cruzo de brazos, asintiendo en silencio. Tienen razón. James IV nunca ha sido un rey querido en las Highlands. Es un hombre astuto, pero para nosotros, los Highlanders, no es más que otro monarca lejano con ideas incomprensibles, alguien que cree que puede manejar a los clanes como si fueran piezas en su maldito juego político.

Estoy a punto de replicar cuando veo a Kester levantar una mano y colocarla suavemente sobre el brazo de Lilias. Ella no se aparta. Una chispa de algo oscuro se enciende en mi interior.

Sin pensarlo dos veces, empiezo a caminar hacia ellos, con pasos firmes y decididos.

—¿Cormac? —llama Duncan, sorprendido—. ¿Qué haces?

—Poner las cosas en su sitio —respondo sin detenerme.

No permitiré que nadie cuestione mi posición o que ignore las nuevas realidades establecidas.



CAPÍTULO 6

El viento frío me revuelve el pelo mientras me apoyo contra el muro de piedra del castillo. Kester está a mi lado, pero no lo miro directamente. El silencio entre nosotros es incómodo, denso. Ambos sabemos lo que ha pasado, lo que está pasando, pero ninguno de los dos sabe cómo afrontarlo. El castillo Sutherland, con sus muros altos y su frío implacable, parece absorber todo lo que no decimos.

Kester rompe el silencio, con la voz baja, casi temblorosa.

—¿Te hizo daño? —pregunta, mirando hacia el horizonte, pero noto cómo aprieta los puños contra la piedra—. ¿Fue brusco contigo?

Cierro los ojos por un segundo, odiando la forma en que esas palabras me atraviesan. No quiero revivir lo que pasó anoche, mucho menos con Kester. No es asunto suyo, y lo que menos necesito ahora es que él intente salvarme de algo de lo que ni siquiera sé cómo sentirme.

—No es algo de lo que quiera hablar, Kester —respondo, con una firmeza que espero lo disuada de seguir insistiendo. Pero él me conoce demasiado bien como para dejarlo pasar tan fácilmente.

—Lilias... —empieza, pero levanto una mano para detenerlo, con la vista aún fija en el horizonte.

—No —repito, esta vez con más determinación—. No voy a hablar de eso contigo.

Lo veo tensarse, y por un instante, el dolor en sus ojos es casi insoportable. Pero no voy a dejar que esto nos rompa. No así. No después de todo lo que hemos compartido, de todos los secretos que hemos susurrado al amparo de la oscuridad. Nos merecemos algo mejor que la pena y la lástima.

Kester suelta un suspiro, largo y pesado, y finalmente aparta la mirada de mí. Pero cuando

habla de nuevo, su tono cambia, buscando refugio en algo más familiar, más nuestro.

—¿Sabías que estos idiotas Sutherland creen que hay un fantasma en el castillo? —pregunta de repente, su voz cargada de un sarcasmo que me arranca una sonrisa, a pesar de todo.

—¿Un fantasma? —respondo, alzando una ceja, agradeciendo internamente el cambio de tema—. ¿Y qué tipo de fantasma habita en esta fría fortaleza? ¿El espíritu de algún Sutherland que no pudo soportar su propia compañía?

Kester suelta una risa corta, aunque sigue teniendo un matiz triste.

—Algo así. Se supone que es una mujer que murió aquí por causas misteriosas. Dicen que se aparece por las noches, arrastrando cadenas y lanzando susurros para volver locos a los vivos.

—Oh, claro —comento, rodando los ojos—. Porque no hay nada más aterrador que un susurro entre estas paredes ya de por sí gélidas. Me imagino a todos esos guerreros valientes huyendo de la pobre mujer fantasma.

Kester sonríe, aunque todavía noto la tensión en su rostro.

—Por lo que he oído, Munro está convencido de que la oyó hace poco. Incluso aseguró que unos gritos de anoche podían haber sido de ella. —Me lanza una mirada significativa, y ambos sabemos que no habla del supuesto fantasma.

Me sonrojo, pero disimulo con una risa burlona.

—¿Eso cree? ¿Y tú? —pregunto, tratando se sonar indiferente—. ¿También estás asustado de que te persiga el espíritu de alguna antigua señora?

Él me mira finalmente de frente, sus ojos tristes, pero con un atisbo de humor.

—No necesito fantasmas para atormentarme, Lilias. Ya tengo bastantes demonios vivos —me responde y se vuelve hacia mí por primera vez, poniendo su mano sobre mi brazo de forma cálida.

Me duele verlo así, herido y roto, pero no puedo cambiar lo que ha pasado, ni lo que somos ahora. Nos quedamos en silencio de nuevo, aunque esta vez no es tan incómodo. Simplemente estamos, juntos, como lo hemos estado siempre, aunque ahora todo sea diferente.

—¿Cómo es ella? —suelto antes de poder detenerme. Y me odio por no poder morderme la lengua.

La pregunta queda flotando entre nosotros, cargada de un peso que ninguno de los dos quiere asumir. Kester me mira de reojo, tenso, y ambos sabemos de quién estoy hablando. De su nueva esposa. De Mairead.

El silencio se estira entre nosotros, y por un momento pienso que no va a responder. Sé que la pregunta le duele tanto como a mí. Pero, al final, Kester suelta un suspiro y deja caer los hombros, resignado.

—Es... —empieza, pero se queda corto. Parece que no sabe por dónde empezar. Sus ojos se pierden en el horizonte, como si buscara las palabras adecuadas—. Es tranquila. Suave. No como tú.

Mi estómago se retuerce ante sus palabras, aunque lo intento disimular con una risa forzada.

—Suave —repito, con una media sonrisa—. Así que no te dará dolores de cabeza.

Kester se encoge de hombros, su expresión mezcla de resignación y agotamiento.

—No —responde con una sonrisa cansada—. Supongo que no. Pero no es eso lo que importa, ¿verdad?

Intento mantener la sonrisa, pero el nudo en mi estómago se aprieta cada vez más.

—No, no lo es —murmuro al final, sin saber qué más añadir. Quiero decirle algo que le alivie, algo que le haga olvidar todo el dolor que ambos estamos tragando. Pero no hay nada que pueda decir. No hay palabras que borren lo que hemos perdido.

Kester suelta un bufido, sacudiendo la cabeza, como si intentara apartar esos pensamientos.

—¿Cómo lo haces? —pregunta, su voz rota—. ¿Cómo haces para fingir que no te importa?

—No lo hago —respondo, finalmente—. No finjo que no me importa, porque sí me importa. Todo esto… —Hago un gesto vago con la mano, englobando el castillo, nuestras vidas, lo que fuimos—. Claro que me importa.

Kester aprieta los labios y desvía la mirada hacia sus pies. Sé que esperaba otra respuesta, algo que lo ayudara a hacer esto más llevadero, pero no puedo darle lo que busca.

—No quiero perderte —murmura, en un tono que apenas escucho por encima del viento.

Esas palabras me atraviesan, directas, y por un instante no sé qué decir. Las emociones se agolpan en mi garganta, pero las mantengo a raya. No puedo dejar que esto nos rompa aún más.

—Kester... —empiezo, pero antes de poder continuar, una sombra se cierne sobre nosotros.

La figura alta y dominante de Cormac se acerca a nosotros.

—MacKay. —Su voz corta como el acero, fría e implacable.

Kester y yo giramos la cabeza al mismo tiempo, pero Cormac solo tiene ojos para Kester. La incomodidad se instala en mi pecho como una piedra. Puedo ver en su mirada que ha visto

suficiente, que sabe lo que este momento significa para nosotros.

—¿Te has perdido? —pregunta Cormac, su tono seco. La provocación está ahí, pero no hay verdadero sarcasmo en su voz. Es más una advertencia.

Kester no responde de inmediato, pero noto cómo se tensa a mi lado. Los dos se miden con la mirada, el ambiente se vuelve aún más denso. Puedo sentir el odio soterrado entre ellos.

—No estoy perdido, Sutherland —responde Kester con calma, pero su tono tiene una mordacidad que no puedo pasar por alto—. Solo hablábamos. No es un crimen, ¿verdad?

Cormac se acerca a nosotros con una calma tan peligrosa como el viento frío que sopla desde el mar. Su presencia llena el espacio entre Kester y yo, imponiéndose sin necesidad de levantar la voz.

—Me da igual que os encontréis a escondidas, que os pongáis ojitos de amantes trágicos, o que juguéis a revivir lo que nunca fue —dice, su tono controlado, casi monótono—. Pero no voy a permitir que me convirtáis en el hazmerreír de mi clan.

La frialdad de sus palabras me cala hondo, pero lo que realmente me golpea es la mirada que me lanza, como si lo que está diciendo fuera un simple hecho, una verdad incuestionable.

—Si se supone que no puedo controlar a mi esposa, ¿cómo voy a controlar a mi gente? —continúa, su mirada ahora fija en Kester—. Y te aseguro que perder el control no es algo que esté dispuesto a tolerar.

Kester no se deja intimidar tan fácilmente. Aprieta los puños, su mandíbula tensa, pero no dice nada. El silencio entre los tres es tan pesado que parece que el aire mismo ha dejado de moverse.

—¿Está claro? —finaliza Cormac, su tono tan gélido como el viento.

—O sea que me la puedo tirar siempre que nadie nos descubra —le responde Kester con veneno—. Porque no llevo tantos años reservándome para entregártela a ti ¿sabes?

El ambiente se congela tras la respuesta de Kester. La tensión es tan palpable que siento cómo mi respiración se vuelve más pesada. ¿De verdad Kester acaba de decir eso?

—¿Eso es lo que te molesta, MacKay? —le pregunta Cormac, con su voz cargada de una frialdad cortante—. ¿Que hayas esperado todo este tiempo como un buen perrito, solo para que fuera yo quien la tomara primero?

—No la tomaste, Sutherland —escupe Kester con veneno—. No lo disfraces de algo voluntario. Es un intercambio, un maldito trato. No tiene nada que ver contigo y mucho menos

con ella.

Cormac da otro paso, acercándose aún más a él, como si estuviera decidiendo si acabar esta conversación con palabras o con los puños.

—Llámalo lo que quieras, pero es mía ahora. Y lo sabes. Lo que ocurra entre nosotros ya no es asunto tuyo.

Me pongo rígida. El tono de su voz, la intensidad en su mirada, todo en él es una declaración de posesión que me quema por dentro. Kester lo sabe, lo siente tanto como yo, y está a punto de explotar.

—¿Mía? —Kester se ríe, una risa amarga que no alcanza sus ojos—. Puede que legalmente sí, pero eso no cambia lo que hemos sido. No cambia lo que ella y yo… —Hace una pausa, y la amargura en su voz me sacude— lo que ella y yo tuvimos, Sutherland. Ningún acuerdo va a borrar eso.

Cormac da un paso más hacia Kester, la mirada afilada, como una hoja que está lista para cortar.

—Lo que tuvisteis —murmura, su tono lleno de veneno—. ¿Qué fue eso, MacKay? ¿Promesas vacías? ¿Besos a escondidas que no llegaron a nada? Porque si esperabas que fuera tuya, te quedaste esperando demasiado tiempo. Ella ya ha elegido y no eras tú.

Kester da un paso hacia adelante, su rostro una máscara de furia contenida. Puedo sentir el calor que emana de él, la rabia que lleva dentro. Me tenso, mi corazón late con fuerza en mis oídos, pero no puedo moverme.

—No fue ella quien eligió, cabrón —escupe Kester—. Fue tu ambición, lo que la arrebató de donde siempre debió estar. Pero eso no cambia lo que ella siente. No cambia lo que nosotros fuimos.

Cormac suelta una risa seca, cargada de burla, y sus ojos brillan con una arrogancia peligrosa.

—Sigues colgado de lo que nunca ocurrió, MacKay. Y ¿sabes qué? Me parece perfecto. Quédate con tus ilusiones. Porque al final, yo fui el primero en tenerla. El primero en hacerla mía. Así que, si quieres pensar en lo que pudo haber sido o lo que fue, adelante, pero debes saber… lo mucho que te perdiste por esperar y que yo he disfrutado enormemente.

Kester se lanza hacia él, pero yo pongo una mano sobre su pecho para detenerle. Cormac ni siquiera retrocede. Su postura no cambia, y su sonrisa ladeada sigue ahí, provocadora, como si estuviera retándolo a dar el primer golpe.

—Venga, pégame si tienes cojones, MacKay —le dice Cormac, con un murmullo peligroso —. Deshazte de esa furia que te consume… o sigue jugando a ser el eterno perdedor.

Kester aprieta los puños hasta que los nudillos se le vuelven blancos, su mandíbula tensa como una cuerda a punto de romperse. El odio en sus ojos es evidente, y antes de que me dé cuenta, el primer puñetazo vuela directo al rostro de Cormac mientras me hace a un lado.



CAPÍTULO 7

El golpe que Kester descarga contra Cormac resuena seco y brutal, pero este apenas se tambalea. Se lleva una mano a la mejilla, limpiando la sangre que brota de la comisura de sus labios. En lugar de enfadarse, una sonrisa peligrosa se dibuja en su rostro, como si hubiera estado esperando este momento.

—¿Eso es todo lo que tienes? —escupe, su voz cargada de desprecio.

Antes de que Kester pueda reaccionar, el puño de Cormac impacta en su abdomen con una fuerza devastadora. Kester se dobla y el aire escapa de sus pulmones en un jadeo ahogado. Intenta incorporarse, lanzando otro golpe desesperado al costado de Cormac, pero él lo esquiva con facilidad, como si anticipara cada movimiento.

Ahora están enfrascados en una lucha frenética y brutal. Cormac, con técnica y fuerza controlada, domina cada intercambio. Sus golpes son precisos, calculados, como un depredador jugando con su presa. Kester, por el contrario, pelea con pura furia, cegado por la rabia que lo consume. Sus ataques son desordenados, impulsados más por el odio que por la estrategia.

Los puños vuelan, el sonido de los impactos reverbera en el aire. Los hombres del clan que están cerca observan en silencio, sin atreverse a intervenir. Saben que interponerse entre el Laird y su objetivo sería una insensatez. Yo me quedo allí, inmóvil, el corazón latiendo desbocado, sin saber cómo detener esta locura.

—¡Basta! —grito finalmente—. ¡Dejad de comportaros como salvajes!

Pero ninguno de los dos me escucha. Están demasiado inmersos en su confrontación, en la necesidad de imponerse.

Cormac propina un golpe que derriba a Kester, haciéndolo caer de espaldas al suelo. Sin mostrar piedad, se acerca y coloca su bota firmemente sobre el pecho de Kester, manteniéndolo inmovilizado contra el suelo. Su mirada es fría, implacable.

—¿Esto es lo que querías, MacKay? —dice con voz baja y amenazante—. Te advertí que no cruzaras la línea. Si vuelves a insinuar que puedes acercarte a ella, no me limitaré a darte una paliza. No habrá lugar en estas tierras donde puedas esconderte de mí.

Kester jadea, luchando por recuperar el aliento, pero su mirada aún refleja desafío.

—Nunca será tuya del todo —responde entre dientes—. Puedes tener su cuerpo, pero no su corazón.

La mandíbula de Cormac se tensa, y por un instante, temo que lleve su amenaza más allá. El silencio es opresivo. Los hombres alrededor contienen la respiración, atentos a cada movimiento.

Sin embargo, Cormac retira lentamente su bota del pecho de Kester. Se yergue, dominando la escena con su presencia.

—Entonces tendré que conformarme —dice con una frialdad cortante—. Y asegurarme de que tú no tengas nada.

Kester intenta incorporarse, dolorido, pero Cormac se da la vuelta sin prestarle más atención. Sus ojos se encuentran con los míos. Hay una tormenta en su mirada, una mezcla de ira y algo más profundo que no logro descifrar.

Sin decir una palabra, se acerca a mí. El aire parece densificarse a nuestro alrededor. Los demás se mantienen a distancia, respetando el espacio del Laird.

—Ve dentro, Lilias —ordena. Su tono no admite réplica.

El miedo me atenaza. ¿Qué va a hacer? ¿Va a castigar a Kester?

—No tienes derecho a decirme qué hacer —le espeto, cruzándome de brazos.

Cormac da un paso más hacia mí, su rostro impenetrable. Su presencia, imponente, me cubre como una sombra.

—Soy tu marido —dice, con una calma peligrosa—. Tengo todo el derecho.

Sin previo aviso, avanza hacia mí, sus manos firmes rodean mi cintura y, antes de que pueda reaccionar, me lanza sobre su hombro de nuevo, como si fuera un simple peso que llevar.

—¡Bájame! —grito, golpeando su espalda con los puños, pero él no se inmuta. La última vez que hizo esto fue un claro acto de poder, pero esta vez es diferente. Esta vez hay algo más detrás de su gesto. Algo más calculado. Mi corazón se acelera mientras la realidad de la situación me golpea. Está haciéndolo a propósito. No es solo una cuestión de llevarme, sino de hacer una declaración. Frente a Kester.

—Aún no he tenido suficiente de ti —murmura Cormac, su tono suave pero lo suficientemente alto como para que Kester lo oiga.

—¡Déjame bajar! —insisto, intentando zafarme.

Su mandíbula se tensa, pero sigue caminando hacia su alcoba como si nada de lo que dijera importara. Mi estómago se retuerce al pensar en lo que está a punto de pasar, en lo que Kester debe estar sintiendo al ver cómo Cormac me lleva con esa arrogancia.

Cuando llegamos a la puerta de la alcoba, Cormac me baja de un movimiento brusco, pero su cuerpo sigue atrapándome contra la pared antes de que pueda siquiera recuperar el equilibrio. Su mirada me perfora, intensa, y su presencia me envuelve, opresiva. El calor de su piel contrasta con la frialdad de su gesto.

—¿Qué demonios te pasa? —le grito, mi cuerpo temblando de frustración y furia. Le empujo el pecho con todas mis fuerzas, pero él no se mueve. Está demasiado cerca, invadiendo todo mi espacio.

Cormac no responde de inmediato. Solo me observa, sus ojos oscuros ardiendo con una intensidad que me hace sentir desnuda ante él, más desnuda de lo que estuve la noche anterior. Se inclina hacia mí, sus labios apenas a un suspiro de los míos, y aunque mi corazón late desbocado, no puedo apartar la mirada de la suya.

—Quiero que lo entiendas —dice finalmente, su voz es un susurro cargado de una amenaza controlada—. Mackay ya no forma parte de tu vida, Lilias. Lo hago yo. Y quiero que él lo asimile de una vez.

Mi cuerpo se retuerce con un impulso que ni siquiera soy capaz de controlar del todo, pero con un giro brusco, consigo zafarme de sus manos. Me alejo de Cormac, tropezando ligeramente en el proceso, pero manteniendo mi distancia. Mi respiración es rápida, el corazón me late con fuerza en el pecho y la adrenalina corre por mis venas.

—¡Solo estás usándome para hacerle daño! —le grito, y mi voz reverbera entre las paredes de la alcoba.

Cormac me mira, inmóvil por un segundo. Su expresión no cambia, pero veo un brillo diferente en sus ojos, como si estuviera disfrutando del espectáculo. Esa maldita calma suya me enerva aún más. Me niego a ser su marioneta, su herramienta de humillación.

—¿Te divierte esto? —le espeto, mientras mis ojos recorren la habitación en busca de algo, cualquier cosa para lanzarle. Entonces veo una pequeña jarra de barro en la mesa junto a la cama. Sin pensarlo dos veces, la agarro y la lanzo hacia él. Cormac, con una agilidad que no debería

sorprenderme, se aparta con un movimiento elegante, y la jarra se estrella contra la pared, haciéndose añicos.

—¿En serio? —dice, arqueando una ceja mientras me mira, divertido.

Pero no me detengo ahí. Recojo lo siguiente que encuentro a mi alcance, una almohada, y también se la lanzo. Esta vez él no se aparta. La almohada choca contra su pecho con un golpe amortiguado, y aunque debería parecer ridículo, su sonrisa divertida solo empeora las cosas.

—Seguro que puedes hacerlo mejor, Gunn —se burla, desafiándome.

—¡Te odio! —grito, con el rostro ardiendo de furia, lanzando cualquier cosa que encuentro a mi alcance. Un candelabro de bronce, otro cojín, una copa de madera. Él esquiva cada objeto con la facilidad de alguien que está disfrutando demasiado de este juego, hasta que la copa casi le roza la cabeza. Sus ojos se estrechan un poco, y me lanza una mirada que mezcla diversión y advertencia.

—Lilias... —murmura, dando un paso hacia mí, sus manos preparadas para atraparme.

—¡No te atrevas! —le grito, tomando un jarrón pequeño que decora la chimenea. Lo sostengo en alto, amenazándolo con lanzarlo también, aunque no estoy segura de si realmente lo haré.

Cormac me mira por un momento, evaluando si voy en serio, pero en lugar de apartarse, da otro paso hacia mí, sin miedo.

—Venga, lánzalo —dice con un tono casi divertido—. No te detengas ahora.

Sus palabras me descolocan tanto que dudo por un segundo, y es todo lo que él necesita. Con un movimiento rápido, me atrapa, sujetando el jarrón antes de que pueda lanzarlo. Sus brazos me rodean y me empuja suavemente contra la pared, inmovilizándome sin esfuerzo. No es violento, pero la firmeza de su agarre me deja claro que el juego ha terminado.

—¿Ya has acabado de portarte como una niña? —murmura, su rostro peligrosamente cerca del mío, su aliento cálido sobre mi piel.

Cierro los ojos por un segundo, buscando algo, cualquier cosa que me devuelva el control, pero no lo encuentro. Solo siento el peso de todo lo que ha pasado, de todo lo que está en juego. Las imágenes de Kester y Cormac enfrentándose llenan mi mente, el odio en sus miradas, la violencia contenida en cada golpe. Y entonces, algo dentro de mí se rompe.

—No le hagas daño —susurro, mi voz apenas un hilo, ahogada por el dolor que llevo dentro—. Por favor, no le hagas daño.

Abro los ojos y lo miro. Mi petición no es un truco ni una provocación. No hay sarcasmo, no hay rabia. Solo una súplica desgarrada, algo que no puedo controlar.

Cormac sigue inmóvil, como si mis palabras lo hubieran paralizado. Lo noto en la forma en que su cuerpo se afloja ligeramente, en la tensión que desaparece de sus manos, pero la furia que siempre parece latir bajo su piel aún está ahí, contenida, lista para estallar. Lo miro, esperando algo, cualquier respuesta que no implique más violencia.

Finalmente, suelta un suspiro pesado, y me suelta del todo. Da un paso atrás, separándose de mí, pero su mirada sigue clavada en la mía, oscura, peligrosa. Por un momento, no sé qué va a hacer, si va a controlarse o si la rabia va a ganar esta vez.

—Gracias por recordarme dónde están tus lealtades —dice con voz afilada—. Pero no te atrevas a pedirme nada por él. Ni ahora ni nunca. Si lo que quieres es correr a protegerlo, entonces hazlo, pero no vuelvas a suplicarme que sea clemente con ninguno de los dos.

—Esto no es una cuestión de lealtad —protesto—. Solo quiero evitar que todo empeore más de lo que está. No deseo que nadie salga herido.

Lo noto en su mirada: está furioso, no solo conmigo, sino consigo mismo por dejar que esto le afecte.

—Las alianzas y las lealtades importan. Si no puedes entender eso, entonces eres más ingenua de lo que pensaba.

—¿Y crees que arrastrándome de esta manera ganarás mi lealtad? —pregunto con sarcasmo, cruzando los brazos sobre el pecho en un intento de protegerme—. Solo demuestras que eres un tirano.

Él se acerca a mí de nuevo, su rostro a escasos centímetros del mío. Puedo sentir el calor que emana de su cuerpo, pero su mirada es fría como el hielo.

—Prefiero ser un tirano que un necio —dice en voz baja—. Al menos así sé que mantendré el control de lo que me pertenece.

—¡No te pertenezco! —grito, intentando empujarlo, pero es inútil. Su figura es como una pared infranqueable.

Una chispa de furia atraviesa sus ojos.

—Eres mi esposa por obligación, eso es cierto —admite con amargura—. Pero lo eres te guste o no y habrá reglas que cumplir.

—¿Reglas? —me burlo, dejando escapar una risa sin alegría—. No te importo yo, ni mi

familia. Solo quieres humillar a Kester.

—MacKay no es más que algo molesto e insignificante para mí —responde fríamente—. Pero tú le das motivos para creer que puede desafiarme y eso es algo que no puedo permitir como Laird de este clan.

Sus palabras me golpean. Entiendo que esto no es más que una estrategia para mantener su posición y dominio.

—Entonces, todo esto es por orgullo —concluyo, mirándolo fijamente—. No puedes soportar que alguien ponga en entredicho tu autoridad.

—Llámalo como quieras. Pero mientras sigas mostrando interés por él, seguirás siendo un punto débil. Y no puedo permitirme debilidades.

La crudeza de sus palabras me deja sin aliento. Me doy cuenta de que, para él, solo soy una pieza más en su juego de poder.

—Si tanto te preocupa, quizás deberías buscar a alguien más sumisa —digo con amargura, sintiendo cómo la frustración se convierte en ira—. Porque yo no voy a ser tu marioneta ni te voy a ayudar a reforzar tu posición.

Él esboza una sonrisa fría, sin rastro de humor.

—Créeme, lo he considerado. Pero por ahora, tendremos que soportarnos mutuamente.

—Yo no tengo por qué hacerlo. Ya he cumplido con mi deber.

—Haz lo que quieras, Gunn. No me interesa —gruñe, su voz baja, cargada de una furia contenida—. Pero no me pidas más favores. Está claro que aún sigues enamorada de él. Y no voy a competir por un lugar que no me importa.

Mi orgullo se niega a permitir que vea cómo sus palabras me afectan. Alzo el mentón, manteniendo la mirada desafiante.

—Perfecto —respondo con indiferencia fingida—. Será un alivio no tener que soportar tu presencia.

Él asiente, satisfecho con mi respuesta.

—Entonces, estamos de acuerdo. Mantendremos las apariencias ante los demás, pero no esperes más consideraciones de mi parte.

—No las esperaba —replico, intentando mantener la compostura.

Cormac se dirige hacia la puerta, pero antes de salir, se detiene y me mira una última vez, su

expresión es impenetrable.

—Y te advierto, Gunn. Si MacKay vuelve a interferir, no seré tan indulgente.

Siento un escalofrío recorrer mi espalda, pero no dejo que vea mi temor.

—¿Eso es una amenaza? —pregunto, alzando una ceja en un gesto de desafío.

—Es una promesa —responde con frialdad.

Me quedo ahí, con las palabras atascadas en mi garganta, sin saber cómo responder. Cormac se gira bruscamente, como si el simple hecho de mirarme le enfureciera aún más, y sale de la habitación, cerrando la puerta de golpe tras de sí.

El sonido de la puerta resonando en la alcoba me deja temblando, pero no por miedo, sino por lo rápido que todo ha cambiado. Una oleada de frustración y rabia me invade, y sin poder contenerlo más, dejo escapar un grito lleno de rabia que rompe el silencio y termino de estrellar el jarrón que aún sigue en pie contra la pared.

Si a la gente de este castillo le encanta hablar de mis gritos, entonces les daré un espectáculo digno de sus cuchicheos.

«Al menos alguien encontrará entretenimiento en este desastre».



CAPÍTULO 8

Me despierto con el sonido del viento golpeando las gruesas paredes de piedra del castillo. El frío se cuela por las rendijas de la ventana, pero no me molesta. Aquí, en las tierras del norte, el frío es un compañero constante, una presencia que uno aprende a aceptar. No es el frío lo que me incomoda hoy; es la sensación de estar fuera de lugar, como una pieza en un rompecabezas que no encaja.

Hace semanas que me despedí de mi familia. Ver a mi padre y a mis hermanos alejarse por el camino, montados en sus caballos, dejó en mí un vacío que ahora pesa en mi pecho. Las últimas palabras de mi padre resuenan en mi mente:

—Debes comportarte como una dama, Lilias. Nada de montar a caballo como un rufián y mucho menos usarás el arco. Prométeme que no lo tocarás, hija.

Le di mi palabra, aunque mis dedos cruzados detrás de la espalda contaban otra historia. Mi arco, fiel compañero desde la infancia, descansa ahora oculto en un baúl en mi alcoba. Solo… por si acaso.

El castillo de los Sutherland, Dunrobin, es enorme y esplendoroso, encaramado sobre los acantilados que miran al mar del Norte. Sus torres y almenas se alzan imponentes contra el cielo gris, y desde mi ventana puedo ver cómo las olas golpean incansables contra las rocas. A pesar de que ya he recorrido muchos de sus pasillos y habitaciones, todavía me siento una extraña en este lugar. Las paredes están adornadas con tapices y escudos de armas que cuentan historias de batallas y linajes que aún me son ajenos.

Estoy acostumbrada a tener siempre algo que hacer, a contribuir en las tareas del clan en nuestra fortaleza en las tierras de los Gunn. Allí, el terreno es más áspero y hostil, con montañas escarpadas y bosques densos que ofrecen poco más que leña y caza menor. Nuestra gente trabaja duro para extraer lo necesario de una tierra que es reacia a dar. Comparado con eso, las tierras de

los Sutherland parecen un paraíso.

Aquí, soy solo la esposa del Laird. La mujer Gunn. Un título que lleva más peso que cualquier tarea que podría realizar con mis manos. Los sirvientes y habitantes del castillo me miran con curiosidad y recelo. Soy la extranjera, la hija del clan vecino que durante generaciones fue considerado enemigo. No puedo seguir así, sintiéndome inútil y aislada. Necesito hacer algo. Necesito sentir que soy parte de este lugar, aunque sea en lo más mínimo.

Miro por la ventana y mis ojos recorren el paisaje que se extiende más allá de los muros. Las tierras de Sutherland son vastas y generosas. Colinas verdes se ondulan hasta donde alcanza la vista, salpicadas de lagos cristalinos que reflejan el cielo como espejos. Los ríos serpentean por los valles, llevando agua fresca y abundante a los campos y al pequeño pueblo cercano al castillo. En esta época del año, el sol apenas se asoma sobre el horizonte, y las noches son largas y frías. Pero en verano, el sol casi no se pone, y el día parece eterno.

El clima aquí es frío y húmedo. La temperatura rara vez sube lo suficiente como para sentir calor, y el viento parece atravesar cualquier abrigo. Sin embargo, hay una belleza salvaje en este lugar. Los cielos cambian constantemente, pasando de un gris plomizo a un azul claro en cuestión de momentos y las auroras boreales iluminan las noches invernales con cortinas de luz que bailan en el firmamento.

Las fronteras del territorio Sutherland colindan con las de los MacKay y los Gunn. Sé que más allá de las colinas al oeste se encuentran las tierras de mi familia, más duras y menos indulgentes. Los Gunn han sobrevivido gracias a su tenacidad y resistencia, forjando su camino en un entorno implacable. Aquí, en cambio, la naturaleza parece sonreír a los Sutherland, ofreciéndoles abundancia en pastos para el ganado, campos fértiles y acceso al mar, que brinda pesca y comercio.

Pienso en Cormac, el Laird y Conde de estas tierras. Su posición es poderosa, y su responsabilidad, enorme. Además de liderar a su clan, tiene el título de conde, lo que le otorga influencia en asuntos más allá de nuestras fronteras. Me pregunto cómo es cargar con tanto peso sobre los hombros y si alguna vez se siente tan solo como yo en este vasto castillo.

Decido que no puedo quedarme encerrada aquí, consumiéndome en mis pensamientos. Si quiero sentirme parte de este lugar, debo salir y conocerlo. Quizás recorrer los jardines que descienden en terrazas hacia el mar, o visitar el pueblo y conocer a su gente. Tal vez pueda ofrecer mi ayuda en algo, por pequeño que sea.

Me visto con ropas cálidas y ajusto la capa alrededor de mis hombros. Al salir de mi habitación, el aire frío del pasillo me envuelve, pero me siento revitalizada. Camino por los

corredores, mis pasos resonando suavemente sobre las piedras gastadas. Mientras avanzo, me fijo en los detalles: las antorchas que iluminan el camino, las ventanas estrechas que dejan entrar destellos de luz, los tapices que narran historias que aún debo aprender.

Al llegar al gran salón, veo a algunos miembros del clan conversando junto al fuego. Me saludan con cortesía, pero puedo sentir la distancia en sus miradas. Les devuelvo el saludo y continúo mi camino.

Con renovada determinación, empiezo a trazar en mi mente un plan para acercarme a la gente del castillo y del pueblo. Sé que no será fácil. La desconfianza entre nuestros clanes ha sido forjada durante generaciones. Pero también sé que debo intentarlo.

Tal vez pueda ayudar en la enfermería o aprender sobre las tradiciones de los Sutherland. Quiero conocer sus historias, entender sus costumbres, y encontrar una manera de construir un puente entre nuestras vidas.

Decido aventurarme en la cocina. En un castillo como este, cualquier mano dispuesta a ayudar es bienvenida… al menos en teoría.

El bullicio en la cocina es el sonido más acogedor que he oído en días. Las mujeres trabajan en un ritmo sincronizado, cortando, amasando y moviéndose con precisión por el espacio reducido. Cuando entro, noto cómo las conversaciones bajan de tono. Sus ojos se fijan en mí, y aunque no es hostilidad lo que veo en sus rostros, no puedo decir que me reciban con los brazos abiertos.

Me acerco a una de las mesas, observando el pan que se amasa con fuerza, las manos de las mujeres llenas de harina y esfuerzo. Una de ellas, alta, con el cabello recogido de manera desordenada, me lanza una mirada fugaz, apenas disimulando su desconfianza.

—¿La condesa nos honra con su presencia? —dice una mujer mayor, con las manos en las caderas y una sonrisa torcida en los labios. Su tono es burlón, pero no del todo desagradable.

—O tal vez viene a supervisarnos —añade otra, más joven, con una sonrisa traviesa.

Suelto una risa corta, cruzándome de brazos mientras las miro. Sé perfectamente lo que están haciendo. Me están poniendo a prueba, esperando ver si me doy la vuelta y me voy de nuevo, como si no fuera lo suficientemente fuerte para soportar su picardía. Pero lo que no saben es que he crecido entre hombres que disfrutan más una buena broma que una comida caliente.

—Supervisar no es mi especialidad —respondo con una sonrisa—. Pero si queréis que os enseñe a hacer algo útil… tal vez os pueda dar una lección o dos.

Una de las mujeres más jóvenes deja escapar una risita, mientras la mayor me mira con los

ojos entrecerrados, como si estuviera decidiendo si tomarme en serio o no.

—¿Sabes hacer algo más que dar órdenes? —pregunta la mujer mayor, sus manos aún en las caderas, como si estuviera desafiándome.

Me encojo de hombros, acercándome a la mesa donde están preparando pan.

—Si hay algo que he aprendido siendo la única mujer entre cinco hermanos —comienzo, mientras tomo un poco de harina y empiezo a amasar con movimientos ágiles—, es que las órdenes no te llevan muy lejos. Las manos rápidas y las palabras inteligentes, por otro lado… pueden salvarte de bastantes problemas.

Algunas de las mujeres sueltan risitas. La tensión en la habitación comienza a disiparse lentamente. Sigo amasando, haciendo un esfuerzo por concentrarme en la tarea, pero manteniendo el tono ligero.

La mujer mayor finalmente deja escapar un bufido, pero hay una sonrisa en su rostro.

—Bien, Gunn —dice, dejando el título a un lado—. Veamos si puedes seguir el ritmo.

Me sonrío para mis adentros, porque sé que este es el primer paso. Quizás no me gané su confianza inmediatamente, pero el sarcasmo y un poco de ingenio pueden abrir puertas que los títulos no logran ni rozar.

—Lo que no sé es si vosotras podréis seguir el mío —respondo, limpiándome la harina de las manos y lanzándoles una mirada desafiante.

Las mujeres trabajan con manos rápidas y eficientes, moviéndose como si estuvieran en una danza que han ensayado durante años. Aunque me he atrevido a unirme a ellas, aún puedo sentir las miradas de reojo, la tensión que provoca mi presencia entre ellas.

Sigo amasando el pan, escuchando las conversaciones fluir a mi alrededor. No he dicho mucho, pero ellas tampoco me han dejado fuera del todo. La curiosidad parece ser más fuerte que el recelo. Después de todo, soy la nueva esposa del Laird, aunque sea una Gunn, y eso no es algo que puedan ignorar.

Una de las más jóvenes, con el pelo suelto y lleno de rizos rebeldes dorados, se inclina hacia mí mientras remueve una olla que hierve en el fuego.

—¿Sabes? —dice en voz baja, pero con esa chispa en los ojos de quien está a punto de soltar una bomba de cotilleo—. Se dice que no ha habido un matrimonio tan frío en estas tierras como el tuyo desde hace generaciones.

Levanto una ceja, divertida. No es que la noticia me sorprenda, pero escucharla de boca de

una cocinera, entre pan y harina, le añade un toque casi ridículo a la situación.

—¿Y quién dice eso? —pregunto, manteniendo mi tono ligero, aunque mis manos siguen amasando el pan con fuerza—.

—Oh, no hace falta que lo diga nadie, señora —interviene otra, de cabello castaño, que está cortando verduras con rapidez—. Basta con ver cómo os miráis tú y el Laird. Como si fuerais dos gatos encerrados en una misma jaula.

—Eso sí que es verdad —añade la mayor, que no ha dejado de observarme desde el principio —. Pero, bueno, se dice que el Laird no es fácil de complacer ¿verdad, Eilidh? —murmura con una sonrisa traviesa, como si fuera a revelarme un gran secreto.

Levanto una ceja, divertida pero alerta. Es obvio que las mujeres de este castillo tienen mucho que decir sobre Cormac, y quiero saberlo todo.

—Ah, ¿sí? —respondo, sin detener mis manos en la masa—. ¿Y qué es lo que se dice exactamente?

Eilidh hace una pausa dramática, como si estuviera decidiendo si contarme algo prohibido.

—Bueno, no es que haya mucho que decir —interviene—. El Laird no es conocido por abrirse demasiado. Siempre ha sido... distante. Frío. No es del tipo de hombre que se deja llevar por emociones… Ni por mujeres, ya te habrás dado cuenta.

—Aunque, para ser sincera —interviene la mujer mayor de nuevo—, no es algo raro en esta familia. Ninguno de los condes ha tenido un matrimonio realmente feliz. Siempre hay algo... un asunto no resuelto, una disputa con el clan rival, o simplemente, la propia terquedad.

—¿Siempre? —pregunto, levantando la cabeza y deteniendo un segundo mis movimientos. No me sorprende la frialdad de Cormac, pero me intriga lo que ocultan.

—Oh, sí, siempre —me responde, mientras se frota las manos llenas de harina—. Los padres del actual Laird, por ejemplo… Bueno, digamos que nunca supieron quererse bien. Él era un hombre duro, de pocas palabras, y ella... —hace una pausa, como si estuviera buscando las palabras adecuadas—. Ella era infeliz con él.

Me quedo en silencio, procesando lo que acaba de decir. Así que la frialdad de Cormac no es algo nuevo en su familia. Está en sus raíces, en su propia sangre.

—El Laird vive solo para proteger a su clan, para mantener el control. Ni siquiera sé si tiene capacidad para sentir otra cosa…, excepto odio, por los Gunn sobre todo desde que su hermano murió en una emboscada —vuelve a intentar herirme la mujer de rizos dorados.

—Modera tu lengua, Marsaili —la reprehende la más mayor.

Pero yo no me contengo.

—Así que, ¿me odia porque soy una Gunn? —pregunto, alzando la mirada de la masa, aunque ya conozco la respuesta.

—Los Gunn y los Sutherland llevan generaciones odiándose, y la muerte de su hermano fue solo otro clavo en el ataúd —me responde Marsaili.

—Y si encima no sabe quién fue... —añade otra mujer, Aileen, que suele ayudarme en mi alcoba—. Eso lo vuelve loco. Tener al asesino entre las sombras, sin poder vengarse, debe retorcerle el estómago todos los días.

Noto que las mujeres intentan disimular su incomodidad. Me ven como parte de esa historia, aunque no directamente culpable. Para ellas, soy una Gunn, una posible enemiga que duerme bajo su mismo techo.

—Aunque también podría haber sido un MacKay —dice de repente Marsaili, rompiendo el silencio—. El mismísimo esposo de la pobre Mairead.

—Te aseguro que Kester no fue —digo de inmediato, con un tono más cortante de lo que pretendía. Siento las miradas clavarse en mí, las palabras colgando en el aire, pesadas, como si hubieran prendido una chispa que nadie sabe cómo apagar.

Marsaili deja el cuchillo en la mesa, su expresión tensa mientras entrecierra los ojos, como si estuviera evaluando cada palabra mía.

—Si lo dice una Gunn, debe ser cierto, ¿no? —responde, con una sonrisa que no alcanza a sus ojos—. Después de todo, si alguien lo sabe, son los Gunn. Todos guardáis ese secreto ¿verdad?

Las demás mujeres permanecen en silencio, pero puedo sentir la tensión creciendo. La sala se vuelve sofocante, como si las paredes se cerraran alrededor de mí. Sé que Marsaili está provocándome, que quiere hacerme perder el control, pero no le daré esa satisfacción. Respiro hondo, tratando de mantener la calma.

—Tal vez el Laird pueda sacárselo a su nueva esposa —añade, su voz impregnada de veneno—. O tal vez, no tienes ni idea y ... —hace una pausa deliberada, con una sonrisa ladeada— solo defiendes a MacKay porque... Bueno, todos sabemos por qué.

El silencio se vuelve insoportable, pero no me aparto. No voy a huir de esto. Si algo he aprendido, es que el respeto no se exige, se gana.

—¿Sabes lo que pienso, Marsaili? —pregunto, con voz suave, mientras su mirada se cruza con la mía—. Que en lugar de gastar tu energía inventando historias, deberías centrarte en hacer tu trabajo.

La mujer mayor se aclara la garganta y cambia de tema, notando la tensión que sigue en el aire.

—Bueno, quien sea el culpable, no lo sabremos hoy. Pero lo que sí sabemos es que este castillo tiene más secretos de los que cualquiera puede contar. Y aunque a veces los hombres luchan por honor y venganza, nosotras las mujeres… nos las arreglamos para mantener las cosas en orden, ¿verdad?

—Lo único que me queda claro —añade Marsaili, mientras vuelve a concentrarse en la masa que estaba amasando— es que Cormac no dejará este asunto sin resolver. No hasta que sepa quién mató a su hermano. Y si ese día llega, no le importará quién sea. Lo pagará con sangre. Gunn, MacKay o quien sea.



CAPÍTULO 9

La sala del comedor está repleta, las conversaciones se entremezclan en un murmullo constante mientras las llamas de las antorchas parpadean en las paredes de piedra. Mi asiento, junto a Cormac, que como siempre, se muestra tan frío como la relación que compartimos desde la noche de bodas. No hay un matrimonio más distante, más gélido, que el nuestro. Él apenas me mira, y mucho menos me toca, lo que debería tranquilizarme... pero en lugar de eso, solo me hace sentir más invisible.

El aroma a carne asada y pan recién horneado flota en el aire mientras las mesas dispuestas en forma de U se llenan de guerreros y sirvientes. Marsaili, esa chica de la cocina que parece disfrutar desafiándome cada momento, se abre paso entre los comensales. Lleva una hogaza de pan en las manos, su sonrisa burlona ya está fijada en su rostro.

—Tome, mi Laird —dice con una inclinación exagerada y su tono casi meloso, mientras le tiende la hogaza a Cormac—. Especialmente amasado hoy por su esposa —añade, lanzándome una mirada venenosa, como si estuviera disfrutando del espectáculo que espera que se desarrolle.

Supongo que piensa que la masa está mal ligada, o que no tengo idea de lo que hago. Que la hogaza se desmoronará al primer corte y me avergonzará delante de todos. Pero lo que Marsaili no sabe es que tengo más experiencia de la que se imagina. Le devuelvo la sonrisa, una sonrisa que no tiene nada de amable.

—Qué amable de tu parte haberlo apartado —respondo con dulzura fingida, mis ojos fijos en los suyos.

—Oh, ya ves que los Sutherland no guardamos tan bien los secretos como los Gunn —me responde de vuelta.

Cormac corta el pan sin decir nada, pero su silencio es su forma de mostrarse indiferente, de restarle importancia a la situación.

Cojo el trozo que ha cortado de sus manos y se lo paso a Marsaili.

—Espero que disfrutes de mi trabajo tanto como yo disfruto de tus halagos —añado, mi tono tan dulce que casi podría pasar por sincero.

Ella se aleja con una sonrisa rígida, y yo me quedo en mi asiento, mientras el pan circula por la mesa. Pero, aunque Cormac sigue a mi lado, apenas noto su presencia. Él corta la comida con la precisión de un guerrero, como si la vida misma dependiera de ese simple acto. Mis pensamientos, sin embargo, están muy lejos de este banquete.

Sé que todos me observan. Sé que hablan. Las mujeres de la cocina no se equivocaban del todo; no hay pasión, ni calidez, ni siquiera un atisbo de lo que se supone que debe ser un matrimonio.

Kester, sentado al otro lado de la mesa en esa interminable forma de U, me observa en silencio mientras todo transcurre a su alrededor. De repente, extiende la mano y toma un trozo de la hogaza de pan que Cormac acaba de cortar. Lo lleva a su boca con un gesto exagerado de placer, cerrando los ojos y suspirando teatralmente al masticar. El sonido de su satisfacción, casi cómico, resuena en el comedor.

—Por fin, un pan de calidad en esta mesa —dice en tono burlón, lanzando una mirada directa a Cormac, como si el comentario fuera una flecha afilada dirigida a él.

La sala entera parece detenerse por un instante, y las miradas empiezan a volverse hacia nosotros.

—Cállate, MacKay —le dice el guerrero llamado Fingal, haciéndole un gesto con la mano de burla.

Cormac no levanta la cabeza ni responde. Mantiene su habitual compostura de hierro.

A mí la ironía en el comentario de Kester me arranca una sonrisa que no logro disimular del todo. Me giro hacia él, tratando de mantener el tono ligero pero afilado, consciente de que todos están esperando mi respuesta.

—Me alegra que tu paladar finalmente haya sido complacido —le respondo con una sonrisa juguetona, manteniendo el contacto visual—. Si lo hubiera sabido, te habría guardado una hogaza entera solo para ti.

Kester se ríe, pero no de manera abierta. Es una risa baja, cargada de una complicidad que nadie más entendería.

—Solo si ha sido amasada por ti, Gunn —replica, con tono ligero.

Por un segundo, mis ojos se encuentran con los suyos y una chispa de algo familiar cruza entre nosotros. Algo que nunca debería haberse apagado. Me duele, pero me niego a dejar que esa nostalgia me alcance ahora, no aquí, frente a todos.

Entonces, Cormac se mueve, cortando un trozo de carne con calma. Su mirada, fría como el viento que azota las murallas, se desliza hacia Kester.

—No es Gunn —dice con voz baja pero firme, clavando su mirada en él—. Ahora es mi esposa. Es Sutherland.

El subtexto en sus palabras es claro, y el silencio que sigue a su declaración se siente como una cuerda tensándose en la habitación.

—Claro —responde Kester, limpiándose las manos con una servilleta de lino—. Tu esposa. —Lo dice con un tono neutral, pero sus ojos me buscan de nuevo, como si esas palabras tuvieran un peso distinto para él. Entonces añade—: Pero algunos lazos no se rompen tan fácilmente, ¿verdad, Lilias?

Mi estómago se contrae. Lo que antes era un juego, una interacción ligera entre Kester y yo, ahora parece estar a punto de cruzar una línea peligrosa, especialmente bajo la atenta mirada de Cormac.

—Los lazos cambian—respondo, manteniendo la sonrisa y el tono liviano, aunque siento que el pulso me late con fuerza—. Como la masa, si no se trabaja bien, puede desmoronarse. —Hago una pausa, intentando aligerar la tensión—. Pero yo siempre me aseguro de amasarla con fuerza.

Un leve murmullo de risas se oye en la mesa, pero Cormac no sonríe. Su mirada se encuentra con la mía, inquebrantable, y su silencio parece envolvernos a todos.

Finalmente deja su cuchillo sobre el plato, el sonido del metal contra la cerámica resuena más fuerte de lo necesario.

—La fuerza es importante —dice, sin apartar los ojos de la mesa—, pero lo es más la lealtad.

No puedo evitar alzar una ceja, ya estamos de nuevo. Le sonrío, pero no es una sonrisa amable.

—¿Estamos hablando de la comida o de algo más profundo? —respondo con burla evidente.

Sus ojos, fríos y calculadores, se alzan hacia los míos por fin. El resto de la mesa guarda silencio. Todos fingen estar ocupados con sus platos, pero está claro que no quieren perderse ni una palabra.

—Dejaré que tu aguda mente lo interprete a su gusto. Como siempre.

Noto la tensión en su mirada, como si hubiera algo más detrás de esas palabras. Pero yo no me achico, nunca lo hago.

—Fascinante —comento, inclinándome hacia él ligeramente.

—¿El qué?

—Que dejes algo a mi elección. Aunque sinceramente no lo entiendo del todo. ¿Hablas de lealtad o de obediencia? Porque no son lo mismo —replico, fingiendo interés mientras parto un trozo de pan con los dedos.

Cormac me mira de reojo, una sonrisa casi imperceptible se dibuja en sus labios, pero sus ojos siguen tan fríos como siempre. Aparenta calma, pero sé que debajo de esa fachada, hay una chispa de irritación.

—La obediencia es una muestra de lealtad —responde, con esa voz suya, tranquila pero cargada de autoridad—. Algo que en esta mesa no todos entienden.

Su comentario es para mí, lo sé, pero mi reacción es inmediata, antes de que pueda controlarla.

—Claro —digo, mi tono más dulce de lo necesario—. Y también está la confianza, esa que algunos prefieren ganarse con intimidación. Pero cada uno elige sus métodos, ¿no?

Kester, sentado más abajo en la mesa, suelta una risa corta, apenas un respiro, pero lo suficientemente alto como para que Cormac lo note. Me relajo, sabiendo que, aunque estamos en territorio de Cormac, no estoy completamente sola.

—A veces, Lilias, la fuerza no está en hablar, sino en saber cuándo callar —continúa Cormac, ignorando la risa de Kester, su mirada fija en mí.

—Ah, entonces eso explica mucho —respondo, alzando una ceja—. Porque si de algo estás hecho, es de silencio.

Cormac no pierde la compostura, pero sus ojos brillan con algo oscuro y peligroso. Deja la copa sobre la mesa con una calma demasiado calculada, y entonces lanza su golpe.

—Aunque no soy tan bueno guardando secretos como los Gunn —dice, y noto la carga que sus palabras traen consigo.

Mi cuerpo se tensa al instante. Aquí vamos de nuevo. La herida abierta del hermano muerto, las sospechas, los cuchicheos que parecen nunca callarse. Lo ignoro, al menos en la superficie. No le voy a dar el placer de saber cuánto me afecta.

—No soy una Gunn —respondo, mientras me esfuerzo por mantener la calma—. Ahora soy

tu esposa.

—¿Y no debe una esposa ser leal a su marido y no guardarle secretos? —replica, con burla.

—Todo el mundo tiene secretos, y tiene derecho a ellos —le devuelvo, mirándolo directo a los ojos, sin ceder terreno—. Incluso yo.

Cormac inclina la cabeza apenas, su mirada fija en la mía, como si me estuviera retando a que dé un paso en falso.

—Y yo tengo derecho a obtenerlos como sea —responde, con tono bajo, lleno de una calma peligrosa.

Siento que la tensión en la sala se ha convertido en algo palpable, como si el aire fuera demasiado denso para respirar. Sé lo que está insinuando, y él sabe que lo sé. El secreto que llevo, el que guarda mi familia, ha sido el centro de esta unión desde el principio. No por alianza, sino porque Cormac necesita respuestas. Respuestas que nadie ha querido darle.

Mi cuerpo se inclina hacia él, casi sin pensarlo, como si las palabras que voy a soltar fueran un arma afilada que estoy a punto de blandir.

—¿Obtendrás lo que buscas de mí, Cormac? —susurro, manteniendo el tono bajo para que solo él lo oiga, aunque estoy segura de que las miradas alrededor de la mesa siguen cada uno de nuestros gestos—. ¿Me lo arrancarás a la fuerza?

Sus labios se curvan en una sonrisa que no llega a sus ojos. Se inclina un poco más sobre la mesa, lo suficiente para invadir mi espacio sin siquiera rozarme.

—¿Harás que sea necesario?

Mis labios se tensan en una sonrisa que no llega a mis ojos, igual que la suya. Este juego de palabras, de poder, nos consume. Cormac cree que puede intimidarme, que puede arrancarme lo que quiere con su fuerza bruta y su frialdad calculada. Pero si algo me ha enseñado mi vida como hija de los Gunn es que no se sobrevive cediendo. Y mucho menos ante un enemigo.

—¿Es eso lo que crees? —le susurro, inclinándome un poco más, mis palabras un susurro afilado—. ¿Que voy a doblarme tan fácilmente? ¿Que con tus amenazas conseguirás que hable?

Él no se mueve, pero su mirada se intensifica, sus ojos casi transparentes ardiendo con una ira contenida que puedo sentir como una descarga eléctrica entre nosotros.

—No me malinterpretes —dice, en un murmullo—. No quiero que sea así. Pero si decides que es la única forma... —Deja la frase colgando en el aire, cargada de amenaza.

Lo miro sin parpadear, sintiendo cómo la furia se acumula en mi pecho. Esto no es solo un

juego de poder entre nosotros, es una batalla de lealtades, de promesas que hice mucho antes de que me forzaran a ser su esposa.

—Tú que tanto admiras la lealtad y el silencio —le espeto, mi voz baja, afilada como un puñal—, deberías saber que hice un juramento a los míos. Un juramento que pienso mantener hasta el día de mi muerte.

Cormac no reacciona de inmediato, pero sus ojos se estrechan ligeramente, una advertencia silenciosa. Las conversaciones a nuestro alrededor continúan, el ruido de la cena amortiguando nuestras palabras, pero Kester sigue observándonos, sus labios apretados en una línea tensa.

—Al final, los secretos siempre salen a la luz —dice, levantando su copa con una calma calculada—. Y sé muy bien que estáis protegiendo a uno de tus hermanos. De eso no me cabe duda, Gunn. Solo necesito un nombre.

Mis músculos se tensan. ¿Así que eso cree? ¿Que el culpable está entre mis hermanos? No me sorprendería que lo pensara, pero no es tan simple. Nada lo es.

—¿Sabes? Los Sutherland no sois unos santurrones, como os creéis —respondo, dejando que el sarcasmo se infiltre en mi voz—. ¿Quién empezó todo esto? ¿Lo recuerdas? Fue vuestro Laird, deseando y secuestrando a Helen Gunn.

—Y pagamos por ello, algunos incluso creen que cargamos con nuestra propia maldición por eso —responde con voz baja, pero clara. La sala parece detenerse un segundo cuando pronuncia esa palabra: maldición.

No puedo evitar una sonrisa amarga ante sus palabras. Los propios Gunn siempre han creído que llevamos nuestra propia maldición encima, una que nos arrastra a la violencia, una brutalidad que corre por nuestras venas y de la que no podemos escapar. Pero Cormac lo dice con burla, como si no creyera en ello.

—El espíritu de la Dama Verde que mora en este castillo —murmura, sus ojos fijos en los míos, pero sé que está hablando también para que Kester lo oiga—. Dicen que es el fantasma de Helen Gunn, que castiga a todos los hombres que desean a una mujer que no les pertenece.

Sus palabras caen pesadas sobre la mesa, y siento cómo las miradas de los demás se fijan en nosotros, pero la suya se dirige lentamente hacia Kester.

—Así que ten cuidado, MacKay —añade Cormac con una calma peligrosa—. Porque esta maldición no discrimina a nadie.

Kester le lanza una mueca burlona, esa sonrisa que pretende desafiar, pero no es él quien captura mi atención esta vez. Es Mairead, sentada a su lado, con los ojos bajos y las manos

nerviosas jugueteando con el borde de su copa. Hay algo en su expresión que me golpea más fuerte que cualquier provocación de Kester o Cormac: miedo por lo que ha dicho su hermano.

Nunca me acerco a ella. Y ella tampoco lo hace. Existe un abismo silencioso entre nosotras, una distancia que no tiene que ver con el espacio físico, sino con el dolor compartido. Ella me observa de reojo, tímida, como si mi presencia la incomodara en lo más profundo. Y, aunque no quiero admitirlo, entiendo su postura. No la culpo.

El peso de la incomodidad entre nosotras es difícil de ignorar. No hay palabras que podamos intercambiar que suavicen esta situación, ni explicaciones que puedan cambiar lo que sentimos. No podemos lanzarnos puñetazos para descargar nuestra frustración, como harían los hombres. Lo nuestro es un conflicto silencioso, pero no menos devastador. Es un dolor que nos infligimos la una a la otra sin querer, sin buscarlo, y, sin embargo, estamos atrapadas en él.

Me quedo mirando su perfil mientras Kester y Cormac siguen con sus provocaciones, lanzándose dardos envenenados con cada palabra sin darse cuenta del daño colateral que sus palabras están causando.

Mairead no puede con más, y aunque nadie parece darse cuenta, yo lo veo. Y eso me importa, mucho más de lo que estoy dispuesta a admitir.

Sin pensarlo dos veces, bajo la mano y la dejo caer firmemente sobre el muslo de Cormac. Siento cómo su cuerpo se tensa bajo mi toque, como si hubiera encendido una chispa que él intenta desesperadamente controlar. Por un segundo, parece que va a saltar de su asiento. Me mira, sorprendido, sus ojos, claros y peligrosamente serenos, buscan los míos con algo más... como si no supiera si lo que acaba de pasar es un reto o una rendición.

Me inclino hacia él, acercándome lo suficiente para que nuestras palabras queden entre nosotros. Mi voz es apenas un susurro, pero está cargada de una furia contenida, de la misma tensión que late entre nosotros desde hace días.

—Quería que reaccionaras —murmuro, sin apartar la mano—. Tus tonterías están haciendo daño a tu hermana. No a él.

El aire a nuestro alrededor se espesa, cargado de una electricidad que amenaza con estallar en cualquier momento.

—Ya he parado —responde, su voz baja, como un látigo controlado—. Así que si no quieres otro tipo de reacción, quita la mano.

No la aparto. De hecho, la presiono más fuerte contra su muslo, aunque es como intentar retar a una montaña. Siento el calor de su piel traspasar la tela, la rigidez de sus músculos bajo mi

palma, pero no me detengo.

Cormac, por primera vez, deja escapar un suspiro entre dientes, y en su mirada se cuela un destello de algo más, algo que se mezcla con la frustración que lo envuelve. Se inclina apenas hacia mí, lo justo para que su voz se convierta en un susurro peligroso contra mi oído.

—No juegues conmigo, Lilias —dice, su tono bajo, cargado de una advertencia—. Porque no siempre estaré dispuesto a contenerme.

Sus palabras me golpean más de lo que esperaba, porque no son las de un hombre que intenta seducirme, sino de alguien que está al borde de perder un control que, hasta ahora, siempre he considerado absoluto. Y lo cierto es que, por primera vez, siento que yo también estoy al borde de algo que no quiero admitir. Pero no le daré la satisfacción de verlo.

Con una sonrisa forzada, retiro mi mano y le lanzo una última mirada desafiante antes de volver mi atención al resto de la mesa, tratando de ignorar el temblor en mi propio cuerpo y la mirada fija de Kester desde el otro extremo de la sala.



CAPÍTULO 10

La frustración me atraviesa como un hierro al rojo vivo. Cada vez que ella se acerca, que su piel roza la mía, que siento su aliento a tan solo un suspiro de distancia, algo en mí se descontrola. Un dolor agudo, constante, que lleva semanas creciendo. Como un nudo en el vientre, como un fuego que no se apaga. Pero no puedo tocarla. No como quiero. Y no es por falta de ganas, porque si fuera por eso ya la habría tenido contra la pared de cualquier maldita habitación de este castillo.

Es por todo lo que ella representa, eso, y que sé que ella no me desea. No como yo la deseo a ella. Cada mirada, cada palabra que intercambiamos es un recordatorio de su odio, de que me ve como el enemigo que soy. Y yo, maldita sea, no estoy dispuesto a forzarme en un lugar donde no soy querido. Pero hay momentos... Joder, hay momentos en los que estoy a punto de perder la razón. De tomar lo que se supone que me pertenece, de hacerla mía de una vez por todas solo para apagar esta locura que me carcome.

Desde donde estoy, puedo verla en el patio del castillo, la tarde gris envolviendo las murallas en sombras. A mi alrededor, se oye el murmullo de los guerreros descansando, intercambiando bromas y risas mientras afilan sus cuchillos o pulen sus armas y se mezcla con el ruido de las espadas chocando y los gritos de quienes aún entrenan.

Fingal, Duncan y Munro me acompañan, observando la escena desde la distancia. Ella carga una cesta con sábanas húmedas, llevándola sobre la cadera con una facilidad que me hace apretar los dientes.

Su cuerpo se mueve con una gracia que no debería tener, no mientras intenta realizar las tareas cotidianas de las mujeres de este lugar. La mía, pienso con una rabia sorda. Es mi esposa, pero eso no parece significar nada en este maldito castillo. Y esa rabia, ese maldito orgullo herido, se mezcla con algo más oscuro cada vez que la veo y sé que no puedo tenerla.

—¿De verdad la vas a dejar seguir así, Cormac? —pregunta Munro, el más incauto de los cuatro, con una sonrisa burlona en los labios—. Tan cerca, tan dulce, y tú... ahí, mirando desde las sombras como un niño casto. Si no la quieres, podrías prestármela un rato.

Mi mirada se vuelve hacia él, y el silencio que le dedico hace que su sonrisa se borre de los labios. Fingal suelta un bufido, sabiendo que el comentario ha sido una mala idea, y Duncan le lanza una mirada de advertencia. Él levanta las manos en señal de paz.

—Solo bromeaba, Cormac —dice, con una risa forzada que no llega a sus ojos—. No es como si alguien aquí se atreviera a acercarse demasiado a la dama Sutherland.

—Ni tú ni nadie —respondo, mi voz baja pero firme, con un filo que incluso a mí me sorprende. No estoy de humor para bromas. No con la imagen de Lilias moviéndose por el patio, su risa resonando mientras una ráfaga de viento agita su cabello pelirrojo y hace brillar sus ojos leonados. Me aparto un poco, centrando la vista en lo que ella hace, intentando calmar la tensión que crece en mi pecho.

La veo colgar las sábanas, el movimiento de sus brazos al levantar la tela, cómo su cabello se escapa de la trenza mientras trabaja. Las mujeres a su alrededor parecen sentirse cómodas con ella, sin verse obligadas a aplicar el respeto o el distanciamiento habitual hacia la señora del castillo.

De hecho, todas sonríen mientras ella habla. Luego, la veo acercarse a un grupo de niños, sentándose en el suelo con ellos mientras sostiene un paño y lo agita en el aire, dramatizando alguna historia.

Por un momento, la escena me desconcierta. No es la mujer tensa y combativa que siempre se enfrenta a mí. Aquí, bajo el sol apagado del norte, hay algo casi... cálido en ella. Como si hubiera encontrado un lugar, aunque sea por un instante, donde no necesita luchar.

—Ahí está el maldito perro guardián —comenta Duncan, notando mi mirada.

Al girar la cabeza, veo a Mackay, a una distancia prudente, apoyado contra un muro de piedra. Su mirada no se aparta de Lilias, sus ojos oscuros y fijos, como si estuviera atrapado en sus propios pensamientos. Algo en su expresión me molesta, me enfurece. Porque no es solo admiración lo que veo allí. Es algo más oscuro, más profundo. Algo que me hace pensar en todas las veces que él ha estado merodeando a Lilias de una manera insana.

Munro suelta una risa corta, pero hay un tono inquietante en su comentario.

—Tal vez tenga un motivo para estar tan atento. Uno que tú ya no ves, Cormac.

Los ignoro, centrándome en Kester. Mi sangre late con fuerza en mis venas, el deseo de

atravesar el patio y golpearle la cara me consume, pero me contengo. Porque, si lo hago, esta guerra silenciosa con Lilias podría volverse aún más peligrosa.

Pero la única lealtad que debería importarle ahora es la que debería tener conmigo. Y lo que más me irrita, lo que me consume hasta los huesos, es saber que a ella nada de eso le afecta. Sigue siendo una Gunn sobre todo y sigue enamorada de Mackay. Solo que ahora lleva mi nombre, duerme en mi cama, y el mundo espera que yo la controle, que la someta a mis deseos.

—Cormac, deja de clavarle los ojos —dice Fingal a mi lado, su tono más serio de lo que suele ser—. O la atraviesas de una vez con… tu espada o dejas de mirarla como si fuera a salir ardiendo.

—Solo la observo —respondo, sabiendo que su intento de bromear es una forma de tantear el terreno. Fingal siempre sabe cuándo cambiar de tono, cuándo empujarme y cuándo detenerse. Pero no estoy para juegos.

—Está ganándose a la gente —comenta Duncan con un tono más neutral, como si quisiera exponer un hecho y nada más—. Aunque todavía la miren con recelo, saben que hay algo en ella que... —se encoge de hombros— que les gusta.

Munro se ríe, más por costumbre que por auténtica diversión. Él sigue con la vista puesta en otra mujer que sacude una alfombra con energía, pero yo sé que también nota la forma en que Lilias empieza a encajar, a ganarse un lugar entre las otras.

—Una Gunn haciendo amistad con las mujeres de los Sutherland... —murmura Fingal, sacudiendo la cabeza con escepticismo—. Si mi madre viviera, diría que eso es una señal del fin de los tiempos.

—A mí me importa una mierda cómo se lleven entre ellas —respondo, más brusco de lo que debería—. Mientras no cause problemas, puede hacer lo que quiera.

Munro se gira hacia mí, con una sonrisa torcida en los labios.

—¿Seguro que no te importa, Cormac? —pregunta con su tono burlón de siempre—. Porque no parece que te importe tan poco, a juzgar por cómo la miras.

Lo ignoro. Me niego a caer en sus provocaciones. Porque si respondo, si me dejo arrastrar por lo que realmente siento cuando la veo tan cómoda entre mi gente, tan despreocupada mientras yo lucho contra esta tensión, entonces habré perdido.

Mis ojos vuelven a MacKay. Lo suyo es una obsesión silenciosa, una sombra que no se aparta de ella. Algo que va más allá de lo que cualquier hombre debería sentir por una mujer que ya no le pertenece.

—¿Qué está tramando ese? —pregunto, sin apartar la vista de él.

Duncan se tensa un poco a mi lado, notando el tono de mi voz, pero se encoge de hombros.

—Difícil decirlo. Pero siempre está cerca, y eso no es buena señal. Ese hombre no sabe cuándo rendirse.

Munro suelta una risa corta, cargada de un cinismo que me pone los nervios de punta.

—Tal vez cree que, si se mantiene lo bastante cerca, haciéndola reír, protegiéndola, ella no se lo pensará dos veces antes de aceptarle en su cama.

—Eso no pasará —respondo con frialdad, pero la verdad es que el simple hecho de que alguien lo sugiera me molesta más de lo que debería. Porque si bien Lilias es mía por ley, y Kester puede arder en su propio deseo reprimido, esa chispa de cercanía que aún veo entre ellos me revuelve el estómago de una forma que no quiero admitir.

—Más te vale que no pase —añade Fingal, bajando la voz, mirándome de reojo—. Porque un hombre como él, con esa sombra en los ojos, es capaz de cualquier cosa. Yo creo que está maldito ya. Tiene los primeros síntomas.

—Eso son cuentos para viejas, Fingal. —Mi tono sale más brusco de lo que pretendía. No tengo paciencia para supersticiones ni leyendas que solo sirven para alimentar el miedo de aquellos que necesitan una excusa para su propia debilidad—. Esa maldición no existe. Son solo historias para mantener a los hombres controlados, nada más.

Fingal me lanza una mirada de reprobación, con esa mezcla de burla y seriedad que siempre sabe usar para ponerme a prueba. A veces, esa maldita expresión me recuerda demasiado a mi hermano, y es entonces cuando cierro el puño con fuerza, luchando contra el impulso de apartarlo de un golpe.

—Eso lo dices porque tú nunca has deseado de verdad a una mujer, excepto a la tuya. —Fingal se inclina un poco hacia mí, su voz baja para que solo yo lo escuche—. Y aunque lo hagas de manera enfermiza, Gunn o no, sigue siendo tuya, Cormac. Pero la maldición es verdad.

Mis dientes se aprietan con rabia, pero él sigue, ignorando mi irritación, disfrutando de su pequeña lección.

—Recuerda a Eoin McLeod, el año pasado. —Fingal deja caer el nombre como una sentencia—. Fue lo mismo. Primero, la obsesión por una mujer que nunca debió tocar. La necesitaba como el aire, como si su propia vida dependiera de ella, pero cuanto más la deseaba, más se le escapaba. Y después vinieron los susurros, los murmullos en su cabeza, como si no

pudiera sacarse la idea de perderla, de que otro la tocara. Se volvió más y más oscuro, más impredecible, como si un demonio lo siguiera a cada paso.

La mención de Eoin McLeod me hace endurecer la mandíbula. Recuerdo a Eoin. Recuerdo cómo pasó de ser un hombre fuerte y sereno a una sombra de sí mismo, con los ojos siempre hundidos, como si la oscuridad se hubiera colado en su mente para nunca más soltarlo.

—Terminó demente, hablando solo, gritando a fantasmas que solo él veía —continúa Fingal, su tono más grave, y siento cómo Duncan también se tensa a mi lado, como si aquellas palabras tuvieran un peso mayor de lo que nos gustaría admitir—. Decía que podía oír su risa en cada rincón del castillo, que sentía sus manos tocándolo cuando no había nadie allí y…. Y luego... bueno, ya sabes cómo terminó. Una noche, lo encontraron ahogado en el lago, con los ojos abiertos como platos. Se decía que buscaba algo en el agua, pero que lo que encontró fue la muerte.

—Simplemente perdió la razón —respondo, con una frialdad que espero que oculte mi propia inquietud—. Los hombres débiles siempre buscan excusas para su debilidad. Y las maldiciones... —miro a Fingal a los ojos, retándolo a que insista— ...son la mejor excusa de todas.

Fingal se ríe, pero es una risa seca, sin humor.

—Tú crees eso porque te niegas a aceptar que algo pueda ser más fuerte que tu control, Cormac. Pero esa maldición no es solo para los débiles. Es para cualquiera que pierda el control, que permita que el deseo se le meta en la piel y lo consuma desde dentro. No importa cuán fuerte creas que eres... —Fingal inclina la cabeza, con una media sonrisa irónica—. Si alguna vez deseas una mujer que no es tuya con suficiente intensidad, la maldición empieza a crecer. Y ni tú serías capaz de detenerla. Solo espero que llegado el momento puedas frenar a MacKay.

Mi mirada se clava en la suya, implacable, pero no puedo evitar sentir cómo un frío incómodo se instala en mi pecho.

—¿De qué estás hablando? —le espeto, aunque mi voz suena más baja, más contenida de lo que esperaba.

—Si Kester está tan obsesionado con tu esposa como parece... —Hace una pausa, lanzando una mirada rápida hacia Lilias, que sigue hablando con los niños sin ser consciente de la conversación que estamos teniendo—. Puede que ella también esté en peligro. Dicen que los hombres que se quedan con ese fuego dentro, ese que nunca se apaga, terminan haciendo cosas desesperadas. Cosas que uno no se espera.

Mi mandíbula se tensa al escuchar las palabras de Fingal, pero mantengo la expresión fría, impenetrable, esa que tan bien he aprendido a usar para esconder lo que no puedo permitirme sentir. Me niego a que vea la grieta que sus palabras podrían abrir, la duda que intenta plantar en mi mente.

—Lilias no me importa —respondo, sin apartar la mirada de él—. Si crees que hay algo más en esto, estás perdiendo el tiempo. Es una Gunn, y lo único que me interesa es lo que oculta. Nada más. Si MacKay está tan desesperado como para arriesgarlo todo por ella, allá él.

Fingal no parece convencido. Su sonrisa irónica se amplía, como si supiera algo que yo no estoy dispuesto a admitir.

—Sigues creyendo que puedes mantenerlo todo bajo control, Cormac. Que solo con apretar la mandíbula y fingir que no te importa, no estás atado a ella.

Niego con la cabeza, irritado por la insistencia de Fingal.

—Te equivocas —le corto, con la voz baja y tajante—. No estoy atado a nadie, mucho menos a una mujer que apenas tolero en mi vida. Pero mantendré a MacKay vigilado, de eso no te quepa duda. Si se atreve a cruzar la línea, lo detendré antes de que haga algo de lo que se arrepienta.

Munro se acerca un poco más, con esa sonrisa burda que siempre lleva puesta cuando la conversación toma un tono más bajo. Fingal, por su parte, se cruza de brazos y levanta las cejas, esperando a que Munro suelte la próxima tontería, como siempre.

—Y mientras tanto, haz algo con ese dolor de huevos que arrastras, ¿eh, Cormac? —lanza Munro, su tono tan descarado que incluso Fingal se echa a reír—. Hazte un favor y arrastra a tu esposa a tu lecho... o al menos échate una mano, por el amor de Dios. Que se te nota la tensión a una legua.

Fingal suelta un bufido divertido y sacude la cabeza, mientras Munro sigue con su retahíla, sin un ápice de vergüenza.

—Vamos, que todos sabemos que la señora es hermosa y ardiente —continúa, como si fuera lo más normal del mundo—. Y ahí estás tú, caminando como si tuvieras un nudo en las pelotas desde que la trajiste aquí. No me digas que te gusta sufrir, Cormac, porque eso ya sería de locos.

Le lanzo una mirada asesina a Munro, pero él solo se encoge de hombros, sin perder esa sonrisa socarrona. Fingal se muerde el labio para contener otra risa, pero no dice nada. Saben que estoy a punto de perder la paciencia. Sin embargo, también saben que nuestra amistad se

remonta a tiempos en los que los títulos y las obligaciones eran solo sombras lejanas.

Nos conocemos desde que éramos niños, cuando corríamos por estas colinas sin preocupaciones, cazando liebres y soñando con aventuras. En aquellos días, yo no era el predestinado a heredar el título; mi hermano mayor ostentaba ese honor. La amistad era más importante que cualquier jerarquía, y las travesuras que compartíamos forjaron lazos que ni el tiempo ni el estatus podrían romper.

Es por eso por lo que Munro, Fingal y Duncan se toman libertades que pocos se atreverían. Para ellos, no soy solo el Laird o el Conde; soy Cormac, su amigo de toda la vida. Y aunque a veces su familiaridad roza la insolencia, en el fondo agradezco tener a mi alrededor a quienes me recuerdan quién soy realmente, más allá de los títulos y las responsabilidades.

—A lo mejor, es que no sabe cómo manejarla —añade Fingal, mirándome con esa expresión de falsa preocupación—. Porque con una mujer como esa, o la dominas o te devora vivo.

—Deja de hablar de lo que no sabes, Fingal —le gruño, apretando los dientes—. Y tú, Munro, cierra la boca o te la cierro de un puñetazo.

Munro suelta una carcajada, completamente indiferente a mi amenaza, y se inclina hacia mí con una sonrisa más amplia.

—Claro, claro. Lo que digas, Cormac. Pero mírate, amigo... estás a un paso de estallar. Y si no lo haces pronto, tu esposa va a acabar buscándose a alguien que sepa cómo darle lo que necesita.

Las palabras me golpean, aunque sé que lo dice solo para provocarme. Pero el solo pensamiento de ella con otro hombre... con MacKay, con su mirada siempre fija en ella, me hace apretar los puños hasta sentir que las uñas se me clavan en las palmas. No respondo. No les daré la satisfacción de saber cuánto me molesta, cuánto me cuesta mantener el control cada vez que ella está cerca.

—Id a meteros con otro, par de imbéciles —les digo finalmente, dándoles la espalda—. Y guardad vuestros consejos para cuando aprendáis a usar algo más que la lengua con una mujer.

Munro se echa a reír de nuevo, su risa resonando por encima del murmullo de la sala, y se inclina más cerca, como si estuviera a punto de compartir un secreto sucio.

—A mi mujer le encanta que la utilice con ella, Cormac —dice, su voz cargada de burla—. Dice que es lo mejor que tengo. Y te aseguro que la mantengo bien satisfecha con ella.

Fingal se une a las carcajadas, y yo aprieto los dientes, aguantando las ganas de ponerle un puño en la cara solo para que se calle.

—Entonces felicidades, Munro —respondo con frialdad, esbozando una sonrisa falsa—. Al menos eres útil para algo, aunque sea solo para mantener ocupada a tu esposa.

Estamos todavía apoyados contra el viejo roble, el aire frío de la mañana rozándonos la piel mientras observamos el ajetreo en el campo de entrenamiento y la actividad en el patio del castillo. Pero la rutina se interrumpe cuando un jinete atraviesa las puertas del castillo, cubierto de polvo y con el rostro tenso por la urgencia. Lo sigo con la mirada mientras desciende del caballo con torpeza y entrega un pergamino a uno de los consejeros que siempre están rondando cerca, esperando para traerme malas noticias.

—¿Y ahora qué? —masculla Fingal a mi lado, sus ojos entrecerrados siguiendo los movimientos del jinete y del consejero, que se acerca a nosotros con paso decidido.

El hombre, de rostro enjuto y marcado por los años, nos alcanza y me tiende la misiva con manos temblorosas. La abro sin prisa, notando el emblema de los Sutherland estampado en la cera rota. El mensaje es breve, pero el contenido me hace apretar los dientes.

—Robo de ganado en las tierras del norte, cerca de las fronteras con los MacKay —digo en voz baja, lo suficiente para que Fingal, Duncan e Munro me oigan, pero no para que llegue a otros oídos indeseados—. Los Mackay dicen que estaban en sus tierras y lo que está en sus tierras les pertenece.

—Siempre los malditos MacKay —escupe Munro, su expresión oscureciéndose—. Creen que porque ahora tienen la bendición del rey para respirar en nuestras tierras pueden hacer lo que les venga en gana.

—Partimos en un día —les informo, enrollando el pergamino y guardándolo en mi cinturón—. Aseguraos de que los hombres estén listos. Vamos a robar lo que nos han robado.

—Más acción, por fin —comenta Munro, esbozando una sonrisa que no llega a suavizar la dureza de su rostro—. No viene mal un poco de sangre después de tanta charla de maldiciones y mujeres.

Fingal y Duncan asienten, ya poniéndose en movimiento para cumplir mis órdenes. Mientras ellos se alejan, lanzo una última mirada al patio del castillo, donde Lilias sigue entretenida con las mujeres. Y, un poco más allá, MacKay, observa en silencio con la mandíbula apretada, como si estuviera al borde de saltar sobre cualquier oportunidad que se le cruce.

No pienso dejarle esa oportunidad. Lilias tendrá que venir conmigo.



CAPÍTULO 11

El aire frío de la mañana me golpea el rostro mientras me acerco a los establos. Los caballos ya están listos, nerviosos, con las riendas atadas a los postes y los cascos golpeando la tierra. El mozo de cuadras pasa de uno a otro, ajustando las sillas y revisando los arneses con la eficacia de quien sabe que todo debe estar perfecto antes de partir.

Cormac me informó ayer de la partida, pero fue más bien una orden directa:

—Vamos hacia las tierras de los MacKay —me dijo, con esa voz seca, sin rastro de emoción.

El bullicio de los preparativos me distrae un momento hasta que una sombra se planta a mi lado. Al girarme, veo a Munro, con su expresión descarada y una sonrisa torcida que me irrita y divierte a partes iguales. Sus ojos recorren los caballos y luego se detienen en mí con una chispa de burla.

—Y dime, señora... —empieza, su tono cargado de esa burla que siempre le acompaña—. ¿Qué tal montas?

Su sonrisa se ensancha y el doble sentido de sus palabras es evidente. Espera que me ofenda, que baje la mirada, pero no le daré ese gusto. Al contrario, me provoca una risa seca, y siento la sangre arderme bajo la piel mientras me acerco un poco más a él, manteniendo la sonrisa en mis labios.

—No me va nada mal, Munro —le respondo, alzando una ceja, haciendo que mis palabras suenen aún más afiladas de lo que pretendía—. Aunque ya sabes lo que dicen: no es tanto cómo montas, sino lo que eres capaz de aguantar cuando te toca un caballo salvaje.

Su expresión se congela solo por un segundo antes de que una carcajada ronca escape de su garganta.

—Vaya, parece que sabes mantenerse en la silla —responde, todavía con esa maldita sonrisa,

aunque ahora más curiosa que burlona.

—Y no pienso caerme de esta —añado, dejándolo claro, mientras mi mirada se cruza con la de Cormac, que está al otro lado del caballo, asegurando las cinchas con esa cara de piedra que siempre tiene, como si nada le importara.

Me subo de un salto a mi montura y espero a que decidan partir.

Puede que este viaje sea un infierno, pero al menos no me iré sin darle una buena dosis de mi lengua viperina a estos hombres.

No tengo tiempo de acomodarme en la montura cuando Kester aparece de la nada, casi como una ráfaga de viento helado. Se detiene frente a mí, con los ojos desorbitados y el rostro crispado con algo oscuro. Agarra las riendas de mi caballo con tanta fuerza que los nudillos se le blanquean.

—¿A dónde crees que vas, Lilias? —exige, sin molestarse en bajar la voz.

Hace días que he notado un cambio en Kester. Sus ojos, antes cálidos y llenos de complicidad, ahora están oscurecidos por sombras que no logro descifrar. Lo siento en cada esquina, como si su presencia me acechara silenciosamente. Es como si siempre estuviera ahí, observándome desde las sombras, siguiendo cada uno de mis movimientos. A veces, al girar una esquina o al entrar en una habitación, puedo sentir su mirada fija en mí, intensa y perturbadora.

Su comportamiento se ha vuelto errático; pasa de la amabilidad a la furia en un abrir y cerrar de ojos. Las sonrisas genuinas han sido reemplazadas por gestos tensos y miradas perdidas.

Intento apartar su mano de las riendas, pero Kester no cede. A nuestro alrededor, los hombres se detienen, observando con curiosidad la escena que estamos montando. Miro a Cormac, que se ha girado hacia nosotros, con los labios apretados y la expresión endurecida. Siento que el aire se vuelve aún más frío y denso.

—Kester, ¿qué estás haciendo? —le digo, haciendo un esfuerzo por mantener la calma—. No tienes derecho a interponerte.

—No voy a dejar que te vayas con ellos —responde, su voz bajando de volumen, pero no la intensidad—. No sabes a lo que te enfrentas ahí fuera. Esto no es asunto tuyo.

Algo en su mirada, en la forma en que no me deja marchar, me hace sentir una punzada de alarma. Esta insistencia no es normal. La tensión que emana de él es como una cuerda a punto de romperse. Durante años, Kester fue mi roca, mi refugio... pero lo que veo ahora es diferente, es otra cosa que no sé si quiero descifrar.

—No necesito que me protejas, Kester —replico, intentando mantener la voz firme, aunque por dentro un escalofrío recorre mi espalda—. Estoy aquí por mi propia voluntad.

Kester me suelta, pero no se aparta. Mira directamente a Cormac, como si por fin decidiera que es él a quien tiene que enfrentar. Avanza un paso, con la mandíbula tensa, ignorando la presencia de los demás.

—Si vais a las tierras fronterizas de los MacKay, yo también voy —declara, su tono es cortante, una mezcla de desafío y determinación—. Conozco el terreno mejor que nadie. Sería una imprudencia no aprovechar mi experiencia.

Cormac le lanza una mirada gélida, y durante un momento, ninguno de los dos parece dispuesto a ceder. Es como si se midieran, como si el aire entre ellos estuviera cargado de un odio que apenas son capaces de contener.

—No, MacKay —responde Cormac finalmente, con una calma implacable, aunque hay un filo en su voz que no puedo ignorar—. No eres bienvenido en este viaje. Esto es asunto mío, no tuyo.

—¿Y por qué no habría de ir? —exige Kester, su voz baja pero cargada de veneno. Temo que vaya a lanzarse contra Cormac allí mismo, en medio del patio—. Si hay un conflicto en las tierras de mi clan, es mi deber estar presente.

—Porque este conflicto es entre los Sutherland y los ladrones de ganado que se esconden en tus tierras —responde Cormac, como si estuviera hablando con un niño caprichoso—. Y no necesito a un MacKay en mis filas, interfiriendo o complicando las cosas más de lo que ya están.

Kester se inclina hacia Cormac, su rostro a escasos centímetros del suyo. El brillo peligroso en sus ojos refleja la tensión que le recorre cada músculo.

—No te engañes, Sutherland —escupe Kester—. Sabes tan bien como yo que esto no es solo por los ladrones. Quieres alejar a Lilias de aquí, de mí. Temes que recuerde a quién pertenece realmente.

Las palabras de Kester caen como una piedra en un estanque, creando ondas de tensión que se sienten en el aire. Cormac aprieta la mandíbula, y puedo ver cómo la ira se acumula detrás de su mirada fría.

—Ten cuidado con lo que insinúas —advierte Cormac, su voz más baja y peligrosa.

—Kester, por favor —digo, intentando sonar conciliadora—. Estaré bien. No necesitas hacer esto.

Él me mira, la preocupación evidente en sus ojos.

—Lilias...

—Confía en mí —le interrumpo suavemente.

Después de un momento de duda, Kester finalmente suelta las riendas. Pero antes de alejarse, dirige una última mirada a Cormac.

—Si le sucede algo, Sutherland, tendrás que responder ante mí.

Cormac no responde, pero su postura se mantiene firme.

Kester se retira, lanzándome una mirada que mezcla frustración y algo más que no puedo descifrar. El ambiente queda cargado de una tensión incómoda.

Cormac monta en su caballo y da la señal para partir. Mientras avanzamos, Fingal se acerca a él, cabalgando a su lado.

—Te lo dije —susurra Fingal—. Está maldito.

Cormac frunce el ceño, manteniendo la vista al frente.

—No empieces con esas supersticiones, Fingal —responde con impaciencia.

—No puedes ignorar las señales —insiste Fingal—. La maldición de Helen Gunn aún pesa sobre los Sutherland.

Cormac aprieta las riendas con más fuerza.

—No creo en cuentos de viejas —replica—. Nuestro destino no está regido por maldiciones.

Fingal suspira, pero no insiste más.

Miro a Cormac, su silueta firme sobre el caballo, y me pregunto si realmente cree estar por encima de esas historias. O quizás, simplemente, se niega a aceptar que algo más grande que él pueda influir en su vida.

Espoleo mi caballo, un robusto frisón de pelaje negro azabache que contrasta con el manto blanco que comienza a cubrir el paisaje. El vaho de su respiración forma nubes efímeras en el aire frío casi invernal y su cuerpo es una fuente de calor bajo la silla

Ajusto mi capa de lana gruesa alrededor de mis hombros, intentando protegerme del frío que cala hasta los huesos. Mis guantes de cuero apenas evitan que mis dedos se entumezcan, pero me obligo a ignorar la incomodidad. Con un ligero toque de las riendas, guío a mi caballo para que se acerque al de Fingal, situándome a su lado.

—Fingal —llamo, intentando captar su atención.

Él gira la cabeza hacia mí, sorprendido por mi repentina aparición a su lado. Sus ojos, de un color gris acerado, reflejan la luz pálida del sol invernal. Lleva una capa pesada y un gorro de piel que cubre sus orejas, pero aun así parece resistir el frío mejor que yo.

—¿Qué sucede, señora? —pregunta con cortesía, aunque noto cierta reticencia en su tono.

—He escuchado lo que decías sobre la maldición de Helen Gunn —digo, manteniendo mi voz baja para que los demás no nos escuchen—. Me gustaría saber más.

Fingal frunce el ceño ligeramente, como si sopesara hablar del tema conmigo.

—No es más que una vieja leyenda —responde evasivamente—. Historias que cuentan las abuelas para asustar a los niños.

—Pero tú pareces tomarla en serio —insisto—. Y no eres un niño asustadizo, Fingal.

Él suspira, ajustando las riendas de su caballo, un alazán de aspecto fuerte y resistente.

—No es cuestión de ser asustadizo, señora. Es cuestión de respeto por las tradiciones y las advertencias del pasado.

—Entonces, cuéntame —le pido—. Quiero entender por qué crees que Cormac debería preocuparse.

Fingal me mira por un momento, como si buscara algo en mi expresión. Finalmente, parece decidirse.

—Muy bien, señora —dice con un tono serio—. Aunque siendo una Gunn, supongo que conoces la historia de Helen.

Asiento ligeramente.

—Conozco la historia, sí. Pero me intriga saber sobre la maldición que mencionaste antes. ¿Qué tiene que ver con todo esto?

Fingal suspira, como si el peso de sus pensamientos fuera una carga difícil de llevar.

—Es Ese MacKay, señora —comienza en voz baja—. Creo que la maldición de Helen Gunn podría estar afectándolo.

Lo miro sorprendida.

—¿Por qué crees eso?

Fingal ajusta las riendas de su caballo, un alazán robusto que avanza con paso seguro a pesar

del terreno helado.

—La maldición afecta a los hombres que desean lo que no les pertenece —explica—. Se obsesionan, pierden el juicio, se vuelven impredecibles. He notado que Kester ha estado actuando de manera extraña últimamente. Su comportamiento en el patio esta mañana es una prueba de ello.

—¿Crees que está maldito porque...?

—Porque sigue deseándote, señora —completa Fingal con delicadeza—. A pesar de que ahora eres la esposa de Cormac. Los síntomas de la maldición son insidiosos. Los hombres comienzan a obsesionarse, a actuar de forma irracional. Pueden volverse peligrosos para sí mismos y para los demás.

—Creía que solo afectaba a los Sutherland —digo, frunciendo el ceño—. La maldición fue lanzada sobre ellos, no sobre los MacKay.

Fingal asiente lentamente.

—Ahora Kester pertenece al clan Sutherland —explica en voz baja—. Está casado con una Sutherland y vive bajo el mismo techo que el espíritu de Helen Gunn. Quizás la maldición se extiende a todos los hombres a su alcance, no solo a los Sutherland.

La idea me hace estremecer. Miro hacia adelante, donde Cormac cabalga con su habitual porte imponente, pero sé que está lo suficientemente cerca como para escuchar nuestra conversación.

—¿Y qué podemos hacer para ayudarlo? —pregunto, preocupada.

Fingal me observa con seriedad.

—Tú también has notado su comportamiento extraño, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Pensaba que todo esto le estaba rompiendo —admito—. Kester siempre ha sido fuerte, pero últimamente parece... diferente.

Fingal suspira.

—A mi entender, solo hay dos soluciones: o volverse loco del todo y palmarla, o que deje de codiciarte, señora.

Sus palabras pesan en el aire como una sentencia. Siento un nudo en el estómago al considerar las implicaciones.

—No quiero que nada malo le suceda —susurro, con la voz quebrada por la preocupación que siento.

—Entonces quizás debas encontrar la manera de que deje de desearte —sugiere Fingal con suavidad—. Tal vez si le haces entender que no hay futuro para vosotros, pueda liberarse de esa obsesión.

—Suena más fácil de lo que es —respondo, dejando escapar un suspiro—. Lo que siente no es simple deseo, es amor.

—A mi parecer, el amor y el deseo pueden ser casi lo mismo —comenta Fingal, encogiéndose ligeramente de hombros.

—Entonces es que nunca habéis amado de verdad —le replico, mirándolo fijamente a los ojos.

Fingal sostiene mi mirada por un instante, sus ojos reflejan una mezcla de comprensión y melancolía.

—Quizás tenéis razón, señora —admite en voz baja—. Pero precisamente por eso puedo ver las cosas con más claridad.



CAPÍTULO 12

El aire frío de las Highlands corta mis mejillas mientras cabalgamos por el estrecho sendero que serpentea entre las colinas nevadas. La nieve cruje bajo los cascos de nuestros caballos, y el vapor de sus resoplidos se eleva en nubes blancas que se disipan rápidamente en el viento helado. A nuestro alrededor, el paisaje es una mezcla de montañas imponentes cubiertas de nieve, valles profundos y bosques de pinos que se extienden hasta donde alcanza la vista.

Los árboles están desnudos, sus ramas negras se alzan como dedos esqueléticos contra el cielo gris plomizo. El manto blanco que cubre la tierra refleja la luz difusa del sol invernal, creando un resplandor que lastima los ojos si se mira demasiado tiempo. A lo lejos, puedo ver las siluetas de las montañas que marcan la frontera con las tierras de los MacKay.

A mi lado, Cormac cabalga en silencio, su capa oscura ondea al compás del galope, y su rostro es una máscara impenetrable.

—Parece que la tormenta ha decidido darnos una tregua —comento, rompiendo el silencio opresivo.

—El clima es tan impredecible como algunas personas —responde sin mirarme, su voz baja y controlada.

Sonrío ligeramente ante su indirecta.

—¿Te refieres a alguien en particular?

Él finalmente gira su rostro hacia mí, sus ojos azules reflejan el frío del invierno, pareciendo aún más claros, como dos focos en la oscuridad.

—Si la alusión te queda, siéntete libre de tomarla.

—Siempre tan encantador, Cormac —replico con sarcasmo—. Es un milagro que la gente no haga fila para disfrutar de tu agradable compañía.

—No estoy aquí para agradar a nadie —sentencia—. Mi preocupación es mantener la paz y proteger a mi clan.

—Curioso, porque últimamente parece que la paz es lo último que tenemos.

El viento sopla con más fuerza, arrastrando copos de nieve que se adhieren a nuestras capas y cabellos. El silencio vuelve a instalarse entre nosotros, pero siento la necesidad de abordar el tema que realmente me preocupa.

—Kester no estaba bien cuando partimos —digo finalmente, observando su reacción.

Cormac mantiene la vista al frente, pero noto cómo su mandíbula se tensa.

—MacKay es responsable de sus propias acciones —responde—. No es asunto mío.

—¿No es asunto tuyo? —repito, sintiendo la irritación crecer en mi interior—. Vive bajo tu techo, es el esposo de tu hermana. ¿No te preocupa en absoluto su bienestar?

—Mi prioridad es el bienestar del clan Sutherland —dice con frialdad—. No puedo distraerme con las debilidades de un hombre que no sabe controlar sus… emociones.

Sus palabras me golpean como una bofetada.

—¿Te refieres a la maldición? —pregunto—. ¿O simplemente disfrutas ignorando los problemas que no encajan en tu visión del mundo?

Cormac finalmente me mira, sus ojos son dos pozos de hielo.

—Las maldiciones son para los supersticiosos —declara—. Yo me ocupo de amenazas reales.

—¿Amenazas reales como Kester enfermando misteriosamente? —insisto—. Fingal cree que está bajo la influencia de la maldición de Helen Gunn.

—Fingal cree en muchas cosas —replica con desdén—. No puedo basar mis decisiones en cuentos de fantasmas.

—Pero si hay siquiera una posibilidad de que sea cierto, deberíamos hacer algo —protesto—. No podemos simplemente abandonarlo.

—No puedes dejar de preocuparte por él, ¿verdad? —pregunta, su voz adquiere un tono más frío.

Lo miro fijamente, sintiendo cómo la indignación se mezcla con algo más profundo.

—Es cuestión de humanidad. No puedo ignorar el sufrimiento de alguien que una vez fue importante para mí —respondo con firmeza.

Cormac desvía la mirada hacia el horizonte, donde las montañas se alzan majestuosas.

—Los sentimientos nublan el juicio —sentencia—. Te aconsejo que mantengas tus emociones bajo control.

—¿Como tú lo haces? —replico con sarcasmo—. Siempre tan impasible, tan inquebrantable. Debe ser agotador ser perfecto.

—No soy perfecto —admite—. Solo hago lo que es necesario.

—¿Y Dejar a Kester a su suerte cuando podría estar bajo una maldición que lo consume es necesario?

—¿Y qué propones que haga, Lilias? —pregunta, deteniendo su caballo y girándose hacia mí —. ¿Que abrace supersticiones y ponga en riesgo a todos por salvar a un hombre que no acepta su lugar?

—Propongo que muestres un poco de compasión —respondo con pasión—. Que consideres que hay cosas que no puedes controlar ni entender solo con lógica fría.

—La compasión es un lujo que no podemos permitirnos —replica—. No voy a disculparme por proteger lo que es mío. Si Kester no puede controlar sus... impulsos, es su problema.

—¿Impulsos? —Mis ojos se entrecierran—. Hablas como si fuese una molestia menor, cuando sabes que está sufriendo.

—Todos sufrimos de una manera u otra —dice, encogiéndose de hombros—. Es la naturaleza de este mundo.

—Qué filosófico de tu parte —respondo con sarcasmo.

Un músculo en su mandíbula se tensa, pero mantiene su mirada fija al frente.

—No tengo tiempo para sensiblerías.

—No, claro que no. No vaya a ser que descubras que tienes un corazón debajo de toda esa armadura.

Por un instante, creo ver una chispa de emoción en sus ojos, pero desaparece tan rápido que podría haberlo imaginado.

—¿Has terminado ya? —pregunta—. ¿O tienes más reproches que lanzarme?

—Podría seguir todo el día, pero sospecho que no serviría de nada —suspiro—. Eres tan impenetrable como las murallas de tu castillo.

—Las murallas sirven para proteger —replica—. Quizás deberías considerar levantar las

tuyas.

—¿Y perderme las maravillas de este encantador intercambio? —sonrío con ironía—. Ni pensarlo.

Cormac guarda silencio, y el viento sopla entre nosotros, levantando remolinos de nieve. Finalmente, rompe la quietud.

—Si de verdad quieres ayudarle, mantente alejada de él —dice con frialdad—. No le des razones para creer que puede tenerte. ¿Sabes cómo se aleja a los perros fieles?

Frunzo el ceño ante sus palabras, sintiendo una punzada de indignación.

—Ilumíname —respondo con sarcasmo.

—Dejas de alimentarlos—replica, sus ojos fijos en los míos—. Eres cruel con ellos.

—¿Comparas a Kester con un perro? —pregunto, incrédula.

—Si actúa como uno, no veo por qué no —afirma sin titubear—. Siempre rondándote, esperando cualquier migaja de atención que le lances.

—Eso es inhumano, incluso para ti —espeto, apretando las riendas de mi caballo.

—Lo que es inhumano es permitir que siga obsesionado contigo —responde con dureza—. Alimentas sus esperanzas cada vez que le prestas atención.

—No es tan sencillo —susurro—. No puedo simplemente ignorarlo.

—Sí, puedes —sentencia—. Y debes. Por el bien de todos. Si cortas los lazos, MacKay no tendrá más remedio que seguir adelante. A veces, la crueldad es más compasiva que alimentar falsas esperanzas. Prolongar su agonía solo lo hará sufrir más.

Lo miro fijamente, notando cómo su mandíbula se tensa, cómo sus ojos reflejan una mezcla de frustración y algo más profundo.

—No puedo creer que pienses así —replico—. ¿Es que no tienes ningún sentimiento?

—Tengo los necesarios para proteger a los míos —responde—. Y eso incluye evitar que mi esposa se vea envuelta en peligros innecesarios.

—Kester no es un peligro —insisto—. Está enfermo, necesita ayuda.

—¿Y qué propones? —pregunta, alzando una ceja—. ¿Entregarte a él para calmar su tormento? ¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar, Lilias?

Sus palabras me golpean como una bofetada, y siento el calor subir a mis mejillas.

—No es así —balbuceo—. Solo quiero encontrar una forma de romper la maldición.

—Las maldiciones son solo excusas para justificar comportamientos irracionales —espeta—. Kester es un hombre obsesionado, y esa obsesión lo está consumiendo.

—¿Y no crees que merece una oportunidad de sanar? —pregunto, mirándole fijamente.

—Creo que merece enfrentar las consecuencias de sus acciones —responde sin vacilar—. Igual que todos.

—Eres implacable —murmuro.

—Soy realista —corrige—. Y tú deberías serlo también.

—No puedo ser cruel con él —afirmo—. No de esa manera.

Cormac suspira, como si estuviera agotado por la conversación.

—Entonces prepárate para las consecuencias —advierte—. Porque si sigues alimentando sus esperanzas, solo empeorarás las cosas. Ya se ha interpuesto en nuestra partida, cuestionando mis decisiones frente a mis hombres. Está perdiendo el control.

Antes de que pueda responder, una ráfaga de viento helado nos golpea con fuerza, levantando una nube de nieve que nos envuelve. Los caballos relinchan inquietos, y siento cómo el frío se cuela en cada resquicio de mi ropa.

—La tormenta está empeorando —anuncia Fingal, acercándose a nosotros con dificultad—. Necesitamos encontrar refugio, mi señor.

Miro a mi alrededor; el paisaje blanco se ha vuelto indistinguible, y la visibilidad es casi nula. El viento ulula entre las montañas, y la nieve cae en copos gruesos que se pegan a nuestras capas y cabellos.

Cormac frunce el ceño, evaluando la situación.

—Hay un viejo cobertizo de cazadores no muy lejos de aquí —dice—. Si apuramos el paso, podríamos llegar antes de que la tormenta se intensifique más.

—¿Crees que todos podremos caber allí? —pregunta Munro, sujetando su caballo que se muestra nervioso.

—Es nuestra mejor opción —responde Cormac—. No podemos quedarnos aquí expuestos.

Asiente, y el grupo se pone en marcha, luchando contra el viento y la nieve. El sendero se vuelve más difícil, y los caballos avanzan con esfuerzo entre la nieve que se acumula rápidamente.

Siento el frío calar hasta mis huesos, y mis manos están entumecidas a pesar de los guantes. Cormac se acerca a mí, colocando una mano firme en las riendas de mi caballo para guiarlo.

—Mantente cerca —dice con voz grave—. No queremos que nadie se pierda.

—Estoy bien —aseguro, aunque agradezco su gesto.

Después de lo que parecen horas, aunque probablemente solo han sido minutos, divisamos una estructura oscura entre los árboles.

—¡Allí! —exclama Fingal, señalando el cobertizo medio oculto por la nieve.



CAPÍTULO 13

Al llegar, descendemos de los caballos y los llevamos bajo un techo improvisado que apenas los protege del viento. El cobertizo es pequeño, construido con madera envejecida, pero ofrece un refugio bienvenido contra la tormenta.

Dentro de la cabaña, el aire es pesado, cargado de humo y del aroma a tierra mojada que traemos en la ropa. El espacio es tan reducido que incluso los movimientos parecen más íntimos de lo que deberían ser. Las paredes de madera crujen bajo la fuerza del viento, y el frío es casi tan intenso como en el exterior.

—Munro, enciende un fuego —ordena Cormac—. Necesitamos calentarnos.

Munro asiente y comienza a preparar la chimenea con leña húmeda y ramas secas que encuentra en un rincón. Pronto, un débil fuego ilumina el interior, proyectando sombras danzantes en las paredes.

Me acerco al fuego, frotando mis manos para recuperar algo de calor. Mis ropas están empapadas, y el temblor que recorre mi cuerpo es incontrolable.

—Estás helada —comenta Munro, acercándose demasiado para mi gusto—. Puedo ayudarte a entrar en calor si lo deseas.

Lo miro con una mezcla de sorpresa y desagrado.

—Estoy bien, gracias —respondo, dando un paso atrás, chocando con la pared de madera.

Él esboza una sonrisa que no me gusta. Pero antes de que pueda replicar, la figura de Cormac se cierne entre nosotros, una sombra alta y contundente.

—Eso es suficiente, Munro —dice Cormac, su tono bajo y cargado de una autoridad que no deja lugar a discusión—. Ve a revisar las provisiones.

Munro levanta las manos, sonriendo con descaro antes de dar media vuelta y alejarse con una risa ronca. Mis ojos siguen a Cormac, notando cómo la luz del fuego resalta las líneas duras de su rostro, la seriedad que parece permanente en sus facciones.

—Estás tiritando —observa, sus ojos recorriéndome, deteniéndose en el temblor incontrolable de mis manos.

—El frío es más intenso de lo que esperaba —murmuro, tratando de mantener la voz firme.

Él se quita su capa con un gesto rápido, y antes de que pueda decir nada, la coloca sobre mis hombros. El tejido es áspero, pero desprende un calor que me envuelve de inmediato, mezclándose con su aroma. Casi puedo sentir la calidez de su piel a través de la tela.

—Ponte esto. Y quítate las botas —añade, su tono es más una orden que una sugerencia—. Están empapadas.

Intento desatar los cordones, pero mis dedos entumecidos se niegan a obedecer. Antes de que pueda detenerlo, Cormac se arrodilla frente a mí. Su cercanía me resulta extraña, inquietante. Él nunca está tan cerca, nunca se permite esta intimidad, y, sin embargo, aquí está, sujetando mi pie con una delicadeza que desentona con su habitual frialdad.

Desliza la bota de mi pie, liberándolo de la prisión húmeda y fría. Sus manos, cálidas y fuertes, envuelven mi tobillo mientras retira la media empapada. Siento su toque, firme pero cuidadoso, y una oleada de calor sube por mis mejillas, una sensación que no tiene nada que ver con el fuego que arde en la chimenea.

Sin decir una palabra, toma mi pie entre sus manos y comienza a frotarlo suavemente, aplicando una presión reconfortante. Sus pulgares trazan círculos lentos en la planta, despertando un cosquilleo que se extiende por toda mi pierna. La fricción genera un calor agradable, y el entumecimiento empieza a desaparecer, reemplazado por una calidez que se esparce por mi cuerpo.

—¿Mejor? —pregunta mientras coloca las botas junto al fuego, su voz un murmullo que resuena entre nosotros.

—Un poco —respondo, aunque el temblor en mi cuerpo no se detiene. Cormac lo nota, claro que lo hace. Nada escapa a su control.

—El frío puede ser peligroso si no se combate adecuadamente —dice—. Necesitas más calor.

Se sienta detrás de mí de forma inesperada, y antes de que pueda apartarme, me envuelve con su cuerpo, cubriéndonos a ambos con una manta. Sus brazos se cierran a mi alrededor, un gesto

que debería ser simplemente práctico, pero que se siente como algo más.

—¿Qué estás haciendo? —susurro, más sorprendida que molesta.

—Evitando que te congeles —responde, su aliento rozando mi oído, y siento cómo mi piel se eriza a pesar de la manta—. Es una solución práctica. Aunque si prefieres, puedo llamar a Munro para que lo haga.

—No es necesario —digo, apretando los dientes, y siento su sonrisa, una sombra de humor que apenas le suaviza los labios.

—Eso pensé.

El silencio que sigue es espeso, lleno de un significado que no entiendo del todo, pero que nos envuelve como la manta. El latido de su corazón, lento y constante, resuena contra mi espalda, y su respiración, tan controlada, se entremezcla con la mía. Cierro los ojos un instante, dejándome llevar por la sensación de seguridad que, aunque no quiero admitirlo, me reconforta.

—No es necesario ser tan... cercano —murmuro, aunque no hago ningún intento por apartarme.

—Deja de quejarte —responde, con una brusquedad que no llega a ser cruel—. Es solo hasta que entres en calor.

Siento el calor subir a mis mejillas, y aunque debería apartarme, no lo hago. Al contrario, me apoyo un poco más en él, dejando que el peso de mi cuerpo se hunda contra su pecho, apoyando mi cabeza sobre él y sintiendo la firmeza de sus músculos bajo la tela.

—Siempre tan amable.

—No confundas amabilidad con pragmatismo.

—¿Alguna vez bajas la guardia? —pregunto, girando ligeramente el rostro para intentar verle.

Sus ojos se encuentran con los míos, y por un momento, veo una chispa de algo que desaparece tan rápido como llegó. Él se inclina apenas, su boca cerca de la curva de mi oreja, y cuando habla, su tono es un murmullo que solo yo puedo oír.

—No tengo ese lujo. No en mi posición.

La intensidad en sus palabras me hace girar el rostro hacia él, nuestros labios tan cerca que podría... pero no lo hago. En lugar de eso, lo observo, la luz del fuego iluminando la seriedad en sus facciones. Y por un segundo, me pregunto si alguna vez ha permitido que alguien vea más allá de esa coraza.

—Debe ser agotador ser tú.

Una sombra de sonrisa curva sus labios.

—Alguien tiene que hacerlo, Gunn.

El fuego crepita frente a nosotros, el mundo se reduce a este espacio pequeño, al calor de su cuerpo contra el mío, a la sensación de su respiración en mi cuello. Por un instante, casi olvido todo lo que nos separa, todas las razones por las que debería apartarme.

La luz cálida ilumina los contornos de su rostro, resaltando la línea fuerte de su mandíbula, la seriedad en sus facciones. A pesar de su aparente frialdad, hay una intensidad en su mirada que me resulta imposible de ignorar.

—¿Qué? —pregunta, notando que lo observo.

—Nada —respondo rápidamente, volviendo la vista al fuego.

Pero el peso de su mirada sobre mí es como una brasa ardiendo contra mi piel, imposible de ignorar. Al final, la inquietud es más fuerte que mi voluntad de callar.

—Cormac... —susurro, rompiendo la quietud que se había asentado entre nosotros—. Si Kester cree que nos hemos vuelto más... cercanos durante este viaje, ¿crees que podría ayudarle?

Noto cómo su cuerpo se tensa levemente detrás de mí, sus brazos, que me rodean con una firmeza calculada, se sienten aún más presentes. Permanece en silencio, sopesando mis palabras. La sensación de su respiración haciendo que su pecho suba y baje contra mi espalda es una constante que me distrae, haciéndome consciente de cada punto de contacto entre nosotros.

—¿A qué te refieres? —Su voz baja resuena en mi oído, como si quisiera invadir cada rincón de mi mente.

—Tal vez, si piensa que nuestra relación ha cambiado, que ya no hay espacio para él, podría superarlo. Podría ayudarle a liberarse de esa obsesión.

Cormac suelta un leve resoplido.

—¿Quieres utilizarme para curarlo de una maldición en la que ni siquiera creo?

—Podría funcionar —insisto, inclinando la cabeza para encontrar su mirada, que sigue tan cerca de la mía—. No perderíamos nada con intentarlo.

Él se queda en silencio, y puedo sentir cómo su atención se concentra en mí, en la proximidad de nuestros cuerpos. El calor entre nosotros se vuelve más intenso, y la piel bajo mi vestido parece arder.

—¿Y estás dispuesta a fingir una cercanía que no existe? —Las palabras salen de sus labios, arrastradas, llenas de un desafío que se clava en lo más profundo de mí.

—Si puede salvarlo, sí.

Cormac aprieta ligeramente su agarre, su voz se vuelve más fría.

—¿Y qué hay de ti? —pregunta—. ¿Has considerado cómo te afectaría a ti?

Trago saliva, apartando la mirada hacia el fuego, intentando ocultar el temblor en mi voz.

—No es relevante.

—Para mí sí lo es —responde con una intensidad que me obliga a girar el rostro para mirarle.

La sorpresa se refleja en mis ojos, y veo cómo la tensión en su rostro se suaviza apenas, solo un segundo, como si hubiera dejado escapar una verdad que no pretendía compartir.

—No es un sacrificio tan grande —digo, intentando sonar convencida.

Una sonrisa torva se dibuja en los labios de Cormac, pero su mirada se oscurece con algo más profundo, más voraz.

—Tal vez para ti no lo sea —dice, sus palabras resonando en el espacio reducido de la cabaña.

—Entonces, ¿no aceptas? —pregunto en voz baja.

Él se inclina aún más, su aliento caliente desliza un cosquilleo por mi cuello, y siento cómo sus labios rozan la curva de mi oreja, enviando una descarga por toda mi columna.

—No he dicho que no, pero debes saber algo, Lilias.

—¿Qué?

Cormac sonríe, y la chispa en sus ojos es innegable.

—No finjo nada —dice con firmeza—. Si vamos a hacer esto, será real.

Trago saliva, sintiendo mi corazón acelerarse.

—Entiendo.

Sin apartar su mirada de la mía, Cormac eleva su mano y, con una suavidad inesperada, toma la mía. Sus dedos, cálidos y firmes, envuelven los míos con delicadeza. Siento el contraste entre la aspereza de su piel y la suavidad de la mía, una sensación que despierta un cosquilleo que se extiende desde mi mano hasta lo más profundo de mi ser.

—¿Qué estás haciendo...? —susurro, incapaz de ocultar la sorpresa en mi voz.

Él esboza una leve sonrisa, apenas un rastro en la comisura de sus labios.

—Recuerda, debemos ser convincentes —dice, en voz baja—. Es mejor que te acostumbres a mi tacto. Ahora mismo saltas como un gato cada vez que me acerco.

Mientras habla, sus dedos comienzan a deslizarse lentamente sobre mi palma, trazando líneas invisibles que siguen el contorno de mi piel. Su pulgar acaricia la base de mis dedos, ascendiendo con una lentitud deliberada hasta la punta, para luego descender de nuevo. Cada caricia es un descubrimiento, una exploración silenciosa que me hace contener el aliento.

—Así nos aseguramos de que no te sorprendas si alguien nos observa —añade, su mirada fija en nuestras manos entrelazadas.

El calor de su tacto se extiende como un fuego lento, y mis sentidos se agudizan. Puedo percibir el leve latido de su pulso contra mi muñeca, sincronizándose con el mío. Sus dedos se deslizan hasta el interior de mi muñeca, donde la piel es más sensible, y el contacto envía una suave descarga que recorre todo mi cuerpo.

Levanto la mirada y encuentro sus ojos fijos en los míos. Mi pecho se alza y cae con respiraciones entrecortadas, y siento el calor de sus labios a un suspiro de los míos.

—Eres más astuto de lo que aparentas.

—Tengo mis momentos —responde, pero el tono de su voz es bajo, ronco, y se queda ahí, tan cerca que su aliento se mezcla con el mío, como si el espacio entre nosotros hubiera dejado de existir.

Por un momento, olvido todo lo demás. Olvido las razones, los planes, las dudas. Solo existimos él y yo, en este instante suspendido en el tiempo.

Un ruido en el fondo de la cabaña interrumpe el momento. Los hombres se están acomodando para dormir, envolviéndose en sus mantas y apagando las últimas brasas del fuego. Ambos volvemos a la realidad, conscientes de nuestro entorno y de la presencia de los demás.

Cormac desvía la mirada hacia ellos y luego regresa a mí. Hay una mezcla de determinación y suavidad en sus ojos que no había notado antes.

—Deberíamos descansar —dice con voz áspera, recuperando su tono distante.

—Sí, tienes razón —asiento, aunque mi corazón aún late con fuerza.

Me levanto para buscar mi manta, pero el espacio en la cabaña es reducido, y los hombres ocupan casi todo el suelo. Miro a mi alrededor, buscando un lugar donde acomodarme sin estar demasiado cerca de ninguno de ellos. Siento la mirada de Cormac sobre mí, aunque cuando me

vuelvo hacia él, ya ha desviado los ojos.

—No hay mucho espacio —comento, intentando sonar casual.

Él frunce el ceño, como si mi presencia fuera una molestia más en su larga lista de preocupaciones.

—Puedes dormir ahí —dice, señalando un estrecho espacio entre la pared y donde él planea acostarse—. Estarás más resguardada del frío, y yo haré de barrera entre tú y los demás.

Lo miro, sorprendida por su consideración.

—Bien —respondo, manteniendo mi voz neutral.

Me acerco al lugar indicado y extiendo mi manta sobre el suelo frío. Cormac se acomoda a mi lado, dejando un espacio mínimo entre nosotros. No hay palabras de amabilidad ni gestos innecesarios, solo una funcionalidad práctica que caracteriza cada una de sus acciones.

Me recuesto de espaldas, mirando al techo oscuro de la cabaña. El silencio es pesado, interrumpido solo por el crujido de la madera y los leves murmullos de los hombres que intentan conciliar el sueño. Siento la presencia de Cormac a mi lado, su respiración controlada y constante. Aunque no me toca, su proximidad es innegable, y hay una extraña sensación de seguridad en ello, aunque sé que no debería sentirme así.

Después de unos minutos, el frío empieza a calar en mis huesos a pesar de la manta. Me estremezco involuntariamente. De reojo, noto que Cormac se da cuenta, aunque no dice nada. Aprieto los dientes, negándome a mostrar debilidad.

De repente, sin mirarme, murmura en voz baja:

—Si enfermas, solo retrasarás el viaje.

Lo miro, confundida.

—¿Y qué sugieres que haga? —replico en un susurro, intentando mantener el tono neutral.

Él resopla ligeramente, como si mi respuesta fuera exactamente la que esperaba.

—Acércate al fuego si quieres —dice, encogiéndose de hombros—. O puedes quedarte ahí y temblar toda la noche. Es tu elección.

Su actitud me irrita, pero también sé que tiene razón. El orgullo me impide pedirle ayuda, y él no parece dispuesto a ofrecerla de buena gana.

—Estoy bien —miento, dándome la vuelta para darle la espalda.

El silencio se alarga, y pienso que la conversación ha terminado. Sin embargo, siento un leve

movimiento a mi lado. Antes de que pueda reaccionar, noto el peso de su capa cayendo sobre mí. El calor residual de su cuerpo se siente inmediatamente, y el peso adicional ayuda a combatir el frío.

Me incorporo ligeramente, sorprendida.

—No necesito tu capa —protesto en voz baja.

Él sigue mirando hacia el techo, sin molestarse en devolverme la mirada.

—Guárdate tus protestas —dice con severidad—. Como dije, si enfermas, retrasarás el viaje. No es por ti.

Su tono es cortante, pero percibo una contradicción entre sus palabras y sus acciones. Sus gestos, aunque rudos, demuestran una preocupación que no quiere admitir.

Suspiro, resignada.

—Gracias —murmuro, más para mí misma que para él.

—Descansa —es todo lo que responde.

Me acomodo de nuevo, envolviéndome en su capa. El aroma sutil de cuero y bosque me envuelve, y, a pesar de mí misma, encuentro consuelo en ello. Cierro los ojos, permitiéndome, aunque sea por esta noche, aceptar su silenciosa protección.

El ritmo constante de su respiración me acompaña mientras el sueño me vence. Y en ese límite entre la vigilia y el sueño, una última idea cruza mi mente: tal vez, detrás de esa coraza de hielo, hay más de lo que él permite mostrar.

La cabaña se sumerge en la penumbra, solo iluminada por los últimos destellos del fuego moribundo. El sonido del viento afuera y las respiraciones profundas de los hombres adormecidos crean una atmósfera casi irreal.



CAPÍTULO 14

El calor del fuego ha menguado, y la penumbra nos envuelve con la complicidad de la noche. El aire dentro de la cabaña es denso, cargado con el aroma a madera quemada y tierra húmeda. Afuera, la tormenta sigue rugiendo, pero aquí dentro, otro tipo de tormenta se desata entre nosotros.

El brazo de Cormac me rodea con firmeza, atrapando la tela que nos cubre, como si fuera la única barrera entre nosotros y el frío del exterior. Su mano descansa sobre mi cintura, la calidez de su palma se filtra a través de las capas de mi vestido, quemando mi piel como una caricia encubierta. Noto la presión de sus dedos, como si incluso en el sueño, no pudiera evitar la necesidad de controlar, de mantenerlo todo bajo su dominio.

Mi respiración se entrecorta al sentir el peso de su mirada, su rostro apenas a unos centímetros del mío. La distancia es tan corta que siento el roce de su aliento contra mis labios, cálido y lento, un ritmo que me desarma. Mi mano, instintivamente, se apoya sobre su pecho, sobre la firmeza de los músculos que se tensan y relajan con cada inhalación.

—¿Estás despierta? —susurra, su voz tan baja que parece un pensamiento pronunciado en voz alta en la oscuridad.

—Sí —respondo en voz baja—. ¿Te he despertado?

—No dormía —responde, su tono tan íntimo que se siente como un roce físico.

—¿No puedes dormir? —pregunto, moviéndome un poco, lo justo para que mi frente roce su barbilla, y para sentir el temblor que provoca en él ese toque mínimo.

Sus labios se curvan levemente, y puedo sentir la vibración de su respuesta contra mi piel.

—Estoy acostumbrado a vigilar.

Me muevo ligeramente para poder mirarlo.

—Incluso aquí, rodeado de tus hombres, en medio de una tormenta que nadie en su sano juicio cruzaría, ¿sientes la necesidad de estar alerta? —insisto, aunque sé que me estoy acercando a una línea que él guarda celosamente.

El silencio que sigue a mi pregunta es espeso, cargado de esa tensión que me envuelve cada vez que estoy cerca de él. Su mano en mi cintura se mueve apenas, un roce de sus dedos que hace que contenga el aliento y me parece que de alguna forma me acerca más a él. La tela de nuestra ropa se roza bajo su manta.

—Siempre hay riesgos —responde.

Sus palabras me tocan más de lo que esperaba. Alzo una mano y, con cautela, rozo la línea de su mandíbula, sintiendo la aspereza de su barba. Él cierra los ojos un instante, disfrutando del contacto.

—Cormac, eso no es vivir. Es sobrevivir.

Él abre los ojos y me mira con una mezcla de desafío y curiosidad.

—Es lo que sé hacer —responde, su tono más bajo, como si estuviera compartiendo un secreto que solo yo puedo escuchar.

—Tal vez podrías intentar algo diferente —sugiero, y mis dedos se deslizan por su mejilla antes de retirarse lentamente, sintiendo el calor de su piel persistir en la yema de mis dedos.

Él arquea una ceja, un gesto que debería ser arrogante, pero que en este momento se siente como un intento de ocultar lo que realmente siente.

—¿Como qué?

Mi mirada se detiene en la curva de sus labios, en la cercanía que hay entre nosotros, y me esfuerzo por mantener la voz controlada.

—Confiar en alguien más, por ejemplo.

Su risa es breve, amarga, pero sus dedos en mi cintura se aferran un poco más, como si mis palabras hubieran calado más profundo de lo que quiere admitir.

—¿Tú confías en mí? —Su voz es baja, peligrosa, y su aliento roza mis labios como una provocación.

—No, para nada —confieso, y una sonrisa se dibuja en mi rostro.

—Ya. Tú tampoco me das muchos motivos para hacerlo —responde con una media sonrisa, y su tono tiene esa frialdad que siempre utiliza para mantener la distancia.

Pero esta vez, hay algo en su mirada que no logro descifrar. Algo que arde detrás de la superficie, algo que me hace querer acercarme más, para entenderlo, para sentirlo. Me muevo un poco más hacia él, dejando que mi respiración se mezcle con la suya.

Mis dedos se quedan suspendidos sobre su pecho, sintiendo el latido fuerte y constante de su corazón bajo la tela de su camisa.

—Yo tampoco confío en mí ahora mismo —murmura, su tono se vuelve más suave, más íntimo, mientras sus dedos ascienden por mi espalda, trazando círculos lentos y deliberados que me hacen cerrar los ojos por un segundo.

Su afirmación me toma por sorpresa, tanto que siento cómo el pulso me late desbocado en las sienes, pero no puedo apartar la mirada de la suya. Su cuerpo me envuelve con una calidez que no esperaba, una que, por un instante, hace que me olvide del frío que nos rodea.

—¿A qué te refieres? —pregunto, y aunque intento mantener mi tono firme, siento cómo mi voz se quiebra ligeramente, como si las palabras se deslizaran por el borde de un precipicio. Sé que estoy jugando con fuego, pero no puedo detenerme.

—Gunn, no soy tan inalterable como pensaba —dice, su tono grave, ronco, como si las palabras le quemaran la garganta al salir—. No sé cuánto tiempo más voy a poder seguir así —susurra, y su tono es tan bajo que me cuesta entenderlo al principio, pero la amenaza implícita, la intensidad detrás de cada palabra, se clava en mí como una verdad incómoda.

Su mano recorre mi espalda con un hambre apenas contenida, como si estuviera mapeando mi piel, adueñándose de cada rincón. Y luego, cuando me presiona contra él, su erección se clava en mi vientre, implacable y caliente, y algo en mí se rompe.

El aire se vuelve más pesado, cargado de algo tangible que ambos podemos sentir, y el temblor en mi cuerpo no se debe al frío de la tormenta. Mi mente me grita que lo empuje, que rompa esta cercanía antes de que sea demasiado tarde. Pero mi cuerpo se niega a escucharlo, y, por el contrario, se inclina hacia él, buscando más de ese contacto que, pese a todo, no puedo evitar desear. Mis manos se aferran a sus hombros, sintiendo la fuerza de sus músculos bajo la tela, como si pudiera absorber algo de su control.

Cormac baja la cabeza, sus labios rozan la línea de mi mandíbula, apenas un suspiro caliente que deja una estela de deseo que quema más que cualquier palabra. Pero hay algo en su forma de hacerlo, en la manera en que su boca se detiene un segundo antes de tocarme por completo, que me hace sentir como si estuviera al borde de un precipicio.

—Eres una tortura, Gunn —murmura contra mi piel, su aliento me acaricia el cuello, y el

sonido de su voz baja y rota me sacude por dentro, despertando un deseo que apenas sabía que existía.

Mi respuesta es un gemido que se me escapa, un sonido tan bajo que apenas roza el aire, pero lo suficiente para que él lo note. Y entonces, como si ese simple sonido fuera la señal que necesitaba, se mueve rápido, sin más palabras. De un tirón se coloca sobre mí, atrapándome entre su cuerpo y el suelo.

El peso de su cuerpo es una presión deliciosa, que me hace sentir cada línea de su fuerza, cada parte de él contra mí, firme y decidida. Mi respiración se vuelve errática cuando su rodilla se desliza entre mis piernas, separándolas con un movimiento lento, intencionado, que me deja sin aliento. El borde de su rodilla presiona justo donde más lo necesito, y una oleada de placer me recorre como un latigazo. Intento controlarme, pero mis caderas se mueven instintivamente contra él, buscando más de esa fricción.

Él se detiene por un segundo, su mirada fija en la mía, como si buscara algún rastro de arrepentimiento. Pero no encuentra nada. Solo deseo, puro y crudo, reflejado en mis ojos.

—Lilias... —susurra, y su voz está cargada de algo que no puedo nombrar, un anhelo tan desesperado como el mío.

Y antes de que pueda pensar, antes de que pueda decir nada, sus labios caen sobre los míos con una fuerza que me hace arquear la espalda contra él. El beso no es suave ni tierno. Es un choque de bocas y dientes, de alientos que se mezclan y de una urgencia que nos consume a ambos. Siento la forma en que su lengua se abre paso entre mis labios, invadiéndome, conquistándome, como si quisiera devorar cada parte de mí.

Mis manos se aferran a su cabello, tirando de él, obligándolo a hundirse más en el beso, mientras mis caderas siguen buscando ese roce que me hace perder la razón. Y él responde, moviéndose contra mí, presionando su erección contra mi sexo, arrancándome un gemido que él se traga con una sonrisa contra mis labios, como si disfrutara de cada segundo de mi rendición.

Cormac rompe el beso solo lo suficiente para recuperar el aliento, pero sus labios siguen su camino por mi cuello, mordiendo y lamiendo la piel sensible hasta que siento cómo mi cuerpo se arquea de nuevo contra él, buscando más, siempre más.

—Esto es lo que quería evitar —gruñe, su voz áspera, mientras una de sus manos se desliza bajo mi falda, recorriendo la piel de mi muslo desnudo con una seguridad que me hace estremecer—. Porque sé que, si empiezo, no voy a poder detenerme.

—Entonces no te detengas —respondo, y mi propia voz me suena extraña, más ronca, más

desesperada de lo que he querido mostrarle jamás. Mi mano baja por su espalda, aferrándose a la tela de su ropa, empujándolo más contra mí, necesitando sentir cada parte de su cuerpo.

Cormac suelta un gruñido bajo, como un animal que ha sido liberado, y sus labios encuentran los míos de nuevo, esta vez más lentos, pero no menos intensos. Hay algo salvaje en su forma de besarme, algo que me hace sentir como si todo el aire de la cabaña se hubiera evaporado y solo quedáramos nosotros, enredados en un deseo que arde demasiado rápido, demasiado fuerte.

Siento su mano enredarse en mi cabello, tirando ligeramente de él para inclinar mi rostro hacia un lado, dándole mejor acceso a mi cuello, donde planta un mordisco que me hace arquearme de nuevo, pegándome más a él. Su otra mano se desliza más arriba, bordeando la curva de mi cadera, hasta que llega al borde mi vestido.

El fuego en sus ojos es lo último que veo antes de que mis párpados se cierren, perdida en la sensación de tenerlo tan cerca, tan dentro de mi espacio, tan... *mío*, aunque solo sea por este instante.

Cormac suelta un gruñido bajo, áspero y cargado de una frustración que casi puedo palpar. Su frente se apoya un segundo en la mía, como si intentara recuperar el aliento antes de levantar la cabeza, pero su mano sigue su camino, abriéndose paso bajo la tela de mi vestido. Mis labios se separan, y un gemido, demasiado alto, se me escapa cuando sus dedos rozan la parte interna de mi muslo.

—No puedo tomarte así —murmura, su voz ronca y entrecortada, mientras su boca se desliza por mi cuello, dejando un rastro ardiente a su paso—. No delante de todos, como si fuera un maldito animal, Gunn.

Pero mientras dice eso, sus acciones lo contradicen. Su cuerpo presiona contra el mío, empujándome aún más contra el suelo de la cabaña, y su erección, dura y caliente, se roza contra mi sexo, incluso a través de la tela de su tartán que nos separa. Mi espalda se arquea instintivamente, buscando más de esa sensación, y un gemido se me escapa de nuevo, esta vez más alto, más desesperado.

—Además —continúa, y noto que sus labios se curvan en una sonrisa que roza la crueldad, justo antes de que sus dedos encuentren el lugar exacto donde mi necesidad se hace más evidente —. Eres demasiado escandalosa, Lilias. Despertarías a todos con tus gritos.

Mi cuerpo se retuerce, y mi espalda se arquea involuntariamente, buscando más de esa sensación. Mis labios se abren para replicar, para decirle que se calle, que no sabe lo que dice, pero lo único que sale es un jadeo entrecortado cuando su dedo se desliza entre mis pliegues, acariciando mi sexo. Siento cómo un gemido bajo se forma en mi garganta, y muerdo mi labio

para contenerlo, pero sé que él lo ha oído, que ha sentido cómo mi cuerpo reacciona a cada roce, a cada movimiento de sus dedos.

—Cormac... —intento murmurar, pero su boca encuentra la mía antes de que pueda formar una frase coherente, su lengua invadiendo la mía en un beso que es pura hambre, pura necesidad. Su mano sigue en su exploración, cada vez más atrevida, mientras la presión de su erección, dura y caliente, se siente a través de la tela, pulsando contra mí con una insistencia que no puedo ignorar.

Y entonces, en un movimiento rápido, su mano libre toma la mía y la guía hacia abajo, hacia el borde de su tartán. Me siento obligada a tocarlo, a sentir el calor y la dureza de su miembro palpitante bajo mis dedos, y el gemido que le arranco esta vez es tan crudo, tan auténtico, que me hace estremecer.

—Dime que me detenga, Gunn —gruñe contra mis labios, su voz ronca, entrecortada—. Dime que no lo quieres y me detendré.

Me mira, su rostro a centímetros del mío, y en ese segundo veo la lucha interna en sus ojos, pero su deseo es mucho más fuerte.

Mi silencio le da la respuesta que busca. Porque, aunque sé que no debería desearlo, aunque sé que nada de esto debería estar pasando, la verdad es que no quiero que se detenga. Y él lo sabe. En lugar de empujarlo, mis dedos se cierran más alrededor de su erección, sintiendo la forma de su deseo. Y cuando mis caderas se mueven contra su mano, invitándolo a seguir, sé que he hecho mi elección.

—Eso pensé —responde Cormac con una sonrisa que me hace temblar, y entonces, en un movimiento brusco, me levanta un poco, posicionándome mejor contra él.

En un solo movimiento de caderas, lo siento abrirse paso dentro de mí, me embiste con fuerza, llenándome de golpe.

El aire se me corta y mi cuerpo se tensa, aferrándome a sus hombros como si me faltara el suelo bajo los pies. El dolor inicial de su entrada es tan real, tan crudo, pero se mezcla con una oleada de placer que me hace arquear la espalda, buscando más de esa invasión.

—Cormac... —susurro, su nombre escapando de mis labios como un lamento.

Él suelta un gruñido grave, lleno de necesidad y algo casi animal, y se mueve dentro de mí con un ritmo que al principio es lento, como si intentara mantener el control. Sin embargo, pronto lo pierde, y sus embestidas se vuelven más profundas, más desesperadas, como si intentara marcarme de una forma que va más allá de lo físico.

Cada movimiento nos acerca más, y el sonido de nuestros cuerpos encontrándose llena la cabaña, mezclándose con el crepitar de las brasas.

Siento su aliento contra mi oído, sus labios rozando mi piel entre jadeos mientras empuja más fuerte, más adentro, y su voz se convierte en un murmullo rasposo:

—Te prometo... —dice entre embestidas, su tono cargado de algo que casi suena como una disculpa—. Te prometo que la próxima vez no será así. Que me tomaré mi tiempo... que dejaré de tomarte como si solo fuera... necesidad o deber.

—No me importa. Sigue —le digo.

—Pero a mí sí, Lilias —jadea, sus labios rozando los míos, sus palabras cargadas de una intensidad que me hace temblar—. Lo quieras o no.

Siento que mi cuerpo se estremece alrededor del suyo, la fricción, el calor, la tensión que se ha acumulado entre nosotros durante tanto tiempo estallando en una oleada de sensaciones que no puedo controlar. Mi cabeza cae hacia atrás, mis labios se abren en un gemido que no consigo reprimir y él baja la cabeza y cubre mi boca con la suya.

Casi podría pensar que lo hace para acallar mis gritos, para que los demás no nos oigan, pero hay algo más en ese gesto. Algo que me hace sentir como si quisiera marcarme, como si no pudiera soportar la idea de que alguien más me tenga.

Me aferro a él con la misma desesperación, sintiendo cómo se hunde aún más en mí, y mis caderas responden, buscando más de esa invasión, de esa sensación de plenitud que amenaza con romperme en mil pedazos.

Siento cómo la tensión se libera de golpe, un estremecimiento que me sacude desde dentro, haciendo que me aferre a él con toda la fuerza que tengo. Y él, siguiéndome de cerca, gruñe de una forma casi salvaje, enterrándose en lo más profundo de mí, mientras su cuerpo se tensa y se libera al mismo tiempo, como si ese instante le robara el aliento.

La cabaña se queda en silencio después, solo roto por el sonido de nuestras respiraciones entrecortadas, y el crepitar de las brasas. Él no se aparta de inmediato, y siento su peso sobre mí, la calidez de su piel contra la mía, y algo en ese contacto me hace cerrar los ojos, como si, por un segundo, pudiera olvidar quiénes somos.

Pero sé que este momento es solo un paréntesis, una tregua en medio de la guerra que libramos el uno contra el otro. Cada embestida, cada roce de sus labios sobre mi piel, ha sido un alto en el campo de batalla. Pero la realidad nos espera, acechando en las sombras de la cabaña. Cuando finalmente se retira de mí, el frío del aire me envuelve de inmediato.

El aliento aún se me escapa en jadeos, y cierro los ojos para contener el vértigo que siento al estar tan expuesta, tan vulnerable. Pero entonces, de repente, vuelve a envolverme con sus brazos, tirando de mí hacia él con una firmeza que me obliga a chocar contra su pecho. Su piel está caliente, su respiración aún acelerada junto a la mía, y me siento atrapada en el contraste entre el calor de su cuerpo y la frialdad del aire que nos rodea.

—Me gusta que grites mi nombre, Gunn —murmura, su voz baja y cargada de una satisfacción burlona, con ese tono rasposo que se arrastra por mi piel—. Pero igual... deberías seguir más comedida en algunas circunstancias.

La provocación en su tono me atraviesa. Sus labios rozan la curva de mi cuello mientras habla, dejando un rastro de calor que me hace contener la respiración.

—Eres un maldito arrogante, Cormac —le respondo, sin poder contenerme, aunque mi voz no tiene la fuerza que me gustaría. Pero él solo se ríe suavemente contra mi piel, como si el insulto no fuera más que un halago.

—Sí, y parece que eso también te gusta —replica, su tono ligero, como si acabáramos de mantener una conversación trivial y no de compartir algo que podría cambiarnos a ambos.

Y yo, aún atrapada en la intensidad de lo que acaba de ocurrir, no sé si quiero pelear con él o simplemente dejarme caer en el calor de su abrazo un segundo más. Porque sé que en cuanto me aparte, en cuanto volvamos a ser dos guerreros enfrentados, la distancia entre nosotros volverá a ser inmensa.



CAPÍTULO 15

El sol se alza tímidamente sobre las colinas, lanzando destellos dorados sobre la escarcha que cubre los campos. Cabalgo en silencio, dejando que el ritmo constante del caballo y el frío de la mañana me despejen la mente. Pero la paz es una ilusión, un mero espejismo. Porque cada vez que dejo que mis pensamientos divaguen, la imagen de anoche se cuela entre ellos, con la insistencia de un lobo hambriento.

Lilias, con su pelo alborotado sobre la manta, su cuerpo arqueado bajo mis manos, y la forma en que mi nombre escapaba de sus labios, como si cada sílaba le quemara la boca. Gruño para mí mismo, obligándome a mirar al frente, al camino polvoriento que se extiende ante nosotros. Pero la tensión sigue ahí, latiendo en el fondo de mi mente y de mi cuerpo, recordándome lo poco que duró ese alivio.

Más adelante, escucho las risas de Lilias y Duncan, ambos charlando como si no tuvieran otra preocupación en el mundo. Los observo de reojo, tratando de mantener la distancia, pero es imposible ignorar la forma en que se inclina hacia él mientras conversan, una sonrisa animada en sus labios. Duncan le dice algo y ella suelta una carcajada, un sonido claro que resuena en el aire frío.

A mi lado, Fingal se acerca con su caballo, lanzándome una mirada socarrona. Sé lo que se avecina antes de que abra la boca.

—Hermosa mañana, ¿no crees? —comenta con tono casual.

—Lo es —respondo sin apartar la mirada del frente.

Munro aparece al otro lado, ajustando las riendas de su caballo.

—Parece que alguien durmió bien anoche —dice, lanzándome una mirada de soslayo.

Los ignoro, pero sé que no se detendrán tan fácilmente.

—Debe ser agradable tener compañía cálida en noches tan frías —añade Fingal, su voz cargada de insinuación.

—Si tenéis algo que decir, hacedlo directamente —les advierto, manteniendo mi tono firme.

Munro suelta una risa.

—No hay necesidad de ponerse a la defensiva, Cormac. Solo nos alegramos de que finalmente hayas encontrado una forma de relajarte.

Aprieto la mandíbula, intentando mantener la compostura.

—Mis asuntos personales no son tema de conversación.

Fingal levanta las manos en señal de paz.

—Por supuesto, solo estamos preocupados por ti. Un hombre con tantas responsabilidades necesita liberar tensiones de vez en cuando.

—Por no hablar del incomodo dolor de huevos —añade Munro, dándome una palmada en la espalda que casi me hace perder el equilibrio—. Parece que anoche encontraste una solución bastante efectiva.

Les lanzo una mirada gélida, pero ellos solo se ríen más, saboreando cada segundo de mi incomodidad. Podría ignorarlos, podría apretar los dientes y dejar que se diviertan a mi costa, pero la verdad es que sus palabras resuenan demasiado cerca de lo que me carcome desde que salimos de la cabaña.

—Tenéis una lengua demasiado larga para vuestro propio bien —respondo, manteniendo la voz baja, aunque la amenaza es clara.

Fingal, sin embargo, no se inmuta. Me observa con esa expresión astuta que siempre ha tenido, como si pudiera ver más de lo que me gustaría que viera.

—No te culpo, Cormac —dice, encogiéndose de hombros—. Si yo tuviera una esposa así, probablemente no saldría de la cama en días. Solo digo que es una suerte que por fin hayas decidido ser un poco menos estoico y... bueno, disfrutar un poco de lo que te ha tocado. No es que la vida de casado tenga que ser solo obligaciones.

Munro suelta otra carcajada, y sacude la cabeza, como si la simple idea le pareciera hilarante.

—Aunque no es que tu esposa parezca muy impresionada esta mañana, ¿eh? —añade, señalando con la barbilla hacia Lilias, que sigue conversando con Duncan, ajena a nuestra conversación.

Sus palabras me pican como un maldito enjambre de abejas, y parte de mí quiere soltarles un buen golpe para que dejen de hablar de Lilias, de lo que pasó.

—Lo que pasó anoche no es asunto vuestro —les corto, mi voz más dura que el hielo.

Munro se encoge de hombros, como si la respuesta no le sorprendiera en absoluto, y Fingal suelta un bufido, esbozando una sonrisa torcida.

—No, pero la dama no es precisamente discreta —dice Munro, su tono burlón, y al instante quiero partirle la cara—. Esos susurros, esos gemidos... Hasta Duncan se puso nervioso.

—Cállate, Munro —gruño, la advertencia clara en mi tono, pero él sigue con esa sonrisa insolente pegada en la cara, disfrutando cada maldita palabra—. Tal vez quieras cubrirte los oídos si es que no puedes soportar escuchar lo que hace un hombre con su mujer.

Fingal me observa. No es idiota. No del todo al menos. Sabe que, si me siguen provocando, puede que les parta la cara ahí mismo.

—Tranquilo, Cormac —dice Fingal, intentando aplacar la tensión—. Solo estamos bromeando. Pero no podíamos ignorar que la señora Sutherland tiene... presencia. Eso es todo.

Munro se echa hacia atrás en su silla, su tono más ligero, pero con esa chispa burlona que no puedo soportar.

—Sí, y esa presencia nos mantuvo despiertos a todos. A lo mejor podrías decirle que baje el tono la próxima vez. O mejor aún, que te controle a ti.

—La próxima vez que abras la boca sobre mi esposa —le digo lentamente, saboreando cada palabra—, te juro que el único sonido que vas a escuchar será el de tus dientes rompiéndose.

No soy el primer hombre que toma a una mujer bajo las mantas y sé que no seré el último. Es una de esas cosas que pasan y que uno aprende a ignorar.

Pero esta vez... Esta vez fue diferente y lo saben. Porque no es propio de mí perder el control de esa forma, dejarme arrastrar por un impulso tan primitivo. Siempre he sido el que mantiene la cabeza fría, el que piensa antes de actuar, el que jamás se deja arrastrar por los deseos más básicos.

No sé qué me llevó a comportarme de esa forma. No sé cómo fue posible que perdiera la razón de ese modo, como si en ese momento, nada más importara.

Munro y Fingal, riéndose por lo bajo, se creen que esto es solo una broma, una anécdota para contar mientras atravesamos estas tierras inhóspitas. Pero para mí, es un recordatorio constante de lo que perdí anoche: no solo el control, sino una parte de mí que creía intocable,

inquebrantable.

Y, al diablo, no voy a fingir que no disfruté de cada instante. No voy a negar que, cuando ella se acerca a mí, cuando me mira con esa mezcla de desafío y deseo, hay una satisfacción retorcida que se instala en mi pecho.

Y el que ella quiera apartar a MacKay, poder ver cómo él se frustra al saber que Lilias ya no es suya, que ahora está bajo mi protección, es un placer que no necesito disimular.

Y ella siempre responde a mis avances de una forma que me descoloca. La maldita Gunn se deja llevar por una sensualidad que desborda cualquier barrera que intento imponer entre nosotros, y eso que ni siquiera soy suave con ella. No me molesto en fingir ternura ni en tratarla con cuidado. Cuando la tomo, lo hago con una urgencia que no deja lugar a caricias ni a palabras suaves, sin apego. Pero ella... mierda, Lilias es puro fuego y toma todo lo que le doy y me devuelve mucho más.

Así que cabalgo, manteniendo los ojos fijos en el camino, mientras ellos se ríen y cuchichean a mis espaldas. Porque, al final, pueden decir lo que quieran. Pueden burlarse de mí y de lo que pasó, pero no tienen ni la menor idea de lo que realmente está en juego aquí, de la lucha interna que cada uno de mis movimientos oculta.

No entienden que, por más que yo mismo quiera reducirlo a un simple acuerdo, a una forma de apaciguar a MacKay y de mantener a Lilias bajo mi control, la realidad es que cada vez que la miro, cada vez que la toco, algo dentro de mí se rompe, algo que ni siquiera sabía tener.



El viento frío de la noche sopla como un cuchillo mientras nos acercamos al límite de las tierras de los MacKay. La luna, oculta a medias tras las nubes que se arrastran como sombras, apenas ilumina nuestro camino. Los cascos de los caballos hacen un leve ruido sobre el suelo cubierto de hojas húmedas, y mis hombres, entrenados para el sigilo, se mantienen en una línea compacta tras de mí.

Lilias cabalga junto a nosotros, su silueta apenas visible bajo la capucha que lleva ajustada

alrededor del rostro para protegerse del viento helado que corta como una daga. Cuando llegamos a la linde de un pequeño bosque, le hago un gesto para que se detenga, y con una leve presión sobre las riendas, la obligo a detenerse.

—Quédate aquí y cuida de los caballos —le ordeno, mi tono firme, sin espacio para discusiones. La noche no es un lugar para enfrentamientos, y mucho menos para distracciones.

Lilias me observa con un destello desafiante en sus ojos. Se aparta la capucha y la deja caer sobre sus hombros, y la luz de la luna resalta la curva de su rostro, sus labios entreabiertos por el frío. No parece dispuesta a quedarse callada, como siempre. Es más, lo noto en la forma en que aprieta las riendas, en la forma en que me sostiene la mirada como si fuera una provocación.

—¿Y por qué me quedaría aquí mientras vosotros os divertís? —replica, su tono sarcástico, lleno de esa audacia que parece disfrutar tirándome a la cara—. ¿Crees que soy incapaz de moverme en la oscuridad o que me perderé como una niñita?

Me acerco a ella, lo suficiente para que mis palabras lleguen solo a sus oídos, y para que ella sienta la dureza en mi tono.

—Esto no es un juego, Lilias —respondo, con la voz baja pero cargada de autoridad—. Los MacKay tienen hombres vigilando, y la última cosa que necesito es que alguien se dé cuenta de que la esposa del Laird de los Sutherland está rondando sus tierras en medio de la noche. Quédate con los caballos, asegúrate de que no hagan ruido, y si escuchas algo fuera de lo normal, da la alarma. Nada más.

Ella aprieta los labios, y por un instante, veo la furia que se agita bajo la superficie, el rencor que no ha desaparecido desde que nos conocemos. Se inclina hacia mí, con una sonrisa que no llega a sus ojos.

—¿De verdad crees que no sé moverme entre las sombras, Cormac? —murmura, su voz apenas un susurro sobre el viento—. He ayudado a mis hermanos a robar ganado de los Sutherland más veces de las que podrías imaginar.

Un destello de irritación me cruza el rostro, y me inclino un poco más hacia ella, hasta que nuestras caras están tan cerca que puedo sentir su aliento cálido en mi piel.

—¿De verdad tienes la desfachatez de reconocer que me has robado? —pregunto al fin, con la voz baja y peligrosa, entrecerrando los ojos mientras la observo con una intensidad que la hace titubear, aunque solo sea por un segundo—. ¿O solo te gusta recordarme que los tuyos siempre han sido una maldita plaga para los míos?

Ella me sostiene la mirada, pero noto la forma en que sus labios se curvan en esa sonrisa que me vuelve un poco loco y no siempre de la mejor manera.

—¿Vas a ajustar cuentas esta noche conmigo?

—No, claro que no —respondo, con una frialdad que hace que las palabras caigan entre nosotros como un golpe seco—. Pero te aseguro que lo recordaré. Ahora, quédate aquí y haz lo que te he dicho.

—No me gusta quedarme atrás, Cormac —murmura, con un tono que apenas es un susurro y que se pierde entre el viento—. Deberías aprender eso de tu esposa.

—Lo que he aprendido de ti, Gunn, es que eres bastante... escandalosa cuando las cosas se ponen interesantes —le digo, con un tono que gotea sarcasmo, pero también con un deje de algo más oscuro que no consigo contener del todo.

Veo cómo sus ojos se agrandan por un segundo, antes de que el rubor asome en sus mejillas. Traga saliva, pero no retrocede, no aparta la mirada de la mía. La tensión entre nosotros vibra como una cuerda estirada al límite, y por un instante, me sorprendo deseando que no hubiera nada ni nadie más alrededor, solo ella y yo, y el espacio justo para resolver este enfrentamiento de otra manera.

—Lo haré. Cuidaré de tus malditos caballos —responde, con resignación.

—Hazlo bien, Gunn —le digo, sin poder evitar que mis labios se curven una sonrisa mientras doy una palmada en el cuello de su caballo.

Ella aprieta los labios, y durante un segundo, el brillo en sus ojos me deja claro que tiene una réplica afilada al borde de la lengua, pero se la guarda.

No porque quiera obedecerme, sino porque sabe que ahora no es el momento. Su orgullo es tan fuerte como el mío, y me maldigo internamente por lo mucho que esa fuerza me atrae. Ella asiente con un movimiento brusco de la cabeza y se gira, llevándose los caballos, el sonido de sus pasos perdiéndose entre el susurro del viento.



CAPÍTULO 16

El viento frío de la noche corta como un cuchillo mientras nos acercamos al límite de las tierras de los MacKay.

A lo lejos, las colinas onduladas se mezclan con la oscuridad, y solo el rumor del agua en un riachuelo cercano rompe el silencio. Desde donde estamos, puedo ver la silueta de las chozas de los pastores MacKay, a lo lejos y dispersas en la penumbra. El ganado, un grupo de manchas oscuras que se mueven con lentitud, pastorea ahora en su terreno cuando, hasta hace poco lo hacía en el de los Sutherland.

Mi plan es sencillo: aprovechar la oscuridad, entrar, recuperar lo que es nuestro y salir sin hacer ruido. La idea es que los MacKay se despierten al amanecer y descubran que sus prados están vacíos y, con un poco de suerte, confundan lo que pasó con el trabajo de merodeadores. No podemos romper la tregua que el rey ha impuesto con el matrimonio de Kester y Mairead, pero tampoco voy a permitir que esos bastardos crean que pueden tomar lo que es nuestro impunemente.

Me vuelvo hacia Fingal, que avanza con el ceño fruncido y una mano sobre la empuñadura de su espada, y a Munro, que lleva una sonrisa ladeada como si toda la situación fuera un juego que está disfrutando demasiado.

—Nos dividimos en dos grupos —digo en voz baja, lo suficiente para que solo ellos me oigan —. Munro, tú y Duncan y los hermanos Hawick os ocupáis de los centinelas cerca del río. Sin ruido. Fingal, tú vienes conmigo, con Munro y Oran. Nos ocuparemos de abrir las cercas y conducir al ganado hacia el paso estrecho al norte. Rápido y limpio. ¿Entendido?

Munro asiente, esa sonrisa que nunca desaparece de sus labios se ensancha aún más. Parece disfrutar la idea de enfrentarse a los centinelas, como si la perspectiva de un poco de violencia lo excitara. Duncan, más serio, no dice nada, solo asiente y se ajusta el manto oscuro alrededor

de los hombros antes de desaparecer entre las sombras.

—Espero que sepas lo que haces, Cormac —murmura Fingal, inclinándose hacia mí mientras avanzamos hacia el corazón del territorio enemigo—. Si nos descubren aquí, incluso con la tregua por la alianza matrimonial, los MacKay no van a dudar en cruzar las espadas. Y tú sabes tan bien como yo que eso podría hacer que el rey nos caiga encima a todos.

—No nos descubrirán —respondo, manteniendo la vista fija en el horizonte—. Y si lo hacen, será demasiado tarde para ellos.

El terreno se vuelve más empinado a medida que nos acercamos a las colinas donde los MacKay mantienen sus rebaños. Mi cuerpo se pone en alerta, cada músculo preparado para lo que pueda suceder. Es un juego peligroso el que estamos jugando, pero es lo que nos ha tocado.

El eco de un ladrido lejano nos hace detenernos. Los pastores MacKay tienen perros, y evitarlos a ellos es más difícil que a sus amos. Nos agachamos, avanzando en cuclillas hacia la cerca de madera que rodea el prado. Las sombras de los hombres se mueven a lo lejos, apenas visibles, pero su patrulla no alcanza hasta aquí. Un golpe de suerte para nosotros.

Cuando llegamos a la cerca, deslizo la daga entre las tablas y las hago girar, separando la madera con el mínimo ruido. Fingal me sigue, desatando la cuerda que mantiene las puertas aseguradas. El ganado comienza a moverse con lentitud, y un par de becerros nos miran, curiosos, antes de que los empujemos suavemente para que comiencen a caminar hacia la salida.

Todo parece ir según lo planeado, hasta que un destello en la colina nos hace detenernos. Una antorcha. Alguien se acerca. Mi mente calcula rápidamente la distancia, y sé que tenemos pocos minutos antes de que lleguen al prado.

—Mierda —murmura Fingal, desenvainando su espada al instante—. Si nos pillan aquí…

—Cierra la boca y sigue moviendo al ganado —le corto, tirando de las cuerdas con más fuerza—. Que lo que se lleven los MacKay esta noche sea solo la sorpresa de vernos desaparecer.

De repente, un ruido atronador nos obliga a tumbarnos en el suelo con las manos en los oídos. Parte del ganado se asusta y echa a correr. En segundos, el rebaño se descontrola, esparciéndose por la colina en diferentes direcciones. Los mugidos y el caos llenan el aire, y sé que, si no hacemos algo rápido, perderemos todas las cabezas.

—¡Maldición! —exclama Fingal, intentando reunir a los animales—. ¿Qué coño ha sido eso? ¿Tienen armas de fuego?

Mi mente intenta procesar lo que acaba de pasar. ¿Armas de fuego? No es algo que los MacKay suelan usar, pero está claro que alguien está dispuesto a defender estas tierras con métodos más modernos de lo que esperaba.

Fingal maldice de nuevo, tratando de controlar a los animales, pero es como intentar atrapar agua con las manos. Los terneros, descontrolados, corren hacia el terreno escarpado y peligroso. Miro hacia el lugar de donde provino el disparo, la antorcha que vimos antes se ha apagado, pero sé que no estamos solos. Esto no es un simple conflicto territorial. Es más complicado, más calculado.

— Cormac! — grita Fingal, su voz cargada de desesperación, intentando sobrepasar el estruendo del rebaño—. ¡Nos van a descubrir!

Y entonces, entre las sombras que cubren la colina, aparece una figura a caballo. Por un segundo, mi cuerpo se tensa, preparado para enfrentarme a un MacKay armado. La figura avanza con determinación, y aunque la penumbra de la noche dificulta distinguir detalles, hay algo familiar en su porte.

El viento sopla con fuerza, y una ráfaga aparta la capucha de la figura, revelando un destello de cabello rojizo que brilla bajo la pálida luz de la luna. Solo puede ser ella.

Es Lilias, maldita sea. Reconozco la forma en que sostiene las riendas, la postura erguida y desafiante que es tan propia de ella. Sus ropas ondean con el viento mientras avanza hacia nosotros, y aunque su capa oscura se funde con la oscuridad, sé sin lugar a dudas que es ella.

—¡Mantenedlos agrupados, no dejéis que se dispersen! —ordena, su voz firme y clara, cortando la noche.

Parece que su tono incluso calma un poco el caos. Se coloca delante del rebaño, girando las riendas de su caballo con una destreza que no había visto antes, y guía a los animales con movimientos precisos. Su silbido agudo y decidido hace que el ganado, que se había dispersado, se agrupe de nuevo, como si ella hubiera pasado toda su vida pastoreándolos.

—¡Llévalos hacia el paso, por la izquierda! —me grita, mientras avanza sobre el terreno con el caballo como si no fuera la primera vez que lo hace.

Su cuerpo se balancea con cada movimiento del animal, sus piernas bien firmes, y me sorprendo observando la naturalidad con la que se mueve. En otro momento, podría haberle dicho que no se entrometiera, pero ahora mismo, parece ser la única opción para evitar que todo se pierda.

—¡Fingal, hazle caso! —le ordeno, y mis palabras son más cortantes de lo que quisiera.

Él me lanza una mirada de incredulidad, pero finalmente asiente y sigue sus instrucciones, conduciendo a los animales hacia donde ella indica. Lilias cabalga junto al rebaño, controlando a los animales con una mezcla de golpes sutiles y movimientos precisos, guiándolos como si fueran una extensión de ella misma.

Una de las vacas intenta desviarse, pero Lilias le corta el paso con su caballo, dirigiéndola de nuevo al grupo con un giro ágil de las riendas. Sus manos parecen una extensión de las riendas, y su voz, firme y sin titubeos, se convierte en la guía que el ganado necesita para moverse en la dirección correcta.

—¡Eso es, maldita sea! —exclama Fingal, sin poder evitar una sonrisa de admiración—. ¡La chica sabe lo que hace!

A pesar del miedo que llevo dentro, de la tensión que me atenaza, no puedo evitar sentir una chispa de orgullo al verla. Pero el momento de contemplación se corta de golpe cuando otro estallido sacude el aire. La figura de uno de los pastores surge de la oscuridad, levantando algo que destella bajo la luna. Otra arma.

—¡Cuidado! —grito, echando a correr hacia ella.

En un segundo, tomo una decisión. Con un salto rápido, salto a la montura del caballo de Lilias, colocándome detrás de ella. Mi cuerpo choca con el suyo, y siento su sorpresa cuando la obligo a agacharse contra el lomo del animal, cubriéndola con el peso de mi cuerpo.

—¡Qué demonios haces! —exclama, intentando girar la cabeza hacia mí, pero le presiono el hombro, obligándola a mantener la vista al frente.

—¡No pienses, solo sigue adelante! —le respondo, con los dientes apretados, mientras tomo las riendas y hago que el caballo avance más rápido. El disparo suena de nuevo, pero nos pasa de largo, apenas rozando el costado de la montura antes de perderse en la noche.

Los guardias MacKay, sin embargo, no se quedan atrás. Entre las sombras de las colinas, los veo cargar sus armas, sus antorchas encendidas iluminando sus rostros decididos. No son simples pastores, lo sé ahora. Estaban preparados para nosotros, esperando poder atraparnos.

Los pocos hombres que nos acompañan han dejado de lado el sigilo. Se mueven rápido, acercándose a los centinelas mientras los desarman con una precisión brutal. Munro, con una daga en cada mano, se lanza sobre uno de los guardias, y antes de que este pueda reaccionar, le corta la garganta de un tajo limpio. El cuerpo cae al suelo sin emitir un sonido, solo el ruido sordo de la carne contra la tierra mojada.

—¡Cormac, haz que se muevan más rápido! —grita Fingal, mientras se enfrenta a otro de

los guardias, su espada chocando con un hacha tosca, pero efectiva. La pelea es sucia y rápida, y el eco de los golpes se pierde en la oscuridad. Los MacKay no son guerreros de salón, pero tampoco lo somos nosotros, y el enfrentamiento se convierte en un baile frenético de acero y sangre.

Lilias se revuelve un poco bajo mi agarre, sus manos apretadas en las crines del caballo, intentando volver a tomar el control.

—¡Déjame guiarlo! —exclama, girando la cabeza para mirarme por encima del hombro, con el rostro a escasos centímetros del mío.

—No, vas a mantener la cabeza baja, Gunn. —Le espeto, apretando aún más mi brazo alrededor de su cintura mientras inclino mi cuerpo para cubrirla—. Y mantén la boca cerrada por una vez.

Ella gruñe algo que no entiendo, pero siento la tensión en su cuerpo cediendo cuando finalmente accede a mi control, dejando que yo dirija el caballo. La montura avanza a toda velocidad, y con un giro rápido, logramos colocar el ganado en fila maltrecha, guiándolos hacia el paso estrecho que lleva de vuelta a nuestras tierras.

Desde nuestra posición elevada, veo cómo los otros MacKay se acercan por la ladera, pero no se atreven a seguirnos demasiado lejos. Nos reconocen, y saben que enfrentarnos directamente podría tener consecuencias más allá de su pequeña venganza. Los disparos se detienen, y los pocos que quedan en pie deciden dar media vuelta, refugiándose en la oscuridad, prefiriendo no arriesgar más.

—No tienen el valor para enfrentarse al Laird Sutherland en territorio enemigo —murmura Lilias, aunque hay algo de asombro en su tono—. Supongo que hay algo que temen más que perder unas cuantas cabezas de ganado.

—¿Debería agradecerles por su cobardía? —le respondo, aunque sé que tienen razón. Si hubieran insistido, la tregua ya no significaría nada, y esto habría acabado en una guerra abierta.

—Tal vez deberías —replica ella, con una sonrisa que casi puedo sentir en la oscuridad—. No siempre puedes ganar solo con fuerza bruta.

—¿Crees que no lo sé, Gunn? —susurro contra su oído, mi voz baja y peligrosa mientras mi brazo aún la mantiene contra mí—. Pero no me hagas pensar en lo que lo que has hecho esta noche o te pondré sobre mis rodillas y te daré una azotaina.

Ella no responde de inmediato, solo gira un poco la cabeza, y por un momento, nuestras

miradas se encuentran de nuevo, desafiantes, cargadas de esa tensión que se arrastra entre nosotros desde el principio.

—No te atreverías, Cormac.

Hay un desafío en su tono, uno que es casi un juego peligroso, aunque hay algo más, algo que me hace apretar aún más la mano en las riendas para no ceder a la tentación de morderle esa sonrisa insolente de los labios.

—Ten cuidado, Lilias —le respondo, mi voz baja y cargada de advertencia—. Porque sabes que soy el tipo de hombre que cumple sus amenazas.

La veo morderse el labio, como si estuviera conteniendo una respuesta mordaz. Pero antes de que pueda soltar otra de sus provocaciones, el camino empieza a descender, y la pendiente nos obliga a concentrarnos en el trayecto.

Aún siento cómo la tensión se agarra a cada fibra de mis músculos, cómo la adrenalina de lo que acaba de pasar nos envuelve, entrelazando la urgencia de la huida con algo mucho más oscuro y primitivo que recorre mis venas.

Lilias tiene su espalda apoyada contra mi pecho, ambos compartiendo el calor de la capa que cubre nuestras ropas aún húmedas. Mis manos sujetan las riendas, rozando las suyas como si ese contacto fuera una extensión de la provocación que me arde en la garganta. La cabalgata ha calmado parte de la rabia, pero el fuego sigue ahí, latiendo en mi interior con una fuerza que me obliga a apretarla contra mí, a mantenerla tan cerca como puedo, con mi aliento en su cuello.

Ella inclina la cabeza, apenas un gesto, como si quisiera poner distancia. Pero no se lo permito. Me inclino también, más cerca de su oído, dejando que mis labios rocen su piel mientras mi voz baja se desliza como una amenaza entre nosotros.

—¿Sigues ahí, Gunn? —le murmuro, sabiendo que cada palabra tiene un filo que ella no puede ignorar, un filo que busca morderle, provocarle.

Su respuesta me llega rápida, con ese tono sarcástico que siempre usa para ocultar lo que realmente siente.

—No puedo escabullirme si me tienes atrapada aquí, ¿verdad?

Y como respuesta la presiono más contra mi cuerpo.

Es una respuesta que pretende ser ligera, burlona, pero sé que siente la presión de mi cuerpo, sé que su corazón late tan rápido como el mío. La noto respirar con dificultad, y eso

solo me empuja a presionarla más contra mí, a sentir cómo su cuerpo cede a la fuerza de mis brazos.

No debería hacer esto, no debería dejar que el deseo me nuble el juicio, pero la verdad es que en este momento no me importa. Lo único que puedo pensar es en la imagen de ella sobre la montura, guiando a esa bestia con la misma agilidad y desparpajo con la que me desafía a mí, como si supiera perfectamente lo que está haciendo.

Mierda, quiero tomarla de nuevo. Aquí mismo, con la noche cubriéndonos, con la adrenalina y la oscuridad como nuestros únicos testigos. Quiero que sienta la fuerza con la que late mi sangre, que entienda que no puede simplemente mirarme con esos ojos llenos de fuego y esperar que yo me quede quieto.

Pero al mismo tiempo, quiero castigarla por ponerse en peligro. Quiero que entienda que no puede provocarme de esa forma y esperar que no haya consecuencias, que no haya un precio que pagar. Ella juega conmigo y yo estoy lo suficientemente cerca del borde como para arrastrarla conmigo.

En la distancia, veo el lugar donde dejamos nuestros caballos. El lugar donde ella debería estar esperándonos.

Mis hombres, que han logrado llevar al ganado hasta aquí sin más sobresaltos, se detienen para recuperar el aliento mientras las bestias pastan nerviosas alrededor. Munro se deja caer junto a un árbol, secándose el sudor de la frente, y Fingal, siempre más comedido, me lanza una mirada cargada de preocupación mientras recupera las riendas de su montura.

—No es común ver a los MacKay con esas armas, Cormac —dice en voz baja, su tono serio, mientras observa el ganado que se ha reunido a nuestro alrededor—. Mosquetes, si no me equivoco. Esos no son baratos, y desde luego no los consiguen pastores comunes.

—Lo sé —respondo, sin apartar la vista de la oscuridad, donde sé que los MacKay se han retirado. Algo no encaja, y lo siento como una punzada en la nuca.

—¿Y crees que todo esto ha sido casualidad? —pregunta Fingal, frunciendo el ceño—. Porque no es como si esos bastardos se dedicaran a gastar su oro en proteger unas pocas cabezas de ganado.

Munro, más relajado, se acerca a nosotros con una sonrisa, aunque su expresión también está más seria ahora que la adrenalina del enfrentamiento ha comenzado a desvanecerse.

—No sé si ha sido casualidad, pero tengo claro que sin la ayuda de la dama Gunn, hubiéramos terminado con más de un agujero en el cuerpo. —Munro se vuelve hacia Lilias, que

aún está sobre su caballo, observándonos desde la montura con los labios apretados—. Mis respetos, miladi. Creo que has demostrado que sabes cómo manejar estas situaciones mejor que algunos de nosotros.

Lilias le devuelve una sonrisa, pero hay un filo en ella que conozco demasiado bien. Se deja deslizar de la montura con una elegancia que me exaspera y, aunque sus botas hunden ligeramente en el barro, mantiene la compostura como si aún estuviera en el gran salón del castillo.

—Espero que lo recuerdes la próxima vez que decidas subestimarme—dice con una chispa de ironía—. Quizá los Gunn no somos tan torpes como os gusta pensar a los Sutherland.

Munro arquea una ceja, devolviéndole la sonrisa a Lilias con ese gesto burlón que parece tener siempre a mano. Apoya una mano sobre la empuñadura de su hacha y se inclina ligeramente hacia ella, como si estuviera compartiendo un secreto.

—No se trata de gustar o no gustar. —Munro ladea la cabeza, su tono mezcla de admiración y burla—. Pero si te empeñas en demostrar tanto entusiasmo en... tantas áreas, es normal que algunos de nosotros lo comentemos, ¿no?

Lilias lo mira de arriba abajo con una mueca de burla.

—Supongo que los hombres que no son capaces de hacer algo memorable, tienen que hablar de los que sí lo hacen.

El comentario de Lilias corta el aire como un látigo, y la sonrisa de Munro se congela. No puedo evitarlo. Una carcajada grave, incontrolable, me escapa de los labios, resonando en la oscuridad, mientras mis hombros se sacuden por la risa.

—Bueno, una verdad incuestionable es que esta noche hemos tenido suerte y parte de esa suerte lleva su nombre —dice Fingal, sin más adornos, pero con un respeto que es raro en él.

Munro sonríe de lado.

—Aunque la próxima vez, miladi, tal vez podrías ahorrarnos algunos sustos. Ya sabes, sin lanzarte a la ladera como si estuvieras cazando demonios. Pero supongo que es lo que se espera de una Gunn.

—¿Te has preocupado por mí? —pregunta, fingiendo sorpresa mientras una chispa maliciosa brilla en sus ojos.

Munro se encoge de hombros, aunque su expresión sigue siendo descarada.

—Indirectamente, claro. Mi preocupación es más por nuestro Laird... y lo que supondría

para él quedarse sin un buen agujero donde cavar de forma memorable su...

—Cállate, Munro —le corto, mi voz tan afilada que incluso él se detiene por un instante, algo sorprendido. Mi incomodidad por el comentario es evidente.

Pero Lilias no se amedrenta. Con una sonrisa que es puro veneno, se acerca un paso a Munro y le suelta:

—Preocúpate más de encontrar agujeros para ti mismo, Munro. Estoy segura de que no te será nada fácil.

Munro parpadea, algo ofendido por la rapidez de su respuesta, y la sigue mientras ella se aleja con esa elegancia desafiante que me hace apretar los dientes.

—Oye, que estoy casado, ¿sabes? —protesta, intentando recuperar su orgullo mientras la sigue como un perro con el rabo entre las piernas.

Lilias se gira a medias, manteniendo la misma sonrisa sarcástica.

—¿Oye? —imita su tono con una mueca divertida—. Vaya, parece que cuando digo algo que no te gusta, de pronto mi estatus baja.

Duncan, que ha estado observando la escena con una sonrisa en los labios, se cruza de brazos y suelta un suspiro burlón.

—Creo que Munro acaba de encontrar a alguien que lo tiene bien medido —comenta, y su tono es puro deleite.

Lilias se detiene y se vuelve hacia Munro, que sigue siguiéndola, como si no supiera cuándo es el momento de rendirse.

—¿Vas a seguirme hasta que me levante las faldas, Munro? —le dice con una ceja arqueada, el sarcasmo destilando en cada palabra—. Necesito un poco de intimidad ¿sabes? A no ser que quieras que te moje las botas.

La carcajada de Duncan se une a la mía, retumbando en la noche fría, mientras Munro se queda sin palabras por primera vez, mirando a Lilias con una mezcla de desconcierto y algo de admiración mal disimulada. Ella se aleja, con la barbilla en alto y esa sonrisa que me hace pensar que disfruta demasiado de todo esto.



CAPÍTULO 17

Los primeros rayos del amanecer se filtran entre las nubes, tiñendo de un gris dorado el horizonte mientras guiamos al ganado hacia las tierras de los Sutherland. Los animales avanzan con paso pesado, el ritmo de sus pezuñas rompiendo el silencio de la madrugada. Munro y Fingal se mueven entre las vacas, asegurándose de que ninguna se desvíe del grupo, pero de vez en cuando lanzan una mirada curiosa hacia Cormac y hacia mí.

Sigo a lomos de mi caballo, todavía sintiendo el calor de la presencia de Cormac detrás de mí, a pesar de que se ha alejado para liderar el grupo. Mi cuerpo todavía retiene la tensión del enfrentamiento de la noche, la descarga de adrenalina que aún no termina de disiparse. Pero hay algo más que no consigo sacudirme de encima: la sensación de que Cormac, de algún modo, se ha colado bajo mi piel, mucho más de lo que quisiera admitir.

Miro de reojo hacia él mientras avanza con paso firme, el rostro endurecido, la sombra de la noche aún marcando la línea de su mandíbula. De vez en cuando, siento que sus ojos se posan en mí, y en esos momentos, me cuesta mantener la compostura. Intento convencerme de que lo que siento es puro rencor, una aversión tan intensa como la rivalidad entre nuestros clanes. Pero no puedo ignorar el calor que crece en mi vientre cada vez que nuestras miradas se cruzan.

Finalmente, llegamos a la linde de un prado donde un grupo de pastores nos espera. Son hombres de rostro curtido por el viento y las inclemencias, envueltos en capas raídas y con rostros tensos de preocupación. Al vernos aparecer con el ganado, sus rostros se iluminan, y uno de ellos se adelanta para inclinar la cabeza en señal de respeto hacia Cormac.

—Laird, pensábamos que los habíamos perdido para siempre —dice el hombre, con una mezcla de alivio y gratitud en su tono mientras acaricia a una de las vacas que se ha adelantado hacia él.

—Lo que es nuestro nunca será de los MacKay. No mientras yo esté al mando. —Su voz es

firme, pero hay algo en su tono, en la manera en que mira a los hombres, que deja claro que, para él, esto es más que simple ganado. Es orgullo. Es deber.

Me bajo del caballo con las piernas entumecidas y la espalda protestando por la tensión acumulada. El esfuerzo de la noche me pesa en los huesos, pero cuando uno de los pastores se acerca y me ofrece una sonrisa agradecida, se la devuelvo.

—Dentro encontrarán comida caliente. Y un poco de descanso, si lo desean.

Antes de que pueda responder, Cormac, aún desde lo alto de su caballo, me dirige una mirada que deja claro que el descanso no es una opción, sino una orden.

—Vamos, Gunn —dice con voz grave y baja—. Necesitas dormir algo.

Le sostengo la mirada, sorprendida por su insistencia. El viento le revuelve el cabello oscuro, y hay algo en la forma en que me observa...

—¿No me digas que ahora te preocupas por mi bienestar, Cormac? —le suelto con una sonrisa irónica mientras me acerco a él.

Él frunce ligeramente el ceño, y un destello de su antiguo sarcasmo asoma en su rostro.

—Prefiero que no te desplomes de cansancio antes de llegar al castillo —replica, manteniendo el tono seco—. Sería un problema tener que cargar contigo todo el camino.

Lanzo una risa baja, con una mezcla de incredulidad y cansancio, y me acerco un poco más, lo justo para que nuestras miradas queden alineadas.

—¿Así que solo es por conveniencia? —respondo, ladeando la cabeza con una sonrisa burlona—. No me esperaba menos de ti, Sutherland. Siempre tan pragmático.

Él me observa con esos ojos impenetrables, como si intentara leer algo más allá de mis palabras, y su expresión se endurece por un momento. Pero entonces, da un paso hacia mí, acercándose lo suficiente para que su presencia me envuelva por completo.

—Puede que me guste mantener ciertas cosas bajo control —dice, su tono bajo, casi un susurro—. Pero no confundas eso con indiferencia, Lilias. Ya deberías saberlo.

Estoy a punto de responder, de lanzarle otra de mis provocaciones, cuando él se gira y se dirige hacia la cabaña más cercana.

—Cierra la boca y muévete, Gunn. No tengo todo el día para discutir contigo.

Me quedo observándolo mientras se aleja, sintiendo una mezcla de frustración y algo más profundo que no quiero analizar. Sin embargo, esta vez, lo sigo en silencio, con una sonrisa.



La cabaña es pequeña, construida con madera rugosa y piedras que apenas mantienen fuera el viento frío que baja de las colinas. Al entrar, el olor del guiso de carne y verduras me golpea, mezclado con el aroma a humo de la chimenea.

La mujer mayor, probablemente la matriarca de la casa, se apresura a poner los platos en la mesa. Sus manos arrugadas y curtidas por el trabajo apenas tiemblan cuando nos ofrece un tazón de madera con el guiso humeante.

Las dos chicas jóvenes, que deben de ser sus hijas, nos miran con una mezcla de curiosidad y recelo, sus ojos oscilando entre la presencia imponente de Cormac y mi figura, consciente de que soy la esposa Gunn, un nombre que despierta más de un murmullo en estas tierras fronterizas.

El guiso es sencillo, pero sustancioso: trozos de cordero que se deshacen en la boca, acompañados de nabos y zanahorias cocidos lentamente hasta absorber el sabor de la carne. Una ramita de tomillo flota en el caldo, y aunque no es un plato lujoso, después de días de alimentarnos de pan duro, carne seca y queso mientras cabalgábamos, parece un festín. Nos acomodamos en la mesa tosca, y aunque los hombres bromean entre ellos, la tensión de la noche aún se siente en el aire. Yo apenas hablo, observando cómo devoran la comida con una avidez que refleja su hambre.

Miro a Cormac desde mi lugar. Come con la misma intensidad con la que hace todo, como si incluso ese simple acto fuera una batalla que librar. Es imposible no notar la firmeza de su mandíbula, el modo en que sus manos grandes y firmes rodean el cuenco, como si dominara incluso la comida que consume.

No puedo evitar un pensamiento fugaz: este hombre parece tener que enfrentarse a cada cosa que se cruza en su camino, ya sea un enemigo, un ganado perdido o un plato de guiso caliente. Pero entonces, sus ojos se cruzan con los míos y me descubre observándolo. La sombra de una sonrisa, apenas perceptible, aparece en su boca antes de que él vuelva a concentrarse en su comida.

—Laird, ¿le preparo una bañera? —interrumpe la mujer mayor, su tono respetuoso, pero no puede evitar el atisbo de curiosidad que se filtra en su voz. Las muchachas, por su parte, casi se

inclinan hacia adelante, esperando la respuesta.

Cormac se limpia la boca con el dorso de la mano, sus ojos aún fijos en los míos antes de girarse hacia la mujer.

—Una bañera y una cama para mí y mi esposa —responde con ese tono grave que le es tan natural, sin adornos, directo. No necesita decir más. Su orden es ley, incluso en este hogar ajeno.

Los hombres, que hasta ese momento habían estado concentrados en sus platos, intercambian miradas rápidas. Fingal lanza una mirada cargada de sorpresa a Munro, pero ninguno se atreve a abrir la boca. Que Cormac acepte una cama dentro de una cabaña y no junto a ellos, al frío, dice más de lo que cualquiera podría atreverse a comentar en voz alta.

—Como deseéis, mi señor —responde la mujer mayor con una leve inclinación de cabeza antes de retirarse hacia la pequeña habitación al fondo para prepararlo todo.

A veces me olvido de que, además de ser el Laird de los Sutherland, Cormac lleva el título de Conde, un noble en toda regla, aunque no podría parecerse menos a los aduladores de la corte del rey James.

Finalmente, cuando la mujer vuelve para indicarnos que la habitación está lista, Cormac se levanta de la mesa, su mirada fija en mí.

—Vamos —dice, con ese tono inquebrantable.

Mi cuerpo se mueve antes de que mi mente lo decida, como si algo más profundo, algo que se alimenta de esa tensión no resuelta entre nosotros, me empujara a seguirle. De todas formas, el cansancio me nubla un poco el juicio y sé que necesito descansar.



Al cruzar el umbral de la pequeña habitación, la luz tenue de la chimenea revela una bañera de madera humeante con agua caliente que la mujer ha preparado apresuradamente. El vapor se arremolina en el aire frío de la cabaña, haciendo que el ambiente parezca casi irreal, un contraste entre el calor acogedor y la crudeza del lugar. Cormac cierra la puerta detrás de nosotros con un

gesto firme.

Nos quedamos en silencio por un instante. El crepitar del fuego es el único sonido que interrumpe el ritmo de mi respiración, aún agitada por el cansancio, el hambre y algo más que no puedo definir del todo. Siento su presencia detrás de mí, como si llenara cada rincón de la habitación, y noto su mirada clavada en mí.

—Primero tú —me ordena Cormac con esa voz que no deja espacio a discusiones.

Giro la cabeza para mirarlo, alzando una ceja ante su tono imperioso. Siempre es igual, como si esperar obediencia fuera lo más natural del mundo.

—¿Tienes pensado darme instrucciones hasta para bañarme? —le respondo con sarcasmo.

—Es una recomendación, Gunn —responde en voz baja, casi un murmullo que me llega como un susurro—. Haz lo que quieras. Pero no quiero que te enfermes con esa ropa mojada antes de que tengamos tiempo de discutir lo que pasó esta noche.

Le sostengo la mirada por un momento, luego desvío la vista hacia el agua humeante, tentadora. Mis músculos doloridos anhelan sumergirse en ella, y el calor promete aliviar más que el frío que me cala los huesos.

Suspiro, resignándome. Después de todo, tiene razón. No puedo permitirme enfermar ahora, y tampoco quiero darle la satisfacción de pensar que rehúyo su compañía.

—De acuerdo —digo finalmente, intentando mantener el tono indiferente.

Comienzo a desabrochar los cordones de mi vestido, sintiendo su mirada fija en mí. Cada gesto se vuelve más consciente bajo su escrutinio. Me detengo un instante y le lanzo una mirada de reojo.

Frunzo el ceño, dudando. No quiero mostrar vulnerabilidad, pero su presencia añade una tensión que no sé si puedo manejar.

—¿Vas a quedarte ahí mirando sin hacer nada? —le pregunto, sin girarme del todo, con una sonrisa burlona en los labios.

La camisa de lino se me pega a la piel, casi transparente por la humedad, y puedo sentir su mirada fija en mí, como si cada movimiento que hago lo tuviera completamente atrapado.

—No sé qué esperas, Gunn —responde Cormac, su tono bajo, ronco, pero sin un ápice de vacilación—. Pero no soy el tipo de hombre que se contenta solo con mirar.

Ruedo los ojos, pero una parte de mí se siente extrañamente viva ante su provocación. Continúo desnudándome, esta vez de espaldas a él, permitiendo que la tela resbale por mis

hombros. El calor del fuego acaricia mi piel expuesta, y trato de concentrarme en eso, ignorando la mirada que siento recorrerme.

Me sumerjo en el agua caliente, soltando un suspiro de alivio al sentir cómo mis músculos se relajan. Por un momento, cierro los ojos y dejo que el calor me envuelva, alejando las tensiones del día. Pero la conciencia de su presencia no me abandona.

—¿Estás satisfecho? —pregunto sin abrir los ojos—. Ya me estoy bañando.

—Moderadamente —responde él desde algún lugar detrás de mí.

El tono de su voz es indescifrable, y eso solo aumenta mi curiosidad. Me giro ligeramente, cubriéndome con el agua, y le veo apoyado contra la pared, observándome con una expresión que no logro descifrar.

Pero entonces comienza a desabrocharse el cinturón con movimientos lentos y medidos. Mis ojos siguen el recorrido de sus manos, y mi corazón late con fuerza al comprender sus intenciones. La habitación parece encogerse, y el sonido del fuego crepitando se vuelve más intenso.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, intentando que mi voz suene firme, aunque un ligero temblor la delata.

Cormac levanta la mirada y esboza una media sonrisa.

—También necesito un baño —responde con calma—. Ha sido un día largo. Después de todo, somos marido y mujer, ¿no es así?



CAPÍTULO 18

Cierro los ojos por un segundo, intentando relajarme, pero el crujido de sus botas al caer al suelo rompe el silencio, seguido del sonido de su camisa al ser retirada.

No puedo evitar girar la cabeza ligeramente, viendo de reojo cómo su cuerpo se va liberando de la ropa, cómo la piel curtida por las batallas y el viento de las Highlands se ilumina con el reflejo del fuego. Hay una fuerza y una belleza salvaje en él, una intensidad que siempre me desconcierta.

Antes de que pueda decidir qué hacer, siento cómo el agua se agita a mi espalda. Su cuerpo se desliza detrás de mí con una facilidad que me sorprende, y el espacio reducido de la bañera nos obliga a estar pegados. Sus piernas firmes quedan a ambos lados de mi cuerpo, encerrándome entre ellas. Mi espalda choca con su pecho, y el calor de su piel desnuda es más intenso que el del agua.

El agua caliente parece envolverme como una segunda piel, pero su presencia lo eclipsa todo. Cada movimiento de su cuerpo, cada roce, me hace hipersensible al calor que emana de su piel desnuda. Antes de que pueda decir nada, su brazo pasa con lentitud alrededor de mi cintura, firme, seguro, trazando un camino lento desde mi cadera hasta mi costado. Mi estómago se tensa, pero no es por miedo ni por duda. Es... otra cosa.

—Relájate, Gunn —murmura, su voz baja, casi un gruñido que me envuelve en una corriente de deseo inevitable. Su boca está tan cerca de mi oído que siento su aliento calentar mi cuello, y la vibración de sus palabras me recorre como un susurro íntimo.

La brusquedad que conozco de él se disuelve en este gesto, pero no es una caricia suave. Es algo que me atraviesa como una corriente, intensa, controlada, pero devastadora en su efecto. Su mano se desliza lentamente, apenas rozando mi piel, pero es suficiente para hacerme temblar.

Los dedos de Cormac trazan un camino hacia arriba, sin prisa, recorriendo mis costillas,

como si estuviera marcando cada hueso. Me encuentro cerrando los ojos, sin darme cuenta.

—Solo quiero aprovechar el agua caliente —dice, pero ambos sabemos que no es solo el agua lo que está aprovechando.

Su otra mano comienza a moverse también, descendiendo por mi brazo hasta capturar mi muñeca. La toma con firmeza, pero sin apretar, y la lleva hacia arriba, colocándola sobre su muslo desnudo. Me sorprende el contacto, la piel tensa bajo mi mano, los músculos firmes. Su mano aprieta un poco más, asegurándose de que no pueda apartarme, ni, aunque quiera.

El silencio en la habitación se vuelve pesado, roto solo por el suave chapoteo del agua y mi respiración acelerada. Y de repente, su mano, la que se había quedado en mi costado, sigue su camino, ascendiendo hasta mi pecho.

El primer contacto es suave, como si estuviera tanteando, probando... Pero cuando sus dedos finalmente lo rodean, no hay más duda. Un suspiro se me escapa, y maldigo en silencio el sonido traicionero de mi cuerpo reaccionando a él.

Sus dedos juegan con la piel sensible, primero lentos, explorando el contorno, luego más decididos, más demandantes, apretando ligeramente, trazando un camino hacia mi pezón. El agua, cálida y relajante, ya no es lo que siento. Es él, su tacto que quema, que toma, que exige.

—Cormac... —murmuro, pero no sé si es un reproche o una súplica.

—Shh... —Su aliento caliente vuelve a rozar mi cuello, y entonces sus labios están ahí, presionando suavemente, provocando—. No siempre todo tiene que ser una lucha. Déjate llevar.

Su boca se posa en mi hombro, pero no es un beso. Es un roce lento, casi provocador, y la sensación de sus labios sobre mi piel me desconcierta más que cualquier embestida salvaje. Y mientras sus labios se mueven lentamente, dejando un rastro ardiente en mi piel, su otra mano desciende, alcanzando la curva de mi vientre, hasta deslizarse entre mis piernas.

Y mis ojos se abren de golpe.

Sus dedos rozan mi sexo con una suavidad que me hace estremecer.

Un calor violento me recorre al sentir su toque ahí, donde la piel es más sensible, más vulnerable. Cormac lo sabe, porque lo noto en la manera en que sus movimientos se vuelven más decididos, más seguros. Mis manos, que habían estado apoyadas de forma insegura en sus muslos, ahora se aferran a su piel, buscando algún tipo de anclaje.

El agua chapotea alrededor de nosotros, pero es como si el mundo entero se hubiera reducido a su mano, a esos círculos lentos, tentadores, que dibuja sobre mi sexo, apenas tocando lo

suficiente para hacerme arder de anticipación. El placer y la urgencia chocan en mi interior, arrancándome un gemido que trato de ahogar entre mis labios apretados.

—Espera... —murmuro, aunque mi voz suena quebrada, sin convicción. Mis piernas se separan por instinto, y es como si mi cuerpo lo invitara a continuar, a seguir tomando lo que él claramente ya sabe que puede poseer.

Él lo siente. Lo sé porque su risa baja, apenas un gruñido de satisfacción vibra contra mi cuello, justo antes de que su boca, que había estado explorando mi hombro, ascienda hasta mi oído. El sonido de su respiración entrecortada envuelve mi mente, atrapándome entre el fuego de su aliento y el agua cálida que apenas logra contener la explosión de sensaciones que me atraviesan.

—¿Espero? —murmura, pero es más una burla, una provocación que me hace apretar los dientes.

Su dedo finalmente encuentra ese punto que me hace arquear la espalda, y el grito que quería ahogar se me escapa. Mis caderas se levantan, buscando más, pero él sigue jugando con la misma lentitud, con esa precisión que me vuelve loca. No me da lo que quiero, no de golpe. Es un maldito controlador hasta en eso, tirando de cada nervio mío hasta que me deja temblando bajo su dominio, vulnerable a cada caricia.

—Nos has salvado la noche, eso seguro —dice a duras penas, con los dientes apretados—. Nada mal para alguien que supuestamente solo debía cuidar de los caballos.

El reproche en su tono es inconfundible, como una sentencia, una acusación que se cuela mientras me encuentro atrapada entre la necesidad y la resistencia, balanceándome en el borde, y todo en él lo sabe.

—¿Qué? —pregunto a duras penas.

Su dedo sigue su lento, devastador camino, aumentando la presión, justo lo suficiente para hacerme rogar con el cuerpo lo que mis labios no se atreven a pronunciar.

—¿Sabes lo que les hago a mis hombres cuando no me obedecen?

Sus palabras resuenan en mi mente, pero mi cuerpo no responde a la amenaza oculta en su voz. Todo en mí está centrado en la sensación de su dedo, que juega con la misma precisión cruel con la que maneja todo lo que controla. La tensión me atraviesa como una corriente eléctrica, y la provocación en su tono me arrastra aún más hacia el borde de ese abismo al que parece decidido a empujarme.

—¿Vas a castigarme? —respondo, mi voz temblorosa, apenas un susurro, mientras mi cuerpo

reacciona, retorciéndose contra él.

—Oh, Gunn… —Su risa es grave, baja, casi un gruñido que vibra contra mi oído—. Lo haré. Pero no de la forma en que te imaginas.

Y luego, sin previo aviso, su dedo entra en mí. Es un movimiento preciso, decidido, que me arranca un jadeo antes de que pueda evitarlo. Me arqueo contra él, buscando más, necesitando más, pero lo único que encuentro es ese ritmo lento, controlado, como si estuviera midiendo cada respuesta que saca de mí, exprimiendo hasta la última gota de resistencia que me queda.

—Esto no es para ti, Gunn —murmura, su tono bajo, peligroso—. Es para mí.

Sus palabras caen pesadas. Todo en él es puro poder.

Cormac aumenta la presión de su dedo, entrando y saliendo con un ritmo que me arrastra cada vez más cerca del borde. Es metódico, implacable. No se apresura, pero tampoco da lugar a tregua alguna. Y el placer que se acumula en mí es tan crudo, tan visceral, que siento que me descompone desde dentro.

Y luego su dedo se curva dentro de mí, tocando justo un lugar dentro que me hace ver estrellas, y el gemido que se me escapa es tan crudo, tan salvaje, que no me reconozco. Mi cabeza cae hacia atrás, mis piernas tiemblan, y todo mi cuerpo parece rendirse a la ola de placer que me atraviesa como una descarga.

Mi mente quiere detenerse, pero mi cuerpo ya no me pertenece. Es suyo. Cada jadeo, cada contracción de mis músculos, cada susurro entrecortado que se me escapa. Todo es suyo.

Finalmente, cuando estoy a punto de explotar, cuando siento que ya no puedo más, Cormac se detiene. Se detiene justo en el borde, dejándome al filo del abismo, temblando, deseando, necesitando. Y lo peor es que él lo sabe.

—Vas a terminar cuando yo lo diga, Lilias —susurra, y sus labios rozan mi oído, su voz baja, áspera, pero segura.

Y no sé qué me impacta más, que me deje así o que haya dicho mi nombre. Nunca lo dice. Siempre «Gunn», con ese tono seco.

Me empuja hacia adelante, obligándome a inclinarme sobre la bañera, con la espalda arqueada y los brazos apoyados en los bordes. El aire apenas me llega cuando lo siento detrás de mí, duro, inmenso, reclamándome de nuevo.

—Ahora... —Su voz, ronca y rota, me envuelve justo antes de que su erección me penetre, llenándome de una sola embestida que me arranca un gemido desgarrado.

Me aferro a los bordes de la bañera como si fueran mi única salvación, mientras él comienza a moverse con una fuerza que no deja espacio para nada más que la urgencia de ambos. No hay suavidad, no hay palabras tiernas. Solo el sonido de nuestros cuerpos encontrándose en la oscuridad de la habitación, el chapoteo del agua que apenas puede contener la violencia de cada embestida, y el fuego que me consume desde dentro, sin tregua.

Cormac se inclina sobre mí, sus manos aferrando mis caderas con una firmeza posesiva. Cada embestida es más profunda que la anterior, más intensa, y siento cómo su cuerpo tiembla contra el mío, como si estuviera luchando por mantener el control que lentamente se le escapa.

Su palma cae sobre mi piel desnuda con un cachete firme y rápido. Es un movimiento medido, preciso, más para recordarme quién manda que para castigarme de verdad. Pero el efecto es devastador. Un gemido se me escapa, y aunque intento controlarlo, mi cuerpo me traiciona. No es el dolor lo que me sacude, sino el placer oscuro que despierta su control.

—Cormac... —murmuro, pero no sé si es una súplica o una rendición. Mi voz se rompe, entrecortada por cada embestida que arranca de mi cuerpo lo poco que me queda de control.

No responde. Sus respiraciones son profundas, pesadas. Siento la forma en que sus manos me sujetan con más fuerza, guiando mis caderas hacia él con cada arremetida. Está perdido en esto tanto como yo, y lo siento en la forma en que su cuerpo tiembla contra el mío. Su control, ese que siempre mantiene con tanto empeño, está desmoronándose, lo puedo sentir.

Mi cuerpo late con una urgencia que no puedo controlar, cada músculo está tenso, al borde de la desesperación. Y entonces, sin previo aviso, Cormac vuelve a moverse, más duro, más rápido.

El clímax me golpea como una tormenta, arrebatándome la razón, arrancándome un grito que ni siquiera intento contener. Mi cuerpo se arquea, las contracciones me sacuden de pies a cabeza, mientras Cormac sigue empujando dentro de mí, sin tregua, llevándome más allá del límite.

Su orgasmo lo arrastra junto conmigo, y el gemido profundo que se le escapa me atraviesa, llenándome de una sensación de absoluta rendición. Los dos temblamos, envueltos en la misma ola de placer devastador que nos consume.

Finalmente, cuando el último temblor se apaga, sus manos aflojan su agarre en mis caderas, pero no me suelta del todo. Ambos estamos jadeando, intentando recuperar el aliento, mientras el mundo vuelve lentamente a su lugar.

Se retira con una lentitud que me deja vacía, pero su presencia sigue siendo tan intensa que no necesito mirarlo para saber que me está observando, evaluando el efecto que ha dejado en mí.

Y luego me levanta en volandas con él con sus brazos rodeando mi cintura, como si no

pesara nada y nos envuelve a ambos con una manta de piel que estaba sobre la cama antes de dejarnos caer sobre ella hundiéndonos en las sábanas, pero sin esa violencia contenida de antes.

No se mueve de inmediato, me observa en silencio, su respiración pesada mezclándose con la mía, como si ambos estuviéramos recuperando el aliento después de lo que acabamos de vivir. Nuestros cuerpos han pasado del frenesí a una calma momentánea, donde las emociones parecen asentarse lentamente, buscando un punto de equilibrio.

Me observa, como si esperara algo de mí, una reacción, una respuesta. Yo, sin embargo, me quedo en silencio, mi respiración aún irregular mientras intento recuperar el control de mis pensamientos, de mi cuerpo, que todavía late con la tensión acumulada.

Cormac se inclina un poco más, sus labios rozando apenas los míos, pero no para besarme. Es más un desafío, un recordatorio de quién sigue teniendo el mando aquí. Y entonces, con esa voz grave que me atraviesa, rompe el silencio.

—¿No tienes nada que decir, Gunn? —murmura, su tono cargado de sarcasmo, pero con una ligera curva en sus labios—. Qué novedad.

Mis ojos se encuentran con los suyos. Es verdad, esta vez no tengo nada que decir. Todo lo que ha pasado, cada toque, cada embestida, me ha dejado sin palabras, despojada de las respuestas rápidas que suelo tener listas para lanzarle. Pero no puedo dejar que lo note. No puede saber que ha logrado desarmarme de esa manera.

—¿Esperabas un discurso? —respondo finalmente, mi voz más débil de lo que querría, pero con una sonrisa irónica en los labios que apenas logro sostener.

Cormac me mira unos segundos más, y esa sonrisa se amplía apenas un poco, lo suficiente como para que ambos sepamos que ha percibido el matiz. Sus manos se deslizan lentamente por mis costados, como si el simple contacto fuera una forma de prolongar este momento de calma después de la tormenta. No hay palabras grandilocuentes, no hay necesidad de demostrar nada ahora. Solo quedamos nosotros, respirando en el mismo espacio, compartiendo algo que ninguno de los dos quiere romper demasiado rápido.

—No, no esperaba nada —dice finalmente, más relajado, su tono mucho más bajo, como si el cansancio de la noche finalmente estuviera alcanzándonos a los dos.

Me apoyo en su pecho, dejándome hundir más en la cama, el calor de su piel aún enredada con la mía. Es en ese instante de tranquilidad cuando noto que, aunque no lo diga, ambos sabemos que algo ha cambiado. No es una cuestión de quién tiene el control ahora, sino de que, en este espacio compartido, somos iguales, agotados y satisfechos, aunque ninguno lo quiera

admitir.

Cierro los ojos.

Y en la oscuridad detrás de mis párpados, con su calor aún envolviéndome, me dejo llevar.



CAPÍTULO 19

El camino de regreso al castillo es silencioso, pero la tensión entre nosotros aún flota en el aire, aunque esta vez, más calmada, como el último rescoldo de una hoguera que ha ardido toda la noche. Mi cuerpo aún está agotado, cada músculo se siente entumecido, pero el ritmo constante de mi caballo y la presencia de Cormac tan cerca, liderando el grupo, me mantienen despierta.

El viento frío de las Highlands acaricia mi rostro, pero no siento el frío. Mi mente está demasiado ocupada, navegando entre las sensaciones que ha dejado el trayecto y lo que me espera al llegar a Dunrobin. Al ver la silueta del castillo alzándose sobre el horizonte, imponente y solemne, no puedo evitar que cierto nerviosismo se instale en mi pecho.

Al acercarnos al gran patio de entrada, el sonido de los cascos de los caballos sobre el empedrado rompe el silencio, y siento el peso de la mirada de los guardias y sirvientes, atentos a nuestro regreso.

El castillo está más vivo ahora, con el bullicio de los hombres que vuelven de la misión. Pero en cuanto entramos al patio, mi atención se desvía hacia la puerta principal.

Kester.

Aparece como una exhalación, atravesando el umbral del castillo con una expresión que me sorprende. Sus ojos se mueven frenéticamente, buscándome. No necesito ser vidente para saber lo que ha estado sintiendo. Lo tiene grabado por todo el rostro.

Pero antes de que pueda reaccionar o siquiera pensar en bajar de mi caballo, Cormac ya está ahí, anticipándose, como siempre. Se adelanta con esa calma que le es tan natural, su mano firme se extiende hacia mí mientras me mira. No me da tiempo a dudar ni un segundo.

—¿Lista para el espectáculo? —susurra, con esa voz grave que parece vibrar más de lo que debería.

—Sí —respondo, mientras trago saliva.

Cormac no espera más. En un movimiento rápido, sus manos me sujetan por la cintura, ayudándome a bajar del caballo con una facilidad que me molesta. Sé que lo hace adrede, que disfruta de mi pequeña frustración Apenas mis pies tocan el suelo, no hay más advertencias. Me atrae hacia él con una fuerza que no deja lugar a dudas, y su boca encuentra la mía con un hambre que hace que todo a nuestro alrededor desaparezca.

No es un beso delicado. No es algo sutil, ni discreto. Es un beso crudo, posesivo, uno de esos que roban el aire, que te hacen olvidar quién eres y dónde estás. Sus labios se abren contra los míos, y su lengua se cuela con una destreza que me deja sin fuerzas. El beso es profundo, una mezcla de sensualidad y dominio que me consume desde el primer contacto. Siento sus manos apretando mi espalda, atrayéndome más cerca, como si quisiera borrar cualquier distancia entre nosotros.

Es un espectáculo en sí mismo, y puedo sentir las miradas sobre nosotros. Es un beso que lleva un mensaje claro: yo soy Cormac Sutherland, y Lilias es mía.

Finalmente, cuando me falta el aire, Cormac se separa, pero solo lo suficiente para dejarme respirar. Su frente descansa sobre la mía por un instante, su aliento mezclándose con el mío, y puedo sentir la sonrisa que apenas se dibuja en sus labios. Me suelta con una lentitud calculada, dejándome de pie, pero aún atrapada en el eco de su beso.

Mi respiración aún es errática, y aunque trato de disimular el torbellino de sensaciones que me sacuden, sé que el espectáculo que acabamos de ofrecer ha cumplido su objetivo. El plan era claro: fingir que nos habíamos acercado lo suficiente como para desalentar cualquier esperanza que Kester tuviera sobre mí.

Kester cruza el patio como un rayo, su mirada buscándome con una urgencia evidente.

Antes de que pueda procesar completamente su llegada, Fingal pasa junto a él, y con ese aire desenfadado y despreocupado que siempre tiene, le da una palmada en el hombro. El gesto es amistoso, casi como si fuera un recordatorio casual de que todos estamos en el mismo equipo, enfrentando los mismos problemas.

—Tranquilo, Kester —le dice Fingal, con una sonrisa ligera—. Todo está bien.

Pero él no le presta atención. Ni siquiera parece notar la palmada de Fingal. Sus ojos solo tienen un objetivo: Cormac.

El odio en su semblante es inconfundible. Lo he visto en otras ocasiones, en pequeños destellos, pero nunca como ahora. Se ha vuelto algo mucho más oscuro, profundo. Un rencor que

lo consume por dentro. El dolor de ver a Kester atrapado por algo que ya no puedo devolver me pesa.

Cormac no parece preocupado. Ni por Kester ni por la situación. Me mira de reojo, esa media sonrisa que tanto odio—y que, para mi desgracia, empiezo a entender—sigue en sus labios, mientras gira lentamente la cabeza para encarar a Kester.

—¿Qué pasa, MacKay? —le pregunta, su tono seco, cargado de esa imperturbable seguridad que siempre parece llevar encima como un escudo.

Kester no le mira ahora. Sus ojos, enrojecidos y llenos de una mezcla de rabia y desolación, están fijos en mí. Su voz suena rota cuando finalmente habla, como si cada palabra le costara una parte de sí mismo.

—Lilias... —susurra mi nombre como si estuviera llamándome desde un lugar muy lejano, ignorando a Cormac, como si su presencia no existiera—. Esto no puede ser lo que quieres. No puede ser.

Antes de que pueda responder, Cormac gruñe bajo, esa advertencia silenciosa que se cierne en el aire como un presagio.

—No seas idiota, MacKay —dice Cormac, su voz baja, peligrosa, como si la paciencia se le estuviera agotando.

—¡No estoy hablando contigo! —grita Kester, dando un paso hacia mí, los puños apretados, su pecho subiendo y bajando rápidamente. Su furia es palpable, un río de emociones contenidas que está a punto de desbordarse.

Mi corazón se acelera. Sé que Kester está al borde del abismo, y parte de mí, la parte que aún recuerda lo que fuimos, quiere consolarle. Pero la realidad me golpea. Ya no puedo ser esa mujer para él.

Me obligo a hablar, a ser tajante, aunque la firmeza de mis palabras me rompa un poco por dentro.

—No eres tú quien decide lo que quiero, Kester —le digo, y mantengo mi mirada fija en la suya, sabiendo que estas palabras le hieren más que cualquier golpe físico.

Veo cómo algo en su rostro se quiebra. Su mirada, antes llena de furia, ahora muestra algo más oscuro: una desesperación profunda, una pérdida que no sabe cómo manejar.

—¿De verdad crees que esto funcionará? —dice, su voz cargada de incredulidad y resentimiento. Aprieta los puños hasta que sus nudillos se vuelven blancos—. ¿De verdad

piensas que puedes fingir que todo está bien, que... lo que sentíamos ya no importa?

Esas palabras me atraviesan. Porque lo que sentíamos sí importaba. Lo que teníamos era real. Pero ahora… ahora no queda nada que pueda salvarnos. Me duele, mucho más de lo que quiero admitir, pero no puedo dejar que ese dolor me arrastre. Ya no puedo.

Antes de que pueda responder, Cormac da un paso al frente, su presencia firme y amenazante se interpone entre Kester y yo. Su mirada, afilada como una cuchilla, no deja lugar a interpretaciones. Lo domina todo, como si acabara de decidir que esto ha llegado a su límite.

—Lárgate, MacKay —murmura Cormac, su voz baja, pero tan fría que corta el aire—. Antes de que me canse de esta tontería.

Kester respira con dificultad, sus ojos se mueven de Cormac a mí, buscando algo, cualquier señal de que esto no es real, de que aún me puede recuperar. Pero no hay nada que pueda ofrecerle. Mis labios se tensan, y aunque el dolor me arde en el pecho, me mantengo firme.

—Lilias... —Su voz suena tan rota que, por un segundo, mis piernas titubean.

Pero Cormac lo ve. Él lo nota, percibe cómo me afecta esta situación. Y no lo permite.

—Se acabó, MacKay —gruñe Cormac, con una firmeza que no admite réplicas—. No vuelvas a dirigirte a ella.

Kester parece estar a punto de explotar. Su cuerpo tiembla de rabia contenida, pero algo en la presencia de Cormac, en su mirada inquebrantable, lo detiene. Finalmente, con los puños aún apretados, Kester da un paso atrás, su mirada llena de odio se clava en Cormac.

—Esto no ha terminado..., Sutherland —escupe, pero hay derrota en su voz, como si ya supiera que ha perdido mucho más que esta batalla.

Sin decir más, Kester se da la vuelta, y sus pasos resonando en el empedrado del patio parecen los ecos de una historia que nunca debió acabar así. No lo miro marcharse, no puedo. Porque si lo hago, sé que el peso de todo esto me aplastará.

Siento el calor de la mano de Cormac en mi cintura antes de que lo vea. No es un gesto brusco, pero es firme. Me atrae hacia él, sin una palabra. No necesita decir nada. Me está sacando de allí, lejos del conflicto que ha dejado atrás, pero más importante, lejos de lo que Kester me sigue haciendo sentir.

Nos adentramos en el castillo, el silencio entre nosotros denso, cargado de algo que no termino de entender. Cormac no afloja su agarre, y por primera vez desde que comenzó todo esto, me doy cuenta de que el muro que siempre he tenido contra él está empezando a agrietarse.

Cuando finalmente entramos, Cormac me suelta, pero solo lo justo. Me mira de reojo, su expresión fría como siempre, pero hay algo en su mirada que me hace sentir... diferente.

—No necesita tu compasión, Lilias —murmura, sus palabras cortantes, pero no carentes de verdad—. Y lo sabes.

Me duele admitirlo. Pero tiene razón. Kester se ha perdido en algo que ya no puedo controlar. Asiento lentamente, incapaz de responderle. Cormac lo ve, y en lugar de presionar más, me guía a la sala principal sin más palabras, su mano firme en mi espalda.



CAPÍTULO 20

El viento frío arrastra la nieve sobre los muros de Dunrobin, cubriendo cada rincón del castillo con una capa blanca y pesada. Desde las ventanas de la alcoba de Cormac, veo cómo el paisaje ha desaparecido bajo el manto gélido, y me pregunto cómo estarán los caminos hacia Inverness. No puedo evitar sentir un nudo en el estómago al pensar que Cormac tiene que marcharse ahora, justo cuando más necesito que esté aquí.

Duermo en su alcoba desde hace días. Una forma más de desalentar a Kester, de mostrarle que Cormac y yo estamos realmente juntos, unidos, más de lo que él podría soportar. Pero la verdad es que no solo fingimos. No es solo una estrategia. No es una fachada. Lo que pasa entre nosotros cada noche es real, tan real que a veces me cuesta reconocerme en la mujer que le abre los brazos cuando se apaga la luz.

Cormac no es un hombre que se rinda fácilmente, y en la cama no es diferente. Día tras día me reclama, como si necesitara dejar claro, no solo a Kester, sino a mí misma, que soy suya. Da miedo lo incansable que es. Como si cada vez que lo hacemos fuera una batalla que necesita ganar, una lucha silenciosa entre mi cuerpo y el suyo.

Ahora, mientras ajusta su cinturón, lo noto más tenso de lo normal. No quiere irse, y mucho menos ahora. Lo siento en la forma en que aprieta los nudos, en cómo frunce el ceño mientras ajusta el cinturón de la espada.

—El camino será difícil —le digo, apoyando la mano en el marco de la ventana.

Cormac no responde de inmediato. Se queda callado, mirando por la ventana hacia el blanco infinito que se extiende más allá de los muros del castillo. El camino a Inverness está cubierto de nieve, y viajar en estas condiciones será duro, incluso para él.

—Firmar un pedazo de papel para que un hombre vuelva con su esposa... —dice, mientras se ajusta la chaqueta de cuero grueso—. Como si un pedazo de pergamino fuera a cambiar algo en

sus miserables vidas.

—Es parte de tus obligaciones, Cormac —le digo intentado ocultar una sonrisa.

Él me lanza una mirada que no sé si interpretar como cansancio o irritación, pero en sus ojos veo algo más. Quizá el mismo resentimiento que siento yo cuando me impongo hacer lo que no quiero por el bien de otros. O tal vez, simplemente, desprecio por un sistema que, una y otra vez, lo ata a cosas que no le interesan.

—Mis obligaciones —repite, casi con sarcasmo— son proteger mis tierras y a los míos. No tengo tiempo para mediar en las disputas matrimoniales de nobles que no saben mantener a raya lo que llevan bajo las calzas.

Pero ambos sabemos que debe hacerlo. Tiene que firmar el decreto eclesiástico que condena al Conde de Buchan, el Lobo de Badenoch, a regresar con su esposa y abandonar a su amante. Un asunto que no nos concierne, pero que la Iglesia le ha impuesto a Cormac como uno de los nobles más poderosos de la región.

—¿Qué tengo yo que ver con lo que ese idiota hace o deja de hacer? Que haga sufrir a su esposa o que la deje no me concierne.

La Iglesia no pide su firma por cortesía. Pide su apoyo para reforzar su control sobre los nobles más poderosos. Si él, como Conde de Sutherland, se negara a firmar, estaría creando una grieta innecesaria con el poder eclesiástico, y eso podría traer problemas. Las alianzas aquí son frágiles, y aunque Cormac desprecie este tipo de políticas, sabe que no puede permitirse perder influencia ni crear enemistades que podrían costarle caro más adelante.

—Te quejas como un niño —respondo, cruzando los brazos. Lo digo por decir, pero en el fondo, deseo lo mismo que él. Que no tenga que marcharse.

Sus ojos, de pronto, se giran hacia mí, clavándose en los míos. Su mirada es intensa, cargada de algo más que preocupación.

—No me gusta dejarte sola con él aquí —dice finalmente, su voz más grave de lo habitual.

—No estaré sola —le aseguro.

Noto cómo su mandíbula se aprieta mientras se ajusta los guantes de cuero. Sé lo que está pensando. No me lo dice, pero sé que le duele marcharse ahora, cuando Kester está peor que nunca. Nuestro acercamiento no está funcionando, parece más desquiciado que nunca cada día que pasa. Sus ojos me siguen por el castillo, y parece constantemente furioso y peligroso.

—Regresaré antes de que te des cuenta —dice, más para tranquilizarse a sí mismo que a

mí—. No te separes de Munro. Él se queda.

Resoplo con disgusto, pero él me ignora y empieza a caminar hacia la puerta.

—¿No podrías dejar a Duncan?

Cormac se detiene en seco. Veo cómo sus hombros se tensan, y cuando se gira para mirarme, sus ojos arden con una intensidad que me deja sin aliento. Su mirada recorre mi figura, deteniéndose en el tartán que apenas cubre mi cuerpo y que se ha deslizado ligeramente por mi hombro, dejando expuesta la piel.

Un destello de algo oscuro cruza por sus ojos. ¿Celos? ¿Deseo? No estoy segura, pero siento el aire cargado de una tensión palpable.

—¿Prefieres que Duncan se quede contigo? —Su voz es baja, casi un gruñido.

Parpadeo, sorprendida por su tono.

—Solo he pensado que...

No me da tiempo a terminar. Sin decir una palabra más, deja caer su capa al suelo con un movimiento brusco, seguida de su espada que golpea el suelo con un sonido seco.

Mi respiración se acelera. En cuanto lo veo, sé lo que va a hacer. Su mirada se clava en mí como una advertencia, y antes de que pueda reaccionar, está sobre mí. Me toma en brazos con una fuerza que me arranca un jadeo, y en menos de un segundo me tiene acorralada contra la pared.

El frío de la piedra choca con mi espalda, pero el calor que emana de él lo eclipsa todo. Me besa con una urgencia que no había sentido antes, su lengua reclamando la mía sin miramientos, sin delicadezas. Mis labios responden al instante, y no puedo evitar gemir contra su boca. Siento la dureza de su cuerpo aplastado contra el mío, y antes de que me dé cuenta, su mano ya está apartando la tela que me cubre.

No hay palabras. No hace falta. Cormac no me pregunta si estoy lista porque sabe que lo estoy. Sabe que aún llevo dentro de mí los restos de nuestro último encuentro, su semen todavía humedeciendo mi interior, y esa humedad facilita lo que viene después.

Con un movimiento rápido, aparta su tartán y me penetra de una sola embestida. Mi espalda se arquea contra la pared, y un gemido ahogado escapa de mis labios. La sensación es intensa, brutal, como si quisiera marcarme antes de marcharse, como si necesitara dejar claro que soy suya, incluso cuando él no esté.

Cormac se mueve dentro de mí con una fuerza imparable, sus manos aferradas a mis caderas,

sosteniéndome contra la pared como si no pesara nada. Cada embestida es más profunda que la anterior, y siento cómo mi cuerpo se rinde a él, cómo mi mente se vacía de todo lo que no sea él.

El sonido de su respiración entrecortada se mezcla con el mío, y cada choque de nuestros cuerpos hace eco en la habitación. Mis piernas tiemblan, pero él me sostiene firme, su control sobre mí absoluto.

—Lilias... —gruñe contra mi cuello, sus labios rozando mi piel mientras su ritmo aumenta.

Mi cuerpo responde a cada movimiento, a cada embestida que me arranca gemidos. Mis manos se aferran a sus hombros, mis uñas clavándose en su piel, y siento cómo el placer me consume, cómo cada parte de mí se curva hacia él.

Él lo sabe, lo siente en mi cuerpo, y cuando su mano aprieta mis caderas con más fuerza, sé que no podré aguantar mucho más. Cuando el clímax me arrastra, cuando mi cuerpo se estremece y el placer estalla en mi interior, él sigue, implacable, hasta que se deja llevar también, vaciándose dentro de mí una vez más, como si quisiera asegurarse de que llevo algo de él incluso cuando esté lejos.

Cuando el momento pasa, ambos nos quedamos quietos, sus manos aún firmes en mi cintura, nuestras respiraciones sincronizadas, pesadas. Me besa de nuevo, esta vez con más calma, y cuando se aparta, lo hace despacio, como si el mundo fuera a volver a girar demasiado rápido en cuanto me suelte.

Me baja al suelo con cuidado, su mirada aún clavada en la mía. No dice nada. No hace falta.

Se aparta, recogiendo la espada del suelo y ajustándola a su cinturón, pero sin la misma urgencia de antes. Me quedo apoyada contra la pared, tratando de recuperar el aliento, observándole mientras vuelve a ponerse la capa.

Justo antes de salir, se detiene en la puerta y me lanza una última mirada.

—Se queda Munro —dice con firmeza—. Duncan vendrá conmigo.

—No te olvides de volver entero. Sería una pena tener que lidiar con el lío que dejarías por aquí.

Me mira por encima del hombro y una sonrisa ladeada aparece en su rostro.

—No puedo dejar que te aburras, Gunn.

Y con esas palabras, se va. Lo veo desaparecer entre la niebla y la nieve desde la ventana y mientras su figura se difumina en el horizonte, siento que algo de mí también se va con él.



El frío se cuela por los pasillos mientras me apresuro hacia el salón. El eco de mis pasos reverbera en la piedra, pero me detengo al oír voces apagadas desde una esquina oscura. Reconozco la voz de Marsaili, acompañada por otras mujeres y algunos guardias. Me acerco en silencio, apoyándome contra el muro, oculta en las sombras, para escuchar lo que están diciendo.

—A este paso, no va a tardar en haber un heredero en Dunrobin —dice una de las mujeres, su tono cargado de sorna.

—Con lo que se oye por los pasillos, no será por falta de intentos —responde otra, y los demás se ríen con ella.

Me arde la cara. Sé que hablan de mí. Desde que Cormac y yo compartimos la alcoba, los rumores no han parado.

—Pues más le vale a ella no confiarse mucho —interviene Marsaili, su tono cortante—. No sé cuánto le durará el interés a nuestro Laird, pero una Gunn no es digna de darle hijos a un Sutherland.

«Nada nuevo por la boca de esa mujer».

—Es lo normal —dice uno de los guardias, un hombre robusto, con cicatrices en el rostro que le dan un aspecto curtido—. El Laird no es de piedra… —deja la frase en el aire, y aunque no lo veo, sé que está sonriendo con malicia—. Cualquiera en su lugar haría lo mismo.

—Ya... —interviene el otro guardia, su voz teñida de envidia—. Con esas curvas, no me extraña. Aunque sigue siendo una Gunn.

El guardia con cicatrices responde, su voz es grave, casi solemne.

—No se trata de lo que le vea. Se trata de control. Tenerla en su cama es tener poder sobre ella, sobre su clan. Eso es lo que él quiere. Que lo sepa todo el mundo.

El desprecio en su tono es palpable, como si hablar de mí fuera un recordatorio de todo lo que los Gunn les han arrebatado.

—No lo sé —dice otra de las mujeres, con voz más tranquila—. Ella no está tan mal. No se pasa el día dando órdenes, eso es algo que hay que reconocerle.

Hay un breve silencio después de ese comentario. El ambiente cambia ligeramente, como si las mujeres que defendían mi nombre supieran que hablar en mi favor es nadar contra corriente, pero no les importa. Aun así, Marsaili no está dispuesta a ceder.

—Sigue siendo una Gunn —responde con desdén—. No seáis ingenuas. Eso no cambia lo que ella y los suyos son. Si creéis que el Laird no se dará cuenta a tiempo, os estáis engañando. Mi padre murió a manos de su gente y también nuestro antiguo Laird y Cormac juró sobre su tumba encontrar al culpable y matarlo. Su clan no merece nuestra confianza.

—¿Y qué tiene eso que ver con ella? —interrumpe la mujer que antes habló en mi favor—. Todos hemos perdido a alguien en estas tierras. Pero no me digas que no la has visto trabajando, como cualquier otro, para ayudar a los nuestros. La noche del robo del ganado, fue la primera en saltar sobre el caballo. Eso no lo hacen todas.

—¿Y eso qué? —responde Marsaili con voz afilada—. ¿Creéis que por ser valiente una vez eso cambia lo que es? Seguirá siendo una Gunn, y todo lo que tocan acaba mal.

Los pasos rápidos de Kester resuenan en el pasillo antes de que su figura irrumpa en la escena. En cuanto aparece, la conversación se apaga de inmediato, como si su sola presencia arrastrara una tormenta silenciosa consigo.

Sus ojos están inyectados en sangre, descontrolados, y su mandíbula tensa refleja la furia que apenas logra contener. Al verlo, me doy cuenta de que es un hombre al borde del colapso, alguien que está dispuesto a arremeter contra todo y todos. Los músculos de su mandíbula vibran, mientras sus manos tiemblan con una violencia apenas contenida.

—¿De qué demonios estáis hablando? —Su voz es grave, rota, como si le costara contener las palabras dentro de su pecho.

Los guardias y las mujeres se miran nerviosos, pero ninguno tiene el valor de hablar. Cuando nadie responde, da un paso adelante, su presencia amenazante llenando el espacio.

—Os he hecho una pregunta —gruñe, con los dientes apretados—. ¿Qué coño estabais diciendo?

El guardia con la cicatriz en el rostro se atreve a alzar la cabeza, intentando aparentar calma, aunque su voz no es más que un susurro tenso.

—Solo comentábamos que el Laird y su esposa parecen muy unidos.

Las palabras son como una chispa en la pólvora. Kester da un paso hacia él, su cuerpo tensándose como si estuviera a punto de saltar. El guardia retrocede instintivamente, pero Kester no se detiene. Su respiración es rápida, sus ojos no parpadean.

—¡Habla de ella una vez más y te juro que te partiré la cara! —grita, con la voz ronca de rabia.

Uno de los otros guardias interviene, intentando calmar la situación, pero su tono solo parece empeorar las cosas. Desde mi posición veo a Mairead también oculta escuchando. Sus ojos conectan con los míos, y me hace un gesto con la mano, llevándose un dedo a los labios. No es el momento de intervenir. No aún.

—Vamos, Mackay. No es necesario llegar a esto.

La mano de Kester se mueve hacia la empuñadura de su espada, y por un segundo pienso que va a desenvainarla. Su mirada no es la de un hombre razonable, sino la de alguien que ha llegado al límite de lo soportable.

—¡Voy a matarte! —ruge, lanzándose hacia él con la intención clara de destruirlo.

Antes de que pueda golpear de nuevo, Mairead aparece, como una ráfaga de aire frío en medio del caos. Se mueve con determinación, poniéndose entre Kester y el guardia, sus manos levantadas para detenerlo.

—Kester, para —dice, su tono firme, pero bajo—. No vas a arreglar nada así.

Él respira de forma precipitada, con los ojos llenos de ira, pero la presencia de Mairead parece calmarlo lo suficiente para que no seguir adelante con la agresión. Aunque su cuerpo sigue temblando, baja la mano lentamente.

—No voy a dejar que la insulten, Mairead —gruñe.

—Ya has hecho bastante —le dice ella, sin perder la calma—. No vas a ganar nada golpeándolos. Solo te rebajas a su nivel.

Las palabras parecen penetrar en la mente de Kester, aunque su rabia sigue presente. Da un paso atrás, aunque sus ojos no se apartan de los hombres que lo miran con una mezcla de miedo y desprecio.

—Esto no ha terminado —murmura entre dientes, pero se retira, con los puños aún apretados.

Lo sigo con la mirada mientras se aleja. El grupo de chismosos se dispersa tenso y Mairead y yo nos miramos con el mismo sufrimiento en los ojos.



CAPÍTULO 21

Mairead y yo caminamos por los pasillos en silencio. Hace semanas que todo se ha vuelto insostenible con Kester. La obsesión en su mirada, el odio creciente en sus ojos, como si cada día se desvaneciera más. Ambas lo sentimos. Y, aunque nos hayamos encontrado en bandos opuestos en el pasado, ahora caminamos juntas, con el peso de una maldición que podría arrebatarnos lo poco que queda de él.

Nos dirigimos a una pequeña sala junto a la chimenea, donde el calor de las llamas apenas alcanza a suavizar el frío que llevamos por dentro. Me siento, observando el fuego chisporrotear, y me pregunto cuántas más batallas tendré que enfrentar en un castillo que nunca pensé llamar hogar.

Mairead permanece en pie unos momentos, hasta que finalmente se sienta frente a mí, cruzando las manos sobre su regazo. Sus dedos, inquietos, se retuercen sobre el tejido de su vestido. Cuando me mira, veo en su rostro la sombra de algo más profundo: miedo, impotencia... y quizás, culpa.

—Cada día está peor —murmura, como si le costara poner las palabras en voz alta.

El dolor en su voz es palpable, y mi estómago se revuelve. No puedo imaginar lo que Mairead está sintiendo. Se casó con Kester por obligación, no por amor, pero ahora, al verlo consumido por la maldición, es como si llevara una carga que nadie más podría comprender.

Y yo… sé lo que es apreciar a alguien que se está perdiendo.

—No es el hombre que conocí —respondo en voz baja, mis ojos clavados en las llamas—. La maldición lo está devorando. No sé cuánto más podrá soportarlo.

Mairead se inclina hacia adelante, con una expresión de terror que hace que mi corazón se encoja.

—El otro día lo encontré hablando solo —susurra, como si las palabras en sí mismas le resultaran difíciles de pronunciar—. Estaba atormentado, mirando a algo... a alguien que no estaba ahí. Diciendo que vengaría a todas las mujeres Gunn que fueron retenidas por un Sutherland. Y... Lilias, hablaba con tal convicción, como si pudiera ver a alguien frente a él. —Me mira con los ojos abiertos, llenos de miedo—. Decía que no pararía hasta cumplir su promesa. Me asustó de una forma que nunca creí posible.

—¿Tú crees que era el espíritu de Helen Gunn? —pregunto, aunque el nudo en mi garganta me dice que ya conozco la respuesta.

Mairead asiente lentamente, sus labios temblando.

—Sí. La veía. Sus ojos… Nunca lo había visto así. Era como si su mente ya no le perteneciera. No es que… yo lo conozca tanto como tú, pero él no era así al principio de nuestro matrimonio. Sufría por ti, pero… era amable conmigo.

Mairead respira profundamente. En el fondo, creo que ambas tememos lo mismo: que no haya vuelta atrás para Kester. Su obsesión, su locura, están creciendo cada día que pasa, y lo único que nos queda es la esperanza de que podamos encontrar una forma de detenerlo.

—¿Sabes si hubo otros hombres antes de él? —pregunto, la voz apenas un susurro—. ¿Algún otro que haya sufrido esto?

—He oído historias —admite—. Cuentos de hombres que desearon lo prohibido y cayeron en la locura. Historias antiguas en mi familia, pero nunca pensé que fueran reales. Pensaba que eran solo leyendas. —Su voz se quiebra un poco, y veo en sus ojos el miedo que ha estado guardando en su interior durante semanas.

Las leyendas, aunque sean difíciles de creer, están demasiado cerca de la realidad demasiadas veces. Si esas historias tienen algo de verdad, podría ser nuestra única pista.

—No sé si puedo creer en leyendas —le digo, con el ceño fruncido—. Pero esto... esto es real. La maldición está aquí, y si ha ocurrido antes, necesitamos saberlo. Tal vez haya algo en los registros de Cormac.

Veo el miedo reflejado en su rostro, pero también una chispa de determinación. Mairead asiente, y aunque siempre la he visto como una mujer reservada, tímida incluso, me doy cuenta de que, ahora mismo, está dispuesta a hacer lo que sea necesario.



Munro ya está apoyado en el marco de la puerta cuando llegamos. La sonrisa de autosuficiencia en su rostro lo delata; esperaba este momento. Su mirada brilla con ese destello habitual de provocación, y Mairead, a mi lado, baja la cabeza con timidez, como si el simple hecho de estar cerca de él la incomodara.

—¿Qué hacéis vosotras aquí? —pregunta con un tono divertido, pero cargado de picardía—. ¿Por fin os habéis cansado de tejer y queréis ver cómo se manejan los asuntos importantes?

Hago una mueca de desagrado y no le doy el placer de una respuesta inmediata.

—¿Y tú? —le respondo con sarcasmo—. ¿No te has cansado de ser la molestia más grande del castillo? Quizás hoy te toque hacer algo útil.

La sonrisa de Munro se ensancha.

—¿Molestia? —dice, con un toque teatral—. Las mujeres suelen decir que mi presencia les provoca otro tipo de emociones. Pero bueno, siempre hay alguna que no sabe apreciar lo que tiene delante. —Le lanza una mirada descarada a Mairead, que, visiblemente sonrojada, evita mirarlo.

—Cuidado, Munro —le respondo con sarcasmo—. Podrías necesitar ese ego intacto para algo más útil que soltar tonterías.

Él suelta una carcajada y se incorpora con una inclinación exagerada hacia mí, como si le hubiera dicho el mejor cumplido del día.

—Lo cierto es que no tengo nada mejor que hacer que ser tu guardaespaldas —replica, con una sonrisa burlona—. Misión deshonrosa que me ha forzado a aceptar nuestro Laird. Claro que estaba un poco distraído cuando me lo pidió, ¿no crees? Parecía... nublado su buen juicio. Me pregunto si tendría algo que ver con la forma en que apestaba a sexo. Del bueno, a juzgar por su expresión, eso sin duda.

Mairead se tensa visiblemente, sus ojos mirando de reojo la puerta como si deseara desaparecer en ese mismo instante. Munro, como siempre, sigue disfrutando del impacto de sus

palabras.

—¿Eres consciente de la forma en que hablas a una dama? —le pregunto, con un toque de sorna, cruzándome de brazos.

Munro sonríe de medio lado, inclinando la cabeza ligeramente hacia mí, sus ojos llenos de diversión.

—Soy consciente de que no importa cómo te hable, milady, siempre tendrás una respuesta. Eso es lo que me gusta de ti. —Hace una pausa dramática, como si lo estuviera pensando seriamente—. No me imagino otro modo mejor de divertirme en este lugar. Aunque apostaría que puedo enseñarte un par de cosas...

—Si alguna vez necesito lecciones sobre cómo hacer el ridículo, serás el primero a quien llame —lo interrumpo, con una sonrisa desafiante—. Ahora, perro guardián, aparta para que podamos entrar —le respondo con una sonrisa cortante, sin perder el ritmo.

Se endereza lentamente, con esa actitud de quien sabe que está al borde de una línea que nadie más se atreve a cruzar.

—Me pregunto qué diría Cormac si supiera que has venido aquí a buscar algo que no deberías estar buscando —replica, su tono suavizando la provocación, pero sin perder el filo.

—Me pregunto qué diría Cormac si supiera que quieres enseñarme un par de cosas.

Munro me observa en silencio un momento, sus ojos entrecerrándose ligeramente. La sonrisa que llevaba se tambalea, como si por un segundo la hubiera perdido, pero rápidamente se recompone. Exhala lentamente, como si valorara el intercambio.

—Toque directo, Lilias. Me lo guardo para la próxima. —Hace una pausa y su mirada se suaviza un poco—. Pero si el Laird me rompe la cara, me encargaré de que seas tú quien se encargue de mis últimas palabras. —Me guiña un ojo mientras abre la puerta.



Dentro del despacho de Cormac, el aire se siente más pesado de lo normal, como si las

estanterías repletas de pergaminos y libros antiguos guardaran secretos que no debieran ser desenterrados. Cierro la puerta detrás de nosotras y siento cómo la habitación se cierra a nuestro alrededor, haciéndonos partícipes de algo que, hasta ahora, solo había pertenecido a Cormac. Los registros acumulados aquí tienen décadas, quizá siglos, esperando a ser leídos.

Mis dedos recorren los lomos con cuidado, cada uno más antiguo y polvoriento que el anterior. Mairead está a mi lado, en silencio. Mientras tanto, Munro se deja caer con desdén sobre una de las mesas, jugueteando con un trozo de cuero entre sus manos, aunque sus ojos no pierden detalle de lo que hacemos.

—Si realmente esperáis encontrar algo aquí que os ayude… —dice con su tono habitual de escepticismo—. Lo más probable es que solo encontréis registros de ovejas o disputas por terrenos. ¿De verdad creéis que habrá algo sobre una maldición?

Su comentario me irrita, pero lo ignoro mientras saco un pergamino grueso de la estantería.

—Al menos estamos haciendo algo —le respondo sin mirarle, desenrollando el pergamino con cuidado—. Y si no tienes intención de ayudar, mejor guarda silencio.

El crujido del papel antiguo llena la habitación, y de pronto, Mairead se detiene, su rostro pálido. Me giro hacia ella.

—Aquí —murmura, sacando un pergamino amarillento de entre los demás—. Son registros de defunciones.

Me acerco de inmediato, y ambas comenzamos a leer las notas, nuestras miradas recorriendo nombres desconocidos, pero las descripciones de los síntomas son inquietantemente familiares. La palabra violencia aparece con frecuencia, seguida de paranoia y obsesión. Es como si estuviéramos leyendo sobre Kester, pero estos registros tienen décadas.

Munro, que hasta ahora había estado jugueteando con el cuero en las manos, se endereza y se inclina hacia nosotras, su expresión menos relajada.

—Mira eso —comenta, señalando uno de los nombres—. Parece que los muertos no eran solo ovejas, después de todo.

—Varios hombres murieron con síntomas similares. Algunos encarcelados por ser un peligro otros… se quitaron la vida —digo, con gravedad.

—No hay nada que hable de médicos —comenta Mairead, con el ceño fruncido—. No menciona ninguna clase de tratamiento.

—Porque no los trataron como enfermos —interrumpe Munro, cruzándose de brazos—. Si

un hombre actuaba así, lo primero que se hace no es llamar a un médico, sino a un sacerdote. Probablemente creyeron que estaban... poseídos.

—¿Entonces los exorcizaron? —pregunta Mairead, con el miedo evidente en su voz.

Munro asiente lentamente, con una expresión más seria.

—Es lo más probable.

Mi mente trabaja rápido. La maldición de Helen Gunn no tiene nada que ver con demonios. Kester no está poseído, está siendo consumido por algo que tiene raíces en el odio y el dolor de una mujer traicionada.

—¿Sabes quién podría haber realizado esos exorcismos? —pregunto, girándome hacia Munro.

Munro se frota el mentón, pensativo.

—Hace años había un sacerdote aquí, el padre Aidan. Fue el encargado de muchos de esos ritos. Si alguien vio lo que ocurrió con alguno de esos hombres antes de morir, sería él. Pero dudo que sea fácil hablar con él... siempre fue reservado.

—Tenemos que encontrar a ese sacerdote —digo, con firmeza—. Tal vez él tenga respuestas.

Munro asiente, aunque no parece del todo convencido. Sus ojos aún recorren el pergamino que sostenemos, como si algo en él no encajara.

—¿Y qué tal las familias de estos hombres? —pregunta, inclinándose sobre la mesa—. Alguien más debe haber visto lo que ocurrió.

—Sí, las familias —responde Mairead—. Deberíamos hablar con ellas también. Si alguno de ellos logró superar esto... necesitamos saberlo.

Asiento.

—Empieza por el sacerdote —dice Munro finalmente, poniéndose de pie—. Fingal podría indicarnos dónde encontrar a algunas de las familias. Pero te advierto, no será fácil. Nadie quiere hablar de esto... y mucho menos de los muertos que cayeron con sus almas atormentadas.

El tono en la habitación ha cambiado, pero no por mucho tiempo. No puedo resistirme a lanzarle un comentario para romper el hielo.

—Vaya, Munro, estás resultando más útil de lo que esperaba. —Sonrío con ironía, mi tono apenas disimulado—. Estoy muy orgullosa de ti.

Munro levanta la vista de los pergaminos, una sonrisa torcida dibujándose en sus labios. Se

apoya más cómodamente en la mesa, y su mirada adquiere ese brillo provocador que le resulta tan natural.

—¿Orgullosa? —repite, arrastrando la palabra con diversión—. Sabía que tarde o temprano reconocerías mi valor. Aunque me pregunto... —Su sonrisa se ensancha, traviesa—. ¿No crees que me merezco una recompensa? Un beso, ¿quizás?

Levanto una ceja, fingiendo estar pensativa por un momento, disfrutando del juego tanto como él.

—Le preguntaré a Cormac qué opina —le digo, mi tono afilado como una daga de acero pulido—. Ya sabes lo fácil que sería para él decidir que su perro guardián ha ladrado demasiado.

Mairead suelta una risita nerviosa a mi lado, pero se lleva rápidamente la mano a la boca, como si temiera haber intervenido en algo que no debería. Munro se endereza, cruzándose de brazos.

—Eres una mujer muy cruel, señora—dice, dejando caer las palabras con un aire de exagerada indignación.

—Gracias —respondo—. Lo intento.

La sonrisa de Munro se ensancha.

—Sigo pensando que me merezco una recompensa. —Su voz es baja, insinuante, pero en el fondo sé que está probando hasta dónde puede llegar—. Un beso, una caricia, algo para alegrar el día. No te pediría más... de momento.

—Quizás, si te comportas bien, puedo pedirle a Cormac que te dé una palmadita en la cabeza —añado, y no puedo evitar la sonrisa que se dibuja en mis labios.

Munro suelta una carcajada genuina, sacudiendo la cabeza.

—Te lo advierto. Un día de estos me cansaré de tanto desprecio. —Me mira con esa sonrisa ladeada—. Y créeme, cuando eso pase, hasta el Laird no podrá contenerme.

Le mantengo la mirada, sin retroceder ni un centímetro.

—Dudo mucho que tengas el valor —le respondo con una media sonrisa—. Pero si decides intentarlo, será divertido verte caer.

Munro suelta una risa baja, levantando las manos en señal de rendición.

—Por supuesto, miladi, lo que tú digas. Sabes que siempre estoy aquí para ayudar —dice, aunque su tono de voz deja claro que disfruta más provocándome que colaborando de verdad—.

Pero Mairead, de verdad, no sé cómo aguantas sus desplantes. Tienes más paciencia que yo.

Mairead, sonrojada por ser el foco de su comentario, evita hacer contacto visual con él, pero no puede ocultar una ligera sonrisa tímida.



CAPÍTULO 22

El viento gélido golpea nuestros rostros mientras salimos de Dunrobin, dejando atrás la seguridad de sus muros. Munro y yo cabalgamos en silencio, concentrados en el viaje que tenemos por delante. A lo lejos, Golspie apenas se vislumbra bajo la nevada constante, sus tejados cubiertos por una gruesa capa blanca que transforma el paisaje en un lienzo de invierno impenetrable.

Golspie es pequeño, apenas un grupo de casas dispersas alrededor del camino que conduce hacia Dornoch. El puerto está cubierto de nieve, las embarcaciones varadas en la costa, sus mástiles sobresaliendo como dedos de madera congelada. El pueblo parece desierto, las chimeneas humeando con pereza, y solo alguna figura cubierta hasta el cuello se aventura fuera de casa. A pesar de la quietud, puedo sentir el peso de las miradas desde las ventanas, observándonos con cautela, preguntándose qué clase de noticias traemos.

—No sé si es el frío o que no se fían de nosotros —comento, ajustando la capa para protegerme del viento cortante.

—A estas alturas, ¿quién se fía de nadie? —responde Munro, sin perder su habitual tono irónico—. Además, cuando tienes nieve hasta las rodillas, en lo último que piensas en ser amable.

Su comentario me arranca una sonrisa involuntaria, pero el camino hacia Dornoch está cubierto de nieve, y lo que debería haber sido un viaje de dos horas se extiende sin fin ante nosotros.

Cada paso de nuestros caballos es lento y dificultoso, sus patas se hunden en la nieve hasta casi quedar atrapadas. Munro y yo intercambiamos miradas de preocupación mientras el tiempo pasa, y el cielo, oscureciéndose más rápido de lo habitual, nos advierte que pronto caerá la noche.

A medida que avanzamos, la nieve se arremolina a nuestro alrededor, el viento helado nos azota con más fuerza, y el silencio de las tierras altas se hace pesado. Solo el crujido de los cascos rompiendo la capa de nieve interrumpe el paisaje blanco y desolado. Siento cómo mis músculos se tensan por el frío, y mis dedos, a pesar de los guantes gruesos, ya no responden tan rápido como deberían.

—Parece que llegaremos a Dornoch cuando todos estén dormidos —comenta Munro, más para romper el silencio que otra cosa.

—No te preocupes. Seguro que tú los despiertas a todos con tus quejas.

Munro resopla, pero no me responde.

Tras casi cuatro horas a caballo, finalmente divisamos el perfil del pueblo entre las ráfagas de nieve. A lo lejos, la Catedral de Dornoch se alza solemne a pesar del frío, sus torres elevándose sobre el pequeño pueblo como un recordatorio del poder de la Iglesia en estas tierras. Pero algo no está bien.

A medida que nos acercamos, el olor acre del humo se mezcla con el aire frío. Mi estómago se revuelve. El corazón me da un vuelco. Miro a Munro, que frunce el ceño y azuza a su caballo para ir más rápido. En cuanto llegamos a las primeras casas del pueblo, el caos se despliega ante nuestros ojos.

La Catedral de Dornoch, la joya de la región está en llamas. El fuego se extiende por las ventanas de piedra, lamiendo los muros antiguos, y una espesa columna de humo negro se alza hacia el cielo, sofocando la luz del atardecer. El sonido de gritos y llantos se mezcla con el rugido del incendio, y el aire, antes gélido, ahora está cargado con el calor sofocante de la destrucción.

—¡Dios santo! —exclama Munro, con la voz rota por la sorpresa.

El pueblo está sumido en caos. En la plaza, varios cuerpos cuelgan de las vigas, hombres ahorcados, sus cuerpos balanceándose con el viento. Algunos aldeanos corren desesperados por las calles, buscando refugio, pero la mayoría están paralizados por el horror.

El viento gélido sigue azotándonos mientras corremos por las calles. A medida que nos acercamos a la catedral, escucho el crujido de la madera ardiendo. Pero, entre el estruendo y el calor del fuego, algo más capta mi atención. A lo lejos, en la plaza, veo figuras moviéndose rápidamente entre las sombras.

—Mira —murmuro, señalando con la cabeza hacia el otro extremo de la plaza.

Munro sigue mi mirada, y sus ojos se entrecierran con furia.

—Los MacKay —gruñe, con los puños apretados.

Vemos a un grupo de MacKay huyendo, pero dos de ellos, en lugar de seguir corriendo, se han detenido junto a una horca improvisada. Están forcejeando con un joven, atándole una soga al cuello mientras él lucha desesperadamente por soltarse. Mi corazón se acelera al ver al muchacho patalear, sus manos temblorosas tratando de apartar las de los hombres que lo están condenando.

Sin pensarlo dos veces, me desmonto del caballo y alcanzo el arco que está firmemente atado a la parte trasera de la silla de montar, cubierto por una capa gruesa de tela que oculta su forma. Es un gesto automático, instintivo. No debería hacerlo. He jurado no volver a usarlo. Pero las promesas se rompen cuando la vida de un inocente está en juego y lo llevaba encima en este viaje precisamente por si las cosas se complicaban.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Munro, al verme preparar una flecha, su tono entre sorprendido y curioso.

—Lo que debo hacer —respondo, mientras tenso la cuerda del arco.

Tener cinco hermanos que nunca me tomaban en serio y una madre que consideraba a las mujeres inútiles me enseñó a disparar tan bien como ellos, si no mejor. Mis manos, a pesar del frío, saben lo que hacen. La flecha está lista, y mi mente se enfoca solo en el objetivo. Los MacKay están demasiado ocupados intentando ahorcar al muchacho para notar lo que sucede a su alrededor.

Tomo aire. El mundo parece detenerse por un instante mientras apunto al primer hombre. Dejo que el sonido de mi respiración me guíe.

Disparo.

La flecha atraviesa el aire con una velocidad mortal y se clava en el pecho del primer hombre. Lo veo tambalearse hacia atrás, su cuerpo cayendo pesadamente sobre la nieve manchada de hollín. El otro MacKay suelta la cuerda por reflejo, confundido, pero ya es tarde.

Otra flecha. Otro disparo.

El segundo hombre cae de rodillas. La flecha cae justo en el centro de su pecho. La soga resbala de sus manos, liberando al joven, que cae al suelo, jadeando, sus ojos abiertos como platos por el terror.

—Y yo que creía que lo llevabas de adorno —comenta Munro a mi lado, su tono

impresionado, pero con esa chispa burlona que nunca lo abandona.

En ese momento, el muchacho, que aún está de rodillas en la nieve, señala hacia la catedral con los ojos llenos de pánico.

—¡Hay personas atrapadas dentro! —grita con desesperación, su voz rasgada por el miedo—. ¡No pueden salir!

Mis piernas se mueven antes de que mi mente lo procese. Corro hacia el edificio, sabiendo que Munro está justo detrás de mí. El fuego ha crecido aún más, las llamas se extienden rápidamente por el tejado, y los gritos desde el interior son más fuertes, más desesperados.

—¡Vamos! ¡Tenemos que abrir esas puertas! —grito, mientras ambos nos lanzamos contra la entrada principal.

Las puertas están cerradas con una pesada tranca de madera, y el calor que sale de ellas nos golpea de lleno. Munro y yo tiramos con todas nuestras fuerzas.

—¡Vamos, maldita sea! —gruñe Munro, golpeando la puerta con el hombro. El calor nos golpea de lleno, y nuestras fuerzas empiezan a flaquear.

Finalmente, con un crujido ensordecedor, la tranca cede, y las puertas se abren de golpe.

Una oleada de humo espeso nos envuelve. El calor es abrumador, y retrocedemos, tosiendo, pero no podemos detenernos. Los aldeanos están atrapados dentro, y si no los sacamos ahora, no tendrán oportunidad de sobrevivir.

—¡Tú, ven aquí! —le grita Munro al muchacho que hemos salvado, que aún está tambaleándose por el shock—. ¡Ayúdanos a sacar a la gente!

El muchacho asiente con rapidez, sin decir una palabra, y corre hacia nosotros para ayudarnos a guiar a las personas fuera del infierno en el que se ha convertido la catedral.

El fuego sigue rugiendo, las llamas se alzan por las paredes de piedra como si intentaran devorar todo a su paso. Miro a Munro y sé que no nos detendremos hasta que el último aldeano esté a salvo.

El panorama es aterrador. La catedral está envuelta en llamas, los bancos y las vigas de madera arden con furia, y el humo hace casi imposible ver. Algunos aldeanos están tirados en el suelo, apenas respirando. Me arrodillo junto a un hombre mayor, lo tomo por los hombros y trato de levantarlo.

—¡Vamos! ¡Tienes que salir! —le grito, mientras lo ayudo a levantarse.

Munro aparece junto a mí, guiando a una mujer con un niño pequeño hacia la salida. Sus

ropas están cubiertas de hollín, sus rostros llenos de terror, pero siguen avanzando. El calor se vuelve insoportable, y siento cómo el aire caliente me quema la piel a pesar del frío exterior.

—¡No tenemos mucho tiempo! —grita Munro por encima del rugido del fuego—. ¡El techo está a punto de desplomarse!

Mis manos tiemblan mientras guío a otro aldeano hacia la salida, el humo llenándome los pulmones. Apenas puedo ver, pero sé que no podemos detenernos. Si lo hacemos, no saldremos de aquí.

El fuego sigue rugiendo a nuestro alrededor, las llamas lamen las paredes de piedra, y el sonido del techo de madera cruje con fuerza. Munro tira de mi brazo, empujándome hacia la salida.

—¡Vamos, Lilias! ¡Tenemos que salir!

Con un último esfuerzo, logro sacar a otra mujer. El aire frío de la noche golpea mi rostro cuando finalmente salimos al exterior. A nuestras espaldas, la catedral empieza a desmoronarse, el techo se derrumba en una lluvia de fuego y escombros con algunas personas aún dentro.

Nos detenemos en la plaza, rodeados de personas atónitas. Algunas lloran en silencio, otras se abrazan entre sí, incapaces de procesar lo que acaba de ocurrir. El fuego sigue ardiendo, pero ya no hay nada que podamos hacer.

Miro a Munro, su rostro ennegrecido por el hollín, y veo la furia en sus ojos.

—¿Esto por unas simples cabezas de ganado? —dice, con la voz cargada de ira.

Miro a mi alrededor, viendo los cuerpos balanceándose en las cuerdas, los restos de la catedral reducida a escombros, y la desesperación en los rostros de la gente de Dornoch. Mi pecho se contrae por la tristeza y la rabia.

Munro lanza una mirada rápida hacia mí, y su expresión cambia, se endurece. Sus labios se curvan en una mueca amarga.

—Y tú, preocupada por tu maldito MacKay —escupe las palabras con desprecio—. No pienso ayudarte más. Por mí que se pudra en su propio infierno.

Puedo sentir la daga en su voz, y me duele.

—Él no está aquí, Munro. No tiene la culpa de lo que han hecho otros.

Me mantengo firme, a pesar de la furia que veo arder en sus ojos. Sé que lo que estoy diciendo no cambiará la ira que siente, pero necesito que lo entienda. Kester no es responsable de esta masacre.

Munro suelta un resoplido sarcástico, sin molestarse en ocultar su desprecio. Da un paso hacia mí, y su mirada me taladra, dura y fría.

—Tú sigue defendiendo a tu precioso MacKay —dice, escupiendo en el suelo antes de girarse hacia los demás—. Pero ¿sabes qué? Lo que veo aquí es todo lo que necesitas saber sobre su gente.

Él se aleja, su figura desapareciendo entre el humo y la nieve. Siento la tensión acumulada en mis hombros, pero no puedo derrumbarme. No ahora. El fuego sigue ardiendo detrás de mí, como un recordatorio constante de lo que está en juego.

Me acerco a las personas que aún están de pie, temblando por el frío y el horror. Sus rostros están ennegrecidos, pero lo que más me impacta es el miedo en sus ojos. Tantas vidas destruidas... Y todo por una venganza absurda.

El eco de las palabras de Munro sigue resonando en mi mente, pero lo que más duele es el rastro de verdad que llevan. Este odio... Esta violencia... parece no tener fin.



CAPÍTULO 23

El calor bajo las mantas me envuelve, una calma profunda me arrastra al sueño. Mis músculos, agotados por el día, se relajan poco a poco mientras me dejo llevar por la oscuridad. Pero, aunque mi cuerpo está quieto, mi mente no puede desconectarse. Los recuerdos del día pasado persisten: los gritos, las llamas, los cuerpos colgando… y Kester.

El pensamiento de él, siempre presente, aparece entre las sombras de mi mente. Los MacKay han sido una pesadilla viviente, y su convivencia con la gente del castillo ha empeorado debido a lo ocurrido y su estado. No puedo quitarme todo esto de la cabeza.

Pero mi cuerpo no tarda en sucumbir al cansancio, y pronto, el mundo desaparece en la tranquilidad del sueño.

Es entonces cuando siento algo. Un roce cálido en mi cuello, apenas un susurro de piel contra piel. Al principio, no sé si estoy soñando, pero la sensación es tan intensa que mi cuerpo empieza a responder antes de que mi mente lo procese.

Unos labios se deslizan por mi cuello, suaves, pero firmes, dejando un rastro de calor a su paso. Me muevo ligeramente, medio dormida, mientras esos labios continúan su recorrido, subiendo por la línea de mi mandíbula. Un suspiro se me escapa de forma involuntaria cuando la calidez alcanza la comisura de mis labios, y mis sentidos empiezan a despertar.

Los labios rozan los míos, primero de manera sutil, probándome, como si quisieran llevarme de regreso a la realidad con delicadeza. Siento la presión ligera, la familiaridad del tacto que me envuelve y me atrapa. En este estado de semiinconsciencia, donde los pensamientos se entrelazan con los sueños y la realidad aún parece lejana, solo hay un nombre que resuena en mi cabeza. Uno que ha rondado mi mente todo el día, una sombra imposible de ignorar.

—¿Kester…? —susurro, sin ser del todo consciente de que lo digo en voz alta, de que mis labios se mueven sin mi permiso, arrastrando el nombre como si aún perteneciera a los

fragmentos de mi sueño.

De repente, todo se detiene.

Los labios que acariciaban los míos se apartan de golpe, y el calor que me envolvía desaparece como si alguien hubiera apagado una llama. Abro los ojos, todavía adormecida y confundida, y siento el frío colarse por debajo de las mantas. La oscuridad de la habitación parece más intensa ahora, pero lo que más me impacta es el silencio ensordecedor que ha llenado el aire.

Me doy cuenta de lo que he dicho justo cuando Cormac aparta las mantas de forma brusca. La luz del fuego en la chimenea ilumina su rostro lo suficiente como para que vea la furia que arde en sus ojos. Su mandíbula está tensada al límite, y sus labios, los que hace solo un instante me besaban, están ahora apretados en una línea fina.

—¿Kester...? —repite con una frialdad cortante—. ¿Has dicho Kester?

Mi corazón se detiene. El sueño se desvanece por completo, y la realidad me golpea como una bofetada. Cormac... es Cormac quien está aquí, no Kester. No sabía que él había vuelto. Pensaba... pensaba que seguía en Inverness, y por algún motivo, el nombre equivocado ha salido de mis labios.

—No es lo que piensas... —susurro, intentando calmar la tormenta que veo crecer en su mirada—. Estaba soñando con él y... me he confundido, pero él nunca ha estado en esta cama, ni yo he estado con él. Te lo juro.

Cormac me observa con los ojos entrecerrados, sus músculos rígidos como si estuviera conteniendo el impulso de romper algo. La tensión en el aire es sofocante, y su furia es tan notable que puedo sentirla como un calor que emana de su cuerpo.

—¿Sueñas con él mientras te besa tu esposo? —Su tono es bajo, cargado de una ira que parece a punto de estallar.

No sé qué responder. Mis manos tiemblan ligeramente mientras intento encontrar una forma de calmarlo, de hacerle entender que Kester ya no significa lo que él cree, pero Cormac no me da tiempo para explicaciones.

Antes de que pueda reaccionar, se mueve de nuevo, rápido, decidido. Sus manos grandes y firmes me agarran por las piernas, separándolas con brusquedad mientras me empuja hacia el colchón. El aire me abandona en un jadeo ahogado, y mi corazón late con fuerza mientras lo veo inclinarse sobre mí, su mirada oscura, cargada de una mezcla de furia y deseo contenido.

—Voy a saber perfectamente si alguien más ha estado aquí —gruñe, con una voz baja,

cargada de amenaza y deseo.

Mi respiración se entrecorta, incapaz de articular una respuesta, cuando él inclina su cabeza y se hunde entre mis muslos. Su nariz roza mi piel, inhalando despacio, con un gesto que me deja temblando, vulnerable bajo su escrutinio.

Mi cuerpo reacciona de inmediato, incapaz de negarle la respuesta que provoca en mí.

Cormac toma el control sin miramientos. Con un movimiento rápido, sus dedos se deslizan entre mis pliegues, abriéndolos y exponiéndome a su voluntad. Todo en él es posesivo, marcado por una furia que se convierte en un acto de reclamación.

—Voy a comprobarlo... —murmura, su voz ahogada mientras hunde su rostro.

Y entonces su lengua se abre camino lamiendo a lo largo de todo mi sexo.

Mis caderas se arquean instintivamente hacia él, y un gemido se me escapa de los labios, traicionando cualquier resistencia que pudiera tener. No es delicado. No es suave. Es feroz, implacable. Como si quisiera borrar cualquier rastro de duda.

Mis manos se aferran a las sábanas mientras mi respiración se acelera, mi cuerpo atrapado entre el placer y la culpa. Él lo sabe, lo siente en cada estremecimiento que provoca, y sigue empujando, más profundamente, explorando con una intensidad devastadora. Su lengua recorre cada pliegue, cada rincón de mi sexo, como si buscara algo más que solo mi rendición.

—Cormac... —susurro, pero no sé si es un ruego o una súplica.

Él no se detiene. Su lengua sigue su camino, trazando círculos lentos y deliberados que me hacen temblar. Mis piernas se abren aún más, invitándolo sin que mi mente lo controle, y el calor que arde en mi interior comienza a consumirlo todo. Mi piel arde, mis nervios están a punto de estallar, pero la ira en sus movimientos sigue presente. No está jugando, está castigando.

—Te juro... —intento hablar de nuevo, pero mi voz se quiebra cuando él encuentra ese punto exacto, ese lugar que me hace perder el control—. No ha habido... nadie más.

Cormac gruñe, el sonido vibrando contra mi piel, y su lengua sigue castigándome, exigiendo mi rendición completa. Mis caderas se levantan, buscando más de lo que él me da, y el placer se acumula, amenazando con arrastrarme. Mis dedos se enredan en su cabello, sin poder evitarlo, buscando algo a lo que aferrarme mientras mi cuerpo se curva hacia él.

Pero entonces siento algo más: uno de sus dedos comienza a trazar círculos en un lugar más íntimo, uno que hasta ahora ha dejado en paz. La presión es firme, explorando, casi posesiva, mientras continúa devorándome con la boca. Cada movimiento de su lengua me lleva más y más

lejos, y la ligera presión de su dedo en ese lugar delicado entre mis nalgas hace que mi cuerpo entero se tense.

Siento cómo me penetra ligeramente con la yema, mientras su boca sigue recorriendo cada rincón de mi piel, empujándome a un punto en el que la realidad se disuelve. Es una combinación que me hace perder el sentido, incapaz de pensar, de hacer otra cosa que entregarme a él por completo.

Mi cuerpo ya no me pertenece, entregado a la mezcla de placer y castigo que él ha decidido darme.

Pero justo cuando estoy a punto de rendirme, cuando el clímax está tan cerca que puedo sentirlo, Cormac se aparta de golpe, y me deja temblando, al borde del abismo.

Me quedo jadeando, con el cuerpo temblando aún por lo que casi me ha dado, y, sin embargo, siento el peso de su furia todavía en el aire. Cormac se incorpora lentamente, sus ojos aún clavados en los míos, desafiándome a decir algo más, a dar alguna excusa que pueda aliviar su rabia.

Pero no hay palabras que puedan salvarme ahora.

Sin decir una palabra, se mueve con una rapidez que me desarma. Sus manos fuertes agarran los bordes de mi camisa y la tiran hacia arriba de un tirón, dejando mis pechos al descubierto. El frío del aire contrasta con el calor de su piel mientras se inclina sobre mí, sin darme tiempo para procesar lo que va a hacer a continuación.

—Recuerda esto, Lilias —dice con una calma aterradora con su respiración pesada y sus labios aún húmedos por mi cuerpo—. Soy yo quien está aquí. Soy yo quien te hace esto. Nadie más.

De un empujón feroz, Cormac me penetra de golpe, arrancándome un gemido que no puedo controlar. El impacto de su entrada es brutal, su miembro me llena por completo, y todo mi cuerpo se arquea debajo de él, incapaz de resistir la intensidad de sus movimientos. Sus embestidas no son suaves, no son compasivas. Cada empujón es una reclamación, una afirmación de que soy suya y de nadie más.

Sus manos se clavan en mis caderas, inmovilizándome mientras me empuja con una fuerza imparable. No hay tregua, no hay compasión en lo que está haciendo. Solo hay deseo y furia, mezclados en una tormenta que me arrastra sin dejarme respirar.

De repente, su boca vuelve a descender sobre mí, pero esta vez no es para dar placer. Sus labios capturan uno de mis pechos, lamiéndolo primero con una lentitud calculada, casi como si

quisiera torturarme con la anticipación. Pero entonces lo siento: un mordisco. Su boca se cierra con fuerza sobre mi piel, arrancándome un jadeo ahogado, mitad placer, mitad dolor.

—Cormac... —intento hablar, pero las palabras se pierden cuando me embiste de nuevo, más profundo, más rápido, mientras su boca se aferra a mi seno, mordiendo con una fuerza que me hace arquear la espalda.

—Sí, Cormac —dice él con ira.

Sus dientes dejan una marca, una huella que sé que será visible cuando termine. Y no se detiene ahí. Se desplaza más arriba, sus labios siguen su camino hasta mi clavícula, y entonces muerde de nuevo.

Cada mordisco se mezcla con las embestidas que no cesan, y el dolor se transforma en algo más, en un placer oscuro. Cormac sigue implacable, empujando con fuerza mientras su boca se mueve hacia mi cuello, lamiendo y mordiendo, y sé lo que está haciendo. Está dejando su marca en un lugar visible, un lugar que todos verán.

Su boca se aferra a la piel de mi cuello, y entonces siento el mordisco final, el más fuerte de todos, un dolor punzante que me arranca un gemido. Mi cuerpo se retuerce, pero no puedo detenerlo. Ni siquiera quiero.

Me siento atrapada entre el placer y el dolor, sometida a su voluntad. Mi piel arde donde sus dientes han dejado su huella, y cada vez que se mueve dentro de mí, siento que me pierdo un poco más.

Mi piel, mis músculos, cada parte de mí se curva hacia él, buscando más, necesitando más y el alivio llega lento y profundo y se extiende haciéndome gritar desesperada en busca de ese final que parece no llegar nunca, pero que me llena de sensaciones.

Él sigue un poco más, cada embestida más intensa, más profunda, hasta que finalmente, con un gruñido bajo y ronco, Cormac también se deja arrastrar. Lo siento vaciarse dentro de mí, su cuerpo tenso sobre el mío, y por un momento, el mundo queda en silencio, roto solo por nuestras respiraciones pesadas.

—No vuelvas a mencionar su nombre en mi cama —dice finalmente, de forma implacable—. Ni a soñar con él.

—¿Qué? —le pregunto incrédula, con la sombra de una risa en mi voz. No sé si lo estoy desafiando o si simplemente me resulta imposible tomarlo en serio después de lo que acaba de hacer.

La mandíbula de Cormac se tensa por un instante, y sus ojos brillan con ese destello

peligroso que conozco bien. Pero, en lugar de responder con más furia, su boca se curva en una sonrisa pequeña, irónica.

—Un hombre tiene derecho a escuchar primero su nombre en labios de su esposa cuando llega de un largo viaje que lo ha tenido separado de ella durante muchos días —dice, su tono cargado de una provocación velada.

Sus palabras me arrancan una sonrisa. Me muerdo el labio, divertida, porque sé lo que viene.

—No han sido tantos días —le respondo, levantando una ceja, jugando con él.

Cormac arquea una ceja y su sonrisa se amplía ligeramente. Su mano sube por mi muslo, lentamente, trazando un camino que me hace temblar, recordándome que, aunque la ira haya pasado, él sigue manteniendo el control.

—Ah, ¿se te han hecho cortos? —inquiere, su voz baja y peligrosa—. ¿Has disfrutado de tu soledad?

Me muerdo el labio, intentando mantener la compostura, pero la manera en que me mira, la forma en que sus dedos rozan mi piel me desarma.

—No, la verdad es que he disfrutado más de tu vuelta —le respondo, inclinándome hacia él, mordiéndome su labio.

La sonrisa de Cormac se vuelve más oscura, y veo el brillo de satisfacción en sus ojos al escuchar mis palabras. Su mano lentamente aprieta con más fuerza mi cadera, acercándome más a él.

—Eso sí que es algo que me gusta escuchar —gruñe, su voz ronca, antes de inclinarse hacia mí, atrapando mi boca en un beso duro, posesivo, sin darme tregua.

—Espera, Cormac —murmuro contra sus labios, intentando apartarme ligeramente de su agarre—. Tienes que saber lo que ha ocurrido.

Sus labios se detienen de inmediato, pero su mano sigue aferrada a mi cadera, inmovilizándome contra él. La gravedad en mi tono lo hace detenerse por completo. Se aparta ligeramente, lo justo para mirarme a los ojos con una expresión más seria, aunque sus respiraciones aún son rápidas y profundas.

—¿Qué es tan importante que tienes que decírmelo ahora? —Su voz sigue siendo grave, pero su mirada se ha endurecido al notar el cambio en mí.

Tomo aire, tratando de calmar el torbellino que sigue dentro de mí. Las imágenes de Dornoch vuelven con fuerza, y sé que no puedo esperar más para decirle lo que ha sucedido.

—En Dornoch... —empiezo, y noto cómo su expresión cambia al instante, su mandíbula tensándose—. Cuando fui con Munro a hablar con el sacerdote sobre la maldición... los MacKay llegaron antes que nosotros. Incendiaron la catedral. Colgaron a varios hombres en la plaza del pueblo. La gente del pueblo... —me detengo un momento, mi voz se quiebra ligeramente al recordar los cuerpos colgando, la desesperación en los ojos de las familias—. Algunos murieron dentro de la iglesia.

—¿Los MacKay? —pregunta, su voz tan baja que apenas puedo escucharla, pero el peligro que encierra es inconfundible.

Asiento lentamente, viendo cómo se transforma delante de mí. La pasión de hace solo unos instantes se evapora, reemplazada por una furia fría y controlada. Se aparta de mí completamente, incorporándose en la cama. Puedo ver la rigidez en cada uno de sus movimientos, su mente ya en otro lugar.

—Munro y yo intentamos salvar a los que pudimos —añado, con voz suave.

Él se pone de pie y camina hasta la ventana. Está completamente desnudo, pero el frío de la habitación parece no afectarle en lo más mínimo. Apoya las manos en el alfeizar y mira hacia la oscuridad exterior, donde la nieve cubre todo, implacable, en un manto de silencio y muerte. Aunque no dice nada, sé lo que está pasando por su cabeza. Los MacKay han atacado a su gente, y él no va a dejarlo pasar.

—¿Sabían que estabas allí? —pregunta finalmente, su tono gélido, sin volverse hacia mí, aún mirando la noche.

—No lo creo... —respondo, sentándome y abrazándome las piernas—. Fue una casualidad que decidiéramos ir ese día.

Cormac deja escapar un sonido bajo, casi inaudible, una risa seca y sin humor. Finalmente, se gira para mirarme, sus ojos oscuros e implacables.

—Yo no creo en las casualidades, Lilias —dice, cada palabra como una sentencia—. Planearon su represalia sabiendo que yo estaba fuera de mis tierras con la mayoría de mis hombres. Han atacado a mi gente. Los han colgado como si fueran animales, y han quemado una catedral. Y si la nieve no hubiera retrasado tu viaje, podrías haber acabado dentro, no fuera de esas llamas.

—Pero yo soy una Gunn, los MacKay no me harían daño... —trato de argumentar, pero mi voz suena vacilante.

Cormac se mueve hacia mí, cada paso que da más pesado que el anterior. Se detiene a un

palmo de mí, su mirada tan fría como el aire invernal que entra por la ventana abierta.

—No, Lilias —su tono es grave, cargado de una verdad que me sacude—, eras una Gunn. Ahora eres una Sutherland, mi esposa y mi punto más débil en este momento.

Me muerdo el labio, intentando procesar lo que me está diciendo, pero cada palabra suya es como una piedra arrojada contra la realidad que yo creía conocer. ¿Su punto débil? Yo, su punto débil. No, es imposible que quiera decir eso.

—No soy débil... —murmuro, alzando la mirada para encontrar la suya, pero en el fondo asustada de lo que esto significa.

—Nunca dije que tú lo fueras. —Su voz se suaviza apenas un poco, pero sigue siendo implacable, como si estuviera desenmascarando algo que ha mantenido oculto hasta este momento—. No entiendes, Lilias... —Respira hondo, su pecho sube y baja, lleno de tensión—. Reconocer que eres mi punto débil no significa que seas débil tú... significa que me importas. Que pueden utilizarte para hacerme daño a mí.

Sus palabras caen sobre mí como una revelación que me deja sin aliento. Cormac, el hombre que siempre ha sido una fortaleza inquebrantable, que nunca ha permitido que nada lo toque emocionalmente, ahora me está confesando que yo soy el talón de Aquiles.

Él no es un hombre que se permita vulnerabilidades, y, sin embargo, aquí está, dándome la llave de la única puerta que nunca ha querido abrir.

—¿Te das cuenta de lo que significa eso? —pregunta, su tono bajo y profundo, como si cada palabra fuera una carga que él mismo está soportando—. Si saben lo que representas para mí...

Deja la frase en el aire, pero no hace falta que la complete. Se inclina, sus labios apenas rozan los míos, pero no en un gesto de deseo esta vez, sino de algo más profundo. Un contacto que dice más que cualquier palabra. Su aliento es cálido contra mi piel, y siento cómo su control habitual se derrumba ligeramente ante la realidad de lo que ha confesado.

Mis manos se deslizan por su pecho, sintiendo la tensión en sus músculos, y por un instante, la distancia entre nosotros desaparece por completo. Ahora entiendo lo que está en juego. No solo el clan, no solo la guerra entre los Sutherland y los MacKay. No es solo política o poder. Es algo mucho más personal.

Es él. Soy yo. Es lo que ambos representamos el uno para el otro.



CAPÍTULO 24

El aire en Dornoch huele a cenizas y muerte. La nieve ha cubierto los escombros, apagando los últimos rastros del fuego que arrasó con todo. Frente a mí, la catedral ya no es más que una ruina ennegrecida, un esqueleto de lo que alguna vez fue. Las tumbas recién cavadas en la tierra helada son una muestra silenciosa del caos que ocurrió aquí. A mi alrededor, mis hombres se mueven entre los restos, hablando en voz baja con la gente del lugar, tratando de reconstruir lo sucedido.

Al otro lado de la plaza, los cuerpos de los dos MacKay permanecen donde los dejaron. El frío y la nieve han conservado bien sus cadáveres, aunque sus rostros han perdido todo el color. Las flechas aún están clavadas en sus pechos, justo en el centro, como marcas de una precisión letal.

Me acerco a los cuerpos, el crujido de la nieve bajo mis botas es el único sonido que rompe el silencio de la mañana.

—Un tiro impresionante, ¿no crees? —Munro, con su tono burlón, se acerca y se inclina ligeramente sobre los cuerpos, observando las flechas con una sonrisa maliciosa—. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, pensaría que fue un maldito milagro.

Levanto la mirada hacia él, esperando que continúe.

—¿Quién lo hizo? —pregunto sin apartar la vista de los cadáveres.

Munro suelta una carcajada antes de enderezarse y darme una mirada traviesa.

—¿Quién crees? Tu señora fue la que disparó. Desde allí —dice, señalando la entrada de la plaza, bastante lejos de donde estamos ahora—. No vi nada igual en mi vida, te lo juro. La flecha dio justo en el pecho de estos dos bastardos. Casi al mismo tiempo. Como si lo hubiera practicado mil veces.

Mi quedo en silencio un segundo, procesando lo que me está diciendo. Miro la distancia entre la entrada de la plaza y los cuerpos. No es cualquier tiro. Requiere fuerza, precisión y una calma que no muchos tienen en medio del caos.

—¿Estás seguro de que era tan lejos? —pregunto, más para aclarar mis propios pensamientos que para cuestionar lo que Munro ha dicho.

Él sonríe como si disfrutara de mi incredulidad. Se acerca más a los cadáveres y señala las flechas.

—Claro que sí, Laird. Justo desde ahí —insiste, apuntando una vez más hacia la entrada—. Mira lo profundas que están clavadas. ¿Ves? —Patea suavemente el cuerpo de uno de los MacKay con la punta de su bota—. Si hubiese estado más cerca, las flechas no habrían entrado tan profundas. Esa maldita flecha entró con una fuerza tremenda. Iban a una velocidad increíble. —Hace una pausa y se encoge de hombros—. Te lo digo, Lilias no es una mujer cualquiera. Tiene una puntería que ya quisiera yo. ¿Y quién lo iba a imaginar?

—Pues, desde luego, no yo —añade Fingal, que se acerca con una expresión de asombro mal disimulado—. Si llega a fallar, tendríamos que estar recogiendo al muchacho con una pala.

—¿Recogerlo? —interviene Munro con una carcajada desvergonzada—. Habría estado más torcido que el viejo Mackenzie después de beberse todo el whisky de las Highlands.

—Es un disparo difícil de lograr —dice Duncan.

—No conozco a mucha gente capaz de hacer eso —reconozco.

De hecho, no conozco a nadie que tenga esa puntería. El tiro no fue solo instintivo. Fue calculado. Frío. Preciso. Los MacKay estaban a punto de colgar al muchacho, y en cuestión de segundos, ella tomó la decisión. Dos disparos, dos muertes. Sin vacilación.

Me quedo en silencio, observando las flechas una vez más. No lo sabía. No sabía que Lilias tenía esa habilidad.

—¿Dices que lo hizo sin dudar? —pregunto, todavía sin apartar la vista de los cuerpos.

Munro asiente, metiendo las manos en su cinturón.

—Sin pestañear. Sacó el arco, apuntó, y antes de que me diera cuenta, ambos estaban muertos. Si no lo hubiese visto con mis propios ojos, no lo creería. Parecía como si hubiera estado haciéndolo toda su vida. —Me lanza una mirada, esperando ver cómo digiero esta información.

Mis ojos se fijan en las flechas. No es solo la distancia lo que me desconcierta, es la

precisión mortal. Me acerco a uno de los cuerpos y coloco mis manos alrededor de la flecha. La nieve y el frío han endurecido la piel, haciendo que extraerla sea complicado. Tiro con fuerza, los músculos de mis brazos se tensan mientras la saco lentamente. Finalmente, la flecha cede con un crujido seco.

La sostengo en mis manos, y ahí está. Lo que temía encontrar. La punta de la flecha lleva grabada una pequeña runa celta, apenas perceptible, pero inconfundible para quien la conoce. Es la misma marca que vi en la flecha que atravesó el pecho de mi hermano, Alec. No hay duda. Este grabado es distintivo, hecho a mano usado para diferenciar estas flechas de las demás.

Mi corazón late con fuerza, las piezas encajan de manera devastadora. Alec murió por una flecha exactamente como esta. El mismo disparo certero, la misma distancia... y la misma mano, quizás.

—Es posible que todos los hermanos tengan la misma habilidad —comenta Duncan, su voz baja y cautelosa, siguiendo el hilo de mis pensamientos—. Puede que ella aprendiera de alguno de ellos.

Lo dice con la calma de quien lanza una verdad que es difícil de tragar. Pero no es suficiente para acallar el peso de la sospecha que me invade.

—Un momento —dice Fingal, dando un paso hacia mí—. No estarás sospechando que fue ella quien mató a Alec, ¿verdad? —Su tono se vuelve más insistente, casi desesperado—. ¿Por qué haría algo así? Es una mujer, por Dios. ¿Qué demonios podría hacer en una emboscada?

Miro la flecha, sin responder de inmediato.

—Tú la viste esa noche, Fingal —digo, mi tono más molesto de lo que esperaba—. Cuando recuperamos el ganado. ¿Cómo manejaba el caballo? Se montó en él y lideró la carga. Cuando esos bastardos de los MacKay intentaron atacarnos, Lilias fue la que mantuvo la calma, la que guio el ganado. —Mis palabras se aceleran mientras recuerdo cada detalle—. Es más fuerte de lo que pensamos. Más capaz de lo que aparenta. Si ella estuvo allí... pudo haberlo hecho. Pudo haber disparado esa flecha.

Miro a Fingal directamente a los ojos, esperando alguna respuesta lógica, pero no la hay. Los recuerdos se arremolinan en mi cabeza, y cada pieza parece encajar más de lo que debería.

Munro, como era de esperar, interviene, cruzándose de brazos y con esa sonrisa burlona que no abandona ni en los peores momentos.

—¿Y si fue ella qué, Cormac? —me desafía, sin una pizca de duda en su voz—. El pasado es el pasado. Ahora es tu esposa.

—¿La defiendes ahora? —le pregunto incrédulo.

—Sí, porque tú mismo hubieras matado a uno de sus hermanos si te lo hubieras encontrado antes. Habrías hecho lo que tenías que hacer. No somos diferentes.

Las palabras de Munro me golpean como un martillo, y la furia que llevo conteniendo se libera con una fuerza imparable. No puedo detenerlo.

—¡Pero yo no lo hice! —grito con todas mis fuerzas, sintiendo cómo mi voz rasga el aire frío de la plaza, rebotando contra los muros ennegrecidos de la catedral. Las palabras caen como golpes, llenas de rabia, de dolor. Y no traen ningún consuelo. Solo amplifican el vacío que siento dentro.

El silencio que sigue es más frío que la nieve bajo mis pies. Mis hombres me observan, tensos, sin saber qué hacer ni qué decir. Pero no me importa. Nada de lo que digan puede aliviar lo que estoy sintiendo.

—¡Yo no maté a ninguno de sus hermanos! —continúo, y mi voz se quiebra un poco, pero la furia sigue allí, ardiendo—. Ni siquiera los toqué cuando los tuve al alcance. ¡Y tuve oportunidad de hacerlo! Pero jamás lo hice. Jamás... —Mi respiración se entrecorta, la rabia da paso a algo más oscuro, más profundo—. ¿Y qué hizo ella?

Mis manos tiemblan alrededor de la flecha, pero no es por el frío. Es la traición lo que me sacude por dentro, como un veneno lento que quema en mi pecho.

—Lilias —susurro su nombre como una maldición y una súplica al mismo tiempo—. ¡Ella me ha ocultado algo así, algo tan... malditamente importante, mientras lograba que me entregara a ella en cuerpo y alma!

Siento como si las palabras me desgarraran la garganta al salir, como si cada sílaba quemara mientras la rabia y el dolor me consumen desde dentro. La imagen de Lilias, enredada en las sábanas, su cuerpo contra el mío... y la verdad oculta, sin arder, pero en cenizas bajo su piel, bajo cada beso, bajo cada promesa no dicha. No puedo respirar con normalidad. Me ahoga. Me destruye.

—¡Hice un juramento! —grito, con una mezcla de ira y desesperación—. ¡Sobre la tumba de mi hermano, maldita sea! —El eco de mi promesa resuena en mi cabeza, un recuerdo vivo que me aplasta más de lo que puedo soportar—. Prometí que lo vengaría, ¡que encontraría al culpable y lo mataría! Y ahora... —Mi voz se quiebra, pero no puedo detenerme—. Ahora, el culpable... ¡es la misma mujer que duerme a mi lado cada noche!

Miro a mis hombres, buscando algo en sus rostros que me saque de esta tormenta. Pero no

hay nada. Solo el reflejo de mi propio dolor en sus ojos.

Mis manos se cierran con fuerza sobre la flecha, y el frío de la nieve no es nada comparado con el hielo que siento en mi pecho. La rabia, el desconsuelo, la traición... todo se mezcla, y no sé cómo salir de esto.

Lilias ha derribado lo que habíamos construido. Ha roto algo dentro de mí, algo que tal vez nunca pueda repararse.



Entro en el castillo como una exhalación, mis pasos resonando en los pasillos de piedra. El aire a mi alrededor parece más pesado, cargado con una furia que me arde en el pecho. Lilias. Solo puedo pensar en ella. En su traición. Y el dolor en mi pecho late con una intensidad que me cuesta contener.

La encuentro en la biblioteca. Mi respiración se corta al ver la escena frente a mí. Lilias está sentada junto a Mairead, compartiendo risas como si todo en el maldito mundo estuviera en paz.

La risa de Mairead es suave, algo que no he visto en... no sé cuánto tiempo. Mi hermana, siempre encerrada en su propio mundo, retraída, inalcanzable para todos, ahora sonríe... con Lilias.

La imagen es como una bofetada.

Mairead nunca ha sido fácil de entender. No para mí, ni para nadie. Se cierra como una concha, impenetrable. Pero aquí está, compartiendo algo con la misma mujer que ha destruido todo lo que me importa, la Gunn traidora.

Mi mano se aprieta con fuerza alrededor de la flecha que aún llevo. Mis pasos son pesados, resonando sobre la piedra mientras me acerco a ellas. Lilias levanta la cabeza al oírme, pero antes de que pueda decir una palabra, coloco la flecha frente a ella, con un golpe seco sobre la mesa.

—¿Es tuya, Lilias? —le pregunto sin rodeos, mi voz un gruñido bajo lleno de rabia.

—Cormac... —dice, sobresaltada, su mirada confundida por un segundo. Pero mi paciencia ha desaparecido hace tiempo.

—¡Responde a la puta pregunta! —exijo, incapaz de contener el veneno en mi voz.

Veo cómo traga saliva, sus ojos se oscurecen de repente. Mairead se queda inmóvil, observando la escena con los labios apretados.

Lilias cierra los ojos un segundo, y cuando los abre, la verdad se escapa de su boca, suave, como un susurro de condena.

—Sí.

Mi cuerpo se tensa, el dolor mezclado con la furia empieza a desgarrarme por dentro. Así que ese era el maldito secreto que los Gunn guardaban tan celosamente. No la culpabilidad de su próximo Laird o de uno de sus vástagos. No, el gran secreto era la culpabilidad de su joya más preciada.

Me vuelvo hacia Mairead, que me mira con los ojos llenos de preguntas, de miedo.

—Sal de aquí —le ordeno, mi tono frío y tajante.

—¿Qué vas a hacer, Cormac? —pregunta, con una mezcla de preocupación y temor en la voz.

—Ella mató a tu hermano. A Alec, a sangre fría —respondo, mi voz tan cargada de ira que apenas puedo contenerla.

—No fue a sangre fría —se defiende con la voz tensa—. Él me atacó primero.

La rabia me hierve en las venas, pero algo en su tono me hace dudar. Quiero destrozarla con mis palabras.

—Alec te atacó... —repito, mi voz baja y cargada de furia—. ¿Y cómo explicas que lanzaras la flecha desde treinta metros de distancia? —Cada palabra sale con la precisión de una hoja afilada—. ¡Treinta metros, Lilias!

Ella cierra los ojos por un momento, como si necesitara reunir fuerzas para seguir hablando. Cuando vuelve a abrirlos, su mirada es una mezcla de dolor y desesperación.

—¡Porque pude escapar de él! —grita, y su voz quiebra el silencio que pesa entre nosotros —. Me retuvo en una cabaña, Cormac. —Sus ojos se llenan de lágrimas que se niega a dejar caer—. Me ató, me golpeó. Se burlaba de mí, me decía lo que haría cuando me cansara de verme resistir. Yo... estaba sola. No había nadie que pudiera salvarme.

Su respiración se vuelve errática, pero continúa, incapaz de detenerse ahora.

—Cuando finalmente conseguí librarme de él, cuando recuperé mi arco, empecé a correr. Él me perseguía como si fuera una presa y él el cazador. Era como un juego para él. —Sus labios tiemblan—. Dijo que, si me cogía, me haría suya. Me haría la próxima Dama Verde, como Helen Gunn.

Lo que cuenta me sacude, pero no interrumpo. Mi mente está enfocada solo en ella, en la traición que sigue desmoronándose ante mí.

—Me subí a un árbol para esconderme —dice, y ahora su voz es apenas un susurro—. Estaba herida, agotada... y sabía que, si me encontraba, no sobreviviría. Vi cómo se acercaba, y no tuve opción. Cormac, estaba desesperada. —Su respiración es rápida y entrecortada, y sus manos tiemblan—. Tuve que disparar. No podía dejar que me atrapara de nuevo.

—¿Y cómo explicas que apareciera junto a los otros dos Sutherland que fueron emboscados y asesinados? —Mi voz se mantiene fría, pero por dentro arde con la intensidad de mil fuegos—. ¿Fue caminando hasta allí después de lo que mataras?

—No seas imbécil. Cuando Nairn me encontró y supo lo que había pasado, movió el cuerpo.

—Si fue así, Lilias, ¿por qué ocultarlo? —le exijo, mi voz dura como el acero—. ¿Por qué jurar mantenerlo en secreto? ¿Por qué tanto silencio?

—¡Porque mi reputación estaba en juego! —grita, su voz quebrada por el peso de la verdad. Se lleva las manos al pecho, desesperada—. Me obligaron a hacer ese juramento. Mi padre... nos obligó, a todos. —Su voz se rompe, sus palabras son un lamento amargo—. Además, sabía que tú no perdonarías al culpable. Jamás. Y quería protegerme de todo y todos.

Pero mis oídos ya no escuchan. Solo siento el peso de la traición, la daga en mi pecho, clavándose más profundo con cada segundo que pasa

—Me has traicionado —digo, mis palabras cargadas de un desprecio que no puedo contener —. Y mientras compartías mi cama... mientras me mirabas a los ojos cada noche, sabías que habías matado a mi hermano.

Ella me mira con los ojos llenos de furia, las lágrimas luchando por salir, pero no retrocede. No cede.

—¿Traición? —escupe, su voz afilada como una hoja—. ¡Era un bastardo! No fue a nuestras tierras a pasear y cuando escapó del altercado, fue a por mí. Si volviera a ocurrir, haría lo mismo. No me arrepiento, Cormac. ¿Preferías que lo dejara vivir? ¿Que me dejara violar y torturar? ¿Es eso lo que querías? —Su voz se quiebra, pero sigue adelante—. ¿Querías que me

destruyera? No, yo me defendí. Hice lo que tenía que hacer para sobrevivir, y no te debo disculpas por eso.

Su desprecio me golpea como una bofetada. La frialdad de sus palabras, su dureza. Todo lo que hemos vivido juntos parece quebrarse en pedazos.

—¡No lo entiendes! —grito, incapaz de contener la rabia que me devora—. ¡No es solo que lo mataras! ¡Es que me lo ocultaste! —Doy un paso hacia ella, furioso—. ¡¡No tienes idea de lo que has hecho!! —grito, mi voz resonando en cada rincón de la habitación—. ¡No me has quitado a mi hermano, Lilias! ¡Me has quitado a mí mismo! ¡Todo lo que podía haber sido, todo lo que creía ser contigo!

Ella me mira con los ojos llenos de dolor, pero no retrocede.

—¿Y qué querías que hiciera? —responde finalmente, con la voz temblorosa, pero llena de desafío—. Si te lo hubiera dicho desde el principio, ¿qué crees que habría pasado? ¡No me hubieras creído! Y de hacerlo sabía que, para ti, nada justificaría que le quitara la vida. ¡Así que sí, callé! Además, yo no te debo nada. ¡Nada! Los dos sabemos que lo que tenemos es solo una conveniencia, una maldita obligación.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago.

—Sal de mi vista —digo, con la voz quebrada—. No quiero verte más. No quiero escucharte. ¡Sal de mi vista, Lilias!

Ella vacila por un segundo, pero luego da media vuelta, y cuando se va, sé que el abismo que se ha abierto entre nosotros es insalvable.



CAPÍTULO 25

El aire en Dunrobin es helado, pero no por la nieve ni por el viento que azota las murallas. Es una frialdad que se cuela por las piedras del castillo, una sensación que me cala hasta los huesos y que noto en cada rincón, como una presencia oculta que nos envuelve. Los sirvientes murmuran y me evitan la mirada, y yo avanzo con el peso del distanciamiento con Cormac, sintiéndome cada vez más sola. Cormac apenas me mira, y cuando lo hace, sus ojos están fríos, vacíos, llenos de una acusación que ya ni siquiera intenta esconder.

Pero no solo es la distancia con Cormac lo que me inquieta. Kester ha cambiado, y es un cambio oscuro, inquietante. Los susurros sobre la maldición de Helen Gunn han dejado de ser solo habladurías; en cada mirada que se posa sobre él, veo el desprecio y el miedo que despierta en todos. Parece fuera de sí, consumido por algo que no alcanzo a entender. Su mirada, siempre intensa, se ha vuelto salvaje, desquiciada, y me sigue por el castillo como una amenaza latente.

Una noche, al volver a mis habitaciones, siento una mano que me agarra del brazo con una fuerza que me deja clavada en el sitio. Es él. Kester, con el rostro desencajado y los ojos inyectados en furia y algo más… algo oscuro, desconocido.

—Kester, suéltame —susurro, mi voz temblorosa. Intento zafarme, pero su mano se aprieta más alrededor de mi brazo, casi dolorosamente.

—Lilias —dice, y su voz es un susurro ronco, cargado de una urgencia que me da escalofríos —. Tienes que venir conmigo. Ahora. —Tira de mí, y su intensidad me hace tropezar.

—¿Qué estás diciendo? —trato de recuperar el equilibrio, pero su agarre es tan firme que no puedo moverme. El miedo comienza a subir por mi pecho.

—Nos están vigilando, todos, ¿no lo ves? —me susurra, sus ojos fijándose en algún punto invisible, como si alguien estuviera observándonos desde las sombras—. Este castillo, esta gente, todos… están malditos, Lilias. Están bajo el control de Helen Gunn. Pero nosotros… nosotros

podemos escapar.

—¿Escapar? —mi voz apenas es un hilo. No lo reconozco. Su rostro está desencajado, su mirada desquiciada, como si la razón lo hubiera abandonado por completo.

—Sí. Deberíamos habernos ido antes, pero no lo entendías. —Su expresión cambia de repente, pasando del susurro a una furia inesperada—. ¡Nunca me escuchas, Lilias! Te lo advertí, y ahora… ahora me lo debes.

Intento apartarme, pero él no me suelta. Su rostro se acerca más al mío, y puedo ver cada línea de desquicio en sus ojos, un brillo que parece haber sido despertado por algo que no puedo controlar.

—No me debes nada, Kester —respondo con firmeza, pero el miedo hace que mi voz tiemble —. No voy a ir a ningún lado contigo. Suéltame.

Su rostro se tuerce en una mueca de ira, y me sacude del brazo con brusquedad.

—¡Siempre has sido mía! —grita, su voz rebotando en las paredes, resonando en el frío silencio del pasillo—. Te llevé conmigo antes, Lilias, ¿recuerdas? ¡Te llevé para hacerte mía, y ahora solo quiero salvarte! —Su voz se vuelve un susurro helado y aterrador—. Si no vienes conmigo, Helen nos destruirá a los dos.

El miedo se convierte en pánico, y hago un esfuerzo por apartarlo, pero me sujeta con más fuerza, con una intensidad casi sobrenatural.

—¡Basta, Kester! ¡Estás enfermo! —logro decir, y las lágrimas me nublan la vista mientras intento deshacerme de su agarre.

Pero él me mira con una desesperación que me congela el alma, una desesperación peligrosa, incontrolable.

—Tú no entiendes. Tú… no lo entiendes. —Su voz se rompe, y en un segundo de rabia ciega, me suelta, pero no antes de gritar con una furia final—. Me pertenece tu vida, Lilias. Me perteneces tú, y lo sabes.

Antes de que pueda zafarme del agarre de Kester, una figura emerge de las sombras y se interpone entre nosotros. Es Munro, con los ojos llenos de determinación y la mandíbula apretada, como si hubiera estado esperando el momento preciso para intervenir. Su mirada se fija en Kester, un destello de advertencia en sus ojos.

—Suficiente, Kester. Suéltala ahora mismo.

Kester gira la cabeza lentamente, sin soltarme aún, y en sus ojos se dibuja una chispa de ira

que parece quemarlo por dentro. Aprieta su mano en mi brazo como si su vida dependiera de ello, y el dolor que provoca hace que jadee, pero no me atrevo a moverme. Munro da un paso más cerca, y noto cómo su mano se posa instintivamente sobre el puñal que lleva al cinto.

—¿Y tú quién eres para interferir? —gruñe Kester, su voz baja y llena de desprecio—. Lilias y yo tenemos cosas que hablar, y no necesito a un Sutherland husmeando donde no le llaman.

Munro no retrocede, sus ojos duros como el acero.

—No sé qué crees que estás haciendo, pero no permitiré que la hagas daño —responde, con una calma gélida que solo hace que Kester se ponga más tenso—. Así que te daré una última oportunidad. Suéltala y márchate.

Kester ríe, una risa amarga que resuena en el pasillo, y siento el escalofrío de su aliento demasiado cerca.

—¿Marcharme? —escupe, y de repente su mirada vuelve a mí, fija y oscura—. No voy a ninguna parte. Lilias vendrá conmigo, lo quiera o no. Ella sabe bien que tenemos un destino juntos, y tú… —Me aprieta el brazo con más fuerza, y un quejido se me escapa—. No eres quién para intervenir. ¡Lilias me pertenece!

En un movimiento rápido, Munro toma el puño de Kester y se lo aparta de un tirón, liberándome del doloroso agarre. Kester intenta forcejear, pero Munro no le da espacio. Lo empuja contra la pared, su fuerza contenida manteniendo a Kester bajo control, aunque ambos se miran como dos bestias en plena lucha de voluntades.

—Hazlo, Kester —dice Munro, su voz baja y tensa—. Intenta tocarla de nuevo, y juro que lo lamentarás. Si eres hombre de palabra, aléjate de Lilias ahora, o será la última vez que camines por Dunrobin.

Por primera vez, Kester parece dudar, sus ojos recorren el rostro de Munro y, por un momento, la chispa de locura desaparece, como si se diera cuenta de que ha cruzado un límite que no podrá borrar. Me lanza una última mirada, llena de furia y frustración, y veo cómo su rostro se contorsiona antes de escupir unas palabras finales:

—No te escondas de mí, Lilias. Esto no ha terminado.

Se retira lentamente, sus pasos resonando en el pasillo, mientras Munro sigue vigilándolo hasta que desaparece de nuestra vista. En cuanto se aleja, él se gira hacia mí, y su expresión, tan dura hace un momento, se suaviza.

—¿Estás bien? —me pregunta en voz baja, con la preocupación reflejada en su mirada.

Asiento, aunque mis piernas tiemblan y el brazo donde Kester me sujetó sigue palpitando de dolor.



—Señora —me llama Fingal desde el otro lado del salón cuando me ve acercarme a él. Su voz es grave, su rostro marcado por las arrugas de la preocupación.

—¿Qué sucede?

—He hablado con alguien —comienza, su tono más serio de lo habitual—. La hermana de Eoin McLeod podría ayudarte. Él también fue alcanzado por la maldición de Helen Gunn —se pasa una mano por la barba, pensativo—. Y aunque no logró sobrevivir, Mairi sabe más sobre lo que ocurrió en sus últimos días. Puede que tenga respuestas. Ya la he enviado a buscar para que hable contigo.

Mis ojos se agrandan. La posibilidad de que alguien más sepa lo que Kester está sufriendo, me da un atisbo de esperanza.

—Gracias, Fingal —murmuro, y antes de poder contenerme, me inclino y le doy un beso en la mejilla.

Él sonríe, sorprendido por mi gesto, pero noto la calidez momentánea en su rostro, el alivio de ser apreciado. Sin embargo, esa sonrisa se desvanece casi tan rápido como ha aparecido. Sus hombros se tensan, y su expresión cambia cuando sus ojos se fijan en algo detrás de mí. Su mandíbula se aprieta y sus cejas se fruncen ligeramente.

—¿Qué ocurre? —le pregunto, notando cómo el ambiente cambia súbitamente.

Fingal no responde de inmediato. Su mirada se mantiene fija más allá de mí, la tensión palpable en cada línea de su rostro. Lentamente, me giro, mis pensamientos enredándose mientras busco lo que ha captado su atención.

Al otro lado del salón, algunos hombres están en movimiento, preparando las armas y revisando el equipo de combate. Entre ellos está Cormac. Mi estómago se contrae al instante.

Está de pie, alto y erguido, hablando con Duncan y Munro, pero su cuerpo emana una frialdad que parece extenderse hacia mí. Ni siquiera me mira. Como si fuera invisible, como si no existiera para él.

Siento una mezcla de rabia y tristeza crecer en mi pecho, pero antes de que pueda procesar lo que estoy sintiendo, Fingal carraspea, devolviéndome al momento.

—No es nada —murmura, aunque su mirada aún se mantiene en la figura de Cormac por un segundo más, como si no pudiera evitarlo—. Solo... sigue adelante con lo que tienes que hacer. Hablar con Mairi es importante.

—Lo haré —respondo, pero mi voz suena hueca.

Me quedo observando la figura de Cormac un instante más, esperando... algo. Un gesto, una mirada. Pero todo lo que obtengo es el frío aire entre nosotros.

Con un suspiro, giro la cabeza y empiezo a alejarme del salón.

Camino por los pasillos y oigo pasos detrás de mí. Me detengo y me giro, solo para encontrarme con Mairead, que avanza hacia mí con una expresión seria, aunque hay algo de incertidumbre en su mirada.

—Llevas días sin venir a la biblioteca me dice directamente, con los brazos cruzados sobre el pecho. Su tono no es acusador, pero hay una leve preocupación en sus palabras.

—Pensé que... —comienzo, pero mi voz se quiebra—. Pensé que no querrías verme. No después de saber la verdad. —Mis palabras salen más débiles de lo que esperaba, pero es la verdad. No puedo soportar la idea de enfrentarme a ella, sabiendo que llevo la culpa de la muerte de su hermano.

Ella abre mucho los ojos y me tapa la boca, mirando con sospecha alrededor.

—Silencio, Lilias —dice con un tono suave, pero decidido—. Cormac ha hablado con los pocos que saben lo que pasó. Les ha hecho jurar mantener el secreto. Nadie más sabrá lo que hiciste.

—¿Por qué...? —susurro, mi voz apenas un murmullo—. ¿Por qué haría algo así?

—No lo sé —admite en voz baja—. Supongo que, a pesar de todo, aún hay una parte de él que quiere protegerte... Lo que hiciste... mi hermano... fue un monstruo. Pero Cormac no es como él y ha hecho que tu secreto muera con nosotros.

Las palabras de Mairead son como un golpe que no esperaba. Cormac... él ha decidido protegerme, incluso en medio de todo el odio y la traición.

—Ven a la biblioteca. He encontrado algo interesante sobre las maldiciones.

La sigo en silencio por los pasillos, cruzando varias habitaciones hasta llegar a la biblioteca, ese refugio que compartimos durante tantas tardes. Los grandes estantes de libros se alzan imponentes a nuestro alrededor, y la luz tenue de la chimenea da a la sala un aire acogedor que contrasta con el frío exterior. Mairead camina hacia una mesa, donde tiene varios pergaminos extendidos.

—Mira esto —dice, señalando un pasaje que ha encontrado en uno de los libros.

Me inclino hacia el pergamino, reconociendo el estilo antiguo de la escritura. Las letras están desgastadas, pero son legibles.

—Estuve buscando historias sobre maldiciones antiguas y sus posibles soluciones —explica Mairead, su voz más animada de lo habitual—. Y encontré algo curioso. Según este texto, muchas maldiciones pueden ser liberadas con... —hace una pausa, como si dudara de lo que está a punto de decir—... un beso.

Levanto la mirada hacia ella, incrédula.

—¿Un beso? —repito, mi tono escéptico—. ¿Estás segura?

Mairead asiente, aunque noto una ligera vacilación en su expresión.

—Lo sé, suena poco creíble —admite—, pero en este libro hay varios relatos que lo confirman. No es solo un simple beso, claro. Tiene que ser un beso verdadero, dado con plena intención de romper la maldición. —Hace una pausa, buscando mi reacción—. Lilias, sé que parece algo salido de una historia para niños, pero... ¿y si funciona?

Mi mente empieza a girar rápidamente. ¿Un beso? ¿Un solo beso sería capaz de liberar a Kester de la maldición que lo está consumiendo? No puedo evitar pensar que es demasiado fácil, demasiado irreal. Pero Mairead parece convencida.

—Bueno, pues bésalo. Es tu esposo. Supongo que habréis hecho más que eso ¿no?

Mairead niega con la cabeza y no sé a qué me está respondiendo exactamente, pero dice:

—Mi beso no funcionaría. Kester está obsesionado contigo, su deseo por ti es lo que le está envenenando. Si tú, la mujer a la que está atado, lo besas... podría romperse. Podría liberarse de la maldición.

Me muerdo el labio, tratando de procesar lo que me ha dicho. Kester está empeorando cada día. Si esto es lo único que puede salvarlo, ¿debería intentarlo? Mi cabeza da vueltas, y no sé si soy capaz de dar ese paso.

—¿A ti no te importa que yo bese a tu esposo? —pregunto, mirándola fijamente, esperando alguna reacción que me diga lo contrario.

Mairead suspira, apartando la mirada por un momento antes de volver a fijarla en mí.

—Desde luego que no. —Su tono es sincero, pero hay una leve sombra de dolor que trata de ocultar—. Quiero salvarlo. Esa maldición lo está matando, y si un beso puede liberarlo... —Hace una pausa, como si la siguiente parte le costara decirla—. Lo que me importa es que se cure. Aunque no sé si Cormac será tan razonable.

—Por si no te has dado cuenta, a Cormac le importa muy poco lo que yo haga —respondo, sintiendo la amargura que se desliza en mis palabras.

Mairead me observa con una mezcla de sorpresa y lástima, pero no dice nada. Ambas sabemos que lo que digo no es completamente cierto.

—Busquémoslo —le digo.

Cuando Mairead y yo regresamos al salón, lo que me encuentro me deja sin aliento. El caos se ha desatado por completo. Kester, con los ojos inyectados de furia, intenta lanzarse sobre Fingal, gritando como un hombre desquiciado. Sus manos se alzan, buscando golpear, y su cuerpo parece movido por una rabia incontrolable. El ambiente está cargado, y varios hombres se han visto arrastrados a la escena.

Cormac, junto con otros hombres, lucha por contenerlo. Sus brazos rodean el torso de Kester, intentando frenarlo, pero él parece una bestia fuera de control, como si la fuerza que lo impulsa fuera más grande que él mismo.

—¡Voy a matarte! —ruge Kester, su voz rota por la ira mientras forcejea contra los que lo sujetan.

Fingal, aunque algo conmocionado, mantiene la calma, aunque está preparado para defenderse si es necesario.

—¡Maldito imbécil! ¡Te voy a destrozar! —sigue gritando Kester, sus palabras cargadas de odio.

—¡Basta, Mackay! —grita Cormac, tratando de contenerlo mientras lo apresa con fuerza—. ¡Deja de comportarte como un loco! ¡Solo fue un maldito beso en la mejilla!

Pero Kester no escucha. Se revuelve con una fuerza inhumana, su mirada fija en Fingal como si nada más existiera en el mundo.

—¡Kester! —trato de intervenir, intentando que me escuche por encima de todo el caos—.

¡Detente! ¡Él no es tu enemigo!

Por un instante, parece vacilar. Sus ojos rojos y desquiciados se clavan en los míos, pero lo que veo en ellos me congela la sangre. La obsesión y la locura lo han consumido por completo.

—Lilias... —dice, su tono cargado de desesperación—. No... no les des lo que me pertenece.

Antes de que pueda decir algo más, Cormac lo empuja con fuerza, tirándolo al suelo, donde dos hombres lo sujetan para evitar que se levante de nuevo.

—Llevadlo a las mazmorras hasta que recupere la razón —ordena Cormac con tono frío, sin siquiera mirarlo mientras los hombres lo arrastran fuera del salón.

El silencio que sigue a la tormenta de golpes y gritos es ensordecedor.

—Mierda, está descontrolado —gruñe Fingal mientras se frota el brazo, mirando de reojo hacia la puerta por donde arrastraron a Kester—. Esto no puede seguir así, Cormac. Me da igual que sea tu cuñado.

Cormac, inmóvil, mantiene la mandíbula tensa. Sus ojos, claros y calculadores, reflejan una furia contenida que amenaza con desbordarse, pero no dice nada, aún no. Se limita a cruzarse de brazos, como si eso pudiera controlar la tormenta que bulle en su interior.

Antes de que pueda hablar, Mairead toma la palabra. Su voz es baja, apenas un susurro, pero está cargada de determinación. Esa clase de determinación que la gente subestima, pero que acaba rompiendo barreras.

—Hay una forma de romper la maldición. —Las palabras caen en el aire como una bomba.

El movimiento de Cormac es lento, deliberado. Gira la cabeza hacia su hermana, su ceño fruncido, con incredulidad.

—¿Con qué tipo de brujería sales ahora, Mairead? —pregunta, su tono cargado de escepticismo y algo más peligroso: cansancio.

Mairead respira hondo. Por un segundo, parece que duda, pero finalmente suelta el aire con una convicción que no se tambalea.

—Con un beso. —Su voz es clara, firme—. Un beso puede romper la maldición.

Veo a Cormac apretar los músculos de la mandíbula.

—¿Un beso? —repite con sarcasmo evidente, su voz ronca y burlona—. ¿Y de quién sería ese beso, Mairead? ¿De Fingal? —añade, lanzando una sonrisa burlona hacia Fingal, ridiculizando la propuesta mientras el resto nos mantenemos en vilo.

Fingal, sin embargo, no se inmuta. No entra en el juego de Cormac. Asiente con seriedad, ignorando la burla, su rostro tan grave como el de un juez.

—Tiene sentido —responde con firmeza.

—¿Quieres besar a MacKay, Fingal? —se burla de nuevo, su tono más frío que antes—. ¿De verdad crees en esas leyendas absurdas?

—Sabes tan bien como yo que nada de lo que yo pueda darle funcionaría. —Hace una pausa, señalándome con la cabeza—. Cuántas leyendas hemos escuchado, Cormac, donde los hechizos se rompen con un beso. Este hombre está bajo el poder de algo que lo supera, lo hemos visto. Y no puedes negar que lo que siente por Lilias está alimentando esa maldición.

Mairead se adelanta, su voz más suave pero no menos decidida.

—He leído sobre esto, Cormac —dice—. Historias antiguas que hablan de hombres poseídos por fuerzas oscuras, liberados por el beso de la mujer que aman o al revés. No es tan descabellado. Hay leyendas de reyes, de guerreros que… —Hace una pausa, eligiendo bien sus palabras—… que vencieron maldiciones con un beso verdadero, cargado de la emoción adecuada. —Lo mira a los ojos—. Es nuestra única opción.

Cormac permanece inmóvil, sus ojos pasando de Fingal, a Mairead, y finalmente a mí. La tensión en el ambiente es asfixiante, y su mirada... Esa mirada me atraviesa el alma. Lo que veo no es solo ira. Hay dolor, una herida abierta que no ha dejado de sangrar desde el día que todo salió a la luz.

—No —pronuncia con dureza, cortante, como una sentencia final—. No lo permitiré.

El salón entero parece contener la respiración. Fingal baja la cabeza, frustrado, y Mairead se mantiene firme, pero con un brillo de preocupación en sus ojos. Y entonces, yo doy un paso al frente.

—Cormac... —trato de interceder, intentando que me escuche, pero su mirada me corta de raíz.

—He dicho que no —repite, esta vez más bajo, pero igual de implacable—. No me importa cuántas leyendas quieras contarme, no vas a besar a MacKay. Ni por una maldición, ni por nada.

Su tono es definitivo.

Fingal carraspea, y el sonido reverbera en el salón, rompiendo la tensión, aunque solo para añadir una nueva capa de inquietud. Sus ojos se fijan en Cormac, más serios que nunca, como si lo que está a punto de decir fuera una condena en sí misma.

—Eoin MacLeod no se ahogó solo en el lago, Cormac, —comienza a decir con voz grave, y el peso de sus palabras parece llenar el espacio—. Se llevó con él a la mujer con la que estaba obsesionado.

El silencio en la sala es espeso, y veo a Cormac tensarse. Los músculos de su mandíbula se marcan mientras lo digiere, su mirada fija en Fingal con una mezcla de confusión y rabia contenida.

—¿De qué demonios estás hablando, Fingal? —gruñe, entrecerrando los ojos, como si intentara desentrañar la verdad detrás de sus palabras—. Eoin se ahogó en el lago, todo el mundo lo sabe. ¿Qué tiene que ver esa historia ahora?

Fingal respira hondo, su expresión endureciéndose aún más. Lo que viene no será fácil de explicar, ni de aceptar.

—No, Cormac. No se ahogó solo. —Hace una pausa, sus ojos buscando los de Cormac para asegurarse de que capte lo que va a decir—. Eoin estaba obsesionado, igual que Kester. Bajo el mismo hechizo, la misma maldición de Helen Gunn. La mujer que él quería... cuando ella intentó escapar de él, la llevó al lago. Ambos murieron allí.

Fingal baja la mirada brevemente, como si buscara las palabras correctas.

—Éramos unos niños y fue una de esas tragedias que la gente prefirió olvidar, enterrar, pensando que era lo mejor. Pero la verdad es que esa obsesión se lo llevó a él... y a ella también. No fue hasta que hablé el otro día con su hermana que lo supe.

Munro, quien hasta ahora había guardado silencio, avanza lentamente, y cuando llega junto a mí, extiende la mano y toma la mía con suavidad, casi con reverencia. Veo su mirada, seria, fija en Cormac.

—Mira esto, Cormac —dice, y aunque sus palabras son tranquilas, el peso de su voz revela la preocupación profunda que siente.

Munro levanta mi brazo, revelando los moratones en mi muñeca, las marcas aún visibles de los dedos de Kester, y noto que los ojos de Cormac se oscurecen al instante, llenos de una ira asesina.

—¿Él te hizo esto? —su voz es apenas un murmullo, pero en el silencio del salón suena como un trueno, cada palabra cargada de una rabia que apenas puede contener.

Asiento, incapaz de desviar la mirada. La furia en su rostro me estremece, pero no aparto la mano, porque esto es lo que él necesita ver.

Cormac da un paso adelante, su voz se vuelve un gruñido oscuro mientras me mira a mí y luego a Munro y los demás.

—Ahogaré ahora mismo a MacKay y lo resolveré todo —dice con una calma aterradora, su tono cargado de desprecio.

—Cormac, no puedes... —intento decir, pero me corta con un movimiento brusco de la mano.

—¿Por qué no? —me mira directamente, sus ojos fríos y calculadores—. Si un beso de mierda es lo único que puede salvarlo, y la alternativa es que termine arrastrándote a ti también, entonces me desharé de él ahora mismo. Al menos así no tendrás que preocuparte por besarle.

Mairead da un paso adelante, su rostro está tenso, pero hay una resolución en su mirada que no había visto antes.

—Estás hablando de mi esposo, Cormac, —dice con firmeza, su voz no tiembla a pesar del desafío que implica—. No de un cualquiera.

Cormac la mira de reojo, con una mezcla de incredulidad y burla.

—Parece que las nuevas compañías no te están haciendo ningún bien, Mairead, —comenta, su tono cargado de sarcasmo—. Si tanto aprecias a tu marido, entonces dime, ¿por qué tienes tanto empeño en que lo bese otra mujer?

Las palabras salen de él con una dureza que corta el aire. Mairead se mantiene firme, no retrocede ni un centímetro. Al contrario, parece más determinada que nunca.

—Porque quiero salvarlo y también proteger al clan —responde, su voz más baja pero llena de una verdad implacable—. Haría cualquier cosa por eso, incluso si significa aceptar algo que me destroza por dentro.

Cormac la observa en silencio y algo en su expresión sugiere que está considerando lo que acaba de oír, aunque no le guste ni un poco.

Finalmente, se vuelve hacia mí.

—Si toca algo más que tus labios, no vivirá para contarlo. —Su voz es un susurro cargado de amenaza.

Sus ojos, su postura, su tono, todo en él al hablarme está lleno de frialdad y dureza, pero en su mirada hay algo más. Hay miedo. Y lo veo claro, por primera vez. Tiene miedo de lo que este beso, esta maldición, toda esta situación pueda significar. Miedo de perder algo más.

Y ese algo... soy yo.



CAPÍTULO 26

El aire en el calabozo es denso, cargado de humedad y el eco de nuestras pisadas se mezcla con el goteo constante de agua en las paredes. El olor a moho y piedra vieja impregna el ambiente, haciéndolo aún más opresivo.

Kester está tras las rejas, su cuerpo tenso como el de una fiera enjaulada. Los ojos, enrojecidos, se clavan en mí con una mezcla de desesperación y ansiedad que me eriza la piel.

Avanzo despacio, sintiendo cómo Cormac sigue cada movimiento a mi lado, rígido, como si en cualquier momento fuera a lanzarse contra Kester. Fingal, Duncan e Munro se mantienen en la distancia, observando, pero listos para intervenir si algo sale mal.

Me detengo frente a la celda. Los barrotes fríos entre nosotros son lo único que parece mantener a Kester controlado, pero sé que, con una simple palabra, todo podría cambiar.

—Kester... —digo finalmente, con la voz suave, intentando que su atención se centre solo en mí, que las sombras de su mente se disipen por un momento.

Sus ojos se mueven con rapidez, buscando en mi rostro algo que lo calme. Me aferro a ese resquicio de humanidad que aún veo en su mirada.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos? —le digo, dejando que mi voz caiga despacio, como si cada palabra pudiera arrancarlo del abismo en el que está sumido—. Éramos solo niños, ni siquiera sabíamos lo que significaba estar en guerra y aún menos el matrimonio, pero tú… te volviste en alguien indispensable para mí.

Kester parpadea, sus manos dejan de aferrarse a los barrotes con tanta fuerza. Me mira, intentando recordar.

—Claro que lo recuerdo... —susurra, como si esos recuerdos fueran lo único que aún le pertenece.

Sigo, buscando en sus ojos al Kester que conocí, que me hizo reír tantas veces. El peso de su locura es denso, pero sé que bajo todo eso, él está ahí.

—Me enseñaste a trepar, siempre fuiste más rápido que yo, siempre el primero en llegar arriba. Me ayudabas a subir cuando me caía. Nunca te importaba lo que dijeran los demás, tú siempre estabas ahí para ayudarme. —Mi voz baja un poco más, como una caricia—. Siempre me cuidaste y yo… te quería por eso.

El ambiente a nuestro alrededor parece calmarse por un momento, y noto cómo Cormac se mueve a mi lado, inquieto, pero sin intervenir. Sabe que lo que estoy haciendo es necesario, aunque le duela. Y sé que le duele.

Kester sonríe, apenas un gesto, pero es suficiente para que yo también sienta un alivio pequeño.

—Lo hice porque yo también te quería, Lilias. Lo hice todo por ti.

Asiento lentamente, dando un paso más hacia los barrotes, sintiendo cómo su mirada sigue cada movimiento.

—Y también está la vez que robamos manzanas del huerto de los McDougal. —Esbozo una pequeña sonrisa—. Me cubriste mientras las escondía en el río. Siempre fuiste valiente.

Él sonríe más abiertamente esta vez, su cuerpo relajándose un poco más.

—Y tú intrépida, Lilias. Siempre has tratado de demostrar al mundo que eras tan valerosa y útil como el que más. Incluso cuando te madre te hacía sentir tan pequeña…. Yo sabía lo grande que eras. Y yo quería protegerte, estar siempre para ti.

Mi corazón se aprieta al recordar todo lo que fuimos, y todo lo que pudo haber sido diferente.

—Y lo has hecho, Kester —respondo con sinceridad, dando un paso más hacia los barrotes —. Siempre has sido mi protector, mi amigo más fiel. Nunca me fallaste... siempre confiaste en mí. Siempre... —Dejo las palabras en el aire, sintiendo cómo cada una de ellas se clava en mi pecho, sin poder evitar que algo dentro de mí se rompa un poco más.

—¿Cómo no iba a confiar en ti? —Su tono es firme, pero hay una calidez en él que me desarma—. Te conozco, Lilias. Sé quién eres, sé cómo piensas. Eres valiente, fuerte, y siempre haces lo que es correcto, aunque te cueste. Siempre has sido así. Eso es lo que te hace diferente. No importa lo que pase, siempre sigues adelante... Nunca te rindes. Nunca dudas, nunca titubeas.

Su confianza inquebrantable me golpea con fuerza, una bofetada emocional que me duele ahora aún más.

Un nudo se forma en mi garganta, pero lo ignoro. Esto es por Kester, por salvarlo de sí mismo.

—Nuestro primer beso... —murmuro, y veo cómo su expresión cambia ligeramente, volviendo a un pasado que parece más real que el presente para él—. ¿Lo recuerdas?

Kester cierra los ojos, asintiendo con una calma que no había mostrado en días.

—Nunca podría olvidarlo —dice, su voz quebrada por la nostalgia—. Fue en las cuadras... todo a escondidas. Estabas tan nerviosa, pero todo fue tan... perfecto.

—No solo fue el beso —continúa Kester, sus ojos abriéndose de nuevo, más oscuros—. Lo que vino después... tu piel bajo mis manos... lo que compartimos.

La mirada de Cormac es como un cuchillo en mi espalda, pero no me atrevo a mirarlo ahora. Kester sigue, perdido en esos recuerdos.

—Quiero besarte de nuevo —le digo, con un tono firme que me sorprende incluso a mí—. Pero debes prometerme que estarás tranquilo, que no me harás daño, ni a mí ni a nadie. Prométemelo, Kester.

Él asiente sin vacilar, sus ojos completamente fijos en los míos, su respiración se ha calmado.

—Lo prometo, Lilias —susurra, desesperado—. No te haría daño. Nunca.

Me giro hacia Cormac, y aunque sé que odia lo que estoy a punto de hacer, no puedo evitarlo. Esto tiene que terminar.

Él tarda en moverse, su mandíbula se tensa, su mirada es una mezcla de rabia y dolor. Pero al final, con un gesto brusco, abre la puerta de la celda, el metal crujiendo con un sonido seco que retumba en el calabozo.

La puerta se abre, y Kester da un paso hacia mí, sus ojos fijos en mis labios, como si nada más en el mundo existiera ahora.

Me acerco lentamente, sintiendo cómo el peso de lo que estoy a punto de hacer cae sobre mí. Mis pasos son suaves, pero cada centímetro que recorro hacia él parece una eternidad. Coloco mis manos en su pecho, notando el latido acelerado de su corazón bajo mis dedos, y levanto la mirada hacia él. Nuestros ojos se encuentran, y veo una mezcla de esperanza y desesperación en los suyos, esa ansiedad que lo ha consumido.

Subo mis labios a los suyos, un roce apenas al principio, pero lo suficiente para que él reaccione de inmediato. En cuanto nuestros labios se tocan, Kester toma el beso con desesperación y hambre, como si fuera el último resquicio de cordura al que puede aferrarse. Su

boca se mueve contra la mía con una urgencia que me desarma, una necesidad cruda que siento en cada fibra de su cuerpo.

—No sabes lo que este beso significa para mí —murmura entre los labios, sus palabras entrecortadas por la profundidad con la que sigue besándome—. Nunca lo sabrás... —me sujeta con más fuerza, sus manos rodeando mi cintura, tirando de mí hacia él como si temiera que fuera a desaparecer de un momento a otro.

El beso se vuelve más intenso, más profundo, su aliento cálido entrelazándose con el mío.

Kester se aferra a mí, sus dedos se hunden en mi piel, y yo siento el peso de todo lo que está en juego. El aire parece haberse congelado en el calabozo mientras el beso sigue arrastrándome más y más a la oscuridad que habita en Kester.

Pero entonces, una voz lo atraviesa todo, rasgando el aire como una espada.

—¡Suficiente! Termínalo ya, Lilias —gruñe Cormac, su tono lleno de una furia contenida que apenas puede controlar.

Me congelo. La voz de Cormac me devuelve a la realidad como un cubo de agua fría. Rompo el beso, pero Kester no quiere soltarme. Me agarra con fuerza, sus manos sujetan mis brazos como si dependiera de este momento para sobrevivir. Antes de darme cuenta, me arrastra hacia el fondo de la celda, sus dedos hundiéndose en mi piel mientras su mirada, llena de desesperación, no me suelta.

—Lilias —murmura, sus ojos brillando con una mezcla de súplica y locura—. No te vayas... déjame tenerte, por favor. ¡Te necesito!

Mi cuerpo se tensa, pero no puedo apartarlo. Mi mente se acelera y siento la angustia creciendo en mi pecho, pero antes de que pueda reaccionar, Cormac interviene.

En un solo movimiento, me agarra por la cintura, tirando de mí hacia él con una fuerza que me hace jadear. Me separa de Kester con una firmeza implacable, mientras Kester lucha por retenerme, sus manos todavía intentando alcanzarme.

—¡Lilias! —grita Kester, su voz rota por la desesperación—. ¡No te vayas!

Pero Cormac ya me ha apartado de él y, con un solo movimiento, vuelve a cerrar la puerta de la celda con un estruendo. Kester golpea los barrotes con furia, gritando mi nombre, pero Cormac no se detiene.

Sin soltarme, me lleva prácticamente en el aire escaleras arriba, fuera de las celdas. Siento su agarre firme, sus dedos clavándose en mi cintura mientras me aleja de ese lugar oscuro, de ese

caos. El aire frío de los pasillos contrasta con el calor de su cuerpo, que sigue tenso y rígido, una furia silenciosa contenida que vibra en cada movimiento.

Cada grito de Kester se va apagando mientras subimos, pero el peso de sus palabras sigue resonando en mi cabeza.

El beso no ha funcionado.

Cormac me lleva a su alcoba, cerrando la puerta con un golpe seco. El aire entre nosotros está cargado de una tensión sofocante. No me suelta de inmediato, pero cuando lo hace, lo hace con brusquedad, como si mi presencia le quemara las manos. Se aleja unos pasos, su respiración pesada. No dice nada. Solo está ahí, con el pecho agitado y la mandíbula apretada, sin mirarme. Está furioso, pero bajo esa rabia hay algo más.

—¿Lo has hecho para castigarme? —Su tono es bajo, pero cada palabra lleva el peso de una acusación que no esperaba.

Lo miro, perpleja. No entiendo de qué habla.

—¿Castigarte? —repito, intentando comprender. Pero él no me deja terminar.

—¡Sí, castigarme! —exclama, girándose hacia mí de golpe. Sus ojos arden—. Ese beso, Lilias…—dice con los dientes apretados—, me está matando.

Doy un paso atrás, atónita.

—¡No! ¡Claro que no! —exclamo, sorprendida.

—¡No me mientas! —grita, y su voz retumba en la habitación—. Vi cómo lo mirabas. No era solo por él. —Su respiración es pesada, su pecho subiendo y bajando como si estuviera luchando por controlarse—. Y te dio igual que estuviera allí, te dio igual lo que sintiera.

—Lo hice porque era necesario. —Mi voz suena frágil, y las palabras se me atragantan—. Era la única forma de intentar salvarlo.

—¿La única forma? —Se ríe amargamente, negando con la cabeza—. ¿Y por qué parece que no te ha costado tanto hacerlo? —Da un paso hacia mí, su mirada clavada en la mía, cargada de celos y algo más profundo que no puedo descifrar—. ¿Sabes lo que vi en ese beso? Vi a él tener lo que yo he estado esperando todo este maldito tiempo.

El suelo se hunde bajo mis pies. No me esperaba esto. Nunca hablamos de lo que sentimos, y ahora sus palabras me golpean como una bofetada.

—Cormac… —intento defenderme, pero él no me deja hablar.

—Pero claro, él te da lo que yo no puedo —murmura, sin apartar la vista—. Confía en ti, te sigue sin dudarlo… ¡Y yo no he sido capaz de hacerlo! —La frustración tiñe cada palabra—. Mientras yo me debato entre lo que siento y lo que sé, él solo ve en ti a la mujer que siempre ha querido.

—No fue más que un beso desesperado —repito, intentando calmarlo, pero mis palabras no parecen llegarle.

—¿Solo un beso? —Su tono es ácido, cargado de resentimiento—. ¿De verdad crees que eso es lo que me duele? —Da otro paso hacia mí, acortando la distancia hasta que puedo sentir el calor de su cuerpo irradiando contra el mío—. No se trata solo de lo que hiciste, sino de lo que significa. —Su mano se eleva, rozando mi mejilla, pero no es un gesto cariñoso. Es una acusación silenciosa—. Mientras yo me debatía por confiar en ti, mientras intentaba descubrir qué era lo que me ataba a ti, él ya lo sabía. Él te ha tenido siempre.

Me arden los ojos.

—Te he dado todo lo que tenía —susurro, con la voz rota.

—¿Todo? —Cormac ríe de nuevo, pero esta vez suena herido—. ¿De verdad? —Me mira con una mezcla de incredulidad y desprecio—. Yo no tengo tu corazón, Lilias. —Su voz se suaviza, pero cada palabra es como una daga—. Él sí. Y mientras yo intento tenerte, tú te guardas lo más importante.

Su declaración me deja sin aliento. Quiero responder, decirle que no es verdad, que le pertenezco de alguna manera, aunque no lo hayamos dicho en voz alta. Pero esas palabras se me atascan en la garganta.

—¡Fuiste tú quien me apartó! —grito, intentando romper el silencio que amenaza con ahogarme—. ¡Tú dijiste que no querías verme!

—¡Porque no podía mirarte sin sentirme traicionado! —me corta, su voz llena de una rabia que quema tanto como el dolor—. Nunca me has dejado entrar, Lilias. ¡Siempre hay una barrera! ¡Siempre te escondes detrás de tus secretos, detrás de lo que no dices!! —Sus manos se mueven hacia mi rostro, pero no con ternura. Es desesperación pura, como si temiera que yo pudiera desaparecer en cualquier momento—. Y me aterra. Me aterra que nunca vaya a tener más de ti que esto. Que siempre te quedes fuera de mi alcance, incluso cuando estás aquí, conmigo.

—¡Nunca me lo has pedido! —le grito, mi voz temblando, pero cargada de una furia que no sabía que tenía dentro—. Nunca has pedido mi corazón. Solo has tomado lo que querías de mí, como si yo fuera algo más que poseer. —Las palabras salen sin filtro, crudas y violentas.

—¿Y qué crees que estoy haciendo ahora? —gruñe, su rostro a centímetros del mío—. ¿Qué crees que significa esto? —Sus manos tiemblan levemente, pero sigue aferrándose a mí—. Te estoy pidiendo lo que no le he pedido a nadie más en toda mi vida, Lilias. —Su voz es un susurro, pero cada palabra es una súplica desgarradora—. Te estoy pidiendo que me des todo lo que eres. No solo tu cuerpo. Quiero cada maldito pensamiento, cada parte de tu alma que no dejas que nadie más vea. Te estoy pidiendo... No, te estoy suplicando que me des lo que no has dado a nadie más. ¡A mí!

Lo miro. Sus palabras me sacuden, me atraviesan. Por primera vez, veo a Cormac desnudo de toda su dureza, sin esa armadura que siempre lleva.

—Si lo hago, no te atrevas a darme menos de lo que estoy dispuesta a darte —le susurro, sabiendo que es más que una simple exigencia. Es una verdad.

—¿Y cuánto es eso? —pregunta, su voz baja, cargada de una mezcla de dolor y esperanza—. No puedo vivir si no te tengo entera, Lilias. Si no sé qué lo que tenemos es más fuerte que todo lo que nos ha separado. —Sus ojos oscuros se clavan en los míos, buscando algo más que palabras.

Respiro hondo, sintiendo la verdad arder en mi pecho.

—Te lo daré todo, Cormac. —Mi voz apenas es un susurro, pero la verdad de mis palabras lo envuelve—. Ya lo tienes casi todo. Si no fueras tan terco, ya te habrías dado cuenta.

El silencio que sigue no es incómodo; es como si, por fin, hubiéramos llegado a ese punto donde no hay necesidad de más palabras. Nos miramos como si, al fin, ambos estuviéramos desnudos, desprovistos de todo lo que nos ha retenido hasta ahora. No hay ira en sus ojos, ni rabia contenida. Solo está él. Solo estamos nosotros.

Cormac inhala profundamente, sus hombros relajándose un poco, pero veo cómo sus pensamientos siguen pesando.

—Y Kester se irá de Dunrobin —dice con voz firme, pero sin rabia—. No lo quiero aquí tras de ti, volviéndome loco de celos y preocupación. —Su mirada se intensifica, como si las palabras que no dice flotaran en el aire—. Quiero que se vaya con los suyos. Los MacKay han roto la alianza. Y es más que probable que, cuando se aleje, la influencia de la Dama Verde deje de tener efecto en él.

Lo miro con una mezcla de asombro y alivio. Por fin lo entiende. Pero no puedo evitar sonreír levemente.

—Creía que no creías en maldiciones y fantasmas.

—Hay muchas cosas en las que no creía que ahora sí.

Nos miramos en silencio, y esta vez, no hay distancias, no hay barreras. Me ve por completo, y yo a él. Ya no hay secretos.

—¿Y ahora qué? —pregunta, su voz apenas un susurro—. ¿Qué hacemos con todo este maldito dolor, Lilias?

—Lo enfrentamos —respondo, mi mano temblorosa subiendo a su rostro, tocando la barba que cubre su mandíbula tensa.

Cormac cierra los ojos al contacto, y por un segundo pienso que va a derrumbarse. Pero en vez de eso, me agarra por la cintura, y me empuja contra él.

Antes de que pueda reaccionar, su boca está sobre la mía, poseyéndome con una urgencia que quema.

—Voy a borrar ese maldito beso —murmura entre mis labios, su voz baja, áspera, cargada de una promesa —. Y todos los besos anteriores que hayas compartido con él. Incluso el que le has dado a Fingal.

—¿Lo has visto?

—Sí, y él también ha visto la poca gracia que me ha hecho.

Sus labios acarician los míos con una mezcla de rabia y deseo, mientras sus dientes rozan la parte blanda de mi boca, apretando con una necesidad feroz. Es un beso que lo consume todo, como si quisiera no solo reclamarme, sino destruir cualquier rastro en mi piel, en mi memoria.

Su mano sube por mi espalda, aferrándome con una posesividad que me enciende por dentro. Cada roce de sus dientes, cada movimiento de su lengua sobre la mía es un acto de poder, de declaración, de algo que va mucho más allá de lo físico.

Me devora con ese beso, implacable, como si quisiera marcarme desde dentro, dejando claro que ningún otro hombre podrá reclamarme jamás.

Y mi cuerpo responde a él, entregándose sin reservas, porque no quiero nada más que esto. Que él borre todo lo demás, que me haga suya de una manera que nadie pueda cuestionar, ni siquiera yo misma.



CAPÍTULO 27

Cormac pone su mano en mi cuello, su palma áspera contra mi piel caliente. El pulgar roza mi barbilla, lo justo para que levante el rostro, guiando mi boca bajo la suya con una precisión calculada, como si cada centímetro de mi cuerpo estuviera bajo su control. Su lengua me reclama, exigiendo más, y lo hace con esa mezcla de fuerza y posesividad que tanto le caracteriza.

El sabor de su boca es una mezcla de sal y algo más, más oscuro, más profundo. Sus dientes rozan mis labios, y la fricción me enciende. Me empuja hacia atrás, avanzamos sin que yo me dé cuenta de cómo mi espalda se arquea involuntariamente, y entonces, mis piernas chocan con la cama.

Rompo el beso, jadeando suavemente, y con una mirada desafiante, lo empujo para que se caiga de espaldas sobre la cama. Lo tomo por sorpresa, y aunque intento no mostrar mi satisfacción, la pequeña sonrisa en mis labios delata la sensación de poder que siento en ese momento.

Con un movimiento rápido, me coloco sobre él, mi cuerpo encajando contra el suyo como si fuera natural.

Lo miro desde arriba, inclinada sobre él, sintiendo el peso del deseo en el aire. Cormac se apoya en los codos, sus ojos arden con deseo contenido, pero no pronuncia una palabra. Solo me observa, su torso subiendo y bajando con cada respiración.

—Ahora —susurro con una sonrisa— serás tú quien lleve mis marcas, las que todos verán —añado, deslizando lentamente mis dedos bajo su camisa, rozando su piel cálida, notando cómo sus músculos se tensan bajo mi toque.

Él gruñe algo, pero sus ojos oscuros están fijos en mí, expectantes. Tiro de la tela de su camisa, liberando su pecho. Sus cicatrices, su piel bronceada, el leve aroma salado que siempre

lleva consigo… todo en él es una invitación a perderme. Y eso hago. Inclino mi cabeza hacia su cuello, justo en el punto donde siento su pulso palpitando con fuerza bajo mi boca. Lo muerdo, suavemente al principio, pero siento su erección presionando en mi sexo y la sensación de su deseo me incendia por dentro y mis dientes se aprietan en su piel, dejándole una marca roja que se mezcla con la intensidad de su piel bronceada.

Mis labios bajan por su clavícula, creando un rastro húmedo. Lo saboreo, lenta, deliberadamente, hasta que llego a su pecho, donde mis dientes rozan la piel antes de que mi lengua se deslice hacia uno de sus pezones, provocándole un suspiro entrecortado. Bajo un poco más, hasta su abdomen, mis labios y lengua jugando con cada línea, cada curva, como si memorizara su cuerpo.

Siento cómo sus manos se deslizan por mis caderas, pero no le dejo tomar el control. Le muerdo suavemente el estómago, justo por encima del borde del tartán, y Cormac suelta un gruñido ronco, áspero, entre el placer y la desesperación. El calor de su piel se siente intenso y firme entre mis dedos mientras libero su sexo, llevándolo apenas a unos centímetros de mi boca. Cormac me observa, sus ojos oscuros y concentrados, intentando mantener el control que, a juzgar por su respiración acelerada, se le escapa de las manos.

—No hace falta que… —murmura, su voz entrecortada, sin terminar la frase. Lo dice casi en un susurro, como si él mismo dudara de lo que intenta pedir.

Me detengo solo un instante y lo miro, dejando que la intención en mi sonrisa le responda.

—No se trata de lo que hace falta, Cormac. Esto es lo que yo quiero.

Su miembro palpita bajo mi mano, firme, ardiente. Lo envuelvo, sintiendo la presión de su cuerpo entregado, y bajo lentamente mi boca, mis labios rodeando la punta mientras lo exploro, despacio, sin dejar de observar cómo reacciona. Un jadeo se escapa de sus labios, bajo, contenido, pero no suficiente para ocultar lo que está sintiendo. Bajo mi boca, deslizo la lengua, tomando más de él, mi lengua recorriendo la textura de su piel, deslizándose sobre cada pulgada de su dureza, notando cómo sus caderas intentan, en vano, empujar hacia mí.

Mis manos lo sujetan con firmeza mientras mis labios lo envuelven, sin darle la libertad de moverse, eligiendo mi ritmo, imponiéndome sobre cada reacción suya. Siento el sabor de su piel, cálido, salado, una mezcla de fuerza y de entrega, y eso me incita a devorarlo, a seguir explorando cada respuesta de su cuerpo. Me pierdo en la tensión de sus músculos, en la forma en que su pecho se agita, en el placer de saber que lo tengo a mi merced.

—Siempre… siempre haces lo que quieres, ¿verdad? —murmura, la voz ronca, entre dientes, mientras su mano sube a enredarse en mi cabello. Pero noto cómo sus dedos tiemblan,

completamente entregado, sin la más mínima intención de detenerme.

Desciendo lentamente, dejando su miembro para concentrarme en el peso de sus testículos, sintiendo el calor y la suavidad en mis manos. Los acaricio, cada movimiento suave y preciso, mis dedos trazando pequeños círculos antes de acercarlos hacia mi boca. Los envuelvo con mis labios, mi lengua recorriéndolos mientras mi mano sigue firme en la base de su dureza. Su respiración se vuelve irregular, sus gemidos se vuelven más profundos, y siento el placer en cada estremecimiento que recorre su cuerpo.

Desciendo y vuelvo a subir por la longitud de su miembro, saboreándolo en cada roce, manteniendo un ritmo lento y desafiante. Sus gruñidos se vuelven más intensos, más desesperados, como si cada movimiento mío arrancara un nuevo nivel de deseo de su cuerpo.

Mis labios, mi lengua, exploran, provocan, saborean cada centímetro de él. Cuando lo siento retorcerse, los músculos de sus piernas tensarse, sé que está cerca.

—No, no así... —gruñe Cormac, con la voz rasposa—. Quiero acabar dentro de ti.

Antes de que pueda reaccionar, me alza por las caderas como si no pesara nada, tirando de mí hacia él con urgencia. Su boca busca la mía mientras sus manos empiezan a apartar la ropa que aún me cubre, desnudándome con una prisa que no deja espacio para la delicadeza. Sujeta su sexo con una mano, alineándose conmigo mientras me baja lentamente sobre él, y siento cómo me llena de una sola embestida.

El calor que recorre mi cuerpo es devastador. Mis manos se aferran a sus hombros, y lo siento tan profundamente dentro de mí que no puedo evitar gemir contra su cuello.

Sus embestidas son brutales, cada una más intensa que la anterior, y siento cómo su cuerpo se mueve bajo el mío, intentando desnudarme del todo, pero sin poder concentrarse lo suficiente. Está más enfocado en una cosa: tomarme. Reclamarme.

—Quiero que lleves a mi hijo, Lilias —gruñe entre jadeos, su voz cargada de deseo y algo más profundo que no había dicho hasta ahora.

Mis piernas tiemblan a ambos lados de sus caderas mientras me embiste con fuerza, y siento su necesidad, su urgencia, en cada movimiento. La realidad de lo que ha dicho me golpea, pero no puedo pensar en nada más que en cómo me llena. En cómo su cuerpo y el mío se mueven al unísono, ambos perdidos en ese torbellino de deseo.

El gemido que sale de su garganta es bajo, áspero, y su cuerpo tiembla contra el mío, atrapado en el clímax que lo atraviesa. Me aferro a él, mis manos recorriendo su pecho mientras su respiración es errática, sujeta a ese último momento de éxtasis. Mi propio clímax llega

segundos después, mi espalda arqueándose hacia atrás, mientras las ondas de placer me recorren por completo.

Ambos nos quedamos quietos por un instante, el aire denso entre nosotros, su respiración pesada y la mía descontrolada. Sigo sobre él, sintiendo cada pulsación de su cuerpo dentro del mío, mientras recuperamos el aliento.

Me tumbo sobre él, dejando que mi cabeza repose en su pecho, y escucho el latido fuerte de su corazón que poco a poco se calma.

El silencio que nos envuelve es diferente esta vez, más liviano, como si todo lo que nos ha pesado durante tanto tiempo hubiera desaparecido, al menos por un momento. Mis labios rozan su piel, dejándole un suave beso en el pecho antes de hablar.

—¿Así que… quieres un hijo? —murmuro con un toque de sarcasmo, levantando una ceja mientras lo miro.

Cormac, aún con los ojos cerrados, esboza una sonrisa lenta, cansada pero satisfecha.

—Lo que quiero es que no me lleves la contraria por una vez —responde con ese tono de diversión que solo usa cuando está relajado, aunque hay una verdad más seria escondida bajo sus palabras—. Estás atrapada conmigo, Gunn, y lo estarás en esta habitación durante una semana, para asegurarnos de que te quedas embarazada.

Ruedo los ojos, aunque siento el calor subir a mis mejillas. Estoy a punto de contestarle, cuando recuerdo a Kester. Mi estómago se tensa, y la sonrisa desaparece de mi rostro.

—No puedes hacer eso. Kester está en el calabozo y...

Cormac abre los ojos, su mirada oscureciéndose en un instante, cortando mis palabras. Su mandíbula se tensa y su mano aprieta ligeramente mi culo.

—Kester, Kester, Kester... —Su tono es bajo, pero cargado de advertencia—. Te dije que no volvieras a nombrarlo en esta cama.

La ira en su voz me atraviesa, y por un segundo, me callo, pero solo un segundo, claro.

—Creo que tienes razón en sacarlo de Dunrobin. Si el espíritu que le atormenta mora en este castillo es lógico que si se aleja pueda deshacerse de él, pero y ¿Mairead?

—Mairead no tiene por qué pagar las consecuencias de decisiones que no son suyas. Ella tiene derecho a vivir en paz en Dunrobin—responde en voz baja.

—Si Kester se va, Mairead debería tener la opción de decidir —respondo, sintiendo la tensión en el aire mientras hablo—. Tal vez podría irse con él o… quedarse aquí, con nosotros.

Cormac resopla. Se frota la mandíbula, claramente frustrado, como si las ideas chocaran en su cabeza sin darle tregua.

—¿Si Kester se va? —repite, con una sonrisa amarga que apenas curva sus labios—. Si no lo saco de Dunrobin, terminará por arrastrarnos a todos a la locura. ¿Y crees que mi hermana podría soportar verlo cada día, sabiendo que él no puede olvidarse de ti? —responde con dureza, como si la sola idea lo enfureciera—. Mackay no es un hombre fácil ni atento con su esposa precisamente. Yo no podría soportarlo en su lugar.

Sus últimas palabras me golpean. Sé que lo dice porque él mismo está luchando con sus celos, con la frustración de ver a Kester perderse más en su obsesión, y en cómo eso nos afecta a todos. Pero no puedo evitar pensar en Mairead, atrapada en el medio de todo esto.

—¿Cuándo se irá? —pregunto finalmente, mi voz más tranquila, pero el nudo en mi estómago sigue ahí.

—Mañana mismo —responde Cormac, su tono sin lugar a dudas.

Asiento, sabiendo que no hay vuelta atrás.

—De acuerdo —susurro, aunque me duele más de lo que quiero admitir.

Pero entonces, su mano en mi nalga se tensa. Me mira fijamente, su expresión implacable.

—Y no quiero que te acerques a él, Lilias —dice, su voz baja pero firme.

Lo miro, sorprendida por su tono. Mi primera reacción es resistirme, pero algo en su mirada me detiene.

—¿No puedo despedirme? —pregunto, esperando una respuesta diferente a la que sé que va a dar.

Cormac me mira fijamente, sus ojos duros como el acero, y sé que no va a ceder.

—No —ordena, lleno de autoridad—. Lo hemos hecho a tu manera, y mira cómo ha terminado. MacKay está más fuera de sí cada día, y tú lo empeoras cada vez que te acercas. No habrá más contacto. —Su mandíbula se aprieta, y noto el esfuerzo que está haciendo para contenerse—. Ese hombre ha perdido la cabeza. Cada vez que te mira, se vuelve más débil.

Me quedo en silencio, procesando sus palabras, pero él no ha terminado.

—Escúchame bien —gruñe, cuando voy a hablar con su tono cargado de dureza—. Tú también debes dejarlo atrás, de una vez. Soltarlo. ¿Me has oído? ¡Tienes que soltarlo! —Su voz es un susurro feroz, una orden que me atraviesa—. Es el único modo de que todo esto termine.

—De acuerdo… —le respondo, sin poder mirarlo. Me siento rota. Kester... Kester me duele. Cormac no sabe cuánto, y no sé si quiero que lo sepa. Pero no puedo fingir que no me importa. No soy de piedra. Nadie lo es.

Recuerdo los momentos que compartimos, las risas, las miradas cómplices, y el dolor cuando nos arrancaron de golpe esa vida que habíamos planeado. Tal vez, sin la maldición, Kester podría haber seguido adelante, encontrar su camino lejos de mí. O tal vez no.

—Lilias… —me llama en voz baja, como si supiera lo que estoy sintiendo, como si comprendiera el peso de lo que acaba de pasar.

Me apoyo más en su pecho, mis labios rozan su piel mientras intento encontrar algo de consuelo en su calor. Siento cómo sus dedos recorren mi espalda, subiendo lentamente hacia mi cuello, con una suavidad que me desconcierta.

—Sé que es duro… —murmura, su tono lleno de algo que se parece a la compasión—, pero tienes que dejarlo ir.

—Mi madre siempre decía que las lágrimas eran inútiles. Que llorar era una debilidad... —Mi voz se quiebra, y un recuerdo frío y áspero me invade—. Que cuando una mujer llora, demuestra lo poco que importa en el mundo. Las lágrimas solo sirven para mostrar a los demás que no eres suficiente. Por eso nunca lloro, por eso aprendí a lanzar flechas y monta a caballo como mis hermanos, por eso en vez de sentarme a bordar, me iba de incursión.

El silencio que sigue es denso, cargado de todo lo que no quiero decir en voz alta, de todo lo que Cormac no sabe cómo responder. Pero entonces, sus manos me envuelven, más firmes esta vez, y me encuentro atrapada en su abrazo, uno que no esperaba.

—No tienes que ser fuerte todo el tiempo —dice, su voz profunda resonando en mi pecho—. No conmigo.

Levanto la cabeza, encontrando sus ojos. Están más suaves, sin el brillo de la ira que vi antes. Sus dedos suben por mi cuello hasta mi barbilla, levantándome el rostro para que no pueda apartar la mirada. Él me ve. Me ve de verdad.

Me aprieta contra él, y siento cómo mi cuerpo se rinde al calor de su piel, como si, por primera vez, pudiera permitirme caer sin miedo a que todo se desmorone. Y en esa cama, sobre su cuerpo, descubro que tal vez no soy tan fuerte como siempre he creído y que tampoco quiero serlo.



CAPÍTULO 28

Arrastro a Kester MacKay fuera de la celda sin miramientos tirando del cuello de su camisa. Sus pies se arrastran por el suelo de piedra húmeda y su cuerpo está tenso, pero no me importa. No tengo tiempo para su miseria. Ni ganas de escuchar sus balbuceos. En realidad, nunca he tenido paciencia para este tipo. La única razón por la que he permitido que siga respirando aquí es porque me lo impuso el maldito rey. Pero esto se acaba ahora.

Tengo cosas más importantes que hacer. Lilias está en mi cama, y ahí es donde debería estar yo. No aquí, lidiando con los restos de un hombre al que le queda poco por perder. Si lo pienso bien, esto debería haberlo hecho desde el principio. Tendría que haberlo sacado del castillo mucho antes, antes de que le pusiera un dedo encima a Lilias.

Cada vez que recuerdo cómo la miraba, cómo la tocaba, siento la rabia arder en mis venas. Durante demasiado tiempo soporté verlo, tratándola como si ella aún fuera suya. Y eso fue un error. Un error que estoy corrigiendo hoy.

—Levanta, MacKay —gruño, tirando de él con más fuerza. Kester me lanza una mirada cargada de odio, pero no dice nada. Ya no tiene fuerzas ni palabras para defenderse. Es un hombre roto, y la verdad es que eso ya no me importa en lo más mínimo.

Le dije a Lilias que dejaría que Mairead decidiera qué hacer con él, pero… ¿a quién estoy engañando? No pienso dejar que Mairead decida nada. Su marido puede marcharse y pudrirse lejos de Dunrobin en su propio infierno. Ojalá el muy cabrón se ahogue en su propia locura. Ella tendrá que encontrar otra vida, otra forma de ser feliz, lejos de este bastardo que no tiene derecho a seguir respirando el mismo aire que ella.

—¿Qué vas a hacer conmigo, Sutherland? —pregunta finalmente, su voz cargada de resentimiento.

Lo miro sin detener mi paso ni aflojar el agarre y realmente me fijo en él, miro lo que queda

realmente de Kester MacKay.

Es un hombre destrozado, un cadáver en vida. Las ojeras profundas bajo sus ojos están tan marcadas que parecen sombras permanentes. Sus ojos, que antes brillaban con una confianza indomable, ahora están rojos, irritados, perdidos en algún punto más allá de este mundo. Parecen vacíos, como si viera algo que no está aquí.

La baba le cuelga por una comisura de los labios agrietados, bajando hasta su mentón sin que se moleste en limpiarla. Su piel, pálida, casi translúcida, tiene un color enfermizo, como si la sangre se hubiera congelado en sus venas, dejándolo blanco, marchito. El sudor frío le perla la frente, y el temblor constante de su cuerpo hace que parezca que está a punto de desmoronarse en cualquier momento.

No sé si es el miedo lo que lo ha consumido o los fantasmas que afirma ver, pero parece estar al borde de convertirse en uno de ellos. Un hombre sin alma, atrapado entre este mundo y el siguiente. Y francamente, eso no me importa.

—Quiero que te largues. —Es lo único que le digo, mi tono más frío que el viento del norte —. Vete y no vuelvas a cruzarte en mi camino, ni en el de mi esposa.

Porque eso es lo que importa ahora. Lilias. Todo esto se trata de ella. Y si hay una guerra con los MacKay —que la habrá, porque no puedo dejar que lo que ocurrió en Dornoch quede impune—, Kester será una pieza más. Estará del lado que más me convenga. Pero más allá de eso, lo que le pase a partir de ahora me importa una mierda. Ya no está bajo mi protección.

Lo empujo hacia fuera, con un gesto brusco, y él trastabilla antes de enderezarse.

—Vamos —gruño mientras lo arrastro hacia el patio, donde ya he dado órdenes para que le preparen un caballo. Kester me lanza una mirada cargada de odio y resentimiento, pero ni eso me molesta. Ya no puede hacerme nada.

El viento frío nos golpea cuando salimos al aire libre. Los hombres ya están esperando, preparados para escoltarlo. Kester se resiste, se tambalea al acercarse al caballo, y entonces habla, como si todavía tuviera algún derecho sobre lo que ocurre aquí.

—¿Y Lilias? —pregunta, su voz cargada de una desesperación que no me conmueve. Al contrario, lo único que logra es encender más mi rabia.

—Lilias —digo, acercándome a él, mi voz baja y cargada de veneno—. Ya no es asunto tuyo. Nunca lo fue. —Lo observo, mis ojos fijos en los suyos—. Y si vuelves a preguntar por ella, MacKay, juro que no llegarás al final de esta jornada.

Kester me mira, y veo cómo la desesperación se transforma en un odio oscuro y profundo,

pero no me importa. Lo que él ha perdido, yo lo he ganado.

—¡¡LILIAS!! —grita él desesperado—. ¡¡LILIAS!!

El grito de Kester resuena en el patio, lleno de desesperación, pero no me detengo. Al contrario, la furia que he contenido todo este tiempo arde más intensamente.

—Atadle las manos y cerradle la boca —ordeno, mientras uno de mis hombres se acerca con una cuerda gruesa y un trozo de tela para amordazarle.

Me acerco más, poniéndome frente a él, lo suficientemente cerca como para que sienta cada palabra que le digo.

—Te advertí que, si volvías a cruzarte en nuestro camino, te haría pedazos —murmuro, casi en un susurro—. Ahora vete, MacKay. Y si alguna vez vuelves a pisar estas tierras, te prometo que no habrá un segundo aviso.

Lo empujo hacia el caballo, donde uno de mis hombres ya ha atado sus manos firmemente. Kester se revuelve, pero su resistencia es inútil. No tiene fuerzas, no tiene nada. Está acabado. Aun así, lo veo luchar contra las cuerdas, aferrándose a un último vestigio de orgullo.

—Aseguraos de que cruce mis tierras antes de que caiga la noche. Si vuelve… ya sabéis lo que hacer —ordeno con voz firme.

Le doy una palmada fuerte al caballo, que se agita y empieza a moverse, arrastrando a Kester tras él. El traqueteo de los cascos sobre la piedra y la nieve resuena en el aire frío, mientras mis hombres lo escoltan.

Su figura se desvanece a lo lejos, y no puedo evitar una sonrisa oscura. La satisfacción de verlo desaparecer es abrumadora.

Me doy la vuelta, caminando hacia el interior del castillo con una sola cosa en mente: volver con Lilias. A su calor, a su cuerpo. A recuperar cada segundo perdido por mi testarudez. Porque ahora, sin ese bastardo, no hay nada que se interponga entre nosotros.

Sí, hice un juramento sobre la tumba de Alec. Juré vengar su muerte. Pero ahora que sé la verdad, ahora que sé lo que realmente ocurrió, ya no siento el peso de ese juramento como antes. Alec era un cabrón que trató de tomar algo que no era suyo, algo que nunca debería haber tocado. Y Lilias… ella hizo lo que tenía que hacer. De hecho, si no lo hubiera hecho, no estaría aquí, conmigo, y ahora puedo verlo de otra manera. En el fondo, me alegro de que lo hiciera. Su muerte no fue una traición… fue su liberación. Y la mía.

Lilias es mi liberación.

Cuando llegue a su cama, lo primero que haré será asegurarme de que me dé un hijo. Un hijo que llevará mi nombre.

Porque si algo me queda claro, es que no pienso dejarla ir nunca, pero si algún día me ocurre algo en esta maldita guerra, al menos sabré que Lilias como la madre de mi heredero tendrá su lugar asegurado en el clan. Que nadie podrá desplazarla. Que será intocable. Y eso, al fin y al cabo, es lo que más importa.

—Cormac —me llama uno de mis hombres a mi espalda, pero lo ignoro. Ahora no me interesa lo que ocurra fuera de las paredes de mi alcoba.

Kester, Alec… que les den. Ahora, todo lo que importa es ella.

Lilias está de espaldas, en la cama, bajo las mantas, su cuerpo oculto en la penumbra. No necesito verla para saber que está despierta. Lo sé por la forma en que respira, por la tensión en sus hombros que no logra disimular. Es un gesto pequeño, casi imperceptible, pero lo siento. Lo he aprendido a reconocer en ella.

Me deshago de mi ropa rápidamente, dejando que el tartán y la camisa caigan al suelo. El aire frío del cuarto me toca la piel, pero apenas lo noto. Solo pienso en el calor que me espera bajo esas mantas, en su piel contra la mía. Me meto en la cama y, al acercarme a ella, lo escucho. Un sollozo, suave, apenas un susurro apagado, pero ahí está. Mi mandíbula se tensa. El bastardo de MacKay ha conseguido que lo oyera. Tendría que haberlo amordazado antes de sacarlo del castillo.

No digo nada. Este no es el momento de reproches ni de palabras vacías. La rodeo con mi brazo, tirando de su cuerpo hacia el mío. Mi piel toca la suya, cálida, suave. La siento temblar levemente, y lo único que puedo hacer es acercarla más, envolverla con mi cuerpo.

Dejo que mi mano suba lentamente, deslizándose por su cintura hasta llegar a su pecho. Coloco la palma suavemente sobre su seno desnudo, sintiendo cómo su respiración se altera bajo mi toque. Mi pulgar acaricia su pezón, trazando pequeños círculos con una delicadeza que contrasta con la tensión que todavía flota en el aire.

Ella no dice nada, pero su cuerpo responde. Un leve suspiro escapa de sus labios, casi imperceptible, pero lo suficiente para que sepa que está empezando a relajarse. A pesar del sollozo que la ha traicionado, a pesar del dolor que aún siente bajo su piel.

Si aún quedan cenizas en ella de lo que él fue, las haré arder para mí. Las convertiré en llamas, y las haré mías.

Mi mano sigue recorriendo su cuerpo, trazando líneas suaves en su piel. No estoy pidiendo

permiso, pero tampoco la estoy forzando. Es un baile entre lo que ella necesita y lo que yo quiero, una danza silenciosa en la que ambos sabemos cómo termina.

Beso su hombro, su piel suave y cálida bajo mis labios, y luego bajo lentamente hasta su espalda. Mis dedos juegan con su pezón, retorciéndolo suavemente entre ellos, arrancándole otro suspiro, más profundo esta vez. Su cuerpo se rinde a mis caricias, respondiendo a cada toque, y cuando mueve sus caderas hacia mí, haciendo que su trasero roce mi erección, sé que está preparada para recibirme.

El calor que emana de su piel, la forma en que se acomoda contra mí no deja lugar a dudas. La siento más cerca, más dispuesta, y la necesidad de poseerla me recorre, fuerte e implacable.

Con un movimiento firme, levanto su pierna y la coloco sobre mi muslo, abriendo su cuerpo hacia mí. Mi mano se desliza por el interior de su muslo, acariciándola, sintiendo el calor que irradia de su piel. Me posiciono detrás de ella, mi erección rozando su entrada. La siento temblar bajo mi toque.

Y entonces, sin más espera, la penetro de una sola embestida. Su cuerpo se arquea, y un gemido ahogado escapa de sus labios mientras la lleno por completo. El calor y la humedad que me envuelven me hacen gruñir bajo mi propia respiración.

Sus dedos se aferran a las sábanas, y yo me aferro a sus caderas, marcando el ritmo. Cada vez que entro en ella, su cuerpo se arquea, acercándose más al mío, como si no pudiera soportar la distancia que aún queda entre nosotros.

El calor entre nosotros crece, envolviéndonos en una tormenta de deseo. No puedo pensar en nada más que en cómo la siento, cómo su cuerpo responde a cada embestida, cómo me recibe, húmeda y cálida, preparada para mí.

Mis labios rozan su cuello, dejándole besos hambrientos, cada vez más urgentes, mientras me hundo en su cuerpo una y otra vez, con la intensidad de lo que no puedo decir en palabras.

—No soy un hombre fácil, ni uno que merezcas, Lilias —murmuro, mi voz rasposa mientras siento cómo su cuerpo se rinde ante mí—. Y mucho menos el que has elegido.

Ella gime, pero no es un sonido de debilidad; es de aceptación, de lo que sabe que también está escrito para ella.

—No seré tu refugio como él —continúo, cada embestida más profunda, más cargada de mi verdad—, pero voy a sostenerte cuando el mundo te quiera aplastar. Voy a quemar todo lo que nos quiera separar... y a cambio, quiero tu oscuridad, tu furia, tu maldita alma. Todo lo que nadie más entenderá nunca.

Mis palabras quedan suspendidas en el aire, entrelazadas con el sonido de nuestras respiraciones descontroladas. No hay promesas vacías. No hay salvación. Solo lo que somos. Solo lo que compartimos, hecho de sombras, deseo y algo mucho más profundo.



CAPÍTULO 29

El aire está impregnado de un olor a canela y carne asada que se mezcla con el aroma fresco de las ramas de acebo que hemos colgado por todo el salón. La Navidad se acerca, y entre Mairead y yo hemos transformado el castillo en un lugar acogedor, casi mágico, a pesar del frío implacable que sopla fuera. Las velas iluminan cada rincón, y el calor de la chimenea envuelve todo como una manta.

Mairead está a mi lado, revisando una lista de los últimos preparativos para la gran cena. Su rostro, habitualmente tenso, se relaja mientras nos aseguramos de que no falte ningún detalle. He logrado sacarle más de una sonrisa en estos días, y eso es algo que me enorgullece. Cormac puede tener muchas cosas, pero entender la sensibilidad de su hermana no es una de ellas. En cambio, yo he aprendido a leerla.

El bullicio en el salón es reconfortante. Las mujeres van de un lado a otro, colocando bandejas llenas de comida en las largas mesas de madera. Los niños corren entre ellas, esquivando miradas severas y sonrisas cómplices. Y aunque el castillo de Dunrobin está lleno de ruido, risas y el crepitar de las llamas, hay un sosiego que envuelve a todos. Excepto a Marsaili. Claro.

—No sé cómo te soporta el Laird —dice finalmente, su tono despectivo y venenoso, mientras pasa a mi lado ajustando un candelabro.

Levanto una ceja, pero no me molesto en girarme hacia ella. La lengua viperina de Marsaili ya no me afecta. El clan puede decir lo que quiera, pero Cormac ha dejado más que claro que no solo soy su esposa en título. Marsaili lo sabe, lo sabe todo el maldito clan. Y por mucho que intenten ser despectivos, la verdad está en los hechos. Soy importante para el Laird y eso tiene un peso que ni las críticas ni los cuchicheos pueden borrar.

—¿Te molesta que lo caliente yo y no tú? —respondo con calma, ajustando una guirnalda de

pino por encima de la chimenea.

Marsaili resopla.

—Por supuesto —dice con su tono mordaz.

Lanzo una carcajada, y para mi sorpresa, la comisura de su boca también se curva. Esta dinámica entre nosotras es un juego que ambas conocemos demasiado bien. Ella lanza su pulla, yo se la devuelvo, y al final siempre hay una sonrisa oculta bajo el veneno. No siempre fue así, pero parece que, en algún punto, incluso Marsaili ha entendido que no puedo odiarme para siempre por ser una Gunn.

Ni ella ni nadie. Las mujeres del castillo ya no encuentran motivos para susurrar a mis espaldas; no cuando paso las tardes ayudando, contando historias que hacen reír a los hombres y jugando con los pequeños mientras sus madres están ocupadas.



El bullicio del salón comienza a bajar a medida que los preparativos terminan, y poco a poco, los hombres del castillo salen al patio. Los niños corretean detrás de ellos, y yo los sigo, sonriendo al ver cómo la nieve cubre el terreno.

Afuera, el aire es frío y claro. Los hombres están en pleno jaleo, afinando sus arcos y ajustando los detalles para la hoguera y la competición que se celebrará en unas horas. En la que el ganador tendrá derecho a hacer una petición al mismísimo Laird.

Munro me lanza una mirada de complicidad desde el otro lado del campo y me acerco a él.

—No pensarás dejarnos mal dos veces en una semana, ¿verdad, señora? —Su tono está cargado de provocación, esa clase de confianza que solo Munro puede desplegar sin cruzar la línea. Sus ojos brillan con descaro, desafiándome.

Me cruzo de brazos, alzando una ceja.

—¿Por qué no? —le devuelvo la sonrisa, alzando una ceja—. Me encanta humillarte. Es como una tradición a la que no puedo renunciar.

—Un momento…, pero ¿las mujeres pueden participar? —insiste él—. No deberían.

—Si crees que ser mujer me va a frenar en esta competición, no me conoces en absoluto.

—Nadie te frena en nada, señora —interviene Fingal con una sonrisa socarrona, mientras cruza los brazos frente a su pecho—. Pero todos sabemos que no necesitas ganar para conseguir lo que quieras del Laird.

Los demás hombres ríen, algunos asienten. Se lo están pasando en grande, provocándome como si fuera una más del grupo.

—Vamos, Lilias, déjanos algo de dignidad —dice Duncan, que hasta ahora ha permanecido más callado, aunque una sonrisa torcida se dibuja en sus labios—. Al menos finge que tienes que esforzarte.

Las carcajadas estallan de nuevo, pero antes de que alguien más pueda responder, noto una presencia familiar a mi espalda. Me giro, y ahí está Cormac, su figura imponente cubriendo todo mi campo de visión.

Camina hacia nosotros con paso firme, y de inmediato los hombres se enderezan, aunque las sonrisas no desaparecen de sus rostros.

—Mi Laird —saluda Munro, con una reverencia exagerada que claramente busca arrancar una sonrisa, aunque Cormac solo lo mira de reojo.

—¿De qué va todo esto? —pregunta Cormac, su tono relajado, pero con esa firmeza natural que siempre tiene. Sus ojos pasan de uno a otro, hasta detenerse en mí. Hay una chispa de diversión en su mirada, aunque intenta mantener la compostura.

—Sabes tan bien como nosotros que tu esposa no necesita un torneo para conseguir lo que quiera de ti —dice Fingal, con un tono cargado de humor—. Nos gustaría que la mantuvieras al margen, al menos esta vez. Solo para que no quedemos en ridículo frente a nuestras mujeres.

—¿Así que queréis que no la deje participar, solo para salvaros el culo? —dice, con una media sonrisa que apenas se esfuerza por ocultar.

—Exactamente —dice Munro, con su sonrisa descarada—. Solo esta vez. Ya sabes cómo es ella con un arco.

Cormac alza una ceja, sus ojos ahora fijos en los míos.

—¿Qué dices, Gunn? —pregunta, con un toque de desafío en su voz—. ¿Les dejas ganar esta vez?

—¿Por qué debería? —respondo, alzando los hombros—. No sería justo si lo hiciera, ¿no

crees?

Cormac sonríe, una sonrisa que solo yo entiendo del todo. Luego, sin apartar la mirada de mí, dice a los hombres:

—Si queréis ganar, más os vale practicar. Porque mi esposa va a participar. Y os aseguro que no tendrá piedad.

Cormac se vuelve hacia el sacerdote que ha aparecido detrás de él, carraspeando de manera discreta, pero agotada. Es el mismo sacerdote que ofició nuestra boda. El pobre hombre parece haber recorrido todo el castillo.

—Mi laird —dice, inclinando la cabeza con respeto—, he bendecido todo el castillo. Cada rincón ha recibido su debida oración.

—Gracias, padre —responde Cormac, con un leve asentimiento.

Antes de que el sacerdote pueda retirarse, Fingal añade:

—Podrías haberle pedido también que realizara un exorcismo. A ver si nos libramos de esa maldición de Helen Gunn de una vez por todas.

Las carcajadas resuenan entre los hombres, pero todos esperan la respuesta de Cormac. Él no pierde su habitual calma, aunque su mirada se afila.

—¿Por qué querría hacer eso? —dice Cormac, girándose hacia Fingal, con un tono más áspero—. Si un hombre desea lo que no le pertenece, que se pudra en su propio tormento o se busque un lugar mejor donde vivir.

—Mierda, ¿es que no tienes ni un poco de corazón? —le suelta Fingal, sin poder contenerse. Su tono es burlón, pero hay algo más en su mirada, como si realmente no pudiera creer la frialdad de Cormac.

Él lo mira de reojo, sin dejar que sus facciones se suavicen.

—No hace falta corazón para esto —responde Cormac, con esa calma imperturbable—. Solo cabeza. Si un hombre no sabe cuándo rendirse, es problema suyo, no mío.

Fingal sacude la cabeza con una mezcla de resignación y diversión.

—Lo hace para que se nos marchite la picha antes de desear a su esposa —suelta Munro, su tono cargado de descaro sin que le importe que yo esté delante.

Las risas estallan a su alrededor, incluso Duncan se lleva la mano al estómago, riéndose a carcajadas. Cormac solo niega con la cabeza, pero en sus ojos hay una chispa de diversión

oculta.

—Si eso es lo que piensas, Munro —responde con voz baja, peligrosa, pero con una curva irónica en los labios—, entonces estás tan jodido como pensaba.

Munro levanta las manos, como si se rindiera, pero no puede evitar la sonrisa que asoma en su rostro.

—Ah, Laird, ya lo sé... estoy jodido, pero no todos podemos tener tu suerte. —Luego me lanza una mirada, descarada y provocativa—. A los simples mortales solo nos queda soñar con lo imposible, ¿no es así, señora?

—¿Suerte? —repite Cormac, la palabra cargada de desprecio—. La suerte es para los hombres que no están dispuestos a sangrar por lo que quieren. La suerte es para los que observan desde la sombra mientras otros pelean para proteger lo que es suyo. —Su es voz baja, como una advertencia—. La suerte es para los que nunca lo conseguirán, Munro, porque no saben lo que cuesta de verdad mantenerlo.

—Yo lo he entendido. Lo que es tuyo, lo es por una razón —le responde Munro.

—Y porque soy afortunado —le responde Cormac con una carcajada dándole un golpe en el hombro.

Las risas aún resuenan en el patio, llenando el aire helado de la mañana mientras Munro se sacude el hombro tras el golpe de Cormac, pero su sonrisa sigue intacta.

—Demonios, das miedo cuando te pones tan intenso, Cormac —responde Munro, su tono una mezcla de respeto y descaro, el único capaz de bromear de esa forma con Cormac sin temer realmente las consecuencias.

Cormac solo suelta una carcajada grave, de esas que sacuden el pecho y parecen venir desde lo más profundo de su ser.

—Y tú das pena cuando intentas ser ingenioso, Munro —le responde, con la chispa de camaradería que rara vez muestra frente a los demás.

Las risas aún llenan el aire cuando un mensajero irrumpe en la escena. Su llegada corta el bullicio como un cuchillo en la nieve. Todos los ojos se giran hacia él, y el silencio se extiende en el patio. El hombre, visiblemente nervioso, se adelanta con una carta en la mano, el sello de los MacKay rompiendo la monotonía del blanco invernal.

—Traigo una misiva... para Lady Sutherland —anuncia con una voz temblorosa.

El nombre de Kester MacKay resuena en mi cabeza antes de que lo vea. Lo que sea que

traiga esa carta no presagia nada bueno.

—¿Qué demonios? —gruñe Cormac, su mirada fría como el hielo sobre el mensajero mientras me acerco a recoger la misiva.

El mensajero extiende la mano. Mis dedos rozan el sello, y por un segundo, el frío se cuela por mi piel hasta los huesos.

—Ábrela —ordena Cormac, su tono sin lugar para la discusión.

Rompo el sello, y mis ojos recorren las palabras de Kester.

La carta empieza con disculpas. Habla de cómo esos meses en Dunrobin se sienten como una pesadilla lejana, de cómo la maldición que pesaba sobre él distorsionó todo lo que sentía.

Ahora, dice, está mejor, puede pensar con claridad. Siento un nudo formarse en mi estómago mientras mis ojos recorren las líneas que confiesan lo que ya sabía: me amaba, pero su afecto se transformó en algo oscuro debido a esa maldición.

Dice que sabe que no le pertenezco, que su lugar ya no está conmigo. Quiere arreglar las cosas con Cormac, dejar el pasado atrás.

Continúo leyendo, mis dedos tensándose sobre el papel.

Hace unos días, el rey envió una orden a los MacKay: deben reunirse con los Sutherland para poner fin al conflicto, o la ira del rey caerá sobre ellos. Kester asegura que ha convencido a su padre, el Laird MacKay, y a sus consejeros de aceptar esa reunión. Pero lo más importante, la reunión contará con los Gunn como mediadores.

Y en un tono más personal, me pide que hable con Cormac para que acepte. El rey no tolerará más retrasos.

Mis manos tiemblan ligeramente mientras paso la carta a Cormac, quien la toma sin una palabra, pero su mandíbula está tan apretada que temo que rompa algo. Lee en silencio, su ceño fruncido profundizándose con cada línea.

El aire en el patio se congela un poco más cuando Cormac termina de leer la carta. La arruga en su mano, pero no la tira. Sus ojos brillan con una furia contenida que me hiela la piel, aunque su mandíbula está tan apretada que parece hecha de hierro. Sé que odia cada palabra escrita, odia que el rey le imponga esa reunión, y más aún odia que Kester ponga un pie de nuevo en Dunrobin.

—Mierda... —murmura Munro, rompiendo el silencio, su tono menos cargado de bromas esta vez—. Supongo que esto significa que tendremos una cena de Navidad algo tensa.

La broma no arranca ni una sonrisa. Cormac no responde, pero puedo sentir cómo su mente trabaja a toda velocidad, intentando procesar lo inevitable. Fingal se cruza de brazos, observando a Cormac con cautela, y Duncan mantiene la mirada fija en la carta arrugada en las manos del Laird. Todos están esperando, porque, aunque la decisión es clara, saben lo difícil que es para Cormac aceptar esto.

—Recibí la orden del rey hace días —admite con descaro, como si aquello no fuera más que otro pequeño inconveniente del que aún no se ha dignado a ocuparse—. El rey está respirando en nuestros cuellos... parece que no tenemos otra opción que aceptar ese encuentro con los MacKay —gruñe finalmente, sus palabras casi un lamento que arrastra la última pizca de paciencia que le quedaba.

Levanto la vista hacia él y veo lo molesto que está.

—¿Así que tendremos que darles la bienvenida como si nada? —pregunta Fingal, su tono más serio, sus palabras cargadas de resignación—. Sabes que los malditos MacKay aprovecharán cada segundo de esa tregua.

Cormac asiente con la cabeza, su mirada fija en el horizonte, más allá de las montañas cubiertas de nieve.

—Lo sé —responde en voz baja, pero su tono está cargado de una rabia que lo consume por dentro—. Pero, aunque estén bajo mi techo, eso no significa que confíe en ellos. Si intentan algo, ni la hospitalidad ni las tradiciones les salvarán una vez hayan salido de Dunrobin. Y si esa serpiente se arrastra por mi casa de nuevo, Gunn —me dice, clavando sus ojos en los míos—, no se acercará a ti ni a dos centímetros.

El viento vuelve a azotar el patio, llevándose las risas de antes. Cormac aprieta la carta arrugada en su mano, sus nudillos blanqueando con la fuerza de su agarre. Mis ojos se encuentran con los suyos por un instante, y siento esa tensión latente, una que ninguno de los dos quiere verbalizar. No importa lo que esté por venir, sé que la paz no será tan fácil de conseguir.

Cormac suelta un suspiro bajo y arroja la carta de Kester a la hoguera donde arde hasta convertirse en cenizas.



CAPÍTULO 30

Nada me prepara para la emoción que me invade cuando veo a lo lejos los estandartes de los Gunn acercándose a Dunrobin. Mi padre, Nairn, Ewan y Niven. Están aquí. Han pasado meses desde la última vez que los vi, y el alivio, mezclado con la emoción, me golpea con fuerza.

—Ahí vienen los locos Gunn —escucho murmurar a Fingal con una sonrisa torcida en el rostro. El apodo cariñoso no está exento de verdad. Mi familia siempre ha tenido una energía desenfrenada, una pasión que parece imposible de contener, salvo por Nairn, el mayor, que siempre ha sido un poco más serio y comedido, algo que mis otros hermanos jamás han logrado.

El patio parece llenarse de vida en cuanto los Gunn cruzan las puertas del castillo. Mi padre, con su imponente figura, lidera el grupo, su mirada penetrante paseándose por todo Dunrobin como si quisiera asegurarse de que todo sigue en su lugar.

Ewan y Niven, mis dos hermanos menores, son imposibles de ignorar: riendo a carcajadas y haciéndose señas cómplices entre ellos como si estuvieran tramando algo que seguro acabará en problemas.

Nairn, en cambio, cabalga en silencio a un lado de mi padre, con la espalda recta, el gesto serio y la mirada fija al frente. Siempre ha sido el más sensato de los seis, el que siente el peso de las responsabilidades familiares con mayor fuerza. Pero incluso en su seriedad, sigue siendo intenso y provocador. Sus ojos me buscan y, cuando me encuentra, una leve sonrisa aligera su expresión.

—Lilias, míralos —murmura Munro a mi lado, con una risa contenida—. No sé si temerles o unirme a sus travesuras.

—Un poco de ambos sería lo más prudente —respondo entre risas, mi pecho lleno de una alegría que hacía tiempo no sentía.

Mi padre desmonta primero, con esa elegancia torpe que siempre lo ha caracterizado. Me

mira con esos ojos severos, pero llenos de cariño, y antes de que pueda decir nada, ya me tiene envuelta en uno de sus abrazos de oso.

—¿Cómo está mi muchacha? —pregunta, su voz más suave de lo que suele ser en público, mientras me aprieta con fuerza. Luego, sin soltarme del todo, me aparta lo justo para mirarme bien—. ¿Y cómo va todo con ese Sutherland?

—Mucho mejor de lo que esperabas, ¿verdad, padre? —le respondo con una sonrisa.

Niven llega detrás de él, sin esperar ni un segundo antes de lanzarse sobre mí como un niño pequeño, casi derribándome.

—¡Lilias! ¡Te he echado de menos! —grita, haciendo que mis pies casi se levanten del suelo.

Ewan se une con su habitual risotada, dándome un abrazo menos arrollador, pero igual de cálido.

Nairn se acerca, por último, siempre el más tranquilo. Me da un abrazo firme, pero discreto, y luego se aparta, asintiendo con la cabeza.

—Me alegra verte bien, Lilias —dice, con esa voz profunda y calmada que siempre ha tenido. Luego, con una sonrisa pequeña, añade—. Aunque parece que mantienes a los Sutherland bastante entretenidos.

—Eso intento —respondo, conteniéndome para no reír.

La llegada de mi familia transforma el ambiente del castillo, llenando el aire con una energía vibrante, como si con ellos todo volviera a su lugar, al menos por un momento.

De repente, el bullicio de la llegada se interrumpe cuando aparece Cormac. Su presencia es imponente, y de inmediato el aire parece enfriarse. Avanza con pasos firmes, su tartán ondeando con el viento frío de las Highlands. Su expresión es la de siempre: dura, seria, pero hay algo en su mirada que me dice que está observando cada detalle, midiendo las reacciones de los Gunn. Por mucho que hayamos aprendido a vivir bajo esta tregua que ha traído nuestro matrimonio, la enemistad entre nuestras familias sigue latente, apenas contenida.

Mi padre, Gordon, se endereza al verlo acercarse, la tensión visible en sus hombros. Puedo ver la dureza en sus ojos cuando Cormac se detiene frente a él, pero también noto cómo una sombra de preocupación los atraviesa cuando sus ojos se posan brevemente en mí. A pesar de todo, la prioridad de mi padre ha sido siempre mi bienestar.

—Laird Sutherland —saluda mi padre, con su tono formal, pero sin perder la gravedad que siempre tiene cuando se enfrenta a alguien a quien no confía completamente.

—Laird Gunn —responde Cormac, inclinando ligeramente la cabeza. No hay sonrisas, solo respeto forzado entre antiguos enemigos. La tensión entre ellos podría cortarse con un cuchillo.

Por un momento, el silencio se prolonga. Ambos hombres, tan diferentes, se observan como si estuvieran midiendo sus fuerzas. Luego, es mi padre quien rompe el silencio, con una voz más suave.

—He recibido las cartas de Lilias. Parece que... todo va bien —dice, con una pausa incómoda. Sé que lo que realmente quiere es asegurarse de que estoy bien tratada, aunque la simple idea de tener que preguntarlo le moleste.

Cormac se gira ligeramente hacia mí, su mirada encontrando la mía. Hay algo en sus ojos, una mezcla de dureza, pero también provocación.

—Lilias es mi esposa —dice Cormac, su voz firme—. Está siendo tratada como tal. —No añade nada más, pero el peso de esas palabras es suficiente. Lo que no dice es que me trata con una devoción silenciosa, aunque nunca lo admitiría delante de otros.

Mi padre asiente, aunque sé que no se quedará del todo tranquilo hasta que vea con sus propios ojos que Cormac cumple con su palabra.

—Me alegra escuchar eso —responde, su tono seco, aunque hay un leve alivio en su expresión. Pero no deja que esa pequeña tregua relaje del todo su postura—. Confío en que continuará siendo así.

Cormac simplemente asiente, su mirada implacable. Ambos saben que, a pesar del matrimonio, siempre habrá un abismo entre ellos. Pero por ahora, la tregua se mantiene. Y eso, por el momento, parece ser suficiente.

Cormac se inclina hacia mi padre, sus ojos fijos en los de Gordon, y aunque su tono es bajo, la fuerza de sus palabras retumba en el aire frío del patio.

—Debes saber que tu secreto está a salvo conmigo —dice, sus palabras cargadas de una calma peligrosa, una advertencia velada tras su afirmación.

Mi padre endurece el rostro, pero por un segundo veo algo parpadear en su mirada. Sabe exactamente a qué se refiere Cormac, a que yo maté al antiguo Laird Sutherland.

Gordon no responde de inmediato, pero puedo ver el leve apretón de su mandíbula, la tensión en su cuerpo, como si estuviera midiendo la situación. Sin embargo, tras ese breve silencio, asiente una vez, solemne, sin apartar los ojos de Cormac. No es un gesto de sumisión, sino de reconocimiento. Un pacto silencioso entre dos hombres que, a pesar de todo, han decidido dejar enterrado lo que ya no puede cambiarse.

—Lo aprecio, Laird Sutherland —responde mi padre, su tono seco pero respetuoso, aunque el peso de las palabras entre ambos deja claro que la conversación ha tomado un rumbo más serio de lo que cualquiera podría imaginar.

Cormac, sin añadir nada más, se aparta de mi padre con un leve gesto de asentimiento, su postura relajada pero siempre alerta. El mensaje ha quedado claro. La tregua, al menos en lo que respecta al pasado, sigue en pie. Pero nunca se olvida, solo se oculta bajo la superficie.

—Os ayudaré a instalaros —les digo, indicándoles que me sigan, pero antes me detengo frente a Cormac intrigada.

—¿Por qué le has dicho eso? —le pregunto en voz baja, lo suficiente para que nadie más nos oiga.

Cormac no me mira al principio, su mirada fija en los hombres que se alejan hacia el interior del castillo. Pero puedo sentir la tensión en su cuerpo, el peso de lo que acaba de decir.

—He querido ser indulgente, Lilias —murmura, con esa voz grave que parece cortarlo todo —. Tu padre lleva meses con esa carga, preocupado, esperando el día en que yo descubriera lo que hiciste... y cómo reaccionaría. Ahora ya sabe que lo sé, y que no tiene nada que temer. —Se vuelve hacia mí, sus ojos tan claros y azules, clavándose en los míos, implacables y directos—. Le he quitado esa duda. Ahora, la paz entre nosotros no es una cuestión de secretos, sino de cómo decidimos manejarlos.

Levanto una mano y acaricio su mejilla, notando la tensión que guarda, y él, en un gesto tan íntimo que me desarma, sostiene mi mano contra su cara, dejando escapar un suspiro que parece más profundo de lo que quisiera admitir.

—No quiero más sombras entre nosotros —añade, con un leve giro de su mandíbula—. Ni entre tú y yo, ni entre tu familia y la mía.

Lo miro, y en ese momento lo comprendo. Todo lo que ha hecho, cada palabra, cada decisión… ha sido por mí. Porque me ama, incluso sin decirlo en voz alta, incluso cuando su amor es de una naturaleza áspera y complicada, pero es innegable.

Así que lo beso. Es un gesto suave, casto, apenas un roce de mis labios contra los suyos, pero lleno de todo lo que quiero decirle. Cormac se queda inmóvil por un segundo, sorprendido, pero pronto sus manos descansan en mi cintura, devolviéndome el beso con un toque sutil de su boca sobre la mía. No hace falta más. Lo que siento, lo que él siente, está claro.

—Están así todo el día —murmura Munro, rompiendo el silencio con su típico descaro.

—Joder, no quiero ni imaginarlo —responde Ewan, su tono mezclando resignación y

diversión.

El pequeño intercambio de palabras entre ellos provoca algunas risas discretas alrededor, pero yo mantengo mi atención fija en Cormac. Porque, aunque el beso haya sido casto, lo que pasa entre nosotros es tan intenso que no hace falta más.

—Así que el gran Cormac Sutherland… domesticado. Y yo que creía que no tenía arreglo —dice Nairn, dejando caer las palabras con una provocación calculada, midiendo cada reacción en el rostro de Cormac—. Pensaba que los Sutherland preferían las espadas al romance.

Cormac se gira hacia él lentamente, con una expresión peligrosa, la misma que cualquier otro habría tomado como advertencia. Pero Nairn es inmune a la intimidación, y eso lo sabe bien. Sin embargo, no puede evitar que sus labios se curven en una sonrisa contenida.

—Tienes razón, Gunn —responde Cormac con esa calma que usa justo antes de soltar una amenaza—. Las espadas son muy útiles… sobre todo cuando hace falta cortar de raíz lo que estorba.

Nairn deja escapar una carcajada y levanta las manos en señal de paz.

—No te equivoques. Me alegra que finalmente tengas alguien que te tolere, Sutherland. No cualquiera aceptaría esa cara de perro amargado tuya. Mi hermana es mucho más valiente de lo que imaginaba.

Una sonrisa irónica se dibuja en el rostro de Cormac, y da un paso más hacia Nairn, hasta que ambos están apenas a unos centímetros de distancia.

—Y yo me alegro de que, con toda tu valentía, aún conserves la cabeza sobre los hombros, Gunn —replica Cormac—. Porque si sigues con tus comentarios, a lo mejor olvido que estamos en paz.

Los dos quedan así, enfrentados, ambos tensos, con miradas que se sostienen como si fuera un duelo silencioso. Nairn y Cormac. Dos hombres acostumbrados a imponerse, dos fuerzas que se reconocen y rechazan a partes iguales.

Antes de que la situación se convierta en algo más que una guerra de palabras, me adelanto y, con una mano firme, tomo el brazo de mi hermano.

—Ya basta, Nairn —le digo, con un tono que no deja lugar a discusión. Lo miro con una mezcla de reproche y diversión—. Ven, tengo cosas que mostrarte, y te aseguro que son mucho más interesantes que medir fuerzas con mi esposo.

Nairn me mira de reojo, con una ceja alzada y una sonrisa divertida y asiente con una leve

inclinación de cabeza.



El salón de Dunrobin está más lleno de lo que ha estado en meses. Las risas y voces de mis hermanos, tan familiares y ruidosas como siempre, llenan el espacio, acompañadas del tintineo de copas y el crujir de leña en la chimenea. Fingal se sienta junto a Nairn, intercambiando historias con un toque de exageración, mientras mi padre, Gordon, observa a Cormac con una mezcla de aprobación y recelo. Hay una energía casi caótica en el ambiente, como si las paredes mismas no estuvieran acostumbradas al bullicio de los cachorros Gunn.

—Siempre supimos que serías capaz de derribar un castillo, pero parece que has optado por gobernarlo en su lugar —comenta Ewan, riendo, mientras se reclina hacia atrás.

Cormac, en silencio, me lanza una mirada. La chispa en sus ojos revela su propia diversión, aunque su expresión permanece impasible. No tiene que decir mucho para que todos sientan su presencia.

—Supongo que gobernar un castillo no es muy diferente de manejar a mis cinco hermanos cabezotas —respondo, con una sonrisa.

Las risas estallan de nuevo, y por un momento, el ambiente se suaviza. Pero en cuanto la charla comienza a fluir, noto a Nairn algo inquieto. Está sentado frente a Mairead, que se ha mantenido en silencio toda la noche. El contraste entre el bullicio de mis hermanos y su quietud es... desconcertante.

—Y hablando de cabezotas... —empieza Nairn, su tono algo más tenso—. ¿Qué ha sido de Kester? Hace tiempo que no sabemos nada de él.

El comentario corta el aire como una navaja. Puedo sentir cómo la atmósfera se enfría, aunque las brasas de la chimenea arden intensamente. Todos evitan mirarse entre sí, como si la pregunta fuera un fantasma que preferían no invocar.

Mi mirada viaja de Nairn a Mairead, que sigue callada, con las manos tensas sobre su regazo.

Nairn no la mira directamente, pero la incomodidad entre ellos es palpable. Kester y Nairn siempre fueron inseparables. Eran más que amigos; Kester era como otro hermano para él. Y ahora, aquí está Mairead, sola, sin una palabra.

—Kester ya no está en Dunrobin —responde Cormac, seco y directo, como siempre—. Hace tiempo que se fue. Y no volverá.

La respuesta de Cormac es como un golpe seco, sin espacio para debates. Nairn asiente lentamente, procesando la frialdad de la situación, pero no puede evitar una mirada de reojo hacia Mairead. Él sabe lo que pasó, o al menos lo intuye.

Por un momento, los ojos de Mairead se alzan hacia mi hermano y algo parece cruzar entre ellos, pero es tan fugaz que me pregunto si realmente lo he visto. Nairn baja la mirada, incómodo. No sabe cómo abordar la situación, y eso lo hace parecer torpe, algo que no suelo ver en él.

—Bueno, suficiente de fantasmas del pasado —dice Munro, sonriendo mientras su tono busca la risa fácil—. Esta noche es para celebrar. ¿O no es lo que hacen los Gunn? Celebrar hasta que las copas estén vacías y los bardos roncos de cantar vuestras gestas, exagerando cada pequeño detalle.

Las risas regresan, aunque tímidamente, como si todos intentaran volver al tono festivo. El ruido de las copas chocando y las voces que se retoman inundan de nuevo el salón, pero una corriente subterránea de incomodidad sigue latente, vibrando en los rincones donde no se llega a hablar de Kester.

Yo no puedo evitar que mi mirada se deslice hacia Mairead. Aunque no ha mostrado signos obvios de tristeza por la falta de su esposo, su silencio esta noche es más pesado que nunca. Nunca ha hablado mucho sobre su matrimonio con Kester, y no la culpo.

Mairead no parece una mujer quebrada por la ausencia de su esposo, pero tampoco puede esconder el estigma que conlleva. En una sociedad donde el abandono deja cicatrices visibles en la reputación de una mujer, su dignidad, que sigue en pie, no disfraza la realidad. No es que ella lo amara, al menos no en el sentido romántico. Es más, como una herida silente, una mezcla de orgullo herido y resignación. Kester no solo la dejó atrás, la dejó en un limbo, en una sombra que no puede apartar.

Aún peor, ni una carta, ni una palabra para ella. Sin embargo, yo recibí una carta de él. ¿Cómo se sentiría Mairead al enterarse de eso? El hombre que debía ser su esposo, preocupándose más por la mujer a la que deseaba que por ella, su esposa, a la que abandonó sin más explicación.

Nairn tampoco parece capaz de apartar los ojos de ella, pero es como si no supiera qué decir, atrapado entre la lealtad a su amigo y el desconcierto que le produce ver a la esposa abandonada de ese mismo amigo.

Yo he intentado acercarme a ella, preguntarle, entender si hay algo que puedo hacer. Pero conozco a Mairead, y sé que no dejará que nadie vea esa vulnerabilidad. Es más fácil cargar con el silencio que dejar que otros vean las heridas.

Siento a Niven inclinarse hacia mí. Baja la voz, pero no lo suficiente como para que no lo oiga media mesa.

—Lilias —me susurra, como si estuviera revelando un secreto importante—, ¿es verdad eso que dicen de los Sutherland?

Levanto una ceja, medio riendo, medio intrigada.

—¿El qué? —le pregunto, sabiendo que con Niven siempre puedo esperar cualquier cosa.

Él se acerca un poco más, sus ojos llenos de curiosidad y malicia.

—Ya sabes, que se comen a sus víctimas —responde, su tono totalmente serio.

Ewan, sentado justo al otro lado de la mesa, lanza una carcajada que retumba en el salón.

—No se las comen, Niven —añade Ewan, guiñándole un ojo a su hermano—. Beben su sangre para robarles su fuerza. Son como bestias salvajes cuando están en el campo de batalla.

—¿Solo en el campo de batalla? —pregunta Niven mirando a Cormac sin disimulo.

Ewan se ríe con fuerza, pero Niven mantiene su mirada fija en Cormac, esperando una reacción. Fingal suelta un silbido bajo, como si estuviera esperando un choque entre dos montañas.

—Tienes razón —responde Cormac con su voz grave, sin moverse un centímetro de su lugar. Su mirada, penetrante y fría, se clava en Niven—. A veces no es necesario esperar al campo de batalla. —El tono es lo suficientemente serio como para que todos los que lo rodean sientan un ligero escalofrío, pero hay una chispa en sus ojos que desmiente la amenaza oculta.

Munro, que no pierde ni un detalle, se inclina hacia nosotros con una sonrisa descarada y el brillo de la provocación en sus ojos.

—Algunos Gunn también muerden de lo lindo, ¿no es así, Laird? —suelta, mirándome directamente, sus palabras llenas de picardía.

Le lanzo una mirada fulminante, pero antes de que pueda decir nada, Cormac suelta una risa

baja, grave, que resuena en el salón. No es una carcajada estruendosa, pero es suficiente para que todos noten que incluso él disfruta de esa broma.

—Munro —le respondo, alzando una ceja y dejándome llevar por la broma—, no te metas en peleas que sabes que no puedes ganar.

Cormac me echa una mirada cómplice y añade, con una sonrisa en los labios.

—Si alguna vez gana alguna contra ti, será todo un logro.

Munro se encoge de hombros, alzando su copa hacia Cormac.

—No necesito ganar, solo sobrevivir... y seguir divirtiéndome a su costa, Laird. —La risa se propaga entre los hombres, y por un momento, el ambiente se relaja.

Cruzo una mirada con mi padre, Gordon, que está sentado frente a mí, observando la escena con una expresión que no esperaba ver. Está sonriendo, y no es una sonrisa forzada o tensa, como las que ha mostrado tantas veces en situaciones formales o incómodas. No. Esta vez, su sonrisa es genuina, una mezcla de orgullo y alivio que me envuelve de inmediato.

Nunca lo había visto tan... feliz. Me doy cuenta de que esta es la primera vez que lo veo relajado desde que comenzó todo. Desde que la tregua con los Sutherland se formalizó con mi matrimonio y todo cambió. Verle así, sentado en la mesa de Dunrobin, compartiendo risas con el hombre que una vez fue su enemigo, me produce una emoción que no puedo describir.

Se levanta de su asiento, su copa en alto, y la atención de todos se dirige hacia él. Las risas se apagan gradualmente, y el silencio que sigue está lleno de expectativa. Mi padre rara vez es hombre de grandes discursos, pero sé que lo que va a decir será algo importante.

Me mira primero a mí, luego a Cormac, y finalmente a todos los que están reunidos en la mesa.

—Hoy quiero levantar mi copa por algo más que por la Navidad o cualquier otra celebración —comienza a decir, llenando el salón con una presencia que nunca he dejado de admirar—. Quiero brindar por mi hija, Lilias.

Me quedo inmóvil, mi corazón latiendo con fuerza en el pecho. No esperaba que hablara de mí. Mis hermanos, sentados cerca, se enderezan ligeramente, atentos a cada palabra.

—No os hablaré de su valentía, aunque podría hacerlo, porque Lilias siempre ha sido intrépida. Desde que era niña, no había colina demasiado empinada que no intentara escalar, ni peligro del que retrocediera. Pero no es por su coraje que quiero brindar hoy. Es por algo mucho más importante.

Hace una pausa, sus ojos fijos en los míos, y noto cómo su voz se suaviza un poco.

—Mi hija siempre ha tenido una fortaleza especial, una que va más allá de las armas y el arco. Tiene el don de adaptarse, de enfrentar cualquier reto con la misma determinación con la que enfrenta todo en la vida. Nunca se ha rendido, nunca ha dejado que las dificultades la derrumben, y eso es lo que la ha hecho tan especial. Y ahora, al verla aquí, entre los Sutherland, sé que ha encontrado su hogar.

Su voz se vuelve un poco más grave, pero en sus ojos hay un brillo de emoción que rara vez deja ver.

—Cuando esta tregua fue impuesta por el rey, muchos dudaron de que este acuerdo pudiera funcionar. Yo mismo, como su padre, temía que Lilias no fuera bien recibida en estas tierras. Pero Cormac… —Mi padre se vuelve hacia él, y lo que veo en su mirada es respeto—. Tú le has dado ese lugar, le has dado un sitio donde ser ella misma. Y por eso, no puedo estar más agradecido.

Cormac asiente con un leve gesto, su expresión más suave de lo habitual.

—Así que brindo por mi hija, Lilias, por su tenacidad, su coraje y su capacidad para ser siempre ella misma. Y también brindo por este hogar que ahora comparte con todos vosotros. Porque sé que no hay reto que no pueda superar, y que, pase lo que pase, siempre lo hará con el mismo espíritu con el que ha enfrentado cada cosa en su vida.

La emoción me inunda, y levanto mi copa junto a los demás, sintiendo cómo mi garganta se cierra un poco por la intensidad del momento.

—Por Lilias —concluye mi padre, y las copas chocan en el aire, mientras el salón se llena de brindis y murmullos de aprobación.

Cormac, a mi lado, me mira de reojo, su mano roza la mía y en ese instante, siento que, por primera vez en mucho tiempo, todo está bien.

Y así recibimos un año nuevo en Dunrobin. Hogmanay se llena de hogueras, whisky y celebración tras la media noche.



CAPÍTULO 31

Camino hacia mi habitación, agotada tras ayudar a recoger toda la comida que ha sobrado de la cena. El peso del día comienza a caer sobre mí, y lo único que deseo es tumbarme en la cama y cerrar los ojos. El castillo está casi en silencio, salvo por el crujido ocasional de la madera y el susurro del viento que se cuela por las rendijas. Todo parece en calma, hasta que giro una esquina y oigo los susurros. Jadeos suaves y ahogados, casi imperceptibles en la penumbra, pero inconfundibles.

No es algo fuera de lo común; los pasillos oscuros de Dunrobin han presenciado encuentros furtivos antes, especialmente tras una noche de festejos y bebida. Intento no prestarle demasiada atención, sigo caminando como si nada, pero mi lámpara de aceite —con el cristal ligeramente empañado— lanza un halo de luz que ilumina el rincón oscuro donde la pareja se esconde.

Mis pies se detienen en seco.

Ewan.

Maldita sea.

Ahogo un grito, mis ojos no pueden apartarse de la escena. No es solo que sea Ewan, sino la mujer que está con él... Marsaili. Mi estómago da un vuelco, y la sorpresa se mezcla con incredulidad. Marsaili, la misma Marsaili que ha pasado meses haciendo comentarios despectivos sobre los Gunn, la que nunca deja de ser un veneno a mi alrededor.

Mi hermano y Marsaili.

Ewan me mira, su expresión congelada entre el deseo y la culpa, sus labios entreabiertos como si fuera a decir algo, pero nada sale. Marsaili, por su parte, parece imperturbable, aunque puedo notar el leve temblor en sus labios y cómo su mano se desliza lentamente de la nuca de Ewan.

Mis labios se abren, pero no sé qué decir. El aire se vuelve denso, cargado de la incomodidad de lo que acabo de presenciar.

—Lilias... —empieza Ewan, su tono vacilante, pero no termina la frase.

Cierro los ojos, respiro hondo, y me obligo a seguir adelante, sin mirarlos de nuevo.

—Mañana hablaremos —susurro, más para mí que para ellos, mientras me alejo rápidamente, deseando borrar la imagen de mi mente.



Abro los ojos en la penumbra de la habitación, despertada por un golpe sordo y un gruñido que parece venir del otro lado de la habitación. Miro hacia la puerta y veo a Cormac. Está de pie junto a la puerta, apoyado contra la pared con una mano en la cabeza y una expresión de dolor en el rostro.

—Mierda... —masculla con voz pastosa, frotándose la frente donde claramente se ha dado un buen golpe.

Me incorporo en la cama, entre preocupada y divertida.

—¿Cormac?

—Aye, soy yo —dice, pero su voz suena extrañamente pastosa, arrastrando las palabras más de lo habitual. Me doy cuenta enseguida. Está borracho. Y no solo un poco. Está completamente ebrio.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto, intentando no reírme al verlo tambalearse de un lado a otro como si estuviera en medio de una tormenta.

—Soy el *first footer*, Gunn —responde con orgullo, aunque arrastrando las palabras de una forma que delata cuántas copas ha bebido.

El *first footer* es una tradición escocesa en la que el primer hombre en cruzar el umbral de la casa después de la medianoche trae suerte para el nuevo año. En teoría, debe ser alto, moreno y

guapo. Cormac, por supuesto, cumple todos esos requisitos, aunque ahora mismo parece un gigante torpe que no sabe bien dónde está.

Pero claro, en cada casa por la que pasa, es tradición que el anfitrión le ofrezca whisky. Y por lo que veo, Cormac ha sido *first footer* en más casas de las que debería.

—¿Y para eso has tenido que romperte la cabeza? —le digo entre risas.

—Intentaba quitarme las botas, pero el taburete me ha atacado.

No puedo evitar reírme.

—¿Cuántas whisky has bebido? —le pregunto, divertida.

—No el suficiente para olvidar lo que quiero esta noche —me responde, lidiando con su cinturón.

Finalmente, después de luchar con el *plaid* como si fuera una bestia indomable, se deja caer pesadamente en la cama a mi lado, abrazándome con su cuerpo desnudo y cálido.

—He cumplido con mi deber —murmura, con voz adormilada, pero increíblemente cariñosa, mientras me estrecha contra su pecho—. He traído suerte a todo el clan... y ahora me toca a mí tener la mía.

—¿Y cuál es tu suerte? —le pregunto, acariciando su cabello desordenado.

—Tú, mujer —dice, con un tono ronco, sus labios rozando mi cuello mientras su mano baja por mi cintura—. Siempre tú.

Me atrae hacia él con un movimiento torpe, pero lleno de intención. Su cuerpo, cálido y pesado, me envuelve mientras sus labios deslizan palabras adormecidas contra mi cuello.

—No hay mejor suerte que tenerte aquí... en mi cama —murmura, su voz cargada de una mezcla de deseo y cariño que, incluso borracho, no puede disimular.

Siento su aliento cálido contra mi piel, y sus manos empiezan a explorar mi cuerpo con una suavidad inesperada. Me hace reír por lo dulce y torpe que está, algo completamente opuesto a su habitual control y firmeza. Nunca lo había visto tan… desarmado.

—Vaya, Cormac, no sabía que el whisky te volvía tan… tierno —le susurro, mientras él se aferra a mí como si fuera su ancla.

—Tierno... —gruñe, como si esa palabra no le convenciera del todo—. Yo no soy tierno, Gunn. Solo... quiero que me calientes. —Acaricia mi vientre con lentitud, sus dedos trazando líneas perezosas por mi piel—. Hace frío ahí fuera... todo es más cálido contigo.

Me río suavemente, sintiendo cómo sus manos se detienen sobre mi cadera. A pesar de su estado, o tal vez por eso mismo, su cuerpo está lleno de deseo, y lo siento en cada caricia, cada susurro en mi oído.

—Primero tendrías que dejar de tambalearte como un potrillo recién nacido para conseguir algo esta noche —bromeo, disfrutando de su calor y de la facilidad con la que, por una vez, se deja llevar.

Cormac levanta la cabeza un poco, con una sonrisa desinhibida en su rostro.

—No te preocupes por eso —dice, arrastrando las palabras, pero manteniendo ese tono desafiante que lo caracteriza—. Yo nunca me tambaleo cuando se trata de ti.

Lo siguiente que siento son sus labios buscando los míos, lentos y hambrientos a la vez. Hay algo en su torpeza y en la forma en que me sujeta, como si se aferrara al momento, que me hace verlo diferente. No el Laird imponente, ni el guerrero indomable, sino el hombre que me ama con todo su ser, incluso borracho y adormilado.

El calor de su aliento contra mis labios es cálido, y, aunque sé que ha bebido más de lo que debería, su boca sigue siendo tan hábil como siempre.

—Munro dice que cuando una mujer está en estado... —su voz se arrastra, ronca, mientras su mano sube por mi costado—… sus pechos se ponen más firmes... llenos... —murmura, sus dedos encontrando uno de mis senos, acariciándolo con torpeza y avidez.

Una sonrisa divertida se asoma a mis labios. Me apoyo un poco más en él, sin evitar soltar una pequeña carcajada. Pero Cormac sigue su camino, completamente concentrado en lo que está diciendo o intentando decir.

—No es que los tuyos no lo estuvieran antes... —continúa, ahora atrapando un pezón con los labios y succionando suavemente—. Pero ahora…

No termina la frase. En vez de eso, su boca se cierra alrededor de uno de mis pezones, su lengua recorre mi piel y yo me estremezco.

Los noto más sensibles, y el toque de su boca me envía una oleada de placer que no esperaba.

—Cormac... —murmuro, intentando detenerle un segundo, pero él sigue, completamente inmerso en su propia realidad.

—Abre más las piernas, Gunn... déjame entrar —gruñe, su voz baja y profunda, cargada de deseo.

Siento sus dedos bajando entre mis muslos, buscando, encontrando. Está impaciente. Su

mano se encuentra con mi humedad, y el suspiro que deja escapar es casi reverente. Aprieta con fuerza mi trasero mientras se prepara para entrar en mí

—Siempre tan malditamente preparada... —murmura, sus dedos recorriendo mi sexo con esa mezcla de rudeza y devoción que solo él tiene.

Me penetra de golpe, y su cuerpo se apodera del mío, empujándome hacia el placer que solo él sabe cómo provocar.

Mi cuerpo se arquea, pero no me deja ni un segundo para recobrar el aliento. Empuja con fuerza, pero sus palabras me atrapan más que el acto.

—Tengo un deseo posesivo por ti... que no tiene fin... —murmura con un tono ronco, sus labios tocando la parte baja de mi cuello mientras sus dedos se hunden en mi piel—. Es una ambición oscura, Lilias, de limitarte solo a mí, de que seas solo mía, pero... sé que eso acabaría marchitando lo que eres... lo que me vuelve loco. —Su respiración se vuelve más rápida, pero sigue hablando—. Quiero poseerlo todo... tu alma, tu libertad, tu maldita boca... tu cuerpo, tu sexo... lo quiero todo.

Y aunque está borracho, sus palabras tienen un peso que no habría tenido si estuviera sobrio. Son una confesión, un deseo puro y crudo que atraviesa el momento y hace que todo lo demás se desdibuje.

—Dios... —murmuro, incapaz de contener lo que siento mientras él sigue devorándome, su cuerpo reclamándome por completo.

—Estoy seguro de que ya estás embarazada, Lilias —murmura Cormac, su voz ronca, apenas un susurro contra mi piel.

Sus palabras me envuelven en medio de su respiración pesada, mientras sigue moviéndose dentro de mí con una intensidad que me hace perder el aliento. El calor de su cuerpo, su peso sobre el mío, todo se siente más íntimo, más real. Y a pesar de lo borracho que está, hay una convicción en su voz que me sacude.

—Lo sé —continúa, su boca rozando mi cuello, dejando besos y mordiscos suaves—. Lo siento aquí... —aprieta mi vientre con una de sus manos grandes, como si pudiera confirmarlo con solo tocarme—. Lo siento en cada maldito latido.

Me estremezco bajo su toque, y aunque la lógica me dice que es imposible saber algo así tan pronto, algo en la certeza de su tono me envuelve. Cada empuje de su cuerpo, cada palabra suya, parece una promesa oscura y primitiva.

—Y cuando llegue ese maldito MacKay —gruñe Cormac, sus dientes rozando mi cuello

mientras sigue embistiéndome—, quiero que lo sepa. Quiero que vea en tus ojos que llevas dentro mi legado.

Sus manos se mueven con un hambre voraz, sus labios recorren mi piel como si marcara su territorio con cada beso, con cada toque.

—Cuando él te mire, Gunn —jadea, mordiendo suavemente mi lóbulo—, sabrá que ya no queda ni una sola parte de ti que él pueda reclamar.

Lo miro a los ojos, y algo en su expresión cambia. Es entonces cuando lo entiendo. Bajo toda su dureza, su control férreo, sigue ahí esa inseguridad, ese miedo latente que nunca deja ver. No sabía, o tal vez no quería saber, que lo que tuve con Kester aún le produce ese malestar. Esa sensación de que, a pesar de todo, podría perderme. Debajo de todo su control, el peso de sus inseguridades sigue presente, enredado en ese amor feroz que nos consume.

—Solo a ti te lo he dado todo, Cormac —susurro, con una suavidad que contrasta con su intensidad—. Solo tú me tienes completamente.

Sus manos aprietan mis caderas, y su mirada se clava en la mía, oscura, hambrienta.

—Solo yo —repite, su voz ronca, cargada de deseo y algo más profundo—. Nadie más. Ni antes, ni ahora, ni nunca.

Me inclina hacia él, sus labios buscando los míos en un beso desesperado, como si cada palabra que he dicho fuera la única verdad que necesitara escuchar.



CAPÍTULO 32

Los MacKay llegan a Dunrobin al atardecer, sus estandartes ondeando en el viento gélido mientras cruzan la entrada del castillo. No tengo más remedio que dejarles entrar. Las tradiciones son claras y, por mucho que desee ignorarlas, no puedo permitirme faltar a esa regla sagrada. Incluso los malditos enemigos tienen derecho a la hospitalidad bajo mi techo. Mucho más cuando viene impuesto por una orden del rey.

Y ahí está Kester.

Ha recuperado el porte que tenía antes, ya no es el despojo tembloroso que se marchó de Dunrobin. Ahora parece, una vez más, el guerrero que fue en su mejor momento. Erguido, con la mirada firme, cada movimiento de su cuerpo tiene una disciplina que reconozco. Lleva la armadura como una segunda piel, y sus ojos, aunque más oscuros, no tienen el vacío que vi la última vez.

Pero lo que no entiendo es por qué se arriesga a volver aquí. No después de lo que ocurrió. ¿Es que se ha rendido con Lilias? ¿Está seguro de que ya no siente nada por ella? Porque si no fuera así, no pondría un pie en Dunrobin. Si tiene medio cerebro, sabría que volver aquí, con ella a mi lado, es un desafío que no puede ganar.

Le dejo entrar porque no tengo opción, pero no voy a permitir que se quede más tiempo del necesario.

El aire se enfría aún más cuando cruza el patio y nuestras miradas se encuentran. Él me saluda, con esa cortesía vacía que ya no significa nada, y yo mantengo el rostro impasible, porque sé que no importa lo que intente, no hay nada que pueda cambiar lo que ya ha sucedido.

Lilias es mía. Y eso, aunque le pese a Kester, ya no es una cuestión que se pueda discutir.

Pero aun así... algo en su forma de caminar, en esa nueva calma, me pone en guardia. No es el mismo hombre que dejamos ir.

—Voy a vigilarte, MacKay —pienso mientras me giro, con la intención de asegurarme de que sus días bajo mi techo sean tan breves como el viento que sopla desde el mar.



El salón de Dunrobin se llena rápidamente con el bullicio de los recién llegados. Los MacKay y los Gunn se saludan con la familiaridad de quienes compartieron muchas alianzas y tiempos mejores. Los abrazos se intercambian, las risas vuelven a resonar por todo el salón. Gordon Gunn estrecha la mano del Laird MacKay con firmeza, como viejos amigos que han compartido más batallas que palabras, y los hermanos de Lilias se mezclan entre los hombres de ambos clanes con la misma cordialidad.

Me mantengo apartado, observando la escena desde una distancia prudente. Aquí, entre ellos, yo soy el intruso. Y es un maldito sentimiento extraño, como si este lugar, mi propio castillo, ya no me perteneciera por un momento.

Los Gunn y los MacKay se saludan como si los lazos no se hubieran roto, como si las tensiones no existieran. Nairn, el hermano mayor de Lilias, abraza a Kester con una camaradería que me irrita, como si nada hubiera cambiado. Como si Lilias aún siguiera siendo suya de algún modo.

Y luego… luego Kester se vuelve hacia Lilias.

Todo parece normal, casi cordial. La sonrisa que le dirige es tranquila, afable, como la que se daría a una vieja amiga. No la abraza como a los demás, con esa familiaridad ruda, sino que se mantiene a una distancia cuidadosamente calculada, como quien sabe que el contacto puede ser un terreno peligroso. Pero yo lo veo. Veo lo que los demás no perciben. El brillo en sus ojos, esa chispa apenas contenida de ambición, de deseo. Lo oculta bien, casi demasiado bien, pero no lo suficiente para engañarme. No puede ocultar lo que sigue ardiendo en su interior.

Es la misma maldita mirada que siempre tuvo cuando la veía, solo que ahora hay algo más. Una serenidad peligrosa. Ha aprendido a contenerse, a aparentar que no le importa. Pero sé lo que pasa por su mente. Lo veo en cada pequeño gesto, en la manera en que sus ojos se demoran

un segundo más en ella antes de apartarse.

Una risa amarga sube a mis labios, y lucho por mantenerme sereno. La ironía de todo esto no se me escapa. Nadie mejor que yo puede entender ese deseo callado, esa furia contenida. Porque yo mismo he peleado contra ella.

Lilias, por su parte, parece completamente ajena a esto, sonriéndole como si nada. Como si ese fuego que una vez existió entre ellos se hubiera apagado por completo.

La mirada de Kester se clava en mí por un instante y mi mandíbula se tensa. Lo que sea que ha venido a buscar, no lo encontrará aquí. No mientras yo siga respirando.



Gordon Gunn se coloca en el centro del salón. Su presencia, aunque amistosa, es la de un hombre que ha librado demasiadas batallas para dejarse engañar por las apariencias.

—Bien —empieza Gordon, con su tono grave—, estamos todos aquí. El rey ha hablado, y estamos obligados a escuchar, aunque no nos guste. —Sus ojos recorren la sala, aterrizando brevemente en mí y luego en el Laird MacKay—. La paz es lo que quiere, así que eso es lo que negociaremos. Pero que quede claro, si se vuelve a derramar sangre, ni las órdenes del rey ni las de Dios podrán detenernos.

El Laird MacKay asiente con frialdad, sus ojos brillando con una calma peligrosa. Kester, junto a él, se mantiene en silencio, pero su postura es rígida, tensa.

—Nadie aquí busca más derramamiento de sangre, Gunn —responde el Laird MacKay—. No hemos venido a Dunrobin para continuar el conflicto, sino para cerrarlo. Pero también está claro que no cederemos a la humillación. Nuestras tierras y nuestra gente no serán pisoteadas ni por los Sutherland ni por nadie.

Mi mirada se cruza con la de Kester en ese momento, y veo el desafío oculto en su expresión. Lo veo más como un intento de medir mis reacciones que una amenaza directa. Pero no puedo evitar que mi cuerpo se tense.

—Nadie está hablando de humillación —intervengo, con la voz firme—. Pero las provocaciones y los ataques que los MacKay han hecho a mi gente no quedarán sin respuesta. Queréis paz, MacKay, pero para que haya paz, tiene que haber justicia.

Un silencio incómodo cae sobre la sala tras mis palabras. Los Gunn y los MacKay intercambian miradas tensas. Está claro que ambos lados quieren paz, pero no a cualquier precio.

—Las represalias deben terminar —dice Nairn, rompiendo la tensión—. Si seguimos respondiendo ojo por ojo, terminaremos todos ciegos.

Kester se inclina hacia adelante en su silla, tomando la palabra por primera vez, su voz más serena de lo que esperaba.

—No hemos venido a pedir misericordia ni perdón. Venimos a ofrecer un acuerdo. —Me mira directamente a los ojos, su tono bajo pero desafiante—. Lo que pasó en el pasado debe quedar atrás, Sutherland. Mi clan ya ha pagado por sus errores, y no volveremos a inclinar la cabeza ante nadie.

Lilias, que hasta ahora había permanecido en silencio, toma aire, mirando a su padre y luego a Kester.

—Y lo que pasó en Dornoch, ¿quedará atrás también? —pregunta ella—. Porque fue un ataque directo a mi esposo y su clan. Si la paz es lo que realmente buscáis, ¿podéis garantizar que no habrá más agresiones?

Los ojos de Kester se oscurecen ligeramente, pero mantiene la compostura.

—Lo que pasó en Dornoch fue un error. Uno que no volverá a repetirse. Fueron unos salteadores aislados. Su actuación no representó las intenciones del clan MacKay —responde, sin apartar la mirada de Lilias—. No tengo intención de revivir viejas disputas.

—Pero las viejas disputas no desaparecen solo porque tú lo digas, Mackay —digo, acercándome a él, mi tono afilado—. Si queréis la paz, vais a tener que demostrar que lo que ofrecéis es real. Y no palabras vacías.

El Laird MacKay se levanta, su postura firme.

—Es por eso por lo que estamos aquí, Sutherland. Para demostrarlo. Pero si lo que buscas es una excusa para reabrir las hostilidades, no dudes que los MacKay responderán con todo lo que tienen.

Un nuevo silencio cae sobre la sala, pero esta vez está cargado de una tensión que amenaza

con estallar.

—Paz o guerra, Sutherland —añade Kester, su mirada fija en la mía—. Eso es lo que está sobre la mesa.

El salón parece contener el aliento, cada rostro atento al próximo movimiento. La tensión es tan densa que podría cortarse con una cuchilla. Mi mirada se cruza brevemente con la de Lilias. Veo en sus ojos esa mezcla de preocupación y determinación que siempre lleva cuando sabe que estoy a punto de explotar. Ella sabe lo que está en juego, pero también sabe que mi paciencia no es infinita, y esta situación me tiene al límite.

Doy un paso al frente, adelantándome, tomando el control antes de que todo esto se convierta en un caos. Si de algo estoy seguro, es que no voy a permitir que los MacKay se crean por un segundo que tienen algún poder aquí.

—Paz. —Mi voz sale firme, pero está cargada de una advertencia que ni me molesto en suavizar—. Siempre he preferido la paz antes que la guerra, MacKay, pero que no os confundáis. Si algún hombre de tu clan vuelve a levantar un arma contra los míos, no habrá tregua, ni mediadores, ni rey que pueda detenerme. —Mis palabras son secas, directas, y noto cómo el peso de ellas cala en cada uno de los presentes.

El Laird MacKay me mira, sus ojos fríos, calculadores. Este malnacido siempre ha sido bueno para medir las palabras, pero su cara no engaña a nadie. Tiene sus propios planes, pero no me importa. Porque si se pasa de listo, le haré pagar cada maldita palabra que acaba de pronunciar.

—Estamos de acuerdo, Sutherland —Su tono bajo, casi susurrante, hace que mis dedos se tensen—. Esta será la última vez que nuestras espadas se crucen, si acordamos paz. —Sus ojos brillan con esa frialdad suya que siempre me ha puesto en guardia.

No aparto la mirada, ni un milímetro.

—Ya hemos derramado suficiente sangre en nuestras tierras —dice Gordon, con esa calma calculada que lo caracteriza. Sus ojos van de MacKay a mí—. Esta tregua debe sostenerse no solo por nuestros clanes, sino por nuestras futuras generaciones. Laird Sutherland, Laird MacKay… sabéis lo que está en juego. Es hora de sellar este acuerdo.

Los MacKay asienten, uno tras otro, como perros obedientes. Puedo ver la reticencia en sus gestos, pero saben que no tienen elección. No cuando el rey está detrás de todo esto.

Kester finalmente se levanta, dando un paso hacia mí.

—No vine aquí para reabrir heridas, Sutherland —dice, su tono más suave ahora—. Si esto

va a funcionar, será porque ambos lados están dispuestos a ceder algo. —Su mirada se desvía un segundo hacia Lilias, pero rápidamente vuelve a centrarse en mí—. Pero si estamos en paz, que así sea. Mi clan está listo para cumplir con lo que el rey ha ordenado.

Me mantengo firme, observando cada gesto de Kester, cada palabra que parece ensayada. No me fío de él, nunca lo haré. Pero por ahora, esto es lo que debe hacerse.

—Entonces sellemos esta tregua. —Extiendo mi mano hacia él, observando cómo vacila solo un segundo antes de tomarla. Su apretón es firme, pero en sus ojos veo algo que no me gusta, algo que no puedo descifrar del todo.



CAPÍTULO 33

El salón está más callado de lo que debería estar una noche como esta. Las llamas crepitan en la chimenea, proyectando sombras sobre las paredes de piedra, pero el ambiente no es cálido. Es denso. Cada sonido parece más fuerte de lo normal: el tintineo de los cubiertos contra los platos, el murmullo de las conversaciones que se desvanecen tan rápido como empiezan. Y entre todo esto, la tensión evidente entre Cormac y Kester.

Me siento entre ambos, lo cual me parece una pésima idea a estas alturas. Puedo sentir la energía cargada que se desplaza entre los dos. Kester, parece más tranquilo, más sereno, como si la obsesión que una vez lo consumió se hubiera desvanecido por completo. Me cuesta creerlo, pero cada gesto que hace, cada mirada que intercambia con los Gunn o con Cormac, parece estar libre de aquel tormento que antes lo angustiaba.

Y luego está Cormac, con esa calma que no engaña a nadie. Su silencio es más elocuente que cualquier amenaza. Mantiene su mirada fija en Kester, pero no se mueve. Es una fiera al acecho, esperando el momento justo. Cada palabra que sale de su boca es calculada, afilada, como si quisiera asegurarse de que el peso de lo que realmente quiere decir llegue a su destino sin pronunciarlo del todo.

—Es un alivio poder compartir el pan y el vino contigo nuevamente, Sutherland —dice Kester con una sonrisa tranquila, levantando su copa hacia Cormac—. Después de tanto caos entre nuestros clanes, es bueno ver que hemos alcanzado cierta paz.

Cormac asiente lentamente.

—La paz siempre es bienvenida —responde, su voz grave pero controlada—. Aunque sabemos que es frágil y que puede romperse con el menor malentendido.

Kester sonríe, mostrando comprensión, como si no notara el filo oculto en las palabras de Cormac.

—Tienes razón —admite, su tono despreocupado—. Pero ahora tenemos la oportunidad de asegurarnos de que no vuelva a ocurrir. Nadie más quiere otro conflicto entre nuestros clanes. —Hace una pausa, sus ojos pasando brevemente por los de Cormac—. Estoy aquí para hacer las paces, no para abrir viejas heridas.

La sonrisa en su rostro es genuina, al menos a simple vista. Incluso yo me siento un poco más aliviada al escucharlo.

—Me alegra escuchar eso —responde Cormac, su tono neutro—. Aquí también hemos encontrado una cierta calma, y espero que se mantenga. —Sus palabras son cortas, y aunque su rostro no lo muestra, yo sé que sigue alerta. Siempre lo está, especialmente cuando se trata de Kester.

—Me alegra saber que Lilias también ha encontrado su lugar aquí —insiste Kester, con afabilidad.

El comentario es inocente, pero noto el ligero endurecimiento en la mandíbula de Cormac.

—Lilias siempre ha sabido encontrar su camino sola —dice de forma cortante.

Kester asiente, aparentemente sin inmutarse, y sonríe, como si compartiera la misma sensación.

—Por supuesto —responde, con una ligera inclinación de cabeza.

El intercambio termina ahí, al menos en apariencia. Kester sigue conversando con los demás, aparentemente relajado y sin intenciones ocultas. Incluso bromea con algunos de los Gunn, y su risa resuena en la sala como si no hubiera tensiones entre nosotros. Pero desde mi lugar, siento la incomodidad de Cormac a mi lado.

A mí me gustaría creer que todo está bien. Que Kester ha vuelto a ser el hombre que una vez conocí, y que su tiempo lejos de Dunrobin ha sido suficiente para dejar atrás todo lo que nos atormentaba.

No puedo evitar fijarme en Mairead, sentada más apartada, observando en silencio, como siempre. Sus manos, delicadas, descansan en su regazo, pero hay una rigidez en su postura que delata su incomodidad.

Kester evita mirar a Mairead, y eso me incomoda. Durante la cena, no se ha dirigido a ella ni una sola vez, como si la existencia de su esposa fuera un detalle irrelevante en todo este escenario.

Nairn, sentado cerca de Mairead, ha estado observando todo en silencio, su rostro más serio

de lo habitual.

—¿No es algo extraño? —me susurra, inclinándose ligeramente hacia mí—. Que un hombre pueda volver y ni siquiera mirar a la mujer que dejó aquí. —Su tono es suave, pero la crítica en sus palabras es evidente.

—Es más que extraño —respondo en voz baja, mis ojos fijos en Kester—. Es injusto.

En ese momento, Kester finalmente parece percibir la incomodidad que su presencia está generando, o tal vez es consciente de que ha estado evitando a Mairead. Hace un esfuerzo por acercarse, pero lo hace con esa calma que lo caracteriza, como si todo esto fuera una simple formalidad.

—Mairead —dice suavemente, inclinándose hacia ella—, es bueno verte de nuevo.

Sus palabras suenan vacías. Mairead no levanta la mirada de su regazo, y durante un segundo, pienso que no va a responder. Pero luego, con un gesto lento y elegante, levanta la cabeza, aunque no lo mira a los ojos.

—Kester —responde, su tono controlado, casi mecánico.

El silencio que sigue es incómodo, espeso. Kester parece dudar, como si no supiera qué decir. Tal vez esperaba que Mairead respondiera con más frialdad o con una recriminación, pero no. Ella simplemente lo trata como una sombra más del pasado, alguien que ya no tiene importancia en su vida. Y en cierto modo, eso parece desarmarlo. Es un hombre acostumbrado a que las mujeres lo miren de otra manera, con admiración o con temor, pero nunca con esa indiferencia.

El silencio se alarga, y justo cuando pienso que la incomodidad se hará insostenible, Nairn, sin siquiera levantar la vista de su copa, rompe el momento con una simple observación, tan sutil que casi pasa desapercibida.

—Aquí en Dunrobin se cuida bien de todos —comenta, su tono casual, como si no estuviera prestando atención a la tensión que acaba de surgir.

Kester asiente ligeramente, como si fuera un comentario sin más, pero veo cómo sus labios se tensan antes de forzar una sonrisa.

—No esperaba menos —responde Kester, desviando la mirada de Mairead para centrarse en mí por un segundo, y luego en Cormac.

El intercambio se cierra ahí, sin más palabras. Mairead, como es su costumbre, vuelve al silencio. Pero no puedo evitar notar el ligero temblor en sus manos, la manera en que sus dedos

juegan con el borde de su copa. No sé si es frustración, rabia contenida o simplemente alivio de no tener que enfrentarse a más.



Despierto sobresaltada. El frío de la habitación golpea mi piel desnuda, pero no es solo el frío lo que me pone en alerta. Algo está mal. Mi cuerpo aún está cansado, pesado después de la noche con Cormac, pero el aire ha cambiado. Hay algo diferente en la oscuridad, algo que no debería estar aquí.

Mi mano se desliza por las sábanas, buscando el calor de Cormac. Pero él no está. Mis ojos se abren de golpe, el corazón latiendo con fuerza, y entonces lo veo.

Kester.

Está de pie al otro lado de la habitación, una sombra oscura recortada contra la luz tenue de la luna que se filtra a través de las rendijas de la ventana. Sus ojos me observan, llenos de una intensidad que no puedo ignorar. Ese brillo, esa obsesión, sigue ahí, como un veneno que nunca desapareció.

Un escalofrío recorre mi columna. Mi respiración se acelera cuando veo un arma en su mano. Un mosquete.

¿Cómo ha entrado sin que lo oyéramos? Mi mente intenta comprender lo que está pasando mientras me cubro torpemente con las sábanas, sintiéndome vulnerable, atrapada.

Cormac... ¿dónde está?

La amenaza de Kester se cierne sobre mí, tangible, y mi corazón late con tanta fuerza que siento que va a explotar.

—Lilias... —Su voz es baja, pero llena la habitación como un eco siniestro, como si el tiempo se hubiera detenido.

—Kester, no... —susurro, con el pulso acelerado y la voz temblando. Intento mantener la calma, pero el terror se apodera de mí—. ¿Qué estás haciendo?

Sus ojos se fijan en los míos con una intensidad que me deja paralizada. Da un paso hacia la cama, el mosquete aún bajo, pero el peligro latente es tan real que puedo sentirlo en cada fibra de mi cuerpo.

—He venido a buscarte, a llevarte conmigo —dice, dando otro paso hacia mí, su tono cargado de una oscura obsesión.

Mi mente trabaja frenéticamente buscando una salida. De repente, veo un destello en la oscuridad. Cormac. Despierto. Alerta. Como siempre. Se mueve sigilosamente detrás de Kester, y mi corazón se detiene por un segundo. Tiene un cuchillo en la mano, pero se mueve con cautela, sus ojos fijos en la amenaza que Kester representa.

Sabe que un mal movimiento puede ser fatal. El mosquete está cargado y cualquier movimiento en falso podría terminar en tragedia.

—Kester, escúchame... —Trato de ganar tiempo, mi voz apenas un susurro. Pero mis palabras parecen no llegarle. Kester está perdido en su propio mundo, su mirada fija en mí como si nada más existiera.

—No lo entiendes, Lilias —responde, su voz temblorosa, y da otro paso. Cormac está cerca ahora, sus movimientos controlados, pero sé que está esperando el momento exacto. Lo veo alzar el cuchillo, listo para actuar—. Nunca dejé de amarte... nunca.

Mi piel se eriza. Mis ojos se desvían hacia Cormac, y en ese instante, Kester gira la cabeza, como si sintiera la presencia de mi marido.

Cormac se lanza hacia él, moviéndose como un lobo acechando a su presa.

—¡¡Lilias, huye!! ¡Ahora! —me grita, pero no me da tiempo a reaccionar.

El forcejeo es brutal y rápido. Cormac intenta arrebatarle el mosquete. Ambos luchan con fuerza, y la tensión en el aire es insoportable. Me levanto de la cama, asustada, mi cuerpo aún desnudo y vulnerable.

De repente, el disparo retumba en la habitación.

Mi corazón se detiene. Cormac suelta un gruñido y se tambalea hacia atrás. El dolor es visible en su rostro. Un hilo de sangre corre por su torso.

Se desploma en el suelo, su respiración agónica, su mirada fija en mí, pero todo en él parece apagarse. La sangre se esparce por el suelo y mi mente entra en caos.

—¡Cormac! —El grito sale de mí antes de que pueda contenerlo, un sonido desgarrador que parece venir de un lugar más profundo que el miedo. Me arrojo al suelo junto a él, mis manos

temblando mientras toco su pecho, buscando cualquier signo de vida.

—No, no, aguanta. Te pondrás bien —susurro, taponando su herida con desesperación.

Pero la sangre, caliente y espesa, se extiende bajo mis manos. Mis dedos se empapan, y mi corazón se rompe en mil pedazos.

Kester se agacha, tirándome una camisa de lino a los pies.

—Ponte esto. No hay tiempo que perder. —Su voz es fría, autoritaria, mientras carga otro mosquete.

Yo no me muevo. No puedo. Ni siquiera me importa estar desnuda. Mis manos siguen presionando el cuerpo de Cormac, esperando algo, cualquier señal de que esto es un maldito sueño.

—Lilias —gruñe Kester, acercándose más—. Si no vienes ahora mismo, le dispararé en la cabeza.

El terror me inunda como un río. Kester no está bromeando. Veo el brillo oscuro en sus ojos, la desesperación de alguien que ha cruzado una línea de la que no puede regresar.

Mis manos tiemblan mientras me echo la camisa por encima incapaz de dejar de temblar. Los disparos en el castillo retumban a lo lejos, ecos de una traición que se siente como una bofetada en pleno rostro.

Mis ojos no pueden apartarse de Cormac, de la herida que se ensancha en su pecho, de la sangre que mancha el suelo a su alrededor. Mi cuerpo está aquí, pero mi corazón, mi vida, se han quedado atrapados a su lado, luchando por sostenerse a lo imposible.

Mis piernas se tambalean cuando Kester tira de mí.

—¡No puedo dejarlo! —grito, mi voz rota, ahogada en una mezcla de rabia y terror. Las manos me tiemblan, los dedos aún aferrados a la tela empapada de sangre que presiona su herida —. ¡Déjame quedarme, Kester! ¡Déjame ayudarlo!

Pero Kester no se inmuta. Su mirada es implacable, fría, una piedra oscura sin piedad. Me agarra con fuerza, tirando de mí como si fuera nada, como si todo lo que compartimos alguna vez fuera solo un recuerdo lejano, desechable.

—Lilias, no hay tiempo. Y no te estoy pidiendo que vengas. —Su voz es baja, pero el tono de amenaza es claro, tan real como el filo de un cuchillo en la piel—. Si no vienes, pondré fin a lo que queda de tu querido esposo ahora mismo.

El miedo me golpea como un puño en el estómago. Suelto a Cormac con una lentitud casi

dolorosa, mis manos recorren su rostro una última vez, como si pudieran retener un trozo de él, algo que llevarme en este infierno. Me acerco a su oído, desesperada por sentir, aunque sea un último aliento de vida en su piel.

— Te amo, Cormac. Solo a ti —susurro, mi voz apenas un hilo roto por el dolor.

Kester tira de mí otra vez, esta vez con una brutalidad que me arranca de su lado, y tropiezo mientras me envuelvo en la manta, tratando de cubrirme, pero no es suficiente para protegerme del frío que se apodera de todo mi ser. Cada paso que doy se siente como una puñalada, como si con cada metro que me alejo de él, estuviera dejando atrás una parte irrecuperable de mí misma.

Apenas logro mantenerme en pie, mi cuerpo se tambalea, pero la mano férrea de Kester sigue tirando de mí por los pasillos de Dunrobin, sin darle importancia a mi resistencia, a mis lágrimas. Giramos en una esquina, y nos encontramos frente a su padre y a su hermano, que me observan con expresiones endurecidas, indiferentes.

—¿Lo has matado? —pregunta el Laird MacKay, su rostro imperturbable, como si la traición fuera algo natural.

—Sí. —La respuesta de Kester es fría, sin emoción, como si Cormac no fuera más que otro obstáculo eliminado—. Su herida es mortal, apenas respiraba cuando nos hemos ido.

Un sollozo irrumpe en mi pecho, desgarrándome por dentro. No puedo contenerlo más. Todo en mí se rompe, el peso del mundo cayendo sobre mis hombros. Intento liberarme de su agarre, mis piernas se niegan a moverse, el dolor se convierte en un grito que parece resonar en los pasillos.

—¡Cormac! —grito, mi voz llena de desesperación, desgarrada por el dolor—. ¡Cormac! ¡No! ¡No!

Mis rodillas golpean el suelo, pero ya no siento dolor físico, solo un vacío que me aplasta el pecho, la idea insoportable de que él ya no está. Que se ha ido. Que lo he perdido.

Cormac es demasiado fuerte, demasiado terco, no puede haberse ido. No después de todo lo que hemos vivido, de todo lo que nos hemos prometido. No puede dejarme así, no puede abandonarme. Mi pecho se sacude con el llanto, los sollozos surgen con fuerza, desgarrándome por dentro, porque lo único que puedo pensar es que nunca lo volveré a ver. Nunca volveré a sentir su abrazo, su aliento en mi cuello, sus manos sobre mi piel. Nunca más…

—¡Por favor! —suplico, pero no sé a quién—. ¡Por favor, déjame ir a ayudarlo!

Me retuerzo en el suelo, tratando de liberarme de Kester, de esa oscuridad que lo rodea. Pero él me arrastra, frío, implacable, como si mis lágrimas no significaran nada. Como si no viera el dolor que me destroza desde dentro.

—Lilias, no lo entiendes. —Su voz es baja, pero cargada de una firmeza que me hiela—. Ahora todo será como siempre debió ser. Tú y yo. —Da un tirón, obligándome a caminar a su lado.

—Cállala, Kester —gruñe su hermano mayor, impaciente—. O alarmará a toda Escocia.

Pero no me callo. No puedo. Cada paso que me aleja de Cormac es un puñal que me atraviesa, una herida que no deja de sangrar.

Y entonces, de la nada, aparece Munro.

—¡Hijo de perra! —ruge, arremetiendo contra Kester con una ferocidad animal.

El impacto es brutal. Munro embiste a Kester con todo el peso de su cuerpo, llevándose a los dos al suelo en una pelea encarnizada. Los golpes resuenan en la piedra mientras se baten, pero Kester no está solo. Sus hermanos saltan sobre Munro, cinco contra uno.

—¡Dejadlo! —grito, intentando apartar a uno de los hombres, pero me empujan hacia atrás con brutalidad, haciéndome caer de espaldas y me doy un golpe en la cabeza.

Uno de los MacKay me arrastra de nuevo, y todo lo que siento es el vacío y la oscuridad atrapándome en su interior. Cormac, Munro y no sé cuántos más. Me están arrancando todo. Esto no puede terminar así.



CAPÍTULO 34

Me despierto bruscamente cuando el aire frío azota mi rostro, cortante como mil cuchillas. Mi cabeza late con un dolor punzante, y una náusea amarga sube por mi garganta. El traqueteo constante debajo de mi cuerpo revela que estamos en movimiento, probablemente a caballo, pero mi mente está nublada, confusa. Intento enfocar la vista, pero las sombras se mezclan y todo parece borroso.

El calor áspero de un tartán me envuelve, pero no es el de Cormac. El olor es diferente, más terroso, con un toque de humo y sudor que me resulta inquietantemente familiar. Mi corazón se acelera al reconocer la firmeza del cuerpo contra el que estoy pegada. Un escalofrío me recorre la espalda cuando caigo en la cuenta.

Kester.

—Así que ya estás despierta —murmura, su voz suave pero cargada de un matiz oscuro. Sus brazos me sujetan con fuerza, como grilletes de hierro. Siento su respiración en mi cuello, lenta y controlada, mientras mi propia respiración se vuelve irregular.

Intento moverme, pero descubro que mis manos están atadas a mi espalda con una cuerda que se clava en mi piel. Me retuerzo, luchando contra sus brazos, pero él apenas se inmuta.

—¿Dónde está Cormac? —balbuceo, mi voz temblando entre la confusión y el miedo—.

El silencio que sigue es ensordecedor. Solo se oye el sonido rítmico de los cascos del caballo y el viento silbando a nuestro alrededor. Finalmente, Kester habla, y sus palabras caen como piedras sobre mi alma.

—Cormac está muerto —dice, sin rastro de emoción, como si estuviera anunciando el clima —. Ya no tienes que preocuparte por él.

Siento que el mundo se derrumba. Una punzada de dolor atraviesa mi pecho, robándome el

aliento. Las lágrimas llenan mis ojos y un sollozo ahogado escapa de mis labios.

—No... eso no puede ser... —susurro, negando con la cabeza, intentando aferrarme a cualquier esperanza—. ¿Qué has hecho?

—Lo que tenía que hacer —responde sin emoción—. Ahora nada nos impide estar juntos.

Una oleada de dolor y rabia me invade. Mi pecho arde, y las lágrimas corren libremente por mis mejillas.

—Aprenderás a olvidarle y a acostumbrarte a mí de nuevo. Parece que tienes facilidad para cambiar tu corazón.

Siento cómo su agarre se tensa, cómo su control se impone sobre mí. Estoy atrapada, atada a él en su maldito caballo. El peso de su cuerpo detrás del mío es sofocante, como una prisión de la que no puedo escapar.

Mi mirada se desplaza, notando a los otros MacKay a caballo que nos rodean, en silencio, como sombras. Estamos en marcha, alejándonos de Dunrobin, y no tengo ni idea de hacia dónde me lleva. Solo sé que estoy en las manos del hombre que ha matado a mi esposo.

Intento no pensar en Cormac. No pensar en su cuerpo, en la sangre que vi antes de desmayarme. Intento no perderme en ese abismo de dolor que amenaza con destruirme por completo.

—Nunca seré tuya, Kester —digo, mi voz rota, pero cargada de odio—. Puedes obligarme a ir contigo, puedes atarme, pero nunca podrás arrancarme lo que siento. Te odio. Te odio más de lo que jamás he odiado a nadie. —Mis palabras son como veneno, cada sílaba impregnada de la verdad que él se niega a ver—. A él le amaba de verdad. No con las fantasías de una niña, sino con el corazón de una mujer que sabe lo que quiere. Y a ti... a ti solo te quiero ver destruido.

Kester aprieta mi mentón con más fuerza, forzando mi mirada hacia la suya. Sus ojos se clavan en los míos con una mezcla de rabia y algo más oscuro, algo que me revuelve el estómago.

—Ya... —Su voz es un murmullo peligroso, controlado, pero cargado de una violencia soterrada—. La misma historia, ¿no? Distintos hombres. Siempre buscas a alguien a quien odiar ¿verdad, Lilias? —se inclina hacia mí, el desprecio destilando de cada palabra—. Primero él, ahora yo... —Sus dedos me obligan a mantener mi mirada en la suya, mientras me estudia como si pudiera desarmarme con sus palabras—. Así que dime... ¿a quién amarás ahora?

La pregunta me golpea como una daga, pero no dejo que vea el miedo en mis ojos. Porque no es miedo lo que siento. Es odio. Un odio profundo, hirviente, que me da fuerzas. Me tenso bajo

su control, y, a pesar de la situación, consigo encontrar mi voz, firme y clara.

—A él, siempre, aunque no esté, Kester —murmuro, con una frialdad que ni siquiera yo sabía que tenía—. Estás intentando llenar un vacío que tú mismo creaste. Pero no puedes obligarme a ser lo que tú necesitas. Nunca lo harás.

Kester se ríe, una risa amarga y seca, como si lo que hubiera dicho no tuviera importancia, pero veo la fisura en su mirada. Una grieta que lo delata.

—Tal vez si te doy lo mismo que él te daba en la cama, puedas llegar a apreciarme como a él. —Su tono está cargado de un sarcasmo oscuro, cruel. Sus palabras me repugnan, y el asco que me invade apenas lo puedo contener.

Pero no le daré el placer de verme quebrada. Lo miro fijamente, con toda la frialdad que puedo reunir, mientras mi respiración se agita por la rabia.

—¿De verdad crees que puedes tomar a una mujer como si fuera un trofeo de guerra, Kester? —le espeto, mi tono lleno de desdén—. Y lo peor, ¿crees que puedes hacerlo mientras sigues casado? —lo miro con un desafío frío, sabiendo que estoy tocando su orgullo—. La Iglesia intervendrá. Igual que hicieron con el conde de Buchan.

Mis palabras lo sorprenden solo por un instante antes de que se eche a reír, su risa amarga y oscura. No es solo él quien se burla, sino también los MacKay que cabalgan a nuestro alrededor. Me doy cuenta de cuán profundo es el desprecio que sienten.

—¿La Iglesia? —se burla, mirándome como si fuera una niña ingenua—. Lilias, no te hagas ilusiones. No eres como la condesa de Ross, no tienes tierras que interesen a nadie. Y en cuanto al conde de Buchan, ¿de verdad crees que ese decreto que lo obligaba a volver con su esposa cambió algo?

Su mirada se oscurece, y un escalofrío recorre mi espalda.

—El conde no ha vuelto con su esposa ni lo hará jamás. Está ocupado, Lilias, eliminando a los que se atrevieron a firmar ese decreto en su contra. —Se inclina aún más cerca, su voz baja y cargada de malicia—. Y mientras tanto, ha sido generoso con nosotros. Nos ha dado armas, los mosquetes que hemos traído hoy. Todo lo que nos pidió fue acabar con Cormac Sutherland.

Mis ojos se ensanchan al comprender.

—Cuando termine esto, las tierras de Strathnaver y Assynt serán nuestras —concluye, su sonrisa extendiéndose, satisfecho de mi reacción—. Y tú, Lilias, serás mía, como siempre debiste ser.

El peso de sus palabras cae sobre mí con una fuerza devastadora. Kester no solo ha traicionado la sagrada tradición de hospitalidad atacando a Cormac en Dunrobin, sino que ha forjado una alianza con el conde de Buchan, uno de los hombres más peligrosos de Escocia. Los MacKay están dispuestos a sacrificarlo todo a cambio de poder y tierras.

Kester me mira fijamente, su respiración entrecortada, las palabras colgando en el aire como una amenaza.

—¿De verdad crees que no soy tan importante? —repito, mi voz cargada de una calma que esconde la tormenta de emociones en mi interior—. No solo soy la condesa de Sutherland, Kester. También llevo al único heredero de Cormac en mi vientre. Cormac vive en mí, en cada latido que siento de este hijo y tú nunca podrás reemplazarlo.

El impacto de mis palabras lo descoloca, lo noto en el leve temblor en su expresión.

Lo cierto es que no estoy segura del todo. Sé que siento algo distinto en mi cuerpo. Lo mismo que lo hizo Cormac y que mi última menstruación no ha llegado, pero ahora no sé si es mi deseo de estarlo lo que me hace sentir que es verdad.

—¿Qué... qué dices? —pregunta, intentando mantener la compostura.

—Llevo al hijo de Cormac en mi vientre —continúo—. Él vive en mí, y nunca podrás cambiar eso.

El impacto de mis palabras es evidente. Kester afloja su agarre, y por un momento, creo sentir un atisbo de humanidad en él. Pero pronto, su expresión se endurece.

—Entonces, cuidaré de ese niño como si fuera mío —declara, pero hay una nota de incertidumbre en su voz—. No tiene por qué cambiar nada.

—No puedes simplemente reemplazarlo —le digo—. Este niño es parte de él, de nosotros. No puedes borrar lo que significó.

—¡Basta! —exclama, su voz alzándose y llamando la atención de los demás jinetes. Algunos voltean a mirarnos, pero nadie interviene.

El silencio vuelve a instalarse, solo roto por el sonido de los cascos y el viento. Siento el peso de la desesperación aplastándome, pero también una pequeña chispa de esperanza. Si puedo sembrar la duda en él, tal vez encuentre una oportunidad de escapar.

—Kester, todavía estás a tiempo —susurro—. Puedes detener esto. Regresar y enfrentar las consecuencias de tus acciones. No es demasiado tarde para recuperar algo de honor.

Él no responde de inmediato. Su mirada se pierde en el horizonte, y sus manos se relajan

ligeramente en las riendas.

—¿Y qué obtengo a cambio? —pregunta finalmente, su voz apenas audible.

—Paz —respondo—. La posibilidad de redimirte. De demostrar que aún queda algo bueno en ti.

Él ríe sin humor.

—Estás ciega, Lilias. Yo... yo siempre estuve ahí, y estaré aquí cuando necesites a alguien que te mantenga a salvo. —Su tono cambia, volviéndose casi desesperado—. Puedo serlo. Puedo ser lo que necesitas.

—¡¡Eres tú el que está ciego y no entiende nada!! —Mi voz sale rota, llena de rabia contenida, cada palabra clavándose como un cuchillo—. Lo has matado, y con eso has matado todo lo que alguna vez hubo entre nosotros. —Mis ojos se llenan de lágrimas, pero las contengo con fuerza—. Él nunca lo hubiera hecho. Cormac te amenazó, te expulsó, pero también dejó que te besara para salvarte. Aguantó lo indecible, tu locura, tu obsesión… por mí.

Veo cómo mi voz lo sacude, pero su rostro se endurece, como si intentara protegerse de la verdad que no quiere aceptar.

—Cormac respetó tu vida —continúo, mi voz afilada como una espada, hiriéndolo en cada palabra—. Lo hizo por respeto a lo que alguna vez significaste para mí, incluso cuando te convertiste en una vergüenza para su hermana y para él. —La verdad que llevo enterrada durante tanto tiempo brota con furia—. Pero tú… tú has elegido este camino. Has tomado cada decisión pensando solo en ti, sin pensar ni un segundo en el daño que me estabas haciendo. Me has traicionado de la peor manera posible.

La dureza en mis palabras lo hace tambalearse, aunque trata de mantener la fachada de control. Pero veo la grieta. No esperaba que lo despreciara de esta manera. Me mira, y por un segundo, es como si todo el peso de sus acciones finalmente comenzara a caer sobre él.

—Te odio, Kester. —Cada palabra es una sentencia, cada sílaba llena de veneno—. Te odio, y eso nunca cambiará. Siempre serás el hombre que destruyó todo lo que amo.



CAPÍTULO 35

Despierto con un dolor punzante en el costado, como un hierro candente clavándose en mi carne. Cada maldito día desde que recibí el disparo es una lucha contra mi propio cuerpo. La habitación está en silencio, demasiado silenciosa, y un frío inusual me recorre la espalda. El peso de la manta no es el mismo. Algo falta. Ella falta.

Han pasado días desde que Kester se la llevó. Días en los que he estado atrapado en esta cama, impotente, mientras ella está en sus manos. Cada segundo es una agonía que me consume. La culpa y la rabia se entrelazan en mi pecho, apretando como un puño de hierro.

Intenté levantarme antes, pero mis propios hombres me lo impidieron.

—No estás en condiciones —decían.

¿Qué saben ellos del dolor que siento? ¿De la furia que me carcome por dentro?

Con un gruñido, me incorporo, ignorando el ardor en mi costado. Cada movimiento es una tortura, pero el dolor físico no es nada comparado con el tormento de saber que Lilias está en peligro y yo aquí, inútil.

No tengo tiempo para lamentos. La venganza es lo único que tengo en mente. He sobrevivido a cosas peores, y voy a sobrevivir a esto.

Si no hago algo ahora, la pierdo. Y si pierdo a Lilias... ni el infierno sería suficiente para saciar la furia que me consume.

—¡Apartaos! —rujo, al cruzar la puerta, sorprendiendo a los guardias que intentan detenerme.

—No es buena idea que te levantes, Laird —dice uno, mirándome con cautela.

—Me da igual lo que sea buena idea o no —gruño, mi tono un cuchillo afilado que no deja

espacio a la discusión.

Los guardias dudan, pero finalmente se apartan lo suficiente como para dejarme salir. Saben que no pueden detenerme.

Cuando llego al salón, el aire es denso, cargado de una tensión que casi puedo cortar con las manos. Mis hombres están reunidos, junto a algunos de los Gunn. El eco de las conversaciones se apaga en cuanto entro. Nadie lo dice en voz alta, pero sé lo que están pensando: ¿Qué carajo vas a hacer, Cormac?

Gordon, el padre de Lilias, es el primero en levantarse. Se me acerca, su rostro severo, pero puedo ver el mismo dolor que siento, reflejado en sus ojos. Ya no hay paz que valga hasta que la recuperemos.

—Cormac —dice, su voz controlada, pero con ese filo que tienen los hombres que no pueden permitirse mostrar debilidad—, tu herida... no estás listo para esto.

—La herida me importa una mierda —lo corto, mis palabras son afiladas, sin paciencia—. Estoy listo para todo menos para quedarme aquí mientras Kester sigue respirando.

Gordon me observa, sus labios apretados. No necesito decir más; su mirada es suficiente para saber que estamos en la misma lucha.

—Si atacamos sin pensar, solo alimentamos el fuego —dice, su tono es el de un hombre que ha visto demasiada sangre correr por el suelo—. Kester no es el único problema. Los MacKay están detrás de todo esto. Han desobedecido abiertamente al rey.

Miro hacia el otro lado del salón. Todos me observan, pero yo solo pienso en Lilias. Pienso en lo que me arrebataron.

—No voy a esperar a que el rey dicte una maldita sentencia. —Escupo las palabras como si fueran veneno—. Vamos a reunir a los mejores hombres y vamos a por ellos.

Me cruzo con la mirada de Nairn, ese maldito arrogante que, por una vez, está tan cabreado como yo. Siento cómo una oleada de ira compartida pasa entre nosotros.

—No voy a perder a mi hermana. —Su tono no admite discusión—. Hagámoslo bien. Recuperemos a Lilias. Y que los MacKay paguen por lo que han hecho.

—Por primera vez, estamos de acuerdo, Gunn. Que paguen con sangre —le gruño, devolviéndole esa mirada de acero.

Gordon asiente, y su expresión es la de un hombre que ya no busca paz, sino justicia.

—Cormac... esto no es solo por Lilias, y lo sabes —dice Gordon, su voz más baja—. No

podemos olvidar lo que está en juego aquí. Los clanes del norte están al borde de una guerra abierta.

Miro a Gordon, mi voz apenas un murmullo de rabia controlada.

—No me importa la paz, Gordon. No me importa la política. Lo único que me importa es recuperarla a ella. Y destrozar a cualquiera que se interponga en mi camino.

Un silencio tenso se apodera del salón. Ya no hay más palabras que decir.

Doy un paso hacia el mapa que cuelga en la pared, señalando con el dedo las tierras de los MacKay, y los ojos de los Gunn y mis hombres me siguen. Vamos a por él. Pero lo haremos bien.

—Tracemos un plan —digo, mi voz dura como una maldita piedra—. Vamos a debilitar sus defensas desde dentro. Hacerles creer que tienen control. Y luego los aplastamos.

Nairn asiente, su rostro tenso pero decidido. Está listo para lo que venga, igual que yo.

—¿Cómo los atraemos? —pregunta, su mirada fija en mí—. Kester no es tonto. No saldrá de su fortaleza sin una razón.

—Le daremos una razón. —Mi sonrisa es fría, casi cruel—. Su ego. Lo conozco. Sé cómo piensa. Cree que me ha matado. Haremos que venga a nosotros, pero antes debilitaremos sus defensas desde dentro.

Fingal da un paso adelante, su expresión afilada.

—Asaltar su castillo no será fácil, pero si cortamos sus suministros y acabamos con sus aliados, serán ellos los que tengan que salir y desesperados y enfrentarse a nosotros en una lucha abierta.. Podemos usar sus propios hombres en su contra.

Miro a los hombres que tengo frente a mí. Todos saben lo que significa. Esto no es solo una venganza. Es una estrategia, un juego que voy a ganar. Y cuando lo haga, Kester MacKay dejará de respirar.

—Primero, debilitamos sus rutas de suministro —digo, mi voz firme, sin titubeos—. Cortamos todo lo que les llegue. Que sus soldados empiecen a sentir hambre, frío, desesperación. Después, les daremos la idea de que pueden ganarnos si nos atacan primero. Haremos que bajen la guardia.

Gordon me observa, sus ojos oscuros calculando.

—Entonces, los sacamos de su guarida y los destruimos en campo abierto.

Asiento, mis palabras finales como una sentencia.

—Que todo MacKay sienta lo que es perderlo todo. Les vamos a enseñar lo que es la desesperación. Y cuando estén de rodillas... terminamos con ellos.



La sala de mapas está desierta a estas horas, pero en el aire flota el rastro del desastre, de la sangre que aún mancha el patio y los muros de Dunrobin. Al entrar, veo a Fingal revisando en silencio los planos extendidos sobre la mesa, sus ojos oscuros clavados en ellos como si la piedra pudiera devolverle respuestas.

—¿Cuántos? —murmuro, avanzando hacia él.

Fingal no levanta la vista, sigue estudiando los puntos del castillo como si no quisiera ver el peso de sus palabras en mis ojos.

—Diecisiete —responde al fin, con voz tensa—. Diecisiete muertos. Los Mackay se movieron como sombras. Fueron directos a los puntos ciegos, a las posiciones donde sabían que estaríamos desarmados.

La frialdad de sus palabras me cala como el acero. Kester usó cada rincón del castillo, cada corredor que ya conocía, para llevar a cabo su plan. No había margen para el error, ni para el honor.

—Lo planeó todo. La puerta lateral, la torre... sabían exactamente qué puertas forzar y dónde atacar. No fue un golpe de suerte. Nos atraparon en el momento más vulnerable. Creímos en esa tregua de paz —continúa, su tono impregnado de un desprecio que comparto—. Todo lo que hicieron tenía un solo propósito: cazarte. Es posible que crean que estás muerto.

Asiento, el peso de la traición ardiendo bajo mi piel. Kester vino por algo más que una venganza; vino por Lilias, y lo que estaba dispuesto a hacer para conseguirla no conoce límites.

Fingal señala un punto en el mapa, la entrada lateral, donde los Mackay irrumpieron primero, en lo que creímos era la entrada más segura.

El recuerdo de ese disparo, del momento exacto en que Kester apuntó, estalla en mi mente. Me hirió y escapó llevándose a Lilias como si fuera un trofeo.

—Munro… —murmura, su voz apenas un susurro.

Fingal deja caer la mirada al suelo, y lo que veo en sus ojos es la confirmación de una pérdida que llevo días sintiendo en el pecho.

Su falta se nota en cada rincón de este maldito castillo. Munro no solo era mi hombre de confianza; era un amigo, alguien que siempre estuvo dispuesto a dar un paso adelante cuando los demás dudaban. Le pedí que cuidara a Lilias, y lo hizo, hasta su último aliento.

Sin embargo, no tengo tiempo para lamentar las bajas, ni para honrar a los muertos con palabras. La venganza y la justicia serán el único réquiem que Munro y los demás recibirán.

—¿Sabemos hacia dónde huyeron? —pregunto, aunque la rabia no me permite centrarme en cada palabra. Fingal me observa, y sé que la respuesta no será alentadora.

—Se dirigieron hacia el norte. Kester ha trazado su ruta por lugares que conoce como la palma de su mano. Y no va a detenerse. Todos sabemos que no planea devolverla.

Ningún hombre que quisiera detenerse habría arriesgado tanto. Cada segundo que pasa es una burla más a nuestra paciencia, a nuestro sentido del honor.

—Reúne a todos los que estén en pie —digo, mi voz más baja, pero cargada de un propósito que no necesita explicación—. Nos vamos ya.

La puerta de la sala de mapas se abre de golpe, y uno de los guardias asoma, con la respiración entrecortada, sus ojos oscuros y alarmados.

—Laird, ha llegado un mensajero. Dice que trae un mensaje del rey.

La noticia me toma por sorpresa, pero reprimo cualquier muestra de inquietud. Después del ataque, recibir noticias del rey solo puede significar una de dos cosas: o su ira, o un mandato que apacigüe los conflictos en el norte. Con un gesto, indico a Fingal que me siga, y juntos nos dirigimos hacia el salón.

Al entrar, el mensajero está de pie en el centro de la estancia, esperando bajo la mirada vigilante de mis hombres y los Gunn. Es un hombre de mediana edad, con el porte regio que distingue a quienes están acostumbrados a estar cerca de la corte, pero en sus ojos hay una sombra de incomodidad. Sabe que trae un mensaje que puede encender tanto nuestra furia como nuestra obediencia, y por un segundo dudo que esté preparado para ello.

Me adelanto unos pasos, mis ojos fijos en él.

—Es del rey, mi Laird. Una misiva urgente —dice mientras me entrega el pergamino sellado con el emblema real.

Lo cojo de su mano, y el silencio en la sala se vuelve insoportable. Rompo el sello con un movimiento rápido y desenrollo el pergamino. Cada palabra parece hundirse en mi pecho, con el peso de lo que ya sé que no me va a gustar.

La lectura es breve, pero cada línea es como una maldición:

A Cormac, conde de Sutherland, Laird de Dunrobin:

Por la presente ordeno que ceses cualquier acto de represalia o violencia contra el clan MacKay. Cualquier ataque será considerado una afrenta directa a mi autoridad, y las consecuencias caerán no solo sobre ti, sino sobre tu clan entero.

El conflicto entre los clanes será gestionado y juzgado bajo mi supervisión, y cualquier desobediencia será tratada como traición a la corona.

Aguarda la llegada de mis emisarios, y recuerda que la justicia del rey no espera, pero tampoco olvida.

Por orden de Su Majestad,

James Stewart, Rey de Escocia.

Aplasto la carta en mi puño, mis dientes apretados mientras la furia crece en mi interior. Todos esperan que diga algo, pero las palabras del rey retumban en mi cabeza. El muy cabrón quiere que me siente y espere.

Gordon me observa desde el otro lado de la sala, su mirada severa, pero no dice nada. No tiene que hacerlo. Él entiende lo que significa esta carta tanto como yo.

El silencio en la sala me pesa como una cadena. Siento la carta del rey en mis manos, pero lo que realmente me aprieta el pecho no es el papel, es la maldita realidad que esas palabras representan. Estoy atrapado. La orden es clara: si tomo venganza, mi gente sufrirá. Si muevo una sola ficha en este maldito juego, el rey caerá sobre mí y todos los Sutherland serán arrastrados a la ruina.

Lilias… está en sus manos, y yo aquí, atrapado en esta cárcel que no es más que una orden firmada.

Me cuesta respirar. Mi costado duele, pero eso no es nada comparado con lo que siento por dentro. El miedo no es algo que suela tocarme, pero ahora está aquí, hundiéndose en mis entrañas. No por mí, no por mi vida, sino por ella. Por lo que Kester podría hacerle mientras yo

permanezco atado a estas malditas paredes.

Levanto la vista, y todos me observan. Están esperando que haga lo que siempre hago: decidir. Liderar. Cargar con el peso de la guerra. Pero esta vez no puedo, no con el rey apretando la soga alrededor de mi cuello.

El padre de Lilias se me acerca. Sus ojos oscuros tienen ese brillo apagado, una mezcla de dolor y comprensión. Él lo entiende. Sabe lo que esto significa.

—Cormac, ¿qué dice la carta? —Su voz es baja, pero no es débil. Tiene el tono de alguien que sabe lo que está en juego, que ha visto más guerras de las que querría recordar.

Aprieto los dientes, mis palabras se deslizan por mi lengua como veneno.

—El rey dice que, si actúo, si hago algo contra los MacKay, será el fin para mi clan. Seremos traidores.

El aire en la sala se vuelve espeso, cargado de incertidumbre. Ewan, el hermano de Lilias, da un paso hacia adelante, su rostro lleno de ira contenida.

—Entonces, ¿qué? ¿Nos quedamos aquí? —gruñe, su voz es un eco de lo que todos piensan —. ¿Dejamos que se la lleven y no hacemos nada?

Mis puños se aprietan, la rabia sube por mi garganta, pero tengo que controlarla. Tienen razón, lo sé. Pero también sé que, si muevo una sola pieza en este tablero sin pensar, perderé a Lilias.

No puedo quedarme aquí, inmóvil, pero tampoco puedo arrastrar a mi gente a la destrucción. El dolor en mi pecho me quema con más fuerza que la herida en mi costado. Tengo que encontrar una solución. Algo… cualquier cosa.



CAPÍTULO 36

El sonido de los pasos resuena fuera de la puerta de la habitación. El frío de la estancia es opresivo, igual que la sensación de encierro. Llevo días aquí, sin ver más allá de las paredes de piedra que me rodean. Intentan hacerme sentir vulnerable, y lo han conseguido. No puedo evitarlo.

Cormac.

Solo pensar su nombre me duele. La última imagen que tengo de él es de su cuerpo en el suelo, el disparo resonando en mis oídos, el miedo atenazándome el corazón mientras Kester me arrastraba lejos. Lo veo cada noche en mis sueños, pero también en cada rincón de mi mente cuando estoy despierta.

Me dejo caer sobre la cama, el viejo colchón emite un quejido lastimero bajo mi peso. Abrazo mis rodillas contra el pecho, tratando de contener las lágrimas que amenazan con desbordarse.

—Las lágrimas no te salvan de nada —oigo decir a mi madre. Pero ahora siento que, si no lloro, me romperé en mil pedazos.

Siento que me ahogo en una mezcla de tristeza y rabia. Rabia hacia Kester, hacia el destino, hacia mí misma por no haber podido hacer nada.

Incluso cuando llevo días notando, algo que no puedo ignorar más y que debería darme felicidad. Mi vientre parece más redondeado, mis pechos están tensos, firmes... y luego están los mareos, las náuseas que aparecen por la mañana.

Estoy embarazada. Sí. Él lo sospechaba como si conociera mi cuerpo mejor que yo misma.

Y si lo estoy, entonces de verdad llevo dentro de mí al hijo de Cormac. Su heredero. La última parte de él que queda.

Pero ¿cómo podría ser esto ahora, con él muerto y yo atrapada en las manos de su enemigo? El dolor se mezcla con una desesperación que crece más cada día, y la única compañía que tengo es el silencio. Y Kester.

Él viene todos los días, con esa máscara de calma, fingiendo que no pasa nada. Fingiendo que está bien, que de alguna manera podemos retomar lo que alguna vez tuvimos. Pero cada vez que lo veo, siento cómo se intensifica mi odio.

—¿Cómo estás? —pregunta con una afabilidad que me hace hervir la sangre. Actúa como si no me hubiera arrancado a la única persona que he amado de verdad.

—Tú dirás —le espeto, el veneno en mi voz es tan afilado como el cuchillo que me gustaría tener en las manos—. ¿Qué esperas que te diga? ¿Que estoy encantada de estar aquí? Soy tu prisionera.

Kester cierra la puerta detrás de él, pero su expresión no cambia.

—No lo eres. No quiero que seas mi prisionera —dice con una frialdad que roza la ternura, como si realmente creyera que sus palabras pudieran aliviarme—. Quiero que entiendas que esto... no tiene por qué ser lo que piensas.

—¿Y qué es entonces? —Me levanto, desafiándolo—. ¿Me has traído aquí creyendo que te perdonaría? ¿Qué querría quedarme? ¿Después de matar a Cormac?

Kester no parpadea. Cruza los brazos, observándome, pero sus ojos delatan algo más. Quizás no está tan seguro como parece.

—Lo que te ofrezco es una nueva vida. Aquí. Juntos. Vamos, Lilias, me has tenido a mí más parte de tu vida que a él. Con el tiempo…

—¿Tiempo? —Mi risa sale forzada, rota—. ¿De verdad piensas que algún día aceptaré lo que has hecho?

—Lilias... —intenta hablar, pero lo detengo.

—Esto es lo que has creado. Un futuro donde jamás te amaré ni te perteneceré de la forma en que lo hacía a Cormac. —Doy un paso hacia él—. No me tendrás. Ni ahora ni nunca, Kester.

—Estás enfadada y lo entiendo. Te conozco. Sé cómo la rabia puede nublar tu razón. Siempre he sabido lo que quieres. Sé lo que te hace falta. Lo que sientes por mí... sigue ahí, oculto bajo toda esta furia.

Niego con la cabeza. Es inútil discutir con él. No me escucha y ahora me pregunto si alguna vez lo ha hecho en realidad.

—Te subestimas, Lilias —dice, su voz ahora más baja, un susurro que se clava en el aire entre nosotros—. Eres tan implacable como yo. Y algún día, entenderás que somos más parecidos de lo que crees.

—Esa será tu condena —le respondo, mis palabras cargadas de una fría determinación—. Creer que alguna vez seremos iguales.

Kester se queda en silencio por un segundo. Luego, sin perder la compostura, se gira lentamente, sus ojos recorriendo la habitación antes de detenerse en mí una vez más.

—Piensa lo que quieras, Lilias. —Su tono es seco, desprovisto de la calidez que trataba de proyectar antes—. Pero no te dejaré marchar.

Con esas últimas palabras, sale de la habitación en la torre en la que me ha encerrado en el castillo de Varrich, dejándome sola con el eco de su amenaza. Pero eso es lo que él se cree.

Tengo que salir de este lugar. No me quedaré aquí, esperando que él me controle. No voy a dejar que me robe mi vida, mi libertad.

La pregunta es… ¿cómo?

Después de la manera en que lo he desafiado, en la que lo he rechazado, me vigilará de cerca, no bajará la guardia. Si intento huir por la fuerza, no llegaré lejos. Y los hombres de los MacKay son leales a su Laird, no a mí. No habrá ayuda externa. Estoy sola en esto.

Entonces, una idea se abre paso en mi cabeza. Es un pensamiento que me asquea al instante, que me llena de náuseas solo de considerarlo, pero... ¿y si finjo? ¿Y si lo hago creer que ha ganado? ¿Que ha conseguido lo que quiere de mí, poco a poco? Puedo hacerle creer que mis sentimientos por él han cambiado y el odio que le tengo se ha diluido y que, con el tiempo, podría aceptar este destino.

El asco me revuelve el estómago. Solo pensar en mostrarle a Kester, el asesino de Cormac, una falsa esperanza me provoca un nudo en la garganta, pero… ¿qué otra opción tengo? Es la única manera de que empiece a confiarse, que me dé libertad, que relaje su vigilancia.

Y cuando lo haga… estaré lista.

Me arrodillo junto a la cama y dejo que la frialdad de las sábanas vacías me reconforte.

Comenzaré poco a poco. Le mostraré lo que quiere ver. Y cuando su guardia esté baja, cuando crea que me tiene… seré yo quien escape de este infierno.



La luz del sol es casi cegadora después de tantos días en la penumbra. El aire fresco me golpea la cara y me doy cuenta de cuánto he echado de menos el mundo exterior. Cada parte de mí quiere correr, escapar, pero me controlo.

Este es solo un pequeño paso en el plan. Si muestro desesperación, Kester sabrá que estoy mintiendo. Si me precipito, todo habrá sido en vano.

Él camina a mi lado, casi relajado, con ese aire de superioridad que siempre lleva encima, como si ya hubiera ganado. Como si al sacarme de ese maldito encierro, me hubiera acercado un paso más hacia él. Me da asco, pero lo oculto bien. En estos días de encierro, he aprendido a manejar cada palabra, cada gesto.

—Te hacía falta aire fresco —dice, con un tono que intenta ser amable. Camina junto a mí, con las manos a la espalda, como si fuera un paseo entre viejos amigos. Me observa de reojo, buscando una reacción.

—No me gusta el encierro, lo sabes —respondo—. No veo cómo las cosas pueden cambiar mientras no me dejes ser libre.

Nos detenemos en un pequeño claro cerca del castillo. El sol calienta mi piel, pero no siento el consuelo que debería.

—Serás libre... en la medida en que confíes en mí —dice, inclinándose ligeramente hacia mí, su tono bajo, casi susurrante.

Sus dedos rozan mi mejilla con una caricia que me revuelve el estómago. Su cercanía es sofocante, y aunque todo en mi interior grita por apartarme, me obligo a mantenerme firme.

Siento su mano seguir el contorno de mi mandíbula, y casi puedo notar su sonrisa. Para él, esto es un avance, un indicio de que estoy cediendo. Me está probando, buscando el punto exacto donde pueda empezar a quebrarme.

—Confianza... —repito, apenas dejando que la palabra se escape de mis labios.

Kester inclina un poco más su rostro hacia mí, y la distancia entre nosotros se desvanece casi

por completo. Puedo sentir su aliento en mi piel, su mirada fija en la mía, buscando algo que pueda usar a su favor.

—Confía en mí, Lilias —repite, su voz baja, cargada de una falsa ternura que no me conmueve—. Lo que te ofrezco es una vida mejor de lo que jamás tendrás con ningún otro.

—Antes tendrás que darme un poco de información. ¿Qué ha pasado con mi padre y mis hermanos? —le pregunto. Mi tono es neutral, sin revelar la ansiedad que me consume. Kester me lanza una mirada de soslayo, pero no detiene su paso.

—Están a salvo, si eso es lo que te preocupa —responde con una vaga tranquilidad—. Gordon está en Dunrobin, tratando de mantener el control. Aunque no sé cuánto tiempo más podrá hacerlo sin el liderazgo adecuado.

—¿Y el rey? —insisto, sin perder el hilo—. ¿Ha hecho algo tras... la muerte de Cormac? ¿O no lo sabe aún?

Esta vez, Kester se detiene, girándose hacia mí con una sonrisa que me revuelve el estómago.

—Es posible… —dice, con una frialdad que me inquieta—. Pero no creas que va a intervenir tan rápido. Hay muchos intereses en juego, y no solo para los Sutherland.

—¿Intereses? —repito, fingiendo curiosidad. Kester me observa durante un segundo, como si midiera cuánto decirme, pero finalmente sigue hablando.

—James no puede permitirse perder el control de los clanes del norte. Y ahora, sin Cormac, los Sutherland están más débiles de lo que nunca han estado. Al rey le conviene dejar que la situación hierva un poco más antes de intervenir. Esos bastardos de los Sutherland se han creído intocables durante demasiado tiempo.

Mi estómago se revuelve al oír cómo habla de ellos. Los Sutherland. Mi clan.

—¿Quién los liderará ahora? —pregunto, con un nudo en la garganta. Cormac siempre ha sido el centro de todo, y la idea de su clan sin él me resulta inconcebible.

Kester sonríe, una sonrisa cínica que parece disfrutar con la pregunta.

—Eso dependerá de quién tenga más ambición —responde—. Puede que alguno de sus consejeros intente tomar el control, pero... la verdad es que, sin un líder fuerte, se desmoronarán. Algunos ya lo están viendo. Si no fuera por tu familia y sus intentos de mantener el orden, los Sutherland ya estarían arrodillados.

Su respuesta me atraviesa como una cuchilla. Los Sutherland podrían perderlo todo.

—¿Y crees que podrás manejar las consecuencias? —le pregunto, mi voz más firme ahora—.

La muerte de Cormac... la traición a los Sutherland... No puedes pensar que el rey lo dejará pasar. Los MacKay se enfrentarán a su ira y lo sabes.

Kester entrecierra los ojos, su postura endureciéndose ligeramente. Puedo ver el brillo de la duda en su mirada, pero lo oculta rápido.

—El rey tiene demasiados problemas en otras partes para ocuparse de nosotros ahora. Y estamos protegidos por el Conde de Buchan que es un dolor en el costado para el rey y no es fácil de doblegar. —Se inclina hacia mí, con una sonrisa que me pone los pelos de punta—. Lo que pase a partir de ahora dependerá de quién actúe con más inteligencia. Y te aseguro que yo no estoy jugando a perder.

Guardamos silencio. Casi creo que va a besarme y me pregunto si podré hacerlo.

Mi cuerpo se tensa, pero no me aparto. Si retrocedo ahora, si muestro rechazo, todo el trabajo que he hecho se desmoronará. Kester debe creer que me está doblegando.

Siento el roce de sus labios, suave al principio, apenas un tanteo, como si quisiera medir mi resistencia, buscar una grieta en mi voluntad. Mi corazón late con fuerza en mis oídos, pero no me muevo. No puedo. No ahora.

Cuando ve que no me aparto, algo cambia en él. El deseo que ha estado conteniendo parece desatarse de golpe, como una bestia que ha estado esperando demasiado tiempo para liberarse. De repente, Kester me sujeta con una fuerza que me deja sin aliento, sus manos aferrando mi nuca y mi cintura, atrayéndome hacia él con una ansiedad que me revuelve por dentro.

Su boca devora la mía, su lengua invadiendo sin pedir permiso, como si quisiera apropiarse de todo lo que soy, como si con ese beso pudiera reclamarme de nuevo. El asco me golpea con fuerza, pero lo contengo, lo ahogo en lo más profundo de mi ser porque no puedo permitirme flaquear ahora.

Su cuerpo se aplasta contra el mío, su respiración se vuelve más agitada, sus manos recorren mi espalda con desesperación. Y, sin embargo, yo sigo aquí, rígida, con la mente en otro lugar, con el único pensamiento de que esto es un paso más hacia mi libertad. Un precio que estoy dispuesta a pagar para escapar.

Debo resistir, me repito una y otra vez. Resistir y esperar el momento adecuado.

Kester me mira fijamente, con esa intensidad oscura que siempre lo ha caracterizado. Sus ojos recorren mi rostro, y puedo ver en ellos lo que quiere, lo que siempre ha querido desde que me trajo aquí.

—Déjame visitarte esta noche en tu habitación —me dice, su tono suave pero cargado de

intención. Cada palabra parece envolverme en una red que se va cerrando poco a poco.

Mi respiración se entrecorta un momento, pero no puedo dejar que vea cómo me afecta. Miro hacia otro lado, hacia el castillo que me tiene atrapada, y el asco vuelve a subir por mi garganta, pero lo disfrazo de serenidad.

—Soy una viuda reciente, Kester —le respondo, buscando mantener la calma—. Y estoy embarazada. ¿Qué pensará la gente?

Un leve destello de rabia cruza su mirada, pero lo disimula con una sonrisa amarga.

—¿Qué me importa lo que piensen? —dice, acercándose un paso más—. ¿Por qué no me das lo que a él le diste tan abiertamente? —Su voz baja un poco, cargada de un veneno sutil—. Cormac era tu enemigo, Lilias. Y aun así le abriste las piernas sin dudar.

Sus palabras me golpean con fuerza, pero me niego a mostrar debilidad. Mis dedos se aprietan en los pliegues del tartán que llevo.

—No digas que fue sin dudar —le respondo, un poco más áspera de lo que pretendía—. Al principio… Bueno, tú también debiste hacerlo, ¿no? —lo miro de reojo, con una sonrisa seca—. Enviaron testigos la noche de bodas.

—No hablo solo de la noche de bodas —escupe, sus ojos clavándose en los míos, llenos de resentimiento y celos mal disimulados—. Yo no volví a tocar a Mairead desde ese día. Pero tú… —Sus palabras se vuelven más duras, más crudas—. Te dejaste conquistar por él cada noche. Cada maldita noche.

El aire se vuelve pesado entre nosotros, cargado de reproches no dichos, de resentimientos que Kester lleva cargando desde que me perdí entre los brazos de Cormac.

La furia en sus ojos se agudiza, pero bajo esa rabia, veo algo más profundo, algo que siempre ha estado allí: la necesidad desesperada de ser lo que Cormac fue para mí.

—Él... —Mi voz apenas es un susurro, pero sé que cada palabra es una daga—. Él esperó, Kester. Esperó a que yo estuviera preparada. ¿No lo harás tú?

Su mandíbula se aprieta con fuerza, y durante un instante parece vacilar.

—Esperó —repite, su tono afilado, casi burlón—. Pero no fue por respeto, Lilias. No idealices lo que era. No lo pongas en un pedestal. Cormac te deseaba desde el principio, pude verlo perfectamente, solo se contenía porque eres una Gunn, pero no consiguió vencer su codicia. No hay más.

—No. —Lo miro a los ojos, mis palabras claras y firmes—. Me dio espacio, me respetó,

incluso cuando podía haberse aprovechado. Me dejó decidir.

—¿Y crees que yo no? —Kester da un paso hacia mí, su tono cargado de frustración contenida—. Llevo esperando más tiempo que él. Te he visto desearlo, entregarte a él... mientras yo, Lilias, estaba ahí, queriéndote desde mucho antes. ¿Y qué obtuve a cambio? Nada.

Me acerco un poco más, lo justo para que sienta que no estoy completamente cerrada. Mi respiración se calma a propósito, mi mirada se suaviza ligeramente, lo suficiente para que vea lo que quiere ver.

—No estoy diciendo que no vaya a dártelo, Kester —susurro, midiendo cada palabra con precisión—. Pero ahora estoy de duelo, ¿lo entiendes?

Puedo ver cómo sus hombros se relajan un poco, cómo su tensión disminuye.

—Esperaré solo un poco más. Esto no puede ser solo cuando tú quieras, Lilias. Ya no eres esa mujer que no debía llegar al matrimonio deshonrada.

Hago un gesto de asentimiento, como si entendiera. No puedo mostrarle resistencia en este momento, no si quiero que confíe en mí.

—Lo sé —susurro, con una voz que parece llena de resignación—. Dame un poco más de libertad, Kester. Si realmente quieres que esto funcione, necesito espacio. No puedo sentir nada si me mantienes encerrada.

Su expresión cambia, puedo ver la duda en sus ojos.

—Te dejaré salir más a menudo —dice finalmente, su voz llena de una falsa generosidad—. Pero te quedarás aquí, conmigo.

—Gracias —le digo, dejando que mi tono parezca genuino—. Sé que lo haré bien... con el tiempo.



CAPÍTULO 37

Mairead entra en el despacho, su expresión cargada de desconfianza. No me importa. He tomado una decisión, y aunque sé que me va a costar, es lo correcto. Le extiendo los papeles redactados por un letrado, notando cómo sus ojos se clavan en ellos con una mezcla de curiosidad y recelo.

—¿Qué es esto? —pregunta, frunciendo el ceño mientras toma los documentos en sus manos.

—Renuncio a mi título y a mi cargo en el clan, Mairead —digo, sin rodeos, sin espacio para discusiones.

Mairead me mira como si no hubiera entendido bien lo que acabo de decir. El silencio entre nosotros se vuelve espeso, tenso, mientras veo cómo sus ojos se abren un poco más, leyendo las primeras líneas del documento.

—¿Qué estás diciendo? —Su voz es baja, pero se llena rápidamente de incredulidad—. ¿Estás loco? No puedes hacer eso. Eres lo mejor que le ha pasado a este clan desde hace años. Es contigo con quien hemos alcanzado la prosperidad que ahora tenemos.

La observo en silencio, dejando que sus palabras se calmen antes de responder. Porque sé lo que va a decir, pero no me importa. No ahora.

—Mairead, tú tomarás el control —respondo, cortante—. El consejo del clan lo respaldará, me aseguraré de ello. Y yo… necesito hacer esto.

—No, Cormac. No puedes hacer esto —insiste, levantando los papeles en el aire como si fueran una prueba de mi traición—. ¡Este es tu legado! ¿Qué demonios estás pensando?

—Estoy pensando en Lilias. —Mi voz suena áspera, el dolor de decir su nombre me quema la garganta, pero no me detengo—. En lo que debo hacer para recuperarla. No puedo seguir sentado aquí, esperando. Necesito actuar. Y no puedo hacerlo siendo el Laird de los Sutherland.

Mairead me mira como si acabara de golpearla.

—Cormac… —Su voz ahora es más suave, más vulnerable—. No puedes sacrificarte así. Este clan te necesita.

—Te tienen a ti —la corto, mis palabras afiladas, firmes—. Sé que puedes hacerlo bien, Mairead.

Ella niega con la cabeza, sin querer aceptar lo que está escuchando.

—No soy tú —murmura, apretando los papeles contra su pecho—. No soy fuerte como tú.

—Eres más capaz de lo que crees —le digo, levantándome de la silla y caminando hacia ella —. Y ahora es tu turno. Yo… ya no puedo llevar este peso. Necesito ser libre para hacer lo que tengo que hacer sin repercusiones para nuestra gente.

Mairead me mira con sus ojos llenos de una mezcla de rabia y dolor.

—Te estás destruyendo, Cormac. Estás sacrificándolo todo por ella.

La observo en silencio, dejando que las palabras caigan entre nosotros.

—Haré lo que sea necesario —respondo finalmente—. Lo que sea.

Ella baja la mirada, derrotada.

—¿Y qué harás, Cormac? —pregunta Mairead, su tono lleno de una mezcla de incredulidad y frustración—. ¿Presentarte delante del castillo Varrich y enfrentarte a todos tú solo?

No parpadeo, no titubeo, porque ya he tomado una decisión.

—Si es necesario, sí —respondo.

Mairead me mira como si hubiera perdido la cabeza, su rostro pálido por la ira y el miedo.

—¡Es una locura! —grita, golpeando los papeles sobre la mesa—. ¡Vas a morir!

—Esto no es un suicidio, Mairead —añado, sabiendo bien lo que está pensando—. Hay formas de entrar, y formas de salir, sin que Kester ni sus hombres me vean.

Ella frunce el ceño, sus brazos cruzándose sobre su pecho, todavía sin convencerse.

—¿Y cuál es tu plan? ¿Convertirte en un fantasma? —su tono es ácido, pero el miedo en sus ojos es claro.

Me acerco a la ventana, observando la distancia que separa Dunrobin de las tierras de los MacKay. Es un castillo que he estudiado antes, una fortaleza bien defendida, pero no invulnerable. Si hay algo que sé hacer, es encontrar debilidades en los muros de los hombres.

—Voy a infiltrarme en Varrich —digo, sin apartar la mirada del horizonte—. Pero antes debo conocer sus puntos débiles, saber por dónde escabullirme. Esto no es solo un asalto, es una caza. Voy a vigilar, esperar, y cuando encuentre el momento... entraré.

—¿Y luego qué? —pregunta ella, su tono más suave ahora, como si de repente entendiera la gravedad de lo que digo.

—Luego la saco de allí. Desaparecemos antes de que Kester se dé cuenta de que he entrado. —Mi mandíbula se tensa—. No necesito matarlos a todos, Mairead. Solo necesito llevarme a Lilias, y después... que Kester venga por mí.

Mairead suspira, pero no puede evitar una pequeña sonrisa cargada de resignación.

—Siempre fuiste muy testarudo.

Asiento.

—Lo soy. Y no hay nada más que hablar.



Estoy en mi despacho, mirando los malditos papeles de renuncia. Mairead se convertirá en la líder del clan, y una parte de mí sabe que es lo correcto. Si algo me pasa en este intento de rescatar a Lilias, ella mantendrá el clan fuerte. Pero eso no cambia el hecho de que me quema por dentro, renunciar a todo lo que he luchado por construir.

En cuanto anochezca, partiré solo. No hay otro camino. No puedo arriesgarme a que más de los míos caigan por esto. Es mi lucha.

La puerta se abre de golpe y levanto la mirada. Es Nairn Gunn. Puedo ver la resolución en su rostro antes de que diga una palabra. Algo me dice que no me gustará lo que tiene que decir.

—¿Qué quieres? —gruño, aunque ya me hago una idea.

—Voy contigo —dice, sin rodeos. Su tono no deja espacio a discusión, pero no voy a aceptar esa mierda.

—No —respondo, tajante, levantándome de la mesa. El dolor en mi costado late, pero lo ignoro—. Esto es asunto mío. No pienso arrastrarte conmigo a nadie más.

Nairn me mira fijamente, sus ojos cargados de esa obstinación que parece compartida entre todos los Gunn. Cruzo los brazos, esperando a que escupa lo que tiene en mente, pero lo que dice me coge por sorpresa.

—No voy a ayudarte a rescatarla, Cormac —dice, su tono desafiante—. Voy a ver si ella quiere ser rescatada. Si está donde quiere estar o no.

La rabia me atraviesa como un maldito puñal. Doy un paso hacia él, mi mandíbula tensa.

—¿Qué demonios estás diciendo? —gruño, sin molestarme en suavizar la voz—. Kester la tiene secuestrada, la sacó de este castillo a la fuerza. No está allí porque quiera.

Nairn no retrocede ni un milímetro, y el fuego en sus ojos no cede.

—Lo mismo pensé cuando la obligaron a casarse contigo —responde, su tono cargado de una intensidad que me hace apretar los dientes—. Lo mismo que hice entonces, voy a hacer ahora. Iré a ver si Lilias realmente quiere estar donde está. Tal vez tú creas que la conoces bien, pero yo la conozco mejor.

—¿Qué cojones estás insinuando? —pregunto, sin poder controlar la furia que arde en mi interior.

Nairn me lanza una mirada cargada de desafío, y su siguiente frase me golpea como un martillazo en el pecho.

—Os vigilé —dice, con una calma que contrasta con la tensión en el aire—. Después de la boda, te seguí, Cormac.

Mis ojos se entrecierran y me acerco un paso más a él.

—¿Nos vigilaste? —pregunto, incrédulo. No puedo creer lo que estoy oyendo.

Nairn asiente, su expresión implacable.

—Por supuesto. —Me sostiene la mirada, sin un atisbo de duda—. No creerías que iba a dejarla a solas contigo sin asegurarme de que ella estaba bien. Más cuando la arrastraste a tu alcoba después de la boda como un maldito degenerado.

Mi respiración se acelera. La tensión entre los dos se siente como una cuerda a punto de romperse. Sé que Nairn es tan testarudo como yo, pero ahora ha cruzado una línea.

Mis puños se aprietan, pero me obligo a mantener la calma. Este cabrón está jugando con

fuego.

—Lilias está conmigo porque quiere, Gunn —le escupo, furioso—. Y voy a recuperarla, con o sin tu maldito consentimiento.

Nairn me mira, su rostro pétreo, pero en sus ojos veo algo más. No es solo furia. Es miedo por su hermana. Quizá por eso no le arranco la cabeza aquí mismo.

—No voy a quedarme de brazos cruzados mientras mi hermana está atrapada entre dos hombres que creen que pueden decidir su destino —murmura, su voz baja pero cargada de una amenaza latente—. Voy a ir con contigo, Cormac y si quiere quedarse con Kester, la dejaré.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo —le gruño, aunque sé que está decidido.

Nos miramos en silencio, como dos lobos que se enfrentan por el dominio del territorio. Finalmente, resoplo, mi rabia conteniéndose a duras penas.

—Haz lo que quieras, Gunn. Pero no te interpongas en mi camino.

—No lo haré —responde, con la misma terquedad de siempre—. A menos que tenga que hacerlo.

—Por cierto, ¿cómo te has enterado? —le pregunto, mi voz cargada de sospecha.

Nairn me lanza una mirada, una mezcla de desafío y desinterés, como si la respuesta no importara, pero sí que lo hace.

—Mairead me lo ha dicho —responde, encogiéndose de hombros.

Me río, una risa seca y sin humor, mientras cruzo los brazos sobre el pecho.

—¿Desde cuándo sois tan amiguitos? —le pregunto, cada palabra cargada de veneno. No me gusta que Mairead haya confiado en él para hablar de esto. Nairn me sostiene la mirada, y una sonrisa apenas perceptible se asoma en sus labios.

—Supongo que no confía en tu juicio —responde, con ese tono ácido que me hace querer partirle la cara—. Y viendo cómo te arrastras por tu mujer, no la culpo.

—Algún día, Nairn —murmuro, mi voz un susurro oscuro—, haré que te tragues esas palabras.

Sus ojos brillan con desafío, pero sé que, al igual que yo, no está aquí para provocar una pelea ahora. Ambos estamos enfocados en lo mismo: Lilias.

Nos miramos una última vez antes de que él se gire para salir del despacho. Sé que esta alianza está sostenida por un hilo muy fino. Pero, al fin y al cabo, lo único que importa es

recuperar a Lilias.

Nada más.



CAPÍTULO 38

Estoy sentada a la mesa de los MacKay, rodeada de risas, jactancias y copas que se alzan en el aire como si no hubiera un rastro de muerte y traición entre nosotros.

Kester está a mi lado, tan confiado, tan seguro de que me tiene justo donde quiere. No dejo de sonreírle, como si fuera el hombre más maravilloso del mundo, cosa que jamás hice ni cuando creía que lo era.

Es irónico.

He pasado días sin apenas mirarlo y él no creía que yo lo aborrecía y ahora, cuando por fin me esfuerzo por engañarlo, él no ve la verdad. Todo es una actuación, pero ¿cómo es que no se da cuenta?

Los MacKay se jactan de sus victorias recientes, orgullosos de haber burlado al rey, de haber dejado a los Sutherland humillados después del ataque.

Sus comentarios son como cuchillos que se me clavan en el pecho, pero no dejo que se refleje en mi rostro. Sigo sonriendo. La sonrisa vacía de una mujer que ha aprendido a esconderlo todo.

—¿Y qué me dices, Lilias? —pregunta Ron, uno de los hermanos de Kester—. Debe de ser un alivio para ti, haberte liberado de ese Laird, ¿no?

La burla en su voz es evidente. A su alrededor, más risas. Kester no reacciona, sigue comiendo, pero se pone tenso.

—Cormac no era tan terrible como creí al principio —respondo, mi voz suave, incluso coqueta—. Pero es cierto que estar aquí, entre vosotros, es más… familiar.

Familiar. La palabra casi me da arcadas, pero se desliza de mi lengua como seda. Kester me mira de reojo, con una sonrisa satisfecha. Se cree que estoy cayendo en su red, que las heridas se

están curando y que la gratitud reemplazará lo que alguna vez sentí por Cormac.

—No te preocupes, Lilias —comenta otro MacKay, alzando su copa—. El legado de los Sutherland no durará mucho. Sin Cormac han quedado debilitados, lo suficiente para que cualquier pequeño clan vecino pueda barrer lo que queda de ellos.

—Y cuando llegue ese momento, estarás al lado del hombre correcto —añade le Laird MacKay, con una sonrisa triunfal mientras posa su mano sobre la mía—. Y volveremos a extender la alianza entre los MacKay y los Gunn, como siempre debió ser. Kester y tú os casaréis pronto y será una gran celebración.

—Pero Kester aún sigue casado —digo con un hilo de voz.

El laird MacKay me lanza una mirada indulgente, como si mi comentario fuera el de una niña que no entiende cómo funcionan las cosas en el mundo de los hombres.

—Eso es un detalle menor, Lilias —responde el Laird, su tono suave, casi paternalista—. Mairead no será un obstáculo por mucho tiempo. La anulación llegará pronto. Ya hemos hablado con la autoridad eclesiástica en Roma.

La mención de Mairead hace que mi estómago se hunda. No es solo que quieran deshacerse de ella, es la forma en que lo dicen, como si ella no importara en absoluto. Solo fuera algo molesto que apartar a un lado.

—No sabía que los trámites iban tan avanzados —digo suavemente, desviando la mirada hacia Kester como si buscara su confirmación.

Kester me sostiene la mirada, su sonrisa crece, confiado, como si todo estuviera bajo control. Como si esta vez nada se le escapara.

—Mairead ya no es un problema, Lilias —dice, relajado—. Ella sabía perfectamente que lo nuestro no era posible.

—Me alegra escuchar eso —murmuro, mi voz controlada, pero no puedo evitar que el tono suene un poco seco.

—¿Pensabas que no me encargaría de ello? —pregunta Kester, alzando una ceja, intrigado. La duda momentánea brilla en sus ojos.

—No, claro que no, Kester —respondo rápidamente, encontrando sus ojos de nuevo—. Supongo que... después de todo lo que ha pasado, pensé que sería más difícil. Mairead... bueno, ella no se merece todo esto.

Él me devuelve la sonrisa, más ancho ahora, creyendo que está recuperando todo lo que

perdió.

—Ella sabía que siempre que hemos sido tú y yo, Lilias. —Hace una pausa, observándome—. Aún lo somos.

—Y qué forma tan memorable de regresar —añade Ron, con un toque de sorna, mirándome intensamente—. Después del intento fallido en Dornoch…

Siento el corazón encogerse, pero no dejo que la incomodidad se refleje en mi rostro. Sin embargo, con la mención de Dornoch, Kester se ríe suavemente, como si compartiera un recuerdo travieso.

—¿De qué hablas? —le pregunto.

—Kester lo ideó todo. Se supone que tú ibas a ver al sacerdote a la catedral, sola, ya que Cormac estaba fuera, y nosotros debíamos rescatarte mientras fingíamos que era una represalia por lo del ganado, pero no llegaste.

Una alarma sorda se enciende en mi pecho.

—La nieve me retrasó. Cuando llegué, ya habían… —me interrumpo, el dolor aflorando ante la memoria de la devastación—. Fue una masacre.

Mi sangre se hiela. Mis manos se quedan frías mientras las palabras de Kester resuenan en mi mente. ¿Fue su plan desde el principio? El horror me recorre el cuerpo mientras Kester sigue comiendo, impasible, como si lo que acabo de escuchar no fuera más que una broma ligera.

—¿Sabes lo que les hicieron, Kester? ¿Cuánta gente inocente murió? —digo, sin poder ocultar la repulsión en mi voz.

Kester ni siquiera pestañea, como si lo que estoy diciendo fuera irrelevante.

—Es la naturaleza de las cosas, Lilias. Un pequeño precio para poder alejarte de ese hombre —responde en un tono bajo, frío, como si no hubiera otra lógica posible.

Un estremecimiento me recorre el cuerpo. Bajo el velo de su comentario, queda claro: él sabía lo que iba a ocurrir. Los gritos en la catedral, el fuego… todo fue parte de su plan.

La cena sigue, el ambiente relajado para ellos, pero en mi interior, cada palabra de Kester me recuerda lo lejos que estamos de lo que alguna vez fue. Estoy atrapada en una farsa, una puesta en escena donde él juega el papel del redentor y yo el de la mujer que vuelve a sus brazos. Pero lo único que pienso es en cómo salir de aquí y alejarme de él.



Camino al lado de Kester, pero mi mente no está aquí, sino en lo que he descubierto estos últimos días. Cada paso que doy me acerca más a la libertad, aunque él no lo sepa.

He aprendido los horarios de los guardias. Al amanecer y al anochecer, el castillo entra en una especie de letargo, donde la vigilancia se relaja durante unos minutos. Los cambios de turno son un desastre. Los hombres de Kester no son los guerreros disciplinados que fingen ser. Los he oído quejarse, maldecir por tener que aguantar el frío o el cansancio. Esos minutos son todo lo que necesito.

La cocina también tiene una entrada trasera, una que casi nunca se usa, pero he visto a los sirvientes colarse por allí para escabullirse a la aldea con comida que sacan a escondidas. Es un buen lugar para empezar. Aisling, la joven sirvienta que ha mostrado una ligera compasión por mí, la usa a veces para llevar pan fresco antes del amanecer, sin ser vista por los guardias. Ya he notado que, en esos momentos, ni siquiera se molestan en vigilar el patio.

He estado investigando la dinámica del castillo. Desde mi ventana, puedo ver cómo los suministros llegan por el norte, donde la fortaleza es menos vigilada. Un carro entra cada dos o tres días. Es demasiado grande como para que un guardia mire dentro, y eso podría ser útil si necesito ocultarme.

También he notado a uno de los hombres de Kester, Callum, que parece más preocupado por sus deudas en la aldea que por su lealtad. He escuchado sus conversaciones, murmullos sobre los favores que le debe a la gente del pueblo. Si puedo tentarlo con la promesa de dinero, de algún tipo de recompensa, podría ser mi aliado en esto.

Lo único que me preocupa es el tiempo. Cada día que paso aquí, Kester parece más convencido de que me tiene donde quiere. El problema es que, cada vez es más difícil contenerle. Está perdiendo la paciencia. Y no puedo esperar a que la pierda por completo. Tendré que actuar antes de que llegue ese momento.

El plan es claro: usar a Aisling para que me lleve a la cocina antes del cambio de turno, bajar al pasadizo sin que nadie lo note, y escapar por las cavernas. Una vez en el bosque, necesitaré un

caballo. En caso de que este plan no funcione, puedo intentar colarme en la carreta de los suministros, en su camino de vuelta.

«El establo. No olvides el establo, Lilias».

Kester me agarra por los brazos. Esta noche parece más codicioso que nunca.

Me empuja contra el tronco de un árbol, sin dejarme espacio para respirar. Creo que, en realidad, la maldición de Helen Gunn, nunca le ha abandonado, aunque su efecto aquí sea menor.

Sus labios encuentran los míos con esa mezcla de urgencia y posesión que siempre se apodera de él. Su lengua invade mi boca sin pedir permiso, abriendo mis labios. La presión de su cuerpo es sofocante, su erección se clava contra mi vientre.

Me repito una y otra vez que esto es parte del plan. Si cedo ahora, si me dejo llevar, él se relajará. Ya lo ha hecho antes. Cree que estoy accediendo, que cada vez me someto un poco más. Lo necesita.

Me esfuerzo por no apartarme, por no empujarlo. Mis brazos permanecen rígidos a mis costados, resistiendo la urgencia de golpearlo. Mi cuerpo no responde como él quiere, pero Kester no parece notarlo o tal vez se niega a verlo.

Siento su respiración entrecortada y pesada en mi cuello antes de deslizar su lengua por mi piel. Cada noche se atreve un poco más, se acerca más a ese límite que juré no dejarle cruzar. Su mano se cierra sobre mi seno, apretándolo por encima del vestido. El dolor se extiende desde mi pecho hasta cada parte de mi cuerpo, pero no por el placer que él cree que estoy sintiendo. Mis pechos están doloridos, sensibles, y sin quererlo, un gemido escapa de mis labios.

Kester lo toma como una señal. Lo siento en la forma en que su cuerpo se pone tenso, como si acabara de recibir la confirmación que tanto ha esperado. Se inclina más hacia mí, presionándome contra el árbol, su mano moviéndose con más confianza hacia el borde de mi vestido, como si ya no tuviera nada que perder.

—No pensarás tomarme aquí, a plena vista y cuando podría aparecer cualquiera —le digo, deteniéndolo con la voz más calmada que puedo reunir.

Él se ríe, esa risa baja que siempre ha utilizado cuando se siente victorioso, como si ya me tuviera en sus manos.

—Vamos a las cuadras, entonces —dice, acercando su rostro al mío, su aliento rozando mi piel—. Ya hemos estado allí antes, haciendo cosas indebidas. ¿Recuerdas?

Siento el nudo en mi estómago apretarse, pero mantengo mi expresión serena, intentando

jugar el mismo juego que él.

—Sí, pero no es lo mismo, Kester —respondo, bajando la mirada como si estuviera dudando, dándole el espacio para que él mismo se convenza de que me tiene exactamente donde quiere—. Y aún no estoy preparada.

—Maldita seas, Lilias —gruñe Kester, su voz cargada de frustración. Sus dedos se aprietan con más fuerza en mi brazo, como si necesitara contenerse, como si estuviera a punto de perder el control.

Me esfuerzo por mantener la calma, por seguir en mi papel.

—No estoy diciéndote que no... —murmuro, fingiendo que lucho con mis propias emociones —. Solo necesito más tiempo. ¿No lo entiendes?

Él me observa, intentando leer algo en mis ojos, pero sus emociones están demasiado desbordadas para que vea más allá de lo que quiere ver.

—Llevas días dándome largas —responde, lleno de tensión—. Ya no sé qué más necesitas para estar lista.

—Tiempo, Kester. Solo un poco más de tiempo —le digo, mientras una parte de mí agradece que la oscuridad oculte la repulsión en mi rostro—. No es algo que puedas forzar.

Se aparta de golpe, su cuerpo rígido, lleno de una ira contenida, se da la vuelta y se va, dejándome sola fuera, por primera vez desde que me llevó a Varrich.



CAPÍTULO 39

Los días se han vuelto interminables. El frío se clava en mis huesos, pero lo ignoro. Nairn y yo llevamos días agazapados en las sombras y ahora al fin hemos llegado a los muros del castillo de los MacKay. No hay espacio para errores, no si quiero sacar a Lilias de ese maldito lugar con vida.

Pero la espera, el acecho... está comenzando a destruirme. La rabia es lo único que me mantiene despierto, alerta. Nairn está igual de tenso, aunque intenta mantener su habitual frialdad.

Y entonces, los veo.

Lilias... y él.

Están juntos, caminando por el exterior. Veo cómo Kester inclina su rostro hacia el de Lilias, cómo la sujeta con esa arrogancia que siempre ha llevado encima, y algo dentro de mí se rompe. No hay palabras para describir lo que siento cuando sus labios se encuentran con los de ella.

El mundo se estrecha hasta que solo queda ese maldito beso. Algo dentro de mí se rompe. El impulso de matarlo es lo único que me mantiene de pie, pero debajo de esa ira, hay algo peor... una duda que me carcome.

Me esfuerzo por mantener la respiración bajo control, pero mi corazón late con tanta fuerza que apenas puedo pensar con claridad. Miro a Nairn, que sigue vigilando con esa maldita calma, como si no le importara. Pero para mí, esto lo es todo.

Antes de darme cuenta, mis piernas ya están empujando mi cuerpo hacia adelante, dispuesto a lanzarme sobre él, a matarlo allí mismo, sin importarme nada más.

Pero justo cuando estoy a punto de saltar, siento una mano fuerte que me agarra del brazo y

me empuja hacia el suelo con una fuerza que no esperaba.

—¡Quieto, Cormac! —gruñe Nairn, mientras me sujeta contra el suelo, su mano presionando mi espalda con firmeza—. ¡No hagas ninguna tontería!

Lucho contra él, el impulso de destrozar a Kester sigue ardiendo en mí. Veo rojo. Siento cada músculo de mi cuerpo temblando por contenerse.

—¡Apártate, Nairn! —gruño entre dientes, mi rabia desbordándose en cada palabra—. Voy a matarlo. Voy a arrancarle la puta cabeza por esto.

—No puedes hacer eso. —Su voz es como una maldita roca contra la que me estoy estrellando, sin ceder.

Sigo tratando de liberarme de su agarre, porque lo único que quiero es desollar a ese cabrón, romperle todos los dedos uno a uno que se ha atrevido a poner sobre ella y sacarla de allí. Ahora. Ya. No puedo soportar verlos juntos un segundo más.

—¿No lo ves? —digo entre jadeos, con la voz rota por la furia—. ¡La está besando! ¡Joder!

Nairn me aprieta con más fuerza contra el suelo, su rostro a pocos centímetros del mío, sus ojos tan oscuros como el odio que siento dentro.

—Lo que veo es a mi hermana viva, Cormac. No a una mujer aterrorizada ni derrotada. Vine para ver si ella está donde quiere estar. ¿Y sabes qué? Hasta ahora no parece que esté obligada a nada.

Mis pulmones se llenan de aire, mis manos crispadas contra el suelo. El impulso de matar a Kester sigue ardiendo dentro de mí, pero las palabras de Nairn, su lógica fría y brutal, golpean donde duele.

—Hijo de puta, ¿qué estás diciendo? —le escupo, incapaz de controlar el odio que siento hacia él en este momento—. No sabes nada, Nairn —gruño, intentando recuperar el control—. Ella me eligió a mí.

Pero él solo se encoge de hombros, como si no le importara lo que diga.

—Por lo que a mí respecta no eras mucho mejor que Kester en este momento. Ella ha podido cambiar de opinión… de nuevo.

Las palabras de Nairn son como una maldita soga alrededor de mi cuello.. Estoy furioso, rabioso, pero también hay algo más.

—Ella es mi esposa —gruño entre dientes, como si las palabras pudieran despejar la ira que me ahoga.

Nairn me sostiene la mirada, su expresión imperturbable. No hay duda en sus ojos, solo esa maldita calma que me está volviendo loco.

—¿No crees que es lo mismo que pensaba Kester cuando ella te eligió a ti? ¿Que creía que ella siempre sería suya? —Nairn hace una pausa, su voz baja pero implacable—. Mira bien, Cormac. Porque lo que veo ahora es que ella no parece estar luchando. Y si la arrastras de vuelta, ¿crees que la vas a recuperar a la fuerza?

Mis puños se aprietan con fuerza, la furia sigue ahí, latente, pero la duda, esa maldita duda, me carcome por dentro.

—Ella es mía, Nairn. Y no voy a perderla.

—Mira, Cormac —dice, su tono seco, cortante—, ellos siempre han sido así. Kester y Lilias. Se entendían a la perfección antes de que tú entraras en su vida. Tú fuiste el que cambió sus sentimientos. Sin ti en la ecuación, es lógico que vuelvan a ser lo que eran.

.

—Si conseguí que cambiara de sentimientos una vez —respondo, con la voz baja y cargada de determinación —, puedo hacerlo otra vez.

Nairn me observa por un segundo, como si evaluara si estoy loco o simplemente desesperado, pero al final solo suelta una carcajada seca, sin rastro de humor.

—Vaya mierda de plan —dice, encogiéndose de hombros.

Los guardias siguen cerca, y no podemos arriesgarnos a acercarnos demasiado.

—Espera, mira —dice Nairn de repente, señalando con la cabeza hacia el claro.

Levanto la mirada justo a tiempo para ver a Kester alejándose, con el rostro tenso, enfadado. Su postura, rígida y derrotada, lo dice todo.

—Acaba de rechazarle —me explica Nairn en voz baja, con un tono casi despreocupado—. Y no parece la primera vez, si hacemos caso de la cara de frustración de Kester.

Mis ojos se clavan en Lilias, pero antes de que pueda procesar lo que está sucediendo, la veo moverse con rapidez, como si intentara hacer algo sin ser vista. Se dirige hacia las cuadras, de forma furtiva, y mi corazón da un vuelco al verla.

Pero entonces hace algo que me pone en alerta.

Mi corazón late con fuerza al ver cómo mira a su alrededor, asegurándose de que no la sigan.

Nos deslizamos entre las sombras, con pasos calculados y la respiración contenida. Me esfuerzo por no perderla de vista mientras su figura se mueve hacia la puerta de las cuadras, donde desaparece por un instante. Nos mantenemos a una distancia segura, ocultos mientras ella asoma de nuevo la cabeza, mirando a los lados, atenta a los guardias.

Cada uno de ellos camina de forma metódica, vigilando con precisión los alrededores del castillo de Varrich. Hay demasiado en juego para precipitarse.

Nairn se ríe, y no una risa ligera, sino una que casi lo dobla por la mitad. Su cuerpo tiembla, y está a punto de alertar a todo el castillo. Con los nervios a flor de piel, le doy una patada en la espinilla, con suficiente fuerza para que su risa se convierta en un alarido ahogado.

—¡Maldito idiota! —gruñe entre dientes, apretando la mandíbula para no gritar del todo. Pero su sonrisa sigue ahí, aferrada a su rostro como si no pudiera evitarlo.

—¿Qué mierda te hace tanta gracia? —le susurro furioso, echando un vistazo rápido.

El deseo de golpearlo es real, pero no puedo permitirme perder la concentración.

—Está tramando algo —dice Nairn, esta vez sin ese maldito tono burlón que siempre usa. Su expresión es seria—. Lo que estás viendo, Cormac, es a Lilias actuando. Estamos hablando de la mujer que se escapó del cabrón de Alec Sutherland y lo mató. —Hace una pausa, el veneno en sus palabras gotea lentamente—. Oh, lo siento, era tu hermano, ¿verdad?

Mis labios se tensan. Nairn, como siempre, sabe cómo meter el dedo en la llaga. Ha sido como un dolor en el trasero durante todo el camino hacia aquí.

—Cállate —gruño.

Él me observa de reojo, pero su sonrisa no se desvanece. Frunzo el ceño, mis pensamientos siguen nublados por el maldito beso, pero lo que dice Nairn tiene sentido. Lilias no haría algo así sin razón.

—¿Qué coño está haciendo? —gruño de nuevo, esta vez más bajo.

—Preparándose para algo —responde Nairn, finalmente, sus ojos fijos en ella—. Tal vez tenga pensado huir, pero no ahora mismo. Está dejando todo listo para cuando llegue el momento.

—Mierda —gruño, mis manos cerradas en puños mientras me esfuerzo por mantener la cabeza fría—. No estamos aquí para esperar —le corto, con la voz tensa—. Estamos aquí para sacarla.

Nairn me lanza una mirada de advertencia. Esa maldita expresión fría que usa cuando cree

que estoy perdiendo el control.

—Si intentamos algo ahora, nos descubrirán antes de llegar a ella —responde, señalando a los guardias que siguen vigilando con antorchas en la mano—. No estamos en posición de arriesgarnos. Esto no es un campo de batalla, Cormac. Si actuamos ahora, nos verán y tendremos que enfrentarnos a todos los hombres de Kester. Estás herido y yo solo tengo dos manos. No va a funcionar.

Nairn tiene razón, maldita sea. Mi mente quiere lanzarse a por ella, pero mi cuerpo sabe que no aguantaría una pelea directa en este estado.

—No he dicho que tenga que ser ahora —respondo, manteniendo mi tono bajo, con una rabia controlada—. Pero no podemos esperar a que ella lo haga por su cuenta. No voy a dejar que ella se ponga en peligro.

Él me lanza una mirada que podría partir una roca. Mi paciencia con él es tan fina como el maldito aire helado que nos rodea.

—¿De verdad, Cormac? —susurra con sarcasmo—. No tenía ni idea. Pensaba que íbamos a quedarnos mirando como idiotas mientras ella se encarga de todo.

Aprieto los puños con tanta fuerza que los nudillos se vuelven blancos. Es lo único que puedo hacer para no soltarle un puñetazo. Ahora no es el momento.

—Que yo sepa venías a eso, a observar.

Nairn se cruza de brazos, su expresión tan relajada que me pone de los nervios. Lo hace a propósito, lo sé. Siempre tiene que ser el maldito tipo calmado en medio de todo.

—¿Sabes? —dice con una sonrisa burlona que me hace hervir—. No sé si lo has notado, pero tú eres el único con prisas aquí. Ella no parece estar tirándose de los pelos ni pidiendo ayuda. De hecho, se ve más tranquila que tú, y eso que eres el que se supone debería estar liderando esto.

Lo fulmino con la mirada.

—No estamos aquí para discutir, Nairn. Vamos a entrar en ese maldito castillo. Nos disfrazaremos de comerciantes o lo que sea. Planeamos cómo hacerlo y la sacamos.

Nairn arquea una ceja, esa maldita expresión de superioridad que le hace parecer que se está divirtiendo a mi costa.

—Ah, ¿sí? ¿Disfrazados de comerciantes? Claro, porque tu cara no es lo bastante conocida, Laird Sutherland —dice con burla—. Estoy seguro de que nadie notará a dos jodidos tipos

sospechosos moviéndose como si fueran a robar algo... oh, espera, eso es lo que vamos a hacer.

—Por eso tú entrarás primero —respondo, casi escupiendo las palabras—. Tu cara no es la que todo el castillo quiere ver colgada de una pica.

—Ah, claro. Yo entro primero y luego te sigo el juego como un buen perrito faldero —replica con un brillo en los ojos que me invita a golpearlo—. ¿Sabes qué, Cormac? Eres todo lo que siempre odié en un líder: arrogante y cabezón. Lo peor es que eso podría matarnos a los dos.

Suelto una carcajada amarga, como si de verdad me importara lo que piensa de mí este tipo.

—¿Y qué prefieres? ¿Qué me quede mirando cómo Kester la besa cada maldita noche mientras tú te ríes como un imbécil? —miro a Nairn a los ojos, desafiándolo.

—Ah, así que ese es el origen de tus prisas —se burla Nairn, su sonrisa cada vez más ancha —. No quieres que ella descubra que le gustan más los besos de Kester que los tuyos.

—Estás jugando con fuego —gruño, mi voz baja y peligrosa—. Y cuando este asunto termine, te aseguro que nos las veremos tú y yo.

Él suelta una carcajada, sin mostrar el más mínimo rastro de preocupación.

—Prefiero no tener que volverte a ver la cara, sinceramente. Pero hasta entonces, te recomiendo que pienses con la cabeza, no con los cojones.

Me acerco un paso, lo suficiente como para sentir la tensión que crece entre nosotros. Mis puños siguen temblando, y me esfuerzo por no lanzarle un golpe.

Lo que más me molesta no es solo su maldita sonrisa burlona, sino que sabe cómo golpear justo donde duele. Pero antes de que pueda responder, Nairn alza una mano con aire despreocupado.

—Tranquilo, Cormac. No tienes que demostrarme que eres el más duro aquí. —Su sonrisa se agranda, casi desafiante—. Ya lo sabía. Eres tan terco que harías que una roca se diera por vencida antes que tú, pero si esto sale mal, la culpa será tuya —gruñe finalmente, con esa jodida sonrisa todavía en su rostro—. Vamos a disfrazarnos de comerciantes y tratar de no parecer los dos cabrones más evidentes del norte de Escocia.

—Perfecto —respondo, mi tono helado—. Y si tienes suerte, no tendrás que aguantar más mi maldita cara después de esto.



CAPÍTULO 40

El viento frío de las Highlands se cuela por las rendijas del abrigo que llevo, pero lo ignoro mientras montamos en silencio. Kester cabalga a mi lado, su perfil tenso, como si estuviera calculando cada uno de sus movimientos. Hasta ahora, he manejado la situación como mejor he podido, dándole la impresión de que estoy cediendo poco a poco, de que lo estoy recuperando. Pero no deja de ser Kester... sé que está tramando algo.

Hoy lo noto más distante. No sé qué pasa por su mente, pero el silencio es casi insoportable. Cabalgamos hacia la ladera, alejándonos un poco más del castillo,

Nos detenemos cerca del borde del bosque, donde calculo que termina el pasadizo. Un lugar lo bastante discreto para que nadie lo note, pero lo bastante lejos como para que mi plan funcione. Kester baja del caballo con la misma confianza de siempre, su postura relajada. Se cree invulnerable.

Le doy una palmadita al mío y saco del bolsillo un trozo de manzana que el animal devora enseguida. Este lugar tiene que grabarse en su memoria. Cuando llegue la hora de huir, este será el punto de encuentro. Si cada vez que lo traigo aquí le doy un premio, cuando lo suelte, vendrá solo en busca de su recompensa.

Kester se acerca aún más, me baja del caballo y sus dedos rozan mi barbilla y alza mi rostro para mirarme de cerca.

—Me estaba preguntado algo —dice de repente, rompiendo el silencio, su tono bajo y cargado de una tensión que no esperaba.

—¿Qué pasa? —pregunto, manteniendo mi tono lo más neutral posible mientras lo observo con el rabillo del ojo.

Veo algo oscuro en su mirada, algo que me pone en alerta. Algo que me llena de miedo.

—¿Y si Cormac no hubiese muerto? ¿Qué sentirías?

Mi cuerpo se congela por un instante, pero no muestro mi reacción. Me esfuerzo por mirar a Kester con un aire de curiosidad, como si la idea me pareciera absurda.

—¿A qué viene eso? —respondo, controlando mi voz.

—Simple curiosidad —contesta, aunque veo en sus ojos una chispa oscura. Se inclina hacia mí, su mano rozando mi mentón, obligándome a mirarlo. El silencio se prolonga, cargado de una tensión inquietante—. Si fuera cierto… si Cormac siguiera vivo, ¿querrías volver a su lado?

Cada fibra de mi ser quiere gritarle que sí, que lo haría sin dudar, que jamás podría elegirlo a él sobre Cormac. Pero me obligo a bajar la mirada, a dar un paso hacia el abismo que se abre entre nosotros.

—Kester… yo... —susurro, permitiendo que mi voz tiemble un poco, intentando mostrar la vulnerabilidad que sé que él espera ver—. Me equivoqué. Pensé que lo que sentía por él era real, pero ahora... ahora veo que me dejé arrastrar, atrapada en su tela de araña. —Alzo la vista hacia él, esforzándome por mostrar una determinación incierta, pero real—. Tú siempre estuviste ahí. Y eso es lo único que importa.

—Sí, yo estoy aquí. Yo soy quien te ha protegido todo este tiempo, quien te ha dado otra oportunidad. Incluso si tu embarazo se vuelve evidente, te protegeré. Yo me haré cargo de ti... y del niño, pero tendrá que parecer mío.

—Kester... —murmuro.

Él me observa, su expresión endurecida, pero con una chispa de lo que parece ser ternura retorcida.

—Lilias, no tienes que preocuparte de nada, pero no hay otra opción —dice, su voz más baja, casi en un susurro que me hiela la sangre—. Será mío, te lo prometo, pero… para eso tendremos que pasar la noche juntos, Lilias. No quiero que haya dudas. Esta noche y el resto de ellas, iré a tu habitación.

Mis músculos se tensan, pero consigo mantener la calma, incluso cuando sus palabras me llenan de repulsión. Mi piel se eriza y un frío helado me recorre la columna al imaginar a Kester tocándome. Lo veo acercarse más, su mirada oscura cargada de ese retorcido deseo que intenta disfrazar de amor.

—Kester... —susurro, tratando de mantener la compostura, fingiendo una vulnerabilidad que sé que él espera—. No estoy lista.

La sonrisa que se dibuja en sus labios es la de un hombre que cree tener todo bajo control.

—Lo estarás. Y todo será como debe ser entre nosotros. Y cuando termine, no habrá más dudas. Ese niño será mío, y tú también. Si quieres mi protección, entonces... haz lo que debes hacer.

Asiento débilmente.

Kester se inclina, rozando mis labios con los suyos. Me obligo a no retroceder. A soportarlo un poco más.

—Procura gritar, Lilias —dice, su aliento rozando mi mejilla, tan cerca que puedo sentir la perversidad en cada sílaba—. Como lo hacías con él.

Cierro los ojos por un momento, sintiendo que la desesperación amenaza con ahogarme. Siento el peso de la situación apretando mi pecho. Aunque la humillación y el miedo me inunden, me obligo a abrir los ojos y mirarlo. No puedo permitirme sentir... solo necesito sobrevivir.

Pero incluso cuando finjo... hay momentos, solo pequeños instantes, donde me pregunto si todo esto valdrá la pena. Si, cuando salga de aquí, volveré a ser la misma.



Mis pasos resuenan en el pasillo vacío, el eco de mis botas contra la piedra envuelve el aire denso de la fortaleza. Estoy a punto de llegar a mi habitación cuando, de repente, algo sólido choca con mi cuerpo y, antes de que pueda reaccionar, unas manos fuertes me agarran por los brazos, con fuerza, pero no con brutalidad. Siento la tensión en cada dedo que se aferra a mi piel, como si quienquiera que sea que me sostiene lo hiciera con una mezcla de urgencia y... familiaridad.

Mi respiración se detiene un segundo, y mi cuerpo entero se congela. Estoy a punto de gritar cuando una voz grave, baja y susurrante me llega al oído, recorriéndome la piel como un escalofrío.

—Ten cuidado, Gunn —murmura la voz.

El tono es profundo, tan íntimo que lo siento en los huesos, como si lo hubiera escuchado antes en mis sueños o... en mis pesadillas.

Mi corazón salta en mi pecho, y un temblor desciende por mi espalda. Esa voz... no puede ser.

Antes de que pueda reaccionar, un sonido en la distancia interrumpe mi confusión. Voces. Hombres. Se acercan por el pasillo.

Cuando busco girar y enfrentarme a la presencia detrás de mí, las manos que me sujetaban ya han desaparecido, y el peso del cuerpo contra el mío se desvanece como si hubiera sido solo una ilusión.

Me quedo inmóvil durante unos segundos, mis ojos recorriendo el pasillo vacío. El silencio es absoluto, tan espeso que casi puedo oír el latido acelerado de mi corazón en mis oídos. Pero la sensación de su cuerpo detrás de mí sigue presente, como una sombra que no se borra y la calidez de su aliento cerca de mi cuello aún persiste, aunque ya no haya nadie allí.

Mis manos se elevan instintivamente hacia mis brazos, donde esos dedos se aferraron a mí hace solo un instante, y mi piel aún hormiguea bajo el contacto fantasma.

—No... —susurro, con la voz temblorosa, casi sin aliento.

No puede ser... No puede ser él... Pero… hay pocos hombres tan altos, tan familiares, tan... Cormac.

Doy un paso atrás, mi espalda chocando con la pared fría mientras las voces de los hombres se hacen más claras, más cercanas. Me llevo una mano a los labios, tratando de calmar mi respiración, intentando recomponerme. No puedo permitir que nadie vea el caos en mis ojos, ni el desconcierto en mi rostro.

Los hombres doblan la esquina del pasillo, sus siluetas oscurecidas por la luz tenue de las antorchas. Mi cuerpo se tensa, pero ellos no se fijan en mí, al menos no más allá de una mirada fugaz. Se ríen entre ellos, ajenos a mi tormenta. Uno de ellos me lanza una sonrisa burlona, pero siguen caminando sin detenerse.

Camino hacia mi habitación con la cabeza llena de pensamientos, pero mi cuerpo aún tiembla. Esa voz, esa maldita voz que reconocería en cualquier parte… Gunn.

Cierro la puerta detrás de mí con un nudo en la garganta. Mis piernas tiemblan. Me apoyo en la madera fría, respiro hondo intentando asimilarlo.

Pero la pregunta sigue girando en mi mente: ¿Fue real? ¿Fue de verdad él?

—Cormac... —murmuro, mi voz es apenas un aliento, roto por la desesperación y la esperanza. Siento que me desmorono, que el mundo entero se desploma mientras me aferro al vacío.



CAPÍTULO 41

El castillo de Varrich se alza oscuro y amenazante a mi alrededor. El frío cala en mis huesos, pero lo ignoro. No hay vuelta atrás. Voy a sacarla. He esperado el momento adecuado, he acechado, planeado y ahora estoy dentro. Ya no puedo perder más tiempo.

La paciencia nunca ha sido una de mis virtudes, y esta espera está a punto de arrancarme la cordura.

Mis ojos siguen fijos en las ventanas de la torre. Ahí está ella, en algún lugar, prisionera entre esas paredes que me dan asco. Lilias. La imagen de su rostro no me abandona, ni su risa, ni la maldita desesperación que sentí cuando creí haberla perdido. La tuve tan cerca antes... demasiado cerca. Maldita sea, sigue siendo mía.

Pero no estoy solo. Nairn está a mi lado, siempre vigilante, con su eterna calma y esa actitud de que todo puede esperar. Me ha convencido de no actuar antes, de no precipitarme.

—¿No puedes controlar tus malditos impulsos ni un segundo? —La voz de Nairn me saca de mis pensamientos. Lo miro de reojo mientras se acerca en silencio por detrás—. Si no puedes esperar para tocarla, al menos ten la decencia de no joder el plan que, por cierto, no es muy brillante, pero es lo único que tenemos.

Le lanzo una mirada asesina, pero él no se inmuta.

—Cállate —gruño, manteniéndome en las sombras. Mis ojos no se apartan de las ventanas —. Era necesario. Tenía que saber cómo está.

Nairn suelta una risa baja, burlona.

—¿Cómo está? —repite, como si las palabras fueran un chiste—. Vamos, Cormac, no te engañes. La viste de lejos, ya lo sabías. ¿O era algo más lo que necesitabas comprobar? Tal vez comprobar si sigue queriéndote. Parece que le ha cogido gusto a besar a Kester.

Me tenso. La sangre me sube a la cabeza y por un segundo me debato entre ignorarlo o partirle la cara aquí mismo. Pero no tengo tiempo para su maldita ironía.

—Está embarazada.

El silencio que sigue es pesado, cargado de una tensión que nunca antes había sentido con Nairn. Por primera vez, su sonrisa se desvanece.

—¿Cómo demonios lo sabes? —pregunta, su tono ya sin rastro de burla.

—Lo vi. La forma en que se movía, cómo protegía su vientre sin darse cuenta. No es la misma Lilias de antes. Está cuidándose por algo... o por alguien. Es más cautelosa.

Nairn me observa, su mirada penetrante, como si intentara leer en mis ojos si lo que digo es cierto o simplemente el deseo de un hombre desesperado. Pero no necesito su aprobación. Lo sé. Lo siento. Es mi hijo.

—¿De Kester? —pregunta con sequedad, sin medir sus palabras.

—No. Es mío. Estoy seguro. Puse mucho empeño en ello.

—No quería saber tanto, Cormac —gruñe Nairn, con una mueca de asco evidente.

—Pues no haber preguntado estupideces —le respondo en voz baja. Mi paciencia está al límite, y no tengo tiempo para su incomodidad—. Ese hijo es mío.

Se queda callado un segundo antes de reír entre dientes.

—Joder, vaya manera de complicarlo todo. Entonces ya no es solo una cuestión de sacarla de ahí, ¿eh? Tenemos que hacerlo bien. No podemos correr riesgos.

—Eso lo sabía desde que llegamos —le corto, con la mandíbula apretada.

—Por eso debemos ser inteligentes, no unos imbéciles impulsivos —responde, más serio ahora, pero sin perder ese maldito tono de superioridad que tanto odio—. Kester la tiene vigilada en todo momento. Pone dos guardias fuera de su puerta cada noche. Tendremos que liquidarlos sin causar alboroto.

—Hay un cambio de turno justo antes del amanecer. Tenemos que hacerlo con tiempo antes de que lleguen los nuevos. La cocina no está cerca de su habitación y debemos asegurarnos de que no haya nadie que pueda vernos cuando utilicemos el pasadizo. El camino hasta allí será complicado. Debemos ocultarnos bien.

Nairn asiente lentamente, asimilando el plan. Ambos sabemos que no será fácil, pero es nuestra única oportunidad. La entrada al pasadizo está en las cocinas, y hemos visto cómo uno

de los sirvientes lo utiliza de vez en cuando para contrabandear comida y suministros. Esta noche, usaremos ese camino.

Nairn se inclina ligeramente hacia adelante, cruzando los brazos sobre el pecho, su mirada fija en las sombras que cubren el castillo. Siento su presencia junto a mí como una piedra en el zapato. Irritante, pero necesaria.

—¿Y qué harás si no es tuyo? —pregunta en voz baja, rompiendo el silencio, como si no pudiera resistirse a clavar la aguja donde más duele—. Ya sabes, si Kester ha sido más... diligente de lo que piensas.

—No es de él —respondo, con los dientes apretados. Mi control se desmorona más rápido de lo que quisiera admitir—. Y, si lo fuera, no me importa. Será mío, en cualquier caso.

—Qué maravilla de plan de futuro, Cormac. Seguro que Lilias estará encantada de saber las pocas opciones que le dejas.

—Cállate de una maldita vez —gruño. Pero no puedo evitarlo. En mi mente se forma la imagen de Lilias, esa mirada desafiante que solía lanzarme cuando nuestras peleas terminaban en la cama. Sé que en el fondo... sigue siendo ella, sigue siendo mía. Kester no tiene ni idea de lo que está manejando.

Nairn sigue con la mirada fija en la oscuridad, pero parece perdida en otro lugar. Luego, sin girarse hacia mí, su voz sale más suave, casi reflexiva.

—¿Sabes por qué decidí que, a pesar de todo, Lilias estaría bien contigo? —dice, sus palabras inesperadamente serias, llenas de algo que no reconozco en él.

Lo miro, desconcertado. Él jamás se abre de esta manera.

A la defensiva, solo gruño un «¿y qué demonios tiene eso que ver ahora?», pero él sigue hablando, ignorando mi provocación.

—Porque, aunque Lilias y tú sois un desastre juntos... tenéis algo que nunca he visto en nadie más. Algo que ni siquiera Kester, con toda su maldita devoción, podría darle. —Hace una pausa, como si pesara sus palabras con cuidado—. Cuando ella te mira, incluso en los peores momentos, no veo miedo, ni desesperación, ni siquiera el odio que creía que sentiría siempre por los tuyos. Ni siquiera resignación o furia, aunque sé que la haces enfurecer. Lo que veo es vida, Cormac.

Me quedo en silencio, procesando lo que acaba de decir. Vida. ¿Qué demonios se supone que significa eso? Nairn me lanza una mirada rápida, casi como si no esperara que lo entendiera.

—Con Kester, puede que haya tenido comodidad, seguridad, hasta estabilidad, si quieres verlo así. Pero cuando está contigo... es como si el mundo se abriera bajo sus pies, pero en lugar de caer, aprendiera a volar. Como si no existiera nada más. Ni las paredes del castillo, ni los planes de los demás, ni siquiera su propio miedo. —Sus palabras son tranquilas, pero cada una golpea como una piedra—. Eso, Cormac, es lo que te diferencia de todos los demás en su corazón. No se trata de control ni de posesión. Se trata de lo que le haces sentir: que está viva. Como si solo contigo pudiera ser lo que realmente es. Porque, por mucho que le fastidies, eres el único que no la limita. Con ella eres igual de cabezón, igual de terco y te atreves a empujarla a ser ella misma.

Noto un nudo formarse en mi garganta, inesperado, incómodo. Mierda. No sé cómo responder a eso.

—Te ha debido costar mucho tragarte todo ese orgullo —murmuro, casi en un susurro, mis ojos clavados en… nada. He sabido, en el mismo segundo en que lo ha dicho, que lleva razón. Siempre ha sido algo más entre nosotros. Algo más que el hecho de que sea mía porque es mi esposa, más que deseo. Más que la simple necesidad de que ella esté a mi lado, pero no pienso decírselo a él. Que le jodan por sabiondo.

Nairn se aparta ligeramente, sacudiendo la cabeza con una sonrisa pequeña, apenas perceptible.

—Lo único que necesitas para que se quede... es recordarle que, contigo, puede volar. Y eso es algo que Kester nunca le podrá dar.

Nairn sigue ahí, observando, esperando que le dé una respuesta.

—Recuérdame que necesito para que tú desaparezcas de mi vista y dejes de meter las narices donde no te llaman.

Suelta una carcajada baja, ese tipo de risa que arrastra desde lo más profundo, como si le divirtiera verme a punto de explotar.

—Joder, qué ganas de partirte la cara —dice, entre dientes, sin molestarse en disimular la sonrisa que se le dibuja en los labios.

—Hazlo cuando quieras, pero te advierto que el que va a acabar en el suelo serás tú —le respondo, con una media sonrisa mientras lo miro de reojo—. Y no prometo tener piedad.

Él sacude la cabeza, todavía riendo, como si no pudiera resistirse a seguir echando leña al fuego.

—Lo dices como si nunca te hubieran dado una buena paliza —contesta, alzando una ceja—.

Aunque, claro, tú siempre tienes que asegurarte de devolver el doble de lo que recibes. No sabes hacer nada a medias, ¿eh?

Me río por lo bajo, incapaz de evitarlo. Nairn siempre sabe cómo hacerme soltar algo de tensión, incluso cuando estoy a punto de explotar incluso por su culpa.

—A veces no basta con ganar —respondo, mirándolo de reojo—. Hay que dejar claro que no vale la pena intentarlo otra vez.

Nairn resopla, todavía sonriendo, y me lanza una mirada llena de ese sarcasmo tan suyo.

—Ya veo. Y por eso sigues vivo. —Hace una pausa, como si lo estuviera considerando—. Pero te diré algo, cuando todo esto termine, lo primero que haré será buscarte para darte el golpe que te debo. Uno bueno, que te haga pensar dos veces antes de abrir esa bocaza.

Me río, esta vez de verdad, notando cómo la tensión se desvanece un poco. Es curioso cómo, incluso en medio de todo esto, Nairn siempre sabe cómo mantener las cosas ligeras.

—Te lo dejo fácil —le digo, con una sonrisa torcida—. Cuando terminemos con esto, si seguimos vivos, te dejo que lo intentes.

—Lo espero con ansias —responde, sacudiendo la cabeza y volviendo a centrarse en las sombras del castillo.



CAPÍTULO 42

El aire en la habitación se siente denso, cargado de un nerviosismo que no me deja respirar bien. Camino en círculos, incapaz de estar quieta. Kester vendrá esta noche. Lo dijo con esa mirada que me heló la sangre.

No puedo evitarlo. Lo sé. Él no vendrá solo a hablar.

Miro la puerta como si fuera a abrirse de golpe en cualquier momento, con esa pesada sensación en el pecho que no me deja respirar bien. Me paso una mano por la frente, apartando un mechón de cabello húmedo de sudor. Mi mente está corriendo a toda velocidad, buscando una salida, un plan. Algo. No me queda mucho tiempo. Cuando Kester entre aquí, todo cambiará, y no de la manera que quiero. Me obligo a respirar, a mantener la cabeza fría. Debo estar lista.

Mis ojos se posan en la pequeña ventana, apenas una rendija que deja entrar el frío de las Highlands. Afuera, la noche ha caído como una manta pesada, oscura, impenetrable.

Cormac. No debería pensar en él. No ahora. Pero la idea de que pueda estar cerca, como un lobo acechando desde las sombras, me da algo que no quiero admitir: esperanza.

¿Pero y si me he equivocado? ¿Y solo ha sido mi imaginación jugando conmigo la que ha creído escucharle?

Me obligo a dejar de caminar en círculos. Miro la ventana una vez más, como si pudiera divisar su figura en la oscuridad. No hay nada. Nadie. Solo mi mente jugando con mis deseos. Sé lo que vi la última vez que Cormac y yo estuvimos juntos. La herida, profunda, desgarrando su piel como una marca de la muerte misma.

Mis dedos rozan el borde del escritorio, buscando algo en lo que aferrarme, pero la verdad es que esta noche estoy sola. Completamente sola.

Kester no va a esperar más. Lo ha dejado claro. Y yo… yo no tengo opciones. Me paso la

mano por la frente, sintiendo el sudor frío en mi piel. ¿Qué voy a hacer si no logro convencerlo de que me deje en paz esta noche? Sé que su paciencia se ha agotado, que las excusas que he usado hasta ahora ya no lo detendrán. Esta vez no habrá palabras suaves que me salven. Tendré que... entregarme a él.

El pensamiento me revuelve el estómago. Durante días, me había convencido de que podía soportarlo. De que, en el fondo, no tenía más opción. Sería simplemente un sacrificio más en mi lucha por sobrevivir.

Y, en medio de mi desesperación, he intentado encontrar dentro de mí algún rastro de lo que una vez sentí por él. Me he esforzado por recordar el cariño, el deseo, lo que en algún momento me pareció amor... Pero no queda nada. Nada salvo un vacío helado que solo esconde odio. Lo odio por el monstruo en el que se ha convertido, lo odio por su crueldad, por la forma en que parece disfrutar del poder que tiene sobre mí, como si mi miseria fuera su trofeo.

Pero, sobre todo, lo odio por haberme dejado sola. Por haber asesinado a Cormac y, con él, cualquier esperanza. Porque si bien no podía ofrecerme libertad, Cormac me daba un propósito, un lugar donde ser yo misma sin reservas. Kester me lo arrebató todo, dejándome vacía y atrapada en esta celda disfrazada de castillo.

Mis labios tiemblan, y el miedo que había logrado contener durante días empieza a hacerse más grande. Si Cormac estuviera vico y supiera lo que me espera esta noche, ¿podría soportarlo? Siempre hemos tenido una conexión más allá de lo físico, algo más profundo. Pero la duda me carcome. Él era un hombre de pasiones intensas, capaz de amar y odiar con la misma furia.

¿Sería capaz de perdonarme?

Camino hacia la ventana y apoyo la frente contra el cristal frío. Afuera, todo está en calma. Demasiada calma. La noche está cerrada, sin luna, sin estrellas.

El sonido de la puerta al abrirse me sobresalta. Mi cuerpo se tensa instintivamente, y sé quién es incluso antes de verlo. Kester entra sin molestarse en golpear.

—Retiraos por esta noche —ordena a los guardias de la puerta.

Oigo los pasos de los guardias alejarse, y en cuanto la puerta se cierra de nuevo, el silencio en la habitación se vuelve abrumador. Mi garganta se seca. Mis manos tiemblan, pero las escondo entre los pliegues de mi falda, obligándome a respirar hondo.

—Ya sabes lo que quiero —continúa, avanzando lentamente, como si disfrutara al ver la tensión en mi rostro—. No veo ninguna razón para que no puedas darme lo mismo que le diste a él cuando estabas enamorada de mí.

—No soy la misma de antes, Kester —respondo, mi voz apenas un susurro—. Las cosas han cambiado.

—Eso es lo que me preocupa —murmura, acercándose aún más, su mirada fija en la mía—. Que todo ha cambiado, Lilias.

Me esfuerzo por no mostrar debilidad, pero Kester se inclina hacia mí, su aliento rozando mi mejilla mientras susurra:

—Esta noche, Lilias, vas a tener que decidir.

Me obligo a sonreír, una sonrisa que no llega a mis ojos, pero que sé que él verá como una señal de rendición. Y entonces lo hago. Paso mis brazos lentamente por su cuello, acercando mi cuerpo al suyo, sintiendo cómo su respiración se acelera al notar mi proximidad. Su expresión cambia, se suaviza, y en su mirada veo esa confianza arrogante de que ha ganado.

—Ya lo he decidido —susurro, con una voz suave, casi dulce, mientras mis labios se acercan a los suyos.

No es que Kester no sea atractivo. Lo es. Durante mucho tiempo, antes de todo esto, antes de Cormac, lo vi como el hombre más guapo del mundo. En otro tiempo, en otra vida, yo habría hecho cualquier cosa por tener su atención, por sentirme deseada por él. Hubo un momento en que su mirada podía hacerme temblar, en que creía que nunca podría querer a nadie más como lo quería a él.

Pero eso fue antes de Cormac.

El recuerdo de Cormac se me viene a la mente como un relámpago, y todo lo que siento por él se sobrepone a este momento, a Kester y a lo que alguna vez creí que significaba. Porque al lado de Cormac, todos los demás hombres palidecen.

Mi piel está helada, y aunque la cercanía con Kester me asfixia, sigo adelante. Tengo que hacerlo. Porque si quiero salir de aquí, si quiero tener alguna oportunidad de escapar, no puedo mostrarle debilidad.

Kester se inclina sobre mí, y antes de que pueda reaccionar, sus labios rozan mi cuello. El contacto es suave, calculado, pero lejos de provocarme deseo, solo siento un vacío frío apoderándose de mí. Me esfuerzo por controlar mi respiración, manteniendo mis manos firmes sobre su nuca mientras él sigue bajando, reclamando mi piel como si le perteneciera.

Sus labios avanzan hacia mi escote, y siento sus dedos deslizándose lentamente por el borde de mi camisa de lino. Su gesto es lento, casi ceremonioso, como si disfrutara prolongando este momento. Baja la tela por mi hombro, dejando al descubierto un pecho. El aire frío de la

habitación golpea mi piel, en contraste con el calor de su aliento.

Mi cuerpo responde de manera automática, pero mi mente está lejos. Cada segundo con Kester se siente como una traición. No puedo ceder, no por esto. Cierro los ojos un instante, luchando por mantener la calma. Kester baja la cabeza, besando la curva de mi pecho.

—Por fin lo que me pertenece —murmura, sus labios rozando mi piel.

Me tumba con facilidad sobre la cama y se coloca sobre mí entre mis piernas. Tan excitado que puedo sentir su erección presionándome. Intento mantener la mente enfocada en el objetivo. Pero, conforme su mano avanza por debajo de mi camisa, siento todo como una traición a lo que soy. Mis labios tiemblan, las lágrimas empiezan a brotar sin que pueda controlarlas. Todo está mal.

Él lo nota y para sorprendido.

—¿También lloraste con él la primera vez, Lilias? —murmura, sus dedos acariciando la piel desnuda de mi muslo.

Mi corazón late desbocado. Pienso en aquella primera vez con Cormac, en lo diferente que fue. No fue un acto de deseo desbordado, no hubo la pasión que él y yo compartimos después. Solo fue... un acto necesario, algo que debía hacerse para consumar nuestro matrimonio. No me pidió más de lo que debía, y esa noche, no fue mi corazón lo que entregué, sino algo mucho más simple.

—Él no me exigió nada —digo al fin, mi voz rota, apenas un susurro—. Solo hizo lo que debía.

—¿Nada? —repite, como si mis palabras lo hubieran herido de alguna manera—. Cormac tomó tu virginidad. ¿Y crees que eso no significa nada?

Sus palabras se clavan en mí, pero no en la manera que él espera. Porque sé que esa noche con Cormac fue solo el principio. Lo que construimos después, lo que sentí en los días siguientes, es lo que de verdad me hizo suya. Kester nunca podrá entenderlo.

Kester me mira, inmóvil durante un instante, su mano detenida en mi muslo. La habitación está en completo silencio, y por un momento parece que el mundo entero ha dejado de girar. Pero no se detendrá. Kester hará lo que ha venido a hacer. Y yo, yo tendré que seguir adelante, aunque mi alma se desmorone en mil pedazos.

Mis lágrimas siguen cayendo, mientras Kester busca su sexo con su mano, listo para tomar lo que siempre ha creído que es suyo.

Y en mi interior, la desesperanza me ahoga.

Justo en el momento en que Kester se inclina sobre mí, el sonido ensordecedor de la puerta al abrirse bruscamente me corta el aliento. Kester se detiene, congelado y yo también. Mis ojos, aún llenos de lágrimas, parpadean rápidamente tratando de asimilar lo que acaba de suceder.

El aire se vuelve pesado, la tensión irrompible. El crujido de las bisagras resuena en la habitación como un trueno, y entonces lo veo.

Cormac.

Está ahí, en el umbral, sus ojos oscuros fijos en nosotros, pero no en Kester, sino en mí. Toda la furia del mundo parece concentrarse en su mirada, pero bajo esa ira, veo algo más.

El mundo parece detenerse. Mi respiración se corta, y mi corazón… mi corazón se acelera con una fuerza que me hace doler el pecho. Ahí, frente a mí, está Cormac. Vivo. Tan real, tan notable que me cuesta creerlo. Todo lo que había dado por perdido, todo lo que pensaba que jamás volvería a ver, está ahí, mirándome.

Siento cómo mis lágrimas, esas que derramé de impotencia, se convierten en algo distinto, en una mezcla de alivio y asombro.

Kester se levanta de inmediato, apartándose de mí, pero no lo suficiente. Noto cómo se tensan sus hombros, intentando mantener el control de la situación. Pero Cormac está más allá de lo que cualquier palabra podría calmar. Su mirada se clava en Kester como un cuchillo afilado.

Nairn entra detrás de Cormac, con la cara pálida, y su voz se quiebra cuando finalmente habla.

—Dios santo, Cormac... —Su tono es bajo, lleno de desesperación—. Se supone que debíamos ser discretos.

Pero entonces ve la escena frente a él. Sus ojos pasan de Cormac a mí, y su expresión se desmorona cuando me ve, a medio vestir, expuesta, con lágrimas en las mejillas. La comprensión llega como un golpe brutal. Nairn traga saliva, la tensión visible en su mandíbula cuando mira a Kester, su antiguo amigo.

—Lilias... —susurra Nairn, incrédulo.

El silencio que sigue es espeso, como si el mundo entero se hubiera detenido.

—Aléjate de ella —dice Cormac, su voz es baja, controlada, pero más peligrosa que nunca.

Kester retrocede un paso, pero intenta recomponerse, aferrándose a la arrogancia que siempre lo ha definido.

—¿Cómo te atreves a irrumpir aquí? —escupe Kester, tratando de ocultar su miedo detrás de una fachada de rabia—. No tienes ningún derecho...

—Soy su esposo —interrumpe Cormac, acercándose un paso más, su mirada fija como el acero—. Tú eres el único que ha perdido cualquier derecho a seguir respirando.

Cormac avanza como un lobo que ha encontrado a su presa. En un abrir y cerrar de ojos, lo empuja contra la pared, su brazo fuerte presionando el cuello de Kester contra la piedra. La furia que ha estado conteniendo todo este tiempo finalmente estalla en cada fibra de su cuerpo. Kester forcejea, sus manos tratan desesperadamente de soltarse del agarre, pero no tiene el poder ni la fuerza para liberarse. Cormac está decidido, su mirada es de pura rabia.

Con una furia ciega y desesperada, Kester levanta sus brazos, intentando liberarse del implacable agarre de Cormac.

—¡Maldito seas! —gruñe Kester entre dientes, sus manos golpeando el torso de Cormac mientras lucha por respirar—. ¿De verdad crees que... puedes... matarme?

—No, fuiste tú el que creyó que podía matarme, MacKay.

Los dedos de Cormac aprietan con más fuerza, haciendo que el cuerpo de Kester se tense y su respiración se vuelva más desesperada. Pero Kester, impulsado por el instinto de supervivencia, consigue empujar con fuerza su rodilla hacia el abdomen de Cormac, haciendo que éste suelte un gruñido de dolor.

Por un segundo, ambos retroceden, forcejeando en una danza mortal de pura fuerza y odio. Kester logra empujar a Cormac hacia un lado, soltándose del agarre, y con un brillo de rabia en sus ojos, se lanza hacia él, levantando los puños.

—¡Tú nunca...! —grita Kester, pero no termina la frase. Cormac lo detiene de un golpe seco en el estómago, su fuerza implacable, su mirada inquebrantable.

Kester se dobla hacia adelante, tosiendo y luchando por mantenerse en pie, pero Cormac no le da tregua. En un movimiento rápido, lo toma por la nuca y lo empuja de nuevo contra la pared. Esta vez, Cormac no vacila. Con una fuerza brutal, aprieta sus dedos alrededor del cuello de Kester.

—Hazlo rápido —le exige Nairn, su voz dura, sin emoción.

Nairn se mueve hacia mí, sin mirar a Kester. Me tiende una manta y la coloca con cuidado sobre mis hombros, cubriendo mi piel expuesta. Su gesto es firme pero protector, como si quisiera borrar lo que acaba de suceder, como si con la tela pudiera devolverme algo de dignidad.

Lo veo en su mirada: él también ha llegado al límite. Lo que fue entre él y Kester ha muerto junto con la traición de su antiguo amigo.

Me aferro a la manta, mis manos temblorosas. El frío de la habitación ya no es lo único que me estremece; es el miedo, la tensión, y la certeza de que, pase lo que pase ahora, nada volverá a ser igual.

Cormac aprieta los dientes, su mirada sigue fija en Kester, los dedos firmes en el cuello de su enemigo. No vacila. Sabe que no puede dejarlo vivir. No después de todo lo que ha hecho, no después de lo que estuvo a punto de hacerme. Kester ha sido una amenaza durante demasiado tiempo, y este es el único desenlace posible.

El último aliento de Kester se escapa con un sonido ahogado. Su cuerpo se queda inmóvil, y el cadáver se desploma en el suelo con un golpe seco. El silencio que sigue es espeso, tan denso que se siente como si todo el castillo estuviera conteniendo la respiración.

Nairn cierra los ojos por un momento, respirando hondo, como si intentara asimilar lo que acaba de suceder. Yo contengo el aliento. Luego, sin decir una palabra, me envuelve más con la manta, asegurándose de que estoy bien protegida.

—Es hora de irnos —murmura Nairn, su voz apagada, mientras ajusta la manta alrededor de mis hombros, protegiéndome de la escena.

Pero yo no puedo dejar de mirar a Cormac, quien sigue de pie, temblando, con los ojos clavados en el cuerpo de Kester.

Entonces, su mirada se dirige hacia mí, y lo que veo en sus ojos no es solo preocupación o alivio. Es algo más oscuro. Hay rabia, pero también dolor.

Su silencio es peor que cualquier palabra que pudiera decirme. Siento su mirada en mí, ese juicio silencioso que me parte en dos. Se aparta de Kester y avanza hacia mí, su mandíbula tensa, sus puños aún apretados. Pero no dice nada. No me pregunta, no me exige una explicación. Solo me mira.

No sé qué decir. No sé cómo calmar la tormenta que veo formándose detrás de sus ojos. ¿Cómo explicarle que no tuve elección? ¿Que estaba jugando con Kester, intentando mantenerlo tranquilo para no me destruyera? Pero ese silencio entre nosotros se alarga, se vuelve pesado, insoportable.

—Cormac... —Mi voz es apenas un susurro, pero no me atrevo a decir más. No puedo soportar la idea de que él crea que cedí más de lo que estaba dispuesta a dar.

Él, en silencio, me agarra del brazo, no con brusquedad, pero con la fuerza suficiente para

hacerme sentir el peso de su frustración.

—No quiero saberlo ahora —dice finalmente, su voz baja, contenida, mientras me mira a los ojos—. No puedo.

Mis labios tiemblan, pero no respondo. No sé qué decir. El dolor en su voz, en su expresión, es más de lo que puedo soportar. Me cubre con su capa, como siempre ha hecho para protegerme.

—Vamos —repite Nairn, su tono más firme ahora, sacándonos de la quietud que se ha instalado entre Cormac y yo.

Nos movemos juntos hacia la puerta. Cormac camina a mi lado, su mano en mi brazo, pero no me mira de nuevo. Solo está atento al camino y los posibles obstáculos.

Pero está aquí. Herido, maltrecho, y aun así ha venido por mí, ha llegado justo cuando pensé que estaba traicionándome a mí misma. No puedo dejar de mirarlo, de observar cada movimiento, cada respiración. Él está vivo, después de todo lo que ha pasado. El miedo que me había consumido durante días, pensando que lo había perdido para siempre, se disipa al verlo tan cerca.

Él es todo lo que he deseado y más. Todo lo que he temido perder y ahora, con él a mi lado, no sé cómo reparar lo que Kester ha hecho, no solo a mi cuerpo, sino también a su confianza. La duda en su mirada, la incertidumbre de si fue solo esta vez o si hubo más... Esa sombra nos rodea, ahogándonos a ambos.

Sigo observándolo, estudiando cada línea de su rostro. Las cicatrices de la batalla están allí, visibles no solo en su cuerpo, sino también en la manera en que evita mirarme, en cómo sus hombros están tensos, cargados de todo lo que aún no ha dicho. El Cormac que conozco es un hombre de pocas palabras, pero esta vez el silencio es distinto. Está herido, por dentro tanto como por fuera.

Dejamos atrás el cadáver de Kester y, con él, una parte de nosotros que quizás no podamos recuperar.



CAPÍTULO 43

Cada vez que escuchamos pasos o voces, Cormac me envuelve, interponiendo su cuerpo entre el peligro y yo. Cuando cruzamos un pasillo amplio, me pega contra la pared, cubriéndome con su capa, sus ojos fijos en el final del corredor. Avanzamos, y cada esquina que doblamos, cada rincón oscuro, Cormac lo revisa primero, con un instinto protector que me asombra.

Finalmente, llegamos a la puerta de las cocinas. Me sujeta por la cintura y me indica con un gesto que guarde silencio. El frío de la piedra contra mi espalda se siente tan real como el calor de su mano. Apenas entra, empuja la puerta con cuidado y me guía hacia un rincón, donde el pasadizo secreto se esconde tras unos barriles apilados. Sin hacer ruido, mueve los barriles a un lado.

—Ve primero —dice en voz baja, mirándome por fin a los ojos, con una intensidad que me hace temblar.

Asiento y me deslizo dentro del pasadizo, sintiendo el frío y la oscuridad cerrarse a mi alrededor. Él entra detrás de mí, y luego Nairn, tapando la entrada con cuidado antes de seguir avanzando. La mano de Cormac roza la mía en la penumbra, asegurándose de que sigo a su lado.

Finalmente, una luz tenue se cuela al final del corredor. Acelero el paso, sintiendo el corazón en la garganta, hasta que el pasadizo se abre a una salida oculta entre unos arbustos cubiertos de escarcha. Salimos al abrigo de la noche. El aire frío me golpea la piel y, por un instante, respiro hondo, agradeciendo el cielo despejado y el silencio del exterior.

Dos caballos esperan bajo la sombra de un árbol, sus respiraciones formando pequeñas nubes en el aire helado. Nairn hace una señal hacia las monturas. Sin palabras, Cormac me ayuda a subir al suyo y él se sienta detrás.

En medio de todo el caos, siento una punzada en el pecho. Nada de lo que había planeado, todas las mentiras que estaba dispuesta a decirle a Kester, la sumisión que había intentado

aparentar... nada de eso fue necesario. Cormac ha venido.



Nos alejamos de Varrich al galope, sin descanso, avanzando por senderos apenas visibles bajo la luz tenue de las estrellas. Cormac mantiene el ritmo sin una palabra, su mirada fija en el camino. La noche es fría y silenciosa, y el peso de lo que dejamos atrás parece extenderse por el aire.

El terreno se vuelve más abrupto y las sombras de los árboles nos envuelven en el paso angosto. Respiro hondo, el aire helado ardiendo en mis pulmones, y vuelvo la vista hacia atrás, hacia el perfil de Cormac, implacable sobre su montura, con la mandíbula tensa y su cuerpo rígido.

A lo lejos, entre las sombras de los árboles, diviso una hendidura en la ladera de una colina, apenas visible en la penumbra.

—Aquí haremos un alto —dice Cormac al fin, su voz profunda, sin rastro de suavidad.

La cueva está oscura y húmeda, pero nos protege del viento que afuera corta como cuchillas de hielo. Cormac enciende un fuego con habilidad, y en cuanto las llamas se alzan, el espacio se inunda de una calidez tenue y envolvente que contrasta con la frialdad que ha pesado entre nosotros desde que salimos del castillo.

Nos sentamos alrededor de la fogata, Nairn a un lado, en silencio, y Cormac frente a mí. Apenas me dirige una mirada fugaz, como si no pudiera soportar el peso de lo que ha presenciado ni de las preguntas que todavía quedan suspendidas entre nosotros.

Nairn nos observa con una ceja levantada, alternando la mirada entre nosotros como si estuviera al borde de un estallido. Su paciencia parece agotada, y no tarda en romper el silencio con una voz cargada de sarcasmo.

—Esto es muy conmovedor. El gran Cormac, héroe vengador, enfurruñado. ¿Podéis dejar de miraros como si fuerais a arrancaros la cabeza y aclarar de una vez qué demonios está pasando?

Porque yo, de veras, estoy hasta los malditos huevos.

Cormac lanza una mirada letal hacia él, pero Nairn solo sonríe, con esa calma que siempre lo rodea y que, sé, exaspera a Cormac hasta la médula. Su mirada regresa a mí, y siento el peso de su desconfianza, de la herida profunda que le he causado.

—¿De verdad necesitas una explicación, Nairn? —responde Cormac, con la voz tan fría como el aire que se filtra en la cueva—. Dime, Lilias, ¿de verdad creíste que no iría por ti?

—¿Y cómo iba a saberlo? —mi voz es un susurro, pero no tiembla. Lo miro a los ojos, enfrentando su furia—. Pensaba que estabas muerto, ¿qué iba a hacer? ¿Sentarme a esperar? Cormac, necesitaba que confiara en mí para poder salir de allí.

Cormac se ríe, una risa dura y amarga, que no alcanza a sus ojos.

—¿Debería entenderlo? —repite, como si las palabras le supieran a veneno—. Claro, Lilias, esa era la solución perfecta, entregarte a él.

Nairn, apoyado contra la pared de la cueva, observa la escena con una mezcla de incredulidad y cansancio. Finalmente, niega con la cabeza y alza la voz, dejando caer sus palabras con absoluta desfachatez.

—Estaba en manos de un maldito perro como Kester, ¿qué diablos esperabas que hiciera? ¿Rezar por ti? ¿Esperar que el fantasma del amor eterno fuera a salvarla? ¿Tirarse por una ventana antes de dejar que él la tocara y luego ser un fantasma rencoroso como Helen Gunn? Aunque entiendo… que su decisión destrozaría a cualquier hombre que la amara.

—No es que quisiera... no es que planeaba... —Siento que las palabras me fallan. Bajo la mirada, sintiendo su dolor como una herida abierta.

Cormac niega con la cabeza, su voz baja pero cortante.

—Planearlo o no, Lilias, estuviste a punto de hacerlo. ¿Qué clase de fe tienes en mí, Lilias? Te hice saber que estaba ahí. Me acerqué a ti aún a riesgo de ser descubierto. Debiste confiar en que yo te salvaría. Pero, aun así, estabas a punto de entregarte a él. Eso no es sobrevivir. Es... es... —Su voz se quiebra de pura frustración.

—No estaba segura de que fueras tú. Y sabía que, si él confiaba en que había cedido, tendría una mínima oportunidad de escapar. Porque eso era lo que estaba haciendo, Cormac, escapar, no entregarme. Habría hecho cualquier cosa por conseguirlo.

La mirada de Cormac sigue clavada en mí, y sus ojos, antes llenos de rabia, se suavizan apenas.

—Tal vez lo importante aquí —dice Nairn finalmente, mirándonos a ambos con intensidad— es recordar que cada uno de vosotros ha hecho lo impensable. En algún momento, eso tendrá que ser suficiente.



La cueva se sumerge en el silencio de la noche. Después de horas de tensión y palabras duras, el agotamiento finalmente me vence, y caigo en un sueño inquieto. La luz del fuego se apaga en la penumbra y, entre sueños, siento una calidez que me envuelve. Algo familiar, algo seguro.

Abro los ojos apenas un instante y me doy cuenta de que es él. Cormac se ha tumbado detrás de mí, y su brazo me rodea, atrayéndome contra su pecho. No dice nada; su calor y su presencia me envuelven, y suspiro, sintiéndome extrañamente pequeña en sus brazos. Podría ser un sueño, pero sé que es real.

Por un momento, el silencio lo dice todo, pero de repente siento su voz, baja, profunda, que se desliza en mi oído con una honestidad que hace que se me humedezcan los ojos.

—Me rompe por dentro, Lilias. Saber que llegué un segundo tarde para evitar que él te hiciera llorar. Que cuando pensabas en sobrevivir, en lugar de confiar en que iría a por ti, te preparaste para lo peor. Que… —Hace una pausa, y siento el dolor en su respiración—, que creyeras que no sería capaz de vencer cualquier obstáculo para traerte de vuelta, incluso la muerte.

Sé que está buscando decir algo más, que esas emociones contenidas desde hace tanto están ahora desnudas en el aire.

—Si un día tienes dudas, Lilias, si alguna vez piensas que te dejaría sola, recuerda esto: ni una sola lágrima que derrames volverá a caer al suelo sin que yo esté ahí para detenerla. No habrá miedo, peligro o infierno que me aleje de ti. Porque para mí, tu vida y la mía son lo mismo. Porque nunca serás tú quien deba protegerse; ese es mi papel, y lo haré hasta mi último aliento.

El peso de sus palabras se asienta en el espacio entre nosotros, y siento la fuerza de lo que

dice. No es orgullo, ni posesión; es la simple verdad de alguien que ha decidido estar conmigo hasta el final, de alguien que se siente incompleto si no puede ser mi apoyo.

Se inclina y deja un beso en mi hombro, su aliento cálido en mi piel, mientras el silencio nos envuelve de nuevo. Pero esta vez no hay espacio para dudas; sus palabras se quedan conmigo, reemplazando el frío con algo mucho más profundo, algo que, por fin, me devuelve la paz que creía haber perdido.

—Cormac... —Mi voz tiembla—. Estoy embarazada.

Lo siento quedarse completamente quieto detrás de mí, como si esas palabras lo hubieran detenido en seco. Respiro hondo, sabiendo que necesito que escuche cada palabra.

—El niño es tuyo —añado, sintiendo la urgencia de que entienda, de que todo el dolor y las dudas que nos han roto finalmente se disipen—. Nunca fui de él, Cormac. Ni una vez.

Pasa un segundo, otro, en el que pienso que no va a decir nada. Pero entonces noto cómo su brazo, antes tenso, me envuelve con más fuerza, casi con desesperación. Su voz, baja y llena de una mezcla de dolor y alivio, me llega al oído.

—Lo sé, Gunn —murmura, con esa honestidad tan suya—. Es nuestro y a partir de ahora, no quiero que lleves sola nada que también sea mío.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo piensas que podremos compartir este embarazo? —le pregunto, alzando una ceja, con un tono entre irónico y divertido.

Cormac suelta una risa suave, y se recuesta un poco, mirándome con esos ojos oscuros y llenos de chispa.

—Me quejaré de las náuseas y del dolor de espalda. Por solidaridad, claro —dice, con esa expresión de falsa inocencia que tan bien le queda.

—¿Solidaridad? —replico, tratando de no reírme—. Me imagino que también querrás que te traigan algo de comer mientras descansas.

Él asiente, como si estuviera considerando la idea.

—Ya que lo mencionas, no estaría mal un poco de atención. Eso de compartir el embarazo es agotador.

Suelto una carcajada, y niego con la cabeza, aunque sé que disfruta de cada palabra.

—No podrías ni con un día de esto y lo sabes.

Él sonríe y, con una suavidad que solo le veo en estos momentos, me toma la mano y la lleva

a sus labios.

—Por suerte, me encargaré de todas las cosas fáciles —dice, con un destello de humor en la voz—. Como recordarte que no estás sola en esto.

—¿Ya no estás enfadado? —pregunto en voz baja, esperando su respuesta.

Cormac suelta una risa seca, y la chispa en sus ojos se vuelve más intensa. Se inclina un poco más cerca, y su sonrisa, esa sonrisa arrogante y peligrosa, me hace estremecer.

—Oh, sí, Lilias, claro que sigo enfadado —murmura, su voz baja, envolvente, mientras sus dedos rozan mi cintura, deslizando su mano por mi cadera—. Y pienso castigarte por ello… como la última vez. —La promesa en sus palabras me hace temblar, y una parte de mí ya sabe exactamente lo que significa.

Me quedo inmóvil, con la respiración entrecortada, mientras su boca se acerca a mi cuello, rozando mi piel, lenta y provocadoramente.

—¿Crees que no he pensado en lo mucho que disfrutaste tu último castigo? —susurra, su voz apenas un murmullo contra mi piel—. Esta vez será… más intenso.

—Por el amor de Dios, ¿vais a seguir con esto aquí? —la voz de Nairn retumba en la cueva, con un tono a medio camino entre la queja y el horror fingido—. ¡Algunos preferimos no presenciar vuestra… reconciliación!

Cormac levanta la cabeza, y en lugar de apartarse, sujeta mi cintura con más firmeza, lanzándole a Nairn una mirada de pura y descarada arrogancia.

—Nadie te retiene aquí, Nairn —responde con una sonrisa de medio lado, con ese tono satisfecho que sé que a Nairn le revienta—. Podrías aprovechar y darte una vuelta.

No puedo evitar soltar una risa ahogada, y me vuelvo hacia Cormac, quien me dedica una sonrisa cómplice. Nairn sacude la cabeza, fingiendo un escalofrío, y se levanta con una mueca exagerada.

—Voy a encargarme de la guardia afuera —murmura, agitando una mano como para librarse de la imagen—. Avisadme cuando volváis a ser personas decentes.

Cormac espera a que Nairn salga de la cueva, y cuando lo hace el silencio vuelve a rodearnos.

—Renuncié al título, Lilias. Sabía que desobedecer al rey y enfrentarme a los MacKay ponía al clan en peligro. No podía quedarme de brazos cruzados mientras te tenían prisionera. Si para salvarte tenía que dejar mi título… que así sea.

Siento un nudo en la garganta, pero él sigue hablando, como si necesitara que comprenda cada parte de su sacrificio.

—Es probable que nuestro hijo nunca sea Laird de los Sutherland, ni cuente con el legado de un conde. —La crudeza de sus palabras me golpea, pero él no aparta la mirada—. Si Mairead decide casarse de nuevo, tendrá derecho a dar a Dunrobin su propio heredero. Y lo aceptaré, Lilias, porque el precio de quedarme quieto habría sido perderte.

Me quedo en silencio, con sus palabras calando profundo, entendiendo que él ha entregado su linaje, su herencia, por mí.

—Cormac… ni por un momento quiero que pienses que algo de esto fue en vano. —Mi voz tiembla apenas, pero hay algo firme en cada palabra—. Porque más que cualquier título o legado, el hecho de que tú estuvieras dispuesto a dejar todo… —Respiro hondo, tomando fuerzas—. Eso es lo que realmente tiene valor para mí. Y no hay Sutherland, ni Gunn, ni rey que me importe tanto como lo que tú has hecho por mí.

Cuando Cormac se inclina y apoya la frente contra la mía, me doy cuenta de que no necesito palabras, solo el peso de su presencia envolviéndome, constante y seguro, igual que el calor del fuego que mantiene a raya el frío. Me aferro a él, en silencio, sintiendo cómo la desesperación de los últimos días y el miedo que apenas he permitido a mí misma sentir se disipan.

Por primera vez en mucho tiempo, me siento en paz. En su abrazo no hay urgencia ni deseo contenido, solo el alivio de saber que estamos juntos de nuevo. Él me sostiene con una suavidad que no le he visto nunca, sus dedos trazan círculos lentos en mi espalda, y sus manos me calman, casi sin quererlo.

—Lilias… —su voz baja, apenas un susurro, pero cargada de una emoción tan intensa que hace que mi pecho duela—. Pensé que te había perdido, que él…

Sus palabras se quedan en el aire, y noto la tensión en sus hombros, el peso que ha llevado en cada segundo de esta maldita pesadilla. Siento un nudo en la garganta, y entonces me atrevo a mirarlo, a perderme en esos ojos que ahora están llenos de vulnerabilidad y algo que reconozco, porque siento lo mismo: el miedo de haber estado a punto de perderlo.

Me abrazo más fuerte a él y, por primera vez desde que escapamos de Varrich, dejo caer la máscara que he mantenido. Mi respiración se quiebra y un sollozo escapa de mis labios. Cormac me envuelve con más fuerza, como si con su abrazo pudiera mantener todas las heridas a raya.

—Ya no tienes que ser fuerte, Lilias —susurra, y su voz es tan suave, tan íntima, que hace que todo el dolor se disuelva—. Solo… déjame estar aquí contigo.

En su abrazo, en el silencio de la cueva, sé que este es nuestro refugio, y que por fin podemos dejar atrás el dolor. Mis dedos encuentran su rostro, lo acarician en un gesto lento y delicado. Me siento como si cada centímetro de mi piel despertara a la vida solo con tocarlo.

Nos quedamos así, sin prisa. Dejamos que el tiempo pase, que el silencio hable por nosotros, y en ese instante, siento que hemos superado algo mucho más profundo que una separación.



Nos acercamos al perfil oscuro de Dunrobin contra el cielo ya despejado. Al pisar su patio, siento una mezcla de alivio y vértigo al saber que este castillo ya no es un símbolo de dominio o conquista. Ahora es nuestro hogar, y la idea se clava en mi pecho como un ancla de esperanza. Cormac desmonta primero, ayudándome a bajar con esa firmeza tranquila que ha aprendido a usar conmigo.

En silencio, caminamos juntos hacia la gran sala donde, para mi sorpresa, están ya mis hermanos y algunos de los Sutherland, aguardando, con la mirada expectante.

Su presencia y su apoyo me golpean con un sentimiento de pertenencia que pensé perdido. Desde hace tanto tiempo, mis lealtades se habían dividido entre las paredes de piedra de Dunrobin y las tierras de mi clan, pero ahora, ambas realidades se entrelazan en una sola.

Cuando mi padre se adelanta, envuelve a Cormac en un abrazo de guerreros. Mis hermanos observan la escena en silencio, y finalmente veo en sus ojos un respeto que antes no le otorgaban. Gordon, con su voz áspera, habla primero:

—Luchaste por ella, y por nosotros. El Laird de Dunrobin ha demostrado ser digno de llevar la alianza de los Gunn, y eso es todo lo que importa.

—Y supongo que yo no cuento, ¿no? —dice Nairn, llevándose una mano al pecho en un gesto exagerado—. Porque claro, aquí todos los méritos se los lleva el héroe del momento. —Su mirada se posa en Cormac con un brillo de ironía—. Yo solo me he jugado el cuello incontables veces y apenas he perdido el sueño por estos dos testarudos.

Cormac suelta una risa seca y le devuelve la mirada con una mueca.

—Supongo que necesitas una invitación especial para cada aplauso —responde, alzando la voz lo justo para que todos le oigan—. Eso sí, por si a alguien le interesa, ya no soy el Laird de estos muros.

Sin embargo, Mairead da un paso al frente, con una sonrisa indescifrable.

—Tendrás que trabajar más en tu estrategia, Cormac —dice, y su voz firme corta el aire—. Porque este papel no ha sido entregado a nadie ni pienso hacerlo. Ningún Gunn, Sutherland o alma en Dunrobin va a aceptar tu renuncia.

Cormac la observa, y sus labios se tensan en una línea fina, consciente de que cualquier argumento será en vano.

—Mairead, esta es mi decisión. Lo hago para protegeros a todos, ¿no lo ves? Si la corona decide castigar mis acciones, no quiero que recaigan sobre el clan. Ni sobre vosotros.

Mairead lo enfrenta con la cabeza alta y una chispa en la mirada.

—Tu renuncia solo te libra a ti, no a quienes te siguen, hermano. Dunrobin es tu responsabilidad, como tú eres nuestra. Si el rey viene a cobrarse una deuda, la saldaremos juntos. La única renuncia que se aceptará en este castillo es la de quienes no tengan el valor para enfrentar al enemigo con sus propias manos. —Le tiende el papel con gesto desafiante—. Pero no hace falta decírtelo, ¿verdad?

Los ojos de Cormac pasan de Mairead a mí, y aunque intenta ocultarlo, veo cómo su coraza empieza a resquebrajarse. Extiende una mano hacia el papel que su hermana le ofrece, pero se detiene. Lo que veo en su mirada no es una aceptación superficial, es algo que va más allá de las palabras y las decisiones. Finalmente, suelta un leve suspiro y me dedica una mirada que lo dice todo.

—De acuerdo. Parece que ni el rey ni el destino serán suficiente para librarme de vosotros —murmura, con un tono que es casi un susurro, pero cargado de una determinación renovada—. Entonces será bajo mis propias reglas.



EPÍLOGO

El último MacKay cae ante mí, abatido, y siento el peso de la misión que el rey me ha impuesto. Alrededor, Drumnacoub se tiñe de un silencio inquietante; el estruendo de la batalla ha desaparecido, y solo quedan las sombras de los cuerpos derrotados, los últimos restos de aquellos que se atrevieron a desobedecer al rey.

En el centro del campo, el conde de Buchan se queda solo, rodeado de sus hombres caídos. Me acerco con pasos lentos, con la espada aún en mano. Nunca creí que el propio rey confiaría en mí para ejecutar su justicia y aplastar el conflicto de los MacKay y sus aliados, mucho menos después de haber desafiado su voluntad al principio. Pero me dio un ultimátum: o acababa con este enfrentamiento en su nombre, o todo lo que amo, todo lo que he construido, caería bajo su ira. Lo hice por Lilias, por nuestro hijo, por un futuro sin la constante amenaza de guerra y traición.

—Conde de Buchan, por mandato del rey y por justicia de todos los clanes que han sufrido a tus pies, esto termina aquí —digo, sin apartar la mirada.

Su expresión cambia, y lo que veo en sus ojos es miedo puro. Aun así, no retrocede, no cede a la súplica. Un guerrero hasta el final. Pero hoy soy el brazo de la justicia, y hoy pongo fin a esta guerra. Alzo la espada y, con un solo golpe, derribo al último enemigo que quedaba en pie.

El silencio cae, como si el propio Drumnacoub respirara aliviado. Me vuelvo hacia mis hombres, a los Gunn, a los Sutherland que sobrevivieron a esta locura. Entre ellos veo los rostros de los hermanos de Lilias, agotados pero triunfantes.

—Bueno, Cormac, aquí tienes tu gloria. El héroe del rey o lo que sea que seas ahora —murmura Nairn, sin molestarse en ocultar el tono sarcástico—. Jamás pensé que terminaría viendo esto.

—Nadie te pidió venir, Gunn —le espeto, sin dejar de mirar el cuerpo caído.

El conde de Buchan es un hombre cuya historia en las Highlands ha estado marcada por la codicia y la traición, un personaje conocido no solo por su título, sino por las alianzas y enemigos que ha acumulado en su ascenso.

Aliado de los MacKay, siempre utilizó su posición para sembrar discordia, apoyando las incursiones y saqueos que desestabilizaban a los clanes más pequeños y desobedeciendo al rey para afianzar su propio poder.

Su influencia ha sido como una sombra sobre las tierras altas, un líder que, en lugar de gobernar para proteger, empleaba a los MacKay para extender su dominio, exigiendo tributos y lealtades que iban en contra de la voluntad del rey. La traición del conde de Buchan y sus intentos de minar la autoridad real le valieron el desprecio de otros clanes, pero siempre había sido lo bastante astuto para protegerse detrás de su título.

Esta vez, sin embargo, se ha quedado sin alternativas. Al desafiar al propio rey, se ha firmado su sentencia, y su caída en Drumnacoub pone fin a una era de manipulación y terror.

Nairn se me queda mirando, con esa sonrisa de medio lado que parece tener reservada solo para los momentos en que ambos estamos agotados y, sin embargo, obligados a admitir que hemos sobrevivido. Se cruza de brazos, el rostro iluminado por la satisfacción del combate y una chispa de provocación.

—Bueno, Cormac, parece que hasta los Sutherland podéis hacer algo útil cuando os lo proponéis —me suelta.

Le devuelvo la mirada con la misma dureza, sin apartar la vista ni un instante.

—No te confundas, Gunn. Sin los Sutherland habrías sido pasto de los cuervos mucho antes del mediodía. Pero claro, eres bienvenido, como siempre, a demostrarme que puedes manejarlo tú solo la próxima vez —le contesto, sin perder la oportunidad de picarle.

Nairn suelta una risa sarcástica y da un paso hacia mí, apenas acercándose para hacer ver que nada lo intimida.

—Oh, sí, claro. Lástima que el rey no me haya pedido que trajera sus insignias, sino que le permitiera a un Sutherland hacer su trabajo. ¿No te duele, Cormac, que tu espada se deba a un trono al sur de estas tierras?

Antes de que pueda responder, Ewan, uno de los hermanos de Lilias, se adelanta, con una risa en sus ojos y un gesto despreocupado.

—Venga, Nairn, déjale algo de mérito al hombre. Se ha ganado su gloria —dice, dándome una palmada en el hombro.

Gordon, el padre de Lilias, observa la escena, y suelta un suspiro pesado. Se frota el mentón, claramente exhausto por la pelea y sin ninguna paciencia para soportar las bromas de sus hijos.

—¿Va a seguir mucho esta guerra de gallitos? Porque si es así, prefiero darme la vuelta y volver a casa ahora mismo —dice, alzando una ceja, aunque un atisbo de satisfacción cruza su mirada mientras observa al conde de Buchan yaciendo en el suelo junto al Laird MacKay.

Fingal y Duncan, que han estado junto a mí toda la batalla, también se acercan, con una sonrisa en sus labios mientras contemplan la escena de burlas y provocaciones entre los Gunn.

—Para haber estado bajo las órdenes de un manso Sutherland, no os ha ido nada mal hoy, Gunn —se burla Fingal, mirando a Nairn con una sonrisa burlona.

—No os creáis tan listos, Sutherland. Este día no lo habéis ganado solos —responde Nairn, dejando claro que, pese a todo, los Gunn también han hecho su parte.

Ewan da un paso adelante, dándome una palmada en el hombro.

—Vamos, Cormac, déjalo pasar, ¿eh? —dice, con una risa en sus palabras—. Nairn sigue siendo el segundo favorito de nuestra familia, así que, a veces, tiene que hacerse oír de algún modo.

—Y para ser un Sutherland, Cormac, tienes el don de la paciencia con mi hermano. Diría que Lilias te ha entrenado bien —agrega Niven, con una sonrisa burlona mientras Nairn los fulmina con la mirada.

Por un momento, el recuerdo de Munro y de otros que cayeron en el camino me golpea. Miro alrededor y veo a aquellos que ya no regresarán con nosotros, los que dieron su vida en esta guerra absurda. Respiro hondo, sintiendo el peso de la victoria y la pérdida, y me quedo en silencio un segundo, dejando que esa sensación me atraviese.

Giro hacia mis hombres, hacia los Gunn y los Sutherland que han sobrevivido junto a mí, y me doy cuenta de que, finalmente, hemos terminado algo mucho más grande que cualquiera de nosotros. Me dispongo a dar la orden de marcha.

—Es hora de volver a casa —murmuro, más para mí que para nadie. Porque ahora que el peso de la batalla se desvanece, lo único en lo que pienso es en Lilias y en el hijo que me espera.

Nos damos la vuelta y, juntos, dejamos atrás Drumnacoub. El campo de batalla queda vacío, pero la historia que hemos escrito aquí cambiará estas tierras para siempre.



Cuando cruzo el patio de Dunrobin, mis ojos buscan instintivamente a Lilias, y ahí está, esperándome como un faro en la noche, con Hallam en sus brazos. Por un instante, la visión de ella me deja sin aliento. Es mi esposa, mi fuerza y mi hogar, y ahora, entre sus brazos, está nuestro hijo. Toda la furia, la dureza de los últimos meses, todo queda a un lado mientras me acerco a ellos.

El niño está despierto, con los ojos tan claros y determinados como los míos y algo dentro de mí se derrite de una manera que jamás habría imaginado posible. Camino hacia ellos, incapaz de apartar la vista de mi hijo, y cuando estoy lo bastante cerca, Lilias me lo entrega, con una sonrisa entre astuta y afectuosa. Él me agarra un dedo con su mano diminuta, y en ese gesto siento la conexión más profunda que jamás he sentido.

—Pensaba que un guerrero temido y legendario como tú no tardaría tanto en regresar a casa —me dice, levantando una ceja con picardía.

La miro, sintiendo que me pierdo en ella, y sonrío.

—Pensé que una Gunn como tú estaría demasiado ocupada como para echarme de menos —le respondo, acariciando su mejilla con mi pulgar, olvidándome de todo lo que no sea ella y Hallam.

Lilias suelta una risa suave, mientras sus ojos brillan con esa chispa desafiante que siempre he amado.

—La verdad es que me has tenido esperando con el corazón en un puño, Sutherland, pero veo que no te lo mereces.

Me acerco más a ella, sosteniendo a Hallam entre los dos, y me inclino hasta que mi frente toca la suya.

—Todo esto… —murmuro, mientras mi mirada recorre su rostro, cada línea y cada detalle, como si fuera la primera vez que la veo—. Todo lo que he hecho, Lilias, ha sido por ti. Por nosotros. El mundo entero podría haberse derrumbado y yo seguiría viniendo a buscarte, una y

otra vez.

Sus ojos, sorprendidos, se suavizan, y ella alza la mano para ponerla sobre mi pecho.

—¿Incluso cuando soy una testaruda Gunn? —bromea, pero su voz es un susurro quebrado.

—Especialmente cuando eres una testaruda Gunn —le digo, y la acerco más a mí, sintiendo la paz que solo ella me da.

Ella me sostiene la mirada, y en su rostro veo la emoción y la fortaleza que siempre ha llevado, la mujer que me desafía y me da un motivo para seguir. Sin soltar a Hallam, acerco a Lilias hacia mí, con ese orgullo callado de saber que este es nuestro hogar, y que, por fin, las sombras que han intentado separarnos se han desvanecido.

—¿Sabes? —murmuro, con una sonrisa que guarda toda la satisfacción del regreso—. Este pequeño tiene mucho de ti. Me va a costar convencerlo de compartir algo con su futuro hermano.

Lilias me mira, sorprendida, y su boca se curva en una sonrisa incrédula.

—¿Qué hermano? —pregunta, alzando una ceja.

Mis labios encuentran los suyos, y antes de besarla, murmuro con un susurro que es a la vez una promesa y un desafío:

—Oh, Lilias… el que vamos a hacer pronto con mucho empeño.

La beso, lento y profundo, mientras Hallam, entre nosotros, parece unirse a nuestra pequeña victoria, pero antes de que nadie pueda protestar, le paso el niño a su tío Nairn, que lo coge con una mezcla de resignación y algo que parece un desbordado orgullo. Él intenta disimular su incomodidad, pero el pequeño, inesperadamente tranquilo, se acurruca en sus brazos como si confiara en él, y eso me da una satisfacción profunda.

—Por el amor de Dios, Cormac, ¿ni siquiera has tocado el umbral y ya estás así? —dice Nairn, ladeando la cabeza con una expresión de burla en el rostro—. No sé si es admirable o vergonzoso.

Le dirijo una sonrisa que apenas intento moderar.

—Sostén bien a mi hijo, Gunn. Y mantén la boca cerrada.

sin dudarlo, rodeo la cintura de Lilias y la levanto en el aire con la misma facilidad que si fuera un suspiro.

Ella lanza una exclamación entre divertida y sorprendida mientras la coloco sobre mi

hombro, sin darle espacio para protestar. Mis pasos resuenan firmes mientras cruzo el pasillo hacia nuestra alcoba, con su risa en mi oído y sus manos dándome pequeños golpecitos de reproche que no hacen más que aumentar el deseo que se acumula en mí desde hace semanas. Necesito sentirla. Ahora.

Cierro la puerta detrás de nosotros, dejándonos solos en la penumbra cálida de nuestra habitación. Al bajar a Lilias, sus ojos se encuentran con los míos, y en su mirada veo la mezcla de desafío, curiosidad y deseo que siempre ha tenido, como una llama que nunca se apaga. Nos quedamos en silencio por un momento, el aire cargado de esa tensión deliciosa que solo ella provoca.

—¿Estás seguro de que era necesario ese espectáculo de nuevo? —susurra, alzando una ceja con picardía, pero veo el brillo en sus ojos que me confirma que no está molesta en lo más mínimo.

Me acerco, deslizando las manos por sus caderas hasta su cintura, llevándola hacia mí.

—Completamente necesario, Gunn. Tanto como esto… —susurro, inclinándome hasta que mis labios rozan su cuello, mi aliento recorriendo su piel expuesta mientras mis manos empiezan a deslizar la tela de su ropa, desnudándola lentamente.

Bajo mis manos por sus caderas, y luego una de ellas asciende hasta su pecho, envolviendo su redondez plena y suave. Su pezón se endurece contra mi pulgar, y me inclino para tomarlo con mi boca, rodeándolo, succionando despacio, hasta que oigo cómo su respiración se vuelve un susurro entrecortado.

—Siempre tienes que hacer las cosas… —empieza a decir, pero sus palabras se disuelven en un suspiro cuando mi lengua continúa su recorrido, dejando un rastro caliente sobre su piel hasta llegar a su vientre.

Mis manos bajan a sus muslos, separándolos apenas, encontrándola húmeda y expectante, y una corriente de deseo me recorre. Entonces, enredado en su calor, la alzo de nuevo, llevándola hasta la cama mientras mis manos exploran cada rincón de su cuerpo, como si fueran a encontrarlo todo por primera vez.

La noche avanza, lenta y cargada de un deseo que jamás se sacia, en el que nos encontramos y nos perdemos, dejando que el mundo exterior se desdibuje por completo, y que solo quede ella en mi cuerpo y en mi mente, una vez más, para siempre.

Fin

Gracias por haber llegado hasta aquí y haber hecho posible esta historia. ¡Nos vemos en los comentarios en este mismo QR!
Por fiiiiiiiiii.

NOTA DE LA AUTORA

¡Llegamos al final, mis queridas escofans! Espero que esta historia os haya atrapado tanto como a mí al escribirla. Con *Cenizas en mi piel* no he contado solo una historia, sino que he caminado con cada personaje, he compartido sus miedos, sus anhelos y hasta sus secretos más oscuros.

Y, la verdad, ¡no es nada fácil despedirse de Cormac y Lilias! Estos dos me han dado buenos dolores de cabeza y momentos para el recuerdo. Porque sí, Cormac tiene un carácter endiablado, pero decidme, ¿cómo no iba a querer escribir sobre alguien tan... arrollador? (admitámoslo, un hombre de pocas palabras, pero de muchas complicaciones).

Lo mejor de todo es que he tenido el lujo de pisar el mismo terreno que describe la novela. ¡Y qué os voy a contar! Cada rincón de las Highlands parecía decirme: "Anne, aquí tienes una historia." Así que, si en algún momento os habéis sentido al borde de esas montañas bajo un cielo lleno de tormenta, o habéis olido el aire salado del mar del Norte, entonces misión cumplida.

¿Qué os parece un último paseo por Dunrobin? Es uno de los castillos más impresionantes de Escocia y más antiguos. La versión actual del castillo es obra del arquitecto Sir Charles Barry, el mismo que se encargó del Parlamento Británico. El resultado: un castillo estilo renacentista francés con jardines de cuento y ni más ni menos que 189 habitaciones. Con razón lo de “familia numerosa” en Escocia se tomaba tan en serio, ¿no?

Pero no os dejéis engañar por la belleza, porque lo que se vivió entre esas paredes ¡fue cualquier cosa menos tranquilidad! La familia Sutherland es una de las más antiguas de Escocia, y, bueno, digamos que tiene anécdota para rato.

Entre sus miembros hubo algunos con “gustos especiales”. Por ejemplo, el duque George Granville Sutherland-Leveson-Gower, del siglo XIX, que llevó la extravagancia a otro nivel. Amaba tanto su comodidad que construyó una línea de tren privada hasta el mismísimo Dunrobin para sus viajes a Londres y Edimburgo.

Era apodado con razón "el excéntrico" (aunque yo añadiría algún que otro adjetivo más), decidió que, si ya tenía un castillo impresionante, ¿por qué no añadirle un toque extra? Contrató a un grupo de bomberos privados, pero no para combatir incendios, porque no hubo ni uno mientras él estuvo allí.

Al parecer, les hacía vestirse y rondar por el castillo, en plan “si me aburro, ya sé que tengo a

alguien para un espectáculo privado". Su trabajo, en vez de apagar fuegos, incluía algo así como hacer rondas dramáticas o marchar con pose marcial. Intento imaginarme a Cormac en una de esas… y no, no me lo imagino sin burlarse o largarse a la primera de cambio.

Mientras tanto, las Highlands enfrentaban las Clearances, una época en la que las tierras de cultivo fueron destruidas y las familias escocesas desalojadas de sus tierras ancestrales… ¡para convertirlas en tierras de pasto para ovejas! Así, el duque se ganó el desprecio de muchos.

Hasta la mismísima Reina Victoria se alojó en Dunrobin en una de sus visitas a Escocia. Parece que, a pesar de las peculiaridades de los Sutherland, Victoria sentía un cariño especial por el lugar. Os imagino preguntándoos si a la reina le tocó algún show privado de los bomberos. Por desgracia para ella, el duque excéntrico parece que fue posterior a su visita, pero me da a mí que la idea le hubiera encantado. Al menos a mí sí, jejejejeje.

Ah, y no podían faltar los fantasmas, porque en un castillo escocés lo raro sería que no hubiera alguno. La más famosa es la Dama Verde, que no se llama así porque fuera picarona, sino por su vestido. La hija del catorceavo conde, Margaret, se enamoró de un mozo cuidador de caballos, algo que su padre desaprobó totalmente, encerrando a su hija en lo alto de una de las torres. (Esto es como castigar a tu hija en su habitación a lo salvaje)

Fue entonces cuando este chico, Jamie, elaboró un plan para escaparse con Margaret, lanzando una cuerda a la ventana de su habitación. Mientras descendía por la cuerda, el conde entró en la habitación, y Margaret, del susto (o disgusto) perdió la fuerza y se catapultó hasta una muerte segura a los jardines de Dunrobin (el amor es audaz, pero la gravedad no perdona).

Llorando por su amante, se dice que la hija del conde aún vaga por los pisos superiores del castillo. Yo no la vi, pero más de una vez me giré, por si acaso.

Efectivamente, la historia de Helen Gunn es real, pero no es exactamente cómo ocurre en el libro. Helen Gunn, también conocida como “La Bella Gunn,” era una joven del clan Gunn que fue secuestrada en el siglo XV, no por un Sutherland, sino por un miembro del clan Keith.

Su historia trágica comenzó cuando Dugald Keith, fascinado por su belleza, decidió secuestrarla para obligarla a casarse con él. Helen intentó escapar de su cautiverio y, según la leyenda, prefirió quitarse la vida antes que someterse a un matrimonio forzado con su secuestrador. (O sea, síndrome de Estocolmo cero).

Este evento desató una violenta enemistad entre los Gunn y los Keith, resultando en años de conflictos sangrientos entre los clanes. Los Gunn y los Keith llegaron incluso a pactar una tregua en la Capilla de San Tayre, solo para que esta terminara en una emboscada donde muchos Gunn fueron asesinados, lo que alimentó una rivalidad que perduró durante generaciones.

La verdadera Helen Gunn no ronda por Dunrobin, pero es un símbolo de la resistencia y la tragedia de los clanes en las Highlands. Esta historia ha sido tan poderosa que ha influido en las leyendas de múltiples castillos y rincones de Escocia, recordándonos que las Highlands están llenas de historias de amor, traición, y fantasmas.

Y aquí, un momento de confesión personal: sí, me costó muchísimo "dejar caer" a Munro. Este guerrero desvergonzado, al que tanto cariño le cogí al final mientras escribía, fue un protector silencioso de Lilias. Un pilar constante en el que ella podía confiar sin saberlo.

Para quienes os habéis encariñado con él, sé que su pérdida se siente como una traición, pero espero que, como a mí, os quede esa sensación de que su lealtad y coraje perduran, incluso después del final. Y no, no pienso devolverlo de la tumba. (Aunque me lo pidáis mucho… 😜)

También me rompió el corazón hacer que ardiera la catedral de Dornoch. Pero claro, cuando una se mete de lleno en las batallas de las Highlands, las catedrales arden y los muros caen. Aun así, ¿sabéis una cosa? He paseado por su cementerio, que está justo al lado, o sea que la catedral en vez de jardín tiene cementerio, y aunque suene extraño, es de los lugares más tranquilos y bonitos que uno se pueda imaginar.

En Escocia, es casi una costumbre que los cementerios se usen como parques, y creo que tiene algo muy especial: una convivencia serena con la muerte, sin las grandilocuencias ni las estructuras de mármol a las que estamos acostumbrados. Allí todo está verde, cuidado, y hasta parece que uno camina por la historia misma.

En Dornoch aproveché para comprar dos tesoros: un libro sobre costumbres escocesas y otro sobre la fascinante y complejísima historia de Escocia y notaréis como estas lecturas enriquecen mis novelas, seguro.

Como si no estuviera ya lo bastante obsesionada con las Highlands, sentí que me atrapaba aún más el norte, con esa mística tan suya y esa crudeza bella que tienen las Highlands. Me requetenencantó. Y ya sabéis, obsesión parida… ¡obras escritas!

Ahora tengo material de sobra para seguir escribiendo hasta que me prohíban la entrada a Escocia (aunque yo volveré igualmente).

Si habéis disfrutado de esta historia, de Cormac, de Lilias, y de este entrelazado de clanes y traiciones, ¡muchísimas gracias! Seguid leyéndome, porque **las Highlands y yo tenemos muchos más secretos que contar**. *Cenizas en mi piel* no habría sido igual sin vosotras, sin vuestro entusiasmo y vuestras ganas de leer más de estas tierras escarpadas.

Y sí… sé que Nairn y Mairead se merecen una historia… que ahí hay rollito. Lo tenemos

todas claro, ¿verdad? Pedidlo con insistencia, ¡y veremos qué pasa!

Se os quiere,

Anne.

P:D: Podéis seguirme en Amazon y enteraros de todos mis lanzamientos, novedades y ofertas. Os dejo un QR para hacerlo fácilmente, mis criaturas hermosas.



AGRADECIMIENTOS

¡Y llegamos a los **agradecimientos**! No sabéis lo feliz que me hace este momento, porque, chicas, con cada libro que escribo no solo voy ganando lectoras, sino también amigas. ¡Y qué amigas! De esas que siempre están ahí para apoyar, comentar, reír y suspirar juntas por nuestros amados protagonistas. Voy a hacer un encuesta sobre vuestros favoritos, los amasaré juntos y crearé al protagonista de los protagonistas y lo le diremos a la IA que nos cree un novio virtual igual que él para los ratos aburridos, jajajajajaja.

Gracias a todas por estar a mi lado, por acompañarme en cada aventura literaria y por llenar mi buzón de mensajes, comentarios y reseñas que me alegran el día. Sin vosotras, esto no sería ni la mitad de divertido y gratificante.

intentando ordenar todo el torrente de emociones y agradecimientos que llevo dentro. Empecemos por lo más importante, sin rodeos: **gracias**. Pero no es un gracias cualquiera, es de esos que te recorren de la cabeza a los pies, uno de esos que llevan un "te lo debo todo" implícito. Cada vez que publico un nuevo libro, me embarga esa mezcla de nervios y emoción, preguntándome si lograré tocar vuestras almas, arrancaros una sonrisa, una lágrima, un suspiro...

Y entonces llegáis vosotras. **Mis lectoras, mis amigas.** Porque sí, cada vez que una de vosotras se adentra en mis historias, siento que estamos conectadas de una manera especial, como si recorriéramos juntas cada castillo, cada campo de batalla, cada mirada intensa que atraviesa las páginas. Vuestras palabras, vuestras risas, esos mensajes que llegan tras haber pasado una noche en vela con mi libro entre las manos... Todo eso me hace sentir que no estoy sola en este viaje. Que **estamos en esto juntas.**

A vosotras, las que os habéis desvelado por "solo una página más", las que habéis hecho de mis personajes vuestros amigos, los habéis defendido, amado, odiado y vuelto a amar. Vuestras emociones son mi premio, vuestro cariño es el mejor combustible para seguir escribiendo. **Sois el verdadero corazón de mis historias.**

No os imagináis lo que significan esos mensajes que recibo, cada uno es como un abrazo, como una conversación íntima entre amigas. Me hacéis reír, llorar y emocionarme con vosotras, y eso... eso es algo que no cambiaría por nada en el mundo. Porque aunque parezca que soy yo quien os cuenta historias, sois vosotras las que dais vida a cada una de ellas.

Así que **gracias**, de corazón. Por vuestra pasión, por vuestro entusiasmo, por creer en mí y en mis personajes. Por cada comentario, cada reseña, cada palabra de aliento. Vosotras sois la razón por la que sigo creando, soñando y escribiendo con el alma.

Nos queda mucho por vivir juntas, y no puedo esperar para seguir recorriendo este camino con vosotras. Así que, con todo mi cariño y muchas más historias por contar, os mando el abrazo más grande del mundo, de esos que se sienten en lo más profundo.

¡Seguimos, chicas! Esto solo acaba de empezar, y sé que lo mejor está por venir. 🌟💖

Para empezar, quiero agradecer a mis grandes apoyos:

Juncal: Por esa alegría que aportas a mi proceso creativo, tan refrescante como un amanecer en las Tierras Altas.

Tristán: Eres la inspiración detrás de cada palabra que escribo, como el viento que susurra entre los pinos escoceses.

A mi club de las Hadas:

Ana Molinos: Gracias por ser esa fuente constante de energía y apoyo, tan inquebrantable como los castillos de Escocia.

Sara Nogales: Por tu meticulosa corrección y ese apoyo implacable, tan férreo como un guerrero Highlander.

Aroa Ramírez: Porque mi recuperada intensidad te la debo a ti, que me recordaste que la había perdido, como las antiguas leyendas de los clanes.

María José Ramírez: Por ser tan fan, tan entusiasta, por animarme a escribir. Eres como el fuego que calienta las frías noches en las Tierras Altas.

Rocío Blanco: ¡Eres la guinda del pastel! Gracias por esas ayuditas mágicas y tus monólogos que son pura chispa.

Jessica Cruz Escámez: A la velocista de las letras, cuya velocidad de lectura desafía a la luz y cuyos comentarios me encantan.

Rocío Yuste: A la maga de las reseñas, capaz de capturar los detalles más pequeños de mis novelas con su varita mágica de palabras.

Verónica Leiro, qué bonita es y que entusiasmo desborda.

Y ahora quiero hacer una mención especial a las que ya considero “mis chicas”:

Estefanía Cobo Moreno, Susana Vila, Lidia Armario, Eva_bueu, Elenablda, Pilu_baca, Tere Reixach, Estefanía Cobo, Mónica (@slayertxu), Meli Berzaghi, Pepi Armario, María_ese_ce, Denis Luz, Lau Soler (que me alegra el día con sus MD, jejejeje), Emma. MarW, Iria García Blanco, María Marchena González, Ana Sofía Ribeiro, Mariina Castro, Lola de Albacete, Pepa Urea Serrano, Lola López García, Monserrat Martin Barrero, Rakel Córdoba, Silvia Gámez, Gloria Benitez Sody, Antonia Ávila Suarez, Isabel Marchante (con esa estantería con todos mis libro, wowwww), Verónica Ramon Romero, Graciela Peñarrocha, Monica Lopez Torres.

Es increíble poder tener lectoras como vosotras. No os imagináis los nervios que se pasan cada vez que se deja volar un libro nuevo sin saber si será aceptado bien, si esta vez se ha perdido la chispa, si no se ha sido capaz de conectar con el lector y entonces llegáis vosotras como los ángeles de Anne Charlie y me hacéis recuperar el aliento y la confianza de nuevo. ¡Sois increíbles! No tengo palabras suficientes de agradecimiento para vosotras.

Elena de Elenasinh_books porque ha sido precioso su entusiasmo y la forma en que me ha tenido en vilo con sus stories sobre Entre las páginas del tiempo.

Vir de @vir_entre__libros: Tu crítica astuta siempre me ayuda a crecer, como un sabio druida que guía a su clan.

Aryceli de @aritakitten_lecturas: Por tu perspicacia con los personajes, tan aguda como la mirada de un águila sobrevolando los montes escoceses.

María de @vilmont_books: Por la creatividad que aportas al universo literario, tan brillante como las estrellas en una noche despejada en Escocia.

Olivia Monterrey de @monterreyolivia: Por tu generosidad al compartir mi trabajo, tan vasta como las llanuras escocesas.

Teresa de @leercomosinohubieraundespues: Por esa contagiosa positividad que me recuerda a los días soleados en las Tierras Altas, que, aunque escasos, son inolvidables.

Ilia de @hoy_esta_leyendo: Tus historias añaden color a todos nuestros días, como un tapiz celta lleno de historias y leyendas.

Susana de @mislibros_misbebes: Por tu tranquila constancia y amabilidad, tan serena como los lagos escoceses al amanecer.

Mónica de @monicasam.world: Por hacer del humor un idioma universal, tan refrescante como un trago de buen whisky escocés.

Mireia de @dreamingofmimibooks: Tus reseñas siempre me dan el aliento que necesito, como el viento que sopla fuerte y libre en las cimas de las montañas.

Raquel de @vivir._leyendo: Por tu perpetuo positivismo y calor humano, tan acogedor como una cabaña en medio de la nieve.

Maricruz de @mari.csang: Por tu valentía y dedicación inquebrantables, tan férreas como las fortalezas de los

antiguos clanes.

Marta de @minedreadings: Tu intuición aguda siempre revela los matices de una historia, como un bardo que conoce todos los secretos de su pueblo.

Anabel Botella de @anabel_botella: Por esa escritura emotiva que abre corazones, tan profunda como las leyendas que se cuentan alrededor del fuego.

Vero de @vdeverolibros: Por mantenerme al día con las novedades editoriales, como un mensajero que trae noticias desde tierras lejanas.

Angela Bennet de @angelabennet.author: Por tu generosidad y ese corazón inmenso, tan vasto como los valles y montañas de Escocia.

@laureleeyescribe: Eres una asistente indispensable, como un fiel escudero en las batallas de las Tierras Altas. ¡No sé qué haría sin ti!

@manuelaramirez_escritora: Por tu belleza eterna y tu apoyo constante, como las antiguas piedras de los castillos escoceses que resisten el paso del tiempo.

Ygritte de @ygritte.berlana: Tu entusiasmo por la lectura alimenta nuestra comunidad, como los ríos que nutren los verdes valles de Escocia.

@villacositas8: Por tu disposición a seguirme y esperar pacientemente, como un Highlander esperando el momento perfecto para atacar.

@viviendo1000historias: Por compartir mis libros con tus seguidores, como un bardo que comparte historias alrededor del fuego.

@leeresdeguapas: Por tus maravillosas reseñas que siempre me alegran el día, tan brillantes como un amanecer en las Tierras Altas.

@marianabooker: Por tu amor incesante por las letras y por decirme que sí, como un pacto entre clanes en tiempos antiguos.

Eva de @letrasychocolate: Por tu generosidad al compartir mi trabajo, tan dulce como el chocolate que se disfruta en una tarde fría.

Jesica Azpeleta: Siempre brillante, siempre maravillosa, como las estrellas que iluminan el cielo escocés.

@volamosentreletras: Tu opinión es como el viento que guía a los barcos hacia el puerto seguro. Gracias.

@bookstagramer1: Por tu apoyo constante y ese espíritu positivo, tan fuerte como el de un guerrero escocés.

Mrs. Svetaracherry: Tus palabras amables son el bálsamo que calma las heridas de batalla. Siempre me dan un impulso.

María de @maria.12.al: Por estar siempre presente con esa dulzura y apoyo, como la melodía de una gaita que nos reconforta.

@brr.leyendo: Por encontrar tiempo para mis libros en tu ocupado calendario de lectura, como un druida que siempre encuentra tiempo para sus rituales.

Mireia de @la_estanteria_de_mire: Por convertirme en una de tus autoras favoritas, es un honor digno de un brindis con el mejor whisky.

Ana de @aniibook: Por tu apoyo constante y por amar a mis personajes tanto como yo, como si fueran parte de tu propio clan.

Aure de @cazafantasia: Por siempre brindar una perspectiva fresca y emocionante, como las primeras luces del día en un paisaje escocés.

Noemi de @mysticnox1: Tu constancia y amor por la literatura son como las montañas de Escocia: inquebrantables e inspiradoras.

Mónica de @monicairado: Por tus sabias palabras que siempre me elevan, como las águilas que vuelan alto

en el cielo escocés.

Laura de @laurabookcase: Por ese amor compartido por las letras y las historias, tan profundo como los lagos escoceses.

Laura de @laurabooksblogger:Por su entusiasmo arrollador y por insuflármelo a tope.

@101 lecturas: ¡Gracias por ser parte de esta historia!

Cecilia de Divinas lectoras: Por ser una crítica incisiva y valiosa, como el filo de una espada bien afilada.

@vivir_leyendo: Tu pasión por los libros es tan contagiosa como las danzas y cantos de una fiesta en las Tierras Altas.

@mi_amante_unlibro: Por ser una constante en mi viaje literario, como un faro que guía a los barcos en la oscuridad.

@buscando.lectura: Por siempre estar dispuesto a explorar nuevas historias conmigo, como un aventurero en busca de tesoros ocultos.

@viviendo1000historias: Tu entusiasmo es como el rugido de un león en la vasta sabana, nunca deja de motivarme.

@_romanticasdelnorte: Por tu amor por el romance y las historias emocionantes, tan apasionado como un baile bajo la luna.

@missattard: Por ese espíritu libre y tu aprecio por las palabras, como un viento que sopla libremente por las colinas.

@cuandolosmiosduermen: Por encontrar tiempo para mis historias en medio de la ajetreada maternidad, como una madre escocesa que siempre encuentra tiempo para sus hijos.

Isabel P. Moreno: Por ese amor por la literatura y ese ojo crítico, tan agudo como el de un halcón en plena caza.

@dulce_caramelo8: Por ser un oasis de dulzura y apoyo, como las refrescantes cascadas escondidas entre las montañas escocesas.

@bookeandoenlasnubes: Tu pasión por los libros me inspira cada día, como las majestuosas vistas de las Tierras Altas que inspiran a poetas y artistas.

@wendyreviews: Tu crítica constructiva es como el entrenamiento de un maestro espadachín, siempre me ayuda a crecer como escritora.

@marianabooker: Por compartir mis historias con tu público, como los bardos escoceses que llevan cuentos de aldea en aldea.

@leoquemeleo: Por tu apoyo incansable y tu amor por los libros, tan fuerte como el lazo entre un Highlander y su clan.

@come.libros2020: Por siempre mantenerme en tus pensamientos y recomendaciones, como un antiguo mapa de tesoros que se pasa de generación en generación.

@bookstragramer_1: Tu dedicación a la comunidad literaria es como la de un líder escocés, verdaderamente inspiradora.

@mariafrases: Por compartir mis palabras con tanto amor y entusiasmo, como los cuentos que se cuentan al calor de una hoguera.

Mónica de @volando entre libros: Como los valientes guerreros de las Highlands, tu aliento y ánimo han sido un baluarte.

@pilardans: Tu amor por la literatura y la escritura es tan profundo como los misteriosos lagos de Escocia.

@me.leo.toa: Por ser siempre un faro de apoyo y amor por la literatura, como los faros que guían a los barcos en las costas escocesas.

@conlibrosyaloloco1981: Por tu constante apoyo y tus amables palabras, tan reconfortantes como un abrazo en una noche fría.

@salseo_de_libros: Tu entusiasmo es contagioso, como las danzas y canciones de una fiesta en un pueblo escocés.

@tintayletrascirculo: Tu amor por las palabras y las historias es tan profundo como las raíces de los antiguos robles escoceses.

@leerconthea: Por tu apoyo constante y tu amor inagotable por los libros, tan eterno como las montañas de Escocia.

@lecturas_de_sara: Por tu amor por la literatura y tu apoyo constante, como el flujo constante de un río escocés.

@iralybookaholic: Tu pasión por las letras y las historias es un regocijo, como un día soleado en las Tierras Altas.

@amorporlolibros84: Por tu apoyo inquebrantable y tu amor por los libros, tan firme como un castillo escocés.

@maytelizondo: Por tu visión detallada y tu amor por la literatura, como un águila que observa todo desde lo alto.

@yoizna: Tu entusiasmo siempre me inspira a seguir escribiendo, como los vientos escoceses que impulsan las velas.

@lecturasdesonia: Por tus valiosos comentarios y tu amor por la literatura, tan preciados como un antiguo relicario.

@booksbyclau: Tu apoyo y entusiasmo son como el calor de una chimenea en una cabaña escocesa, realmente invaluables para mí.

@lolatoro_Aleciablue: Por tu amor por las historias y tu constante apoyo, tan leal como un escudero a su señor.

@perdida_entre_libros86: Tu pasión por los libros es como el fuego que arde en el corazón de un guerrero escocés.

@valientegarciamaríajose: Por tu valentía y amor por las letras, tan fuerte como el espíritu de un Highlander.

@laslecturasdeari_: Por tu inquebrantable pasión por la lectura, como las antiguas tradiciones que se mantienen vivas en Escocia.

@paseandoentrelibros: Por siempre hacerme sentir valorada y apreciada, como un tesoro escondido en las Tierras Altas.

@instaromanticreader: Tu pasión por la lectura y el romance es como una balada escocesa, siempre inspiradora.

@aniibook: Por siempre ser una fuente de apoyo y ánimo, como un manantial en medio de un bosque escocés.

@biri.biankis: Por tu entusiasmo contagioso y tus valiosos aportes, como un festín en un gran salón escocés.

@sendra.black.escritora: Tu amor por la escritura y la lectura es como la pasión de un bardo contando historias épicas.

@romanticoslibros: Tu dedicación a la literatura romántica es como una leyenda de amores eternos en las Tierras Altas.

@crazyreadersladys: Por tus reels preciosos y tus pandichachis que siempre llegan a cinco cuando me valoras.

A Sara Alba, mi fiel escudera desde el comienzo de esta aventura. Gracias por prestarme tu vestido de novia (jejeje) y por siempre encontrar un momento para sumergirte en mis letras y dejarme tu valiosa opinión.

A Patricia Machtl porque sus opiniones agridulces, jajaja, que con su espada afilada de comentarios me mantiene despierta, no por eso no, por ser fiel, por leerme, aunque a veces no le guste y sus críticas constructivas (aunque lo de Outlander para adolescentes ha escocido un poco, pero sin acritud, nena)

A Nani Mesa, porque me habla de sueños y yo… Sueño con palabras así y con escoceses de ensueño. Estamos en la misma onda.

A Toñi Cruz, cuyo entusiasmo me recuerda al espíritu indomable de un highlander. Tu primera reseña en las redes fue como el canto de las gaitas escocesas, aliviando el peso de la espera y la incertidumbre de las primeras opiniones.

Y a Montse Muros, la enciclopedia viviente de los musos, tan hermosa como un amanecer en las Tierras Altas. Tu apoyo y sabiduría son el faro que guía mi pluma.

Mi Dubli: Joder, nunca me he reído tanto con alguien. Esta mujer es increíble y tenéis que leer sus libros si queréis ejercitar los abdominales de la risa. Dublineta Eire, buscadla.

Marta Sebastián: Por estar siempre a mi lado y acoger mis palabras con un amor y dedicación inquebrantables, como el melódico eco de una balada bajo el cielo estrellado de Escocia.

Dulce Mercé: Por siempre compartir mis palabras con tanto amor y dedicación, como un dulce canto bajo la luna escocesa.

Sany Garcés: Por tu pasión por las letras y tu apoyo constante, tan ardiente como el fuego de un campamento.

Ana SP: Por tu visión detallada y tus constructivos comentarios, tan precisos como un arquero escocés.

Yennely Perez: Por tu apoyo inquebrantable y tu amor por la literatura, tan profundo como los misterios de Escocia.

Gemma Herrero Virto: Por ser tú y estar siempre, como las montañas eternas que vigilan las Tierras Altas.

Elena Fuentes Moreno: Por siempre ser una “fuente” de apoyo, como los ríos que nutren los valles escoceses.

María del Mar Fernández Salmerón: Por tu amor por las letras y tu apoyo constante, tan inquebrantable como un escudo escocés.

Sonia Puente: Una escritora como la copa de un pino, cuya grandeza y talento se asemejan a los majestuosos pinos de los bosques escoceses.

Y no puedo olvidarme de dar las gracias a esas lectoras geniales que se han unido mi clan con estas historias de Highlanders y me alegran los días con sus comentarios y me ha hacen reír con su entusiasmo.

Sois geniales.

Comgatigos, Rosa Clara Rivero, Chari Llamas, Paqui Dede, Marisa Mengual, Inma Camino, , Jessica González, Tamara Sánchez, Katy Kat, Mari Carmen Ruz, Carmen Rodriguez, , Isabel Mari Cruz, Tani Montellano, Cristina.r, Laura Sanchéz. Ana Drendes, ,@myclosetlm, María, Ana M.B. Nicol Mendoza, Sabina Shelemmer, @la-cocinillas_de_mi_casa, Jennifer Charles, Sonia Barroso, tremendoo, Charo Berrocal, Beatriz Cánovas González, María Marchena, Cristina Bermejo, Rachel (alfarera_81), Raquel Córdoba, Elena Picó, Julia Ruizmo, Elena Guerra, Raquel Ruizmo, la_cocinillas_de_mi_casa, Laura Lora, María José Selma, Mari Carmen Ramírez, Izaskun Rivas Hernández, Patricia López Alburquerque,, Alicia Blanco, Vivi Iglesias, Mónica de la Cruz, Isabel Fernández, Nieves Jimeno, Lucia Chamorro, Lidia Perez-Barba, lady_romcom, Martha Worthales, Silvia Gámez que ha tenido una idea genial y es la de crear un grupo de escoobsesas.

Chicas, me encanta que me habléis, que me busquéis, que me compartáis vuestras opiniones.

Gracias de corazón por ser parte de este hermoso proceso creativo y por confiar en mí para animar vuestras lecturas.

Cada palabra, cada nombre, cada sentimiento compartido ha sido un honor para mí.

Espero que estas dedicatorias resuenen en aquellos a quienes van dirigidas y si no estás y me has ayudado, aunque solo sea con una pequeña palabra, espero que sepas que no te nombro por despiste, no porque no lo aprecie.

Solo dímelo y te uno a este Club de Esco-fanes.

Vuestra Anne, siempre vuestra.

BIBLIOGRAFÍA

Scottish Customs de Sheila Livingstone

Scottish History of James MacKay

Historia de Escocia: Una guía fascinante de la historia de Escocia de Captivating History

Breve Historia de Escocia de Ana Barrera

Escocia misteriosa de Manuel Jesús Palma Roldán

Clanes escoceses y genealogía en Escocia

Clan escocés - Wikipedia, la enciclopedia libre

La compleja historia escocesa y la lucha de sus clanes que se narra en la serie 'Outlander'

Clan Gunn - Wikipedia, la enciclopedia libre

Clan Sutherland - Wikipedia

Jacobo IV de Escocia - Wikipedia, la enciclopedia libre

Robert Sutherland, 6th Earl of Sutherland - Wikipedia

Battle of Drumnacoub - Wikipedia

Tradiciones del Hogmanay, la Nochevieja en Escocia

Alejandro Estuardo, conde de Buchan - Wikipedia, la enciclopedia libre

Castillo de Dunrobin www.castilloescocia.es

Conmoción por la muerte de Alexander Sutherland, Lord Strathnaver, a los 40 años www.vanitatis.elconfidencial.com

Clan Sutherland Historia y Jefatura en disputa

Alecander Gordon, maestro de Sutherland Vida temprana y Finca

La Isla de las Discusiones y la Isla de los Acuerdos: el peculiar modo escocés de resolver conflictos

En tierra de leyendas – OSCAR LARRAGA

Visita al Castillo de Floors, el castillo habitado más grande de Escocia | Mad About Travel, blog de viajes sobre Escocia

12 PUEBLOS MÁS BONITOS DE ESCOCIA ❤ La Cosmopolilla

La sexualidad en la época victoriana

La primera revolución sexual | Clionauta: Blog de Historia

Sexo seicentista y dieciochesco - Jot Down Cultural Magazine

Lady Julian: sexualidad y prostitución en un barco del siglo XVIII

'Harlots: Cortesanas', el negocio del sexo en el siglo XVIII

Así eran las prácticas sexuales más peculiares de la Historia

https://www.nuevatribuna.es/articulo/historia/sexualidad-epoca-victoriana/20171203181816145989.html

https://www.rtve.es/noticias/20140706/cuando-se-invento-condon/967680.shtml

https://www.diariodelviajero.com/reino-unido/el-club-mas-sexual-de-escocia

https://www.northcoast500.com/es/ver-hacer/patrimonio-hist%C3%B3rico/explorar-el-pa%C3%ADs-MacKay/

https://en.wikipedia.org/wiki/Battle_of_Solway_Moss

https://en.wikipedia.org/wiki/Castle_Varrich

https://www.tienda-medieval.com/es/espadas-los-inmortales/12130-espada-mandoble-claymore-highlander-iii-larp.html

https://www.loquis.com/es/loquis/1375807/Castillo+de+Tor

La verdad sobre el cinturón de castidad y otros mitos sexuales

La verdadera historia del cinturón de castidad | Placeres | S Moda | EL PAÍS

Cinturón de castidad - Wikipedia, la enciclopedia libre

El luto en la historia occidental - Funeraria Zaragoza - Servicios Funerarios Tempus

BIOGRAFÍA

Anne K. Austen es un seudónimo, y todo lo que rodea a esta autora está envuelto en sombras y misterio. Así que tú, querido lector, que estás sumergiéndote en esta biografía, tendrás que mantener el secreto de su identidad si es que llegas a descubrirla…

Una verdad incuestionable es que Anne nació el 22 de agosto de 19 ¿? Otra verdad impepinable es que jamás revela su edad y mucho menos desde que hace frente a una importante crisis de los cuarenta ¡Uch!

Nació en Santurtzi (Vizcaya), o ¿fue en Nueva York? Lo cierto que es que sí se fue por toda la orilla hasta un pueblecito de Vitoria que ahora echa de menos porque parar, ha parado poco. Es lo que tiene sentir ganas de comerse el mundo, que uno nunca puede estar quieto.

Desde siempre, su vida ha sido un perenne capítulo lleno de libros. De niña, leía más de lo que hablaba y se refugiaba en novelones quizás demasiado avanzados para su edad. Y es que por leer se lee hasta las indicaciones del champú, luego tiene un montón de información en la cabeza que se mezcla y entrelaza y la vuelve un poco loca, así que la deja salir en forma de tramas y personajes. Cada rincón de su mente es un tesoro de ideas y creatividad, alimentado por años de devorar libros y explorar universos literarios.

A los doce, descubrió el mundo de las novelas románticas, con portadas de hombres musculosos y cabellos dignos de anuncios de champú, y las devoraba como si no hubiera un mañana.

Fue también a esa edad cuando Anne comenzó a escribir sus primeras novelas en folios, con líneas que nunca lograban ser rectas. Compartía estas historias en clase, distrayendo completamente a sus compañeras, hasta que la profesora de lengua confiscó una de sus novelas. Para su sorpresa, ¡la profesora se la leyó y la animó a seguir escribiendo! A los doce, también ganó su primer premio de cuentos y en el 2017 también fue finalista del Premio Literario de Amazon, pero con su otra personalidad, la más seria y dramática.

Con grandes expectativas, estudió Ciencias Económicas, pero Anne nunca dejó de escribir. En las aulas de estudio, en lugar de prepararse seriamente, se encontraba inventando historias. Es que escritor no se hace, se nace, y es imposible no escribir cuando pasas más tiempo creando mundos que viviendo en la realidad.

Anne es una lectora voraz y amante indiscutible de cualquier género literario, entre ellos, la romántica, de la que se declara acérrima defensora. La capacidad de amar es nuestra virtud más humana y la pasión, su forma de expresarse. Escribir sobre ello la convierte en la mujer más afortunada sobre la tierra y espera poder compartir parte de esa felicidad con sus lectores.

Así que, si alguna vez coincides con Anne y no te responde, no se lo tengas en cuenta. Está en otro mundo, creando. No concibe una vida sin libros, sin historias de hombres que quitan el aliento y te hacen sentir mariposas en el estómago. No concibe una realidad sin irrealidades, porque así es ella: una soñadora, una romántica empedernida que necesita las historias románticas tanto como el aire que respira.